



**PLAN DE
EVANGELIZACIÓN
DE LA DIÓCESIS
DE CÚCUTA 2023
(MATERIAL DE
FORMACIÓN)**



PROCESO EVANGELIZADOR DE IGLESIA PARTICULAR (PEIP) LINEAMIENTOS FUNDAMENTALES

Contenido	Págs.
PRESENTACIÓN	
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO 1. PEIP: LA IGLESIA EXISTE PARA EVANGELIZAR	9-11
1.1. Proceso. El principio de la “procesualidad”	9
1.2. De evangelización	10
1.3. De la Iglesia Particular	11
CAPÍTULO 2. PRESUPUESTOS, CRITERIOS Y LÍNEAS DE ACCIÓN	11-22
2.1. Lo propio de este proceso es la evangelización	11
2.2. Primer anuncio y kerigma: El encuentro con Cristo y con el Reino de Dios	14
2.3. Formación básica y permanente del discípulo misionero	15
2.4. La Iglesia: casa y escuela de comunión.	17
2.5. La misión del cristiano en el mundo y, en especial, la dimensión caritativa y social de la evangelización	21
2.6. Metodología prospectiva	22
CAPÍTULO 3. ELEMENTOS CONSTITUTIVOS	23-28
3.1. Centralidad de Cristo y el Evangelio	23
3.2. La animación misionera y comunitaria	24
3.3. El Proceso Evangelizador de la Iglesia	25
3.4. Las personas en la Iglesia	25
3.5. La acción pastoral y su enfoque ministerial	26
3.6. La Iglesia en salida: Horizonte misionero del proceso	27
3.7. Las estructuras al servicio de la acción pastoral	28
CAPÍTULO 4. PROCESO METODOLÓGICO DE LA ACCIÓN	29-47
EVANGELIZADORA	
4.1. La realidad socio-pastoral	30
4.2. Los horizontes del Reino de Dios son los ideales de la Iglesia.	31
4.3. El discernimiento evangélico.	32
4.4. Itinerario global para el logro del objetivo.	34
CAPÍTULO 5. PONGÁMONOS EN CAMINO	48-53
5.1. Misiones en el PEIP	48
5.2. Retiro kerigmático: Encuentro con Cristo Puerta, Camino y Pastor	50
5.3. Encuentros con Cristo, Puerta de las ovejas	52
5.4. El proceso comunitario	52
5.5. Ejercicios espirituales y ejercitaciones	53
CONCLUSIÓN	53
ENCUENTRO PRE-KERIGMÁTICO	54-55
CONSIDERACIONES PREVIAS AL ENCUENTRO	
Testimonios de vida del evangelizador	54
Al preparar los encuentros o reuniones	54
Estructura del encuentro	55
EL HOMBRE	55-58
Las decisiones que tomamos	55
Las preguntas que hacemos	56

Una sed que no se calma	57
No lo compra todo	57
En busca de la felicidad	57
Los muros ante la felicidad	58
EL MUNDO	58-59
El mundo en el que vivimos	58
Los caminos del mundo hacia la paz	59
DIOS	59-61
Dios nos habla	59
Los caminos de Dios hacia la paz	59
Dios y la presencia del mal	60
Dios y la felicidad de la persona humana	61
CATEQUESIS KERIGMÁTICAS	62-63
CONSIDERACIONES PREVIAS A LOS ENCUENTROS	
Dinámica y desarrollo de los encuentros	62
Estructura del encuentro	63
PRIMER ENCUENTRO: POR SOBRE TODAS LAS COSAS, ¡DIOS ES AMOR!	63-71
EN BUSCA DEL AMOR	63
DIOS NOS AMA	64
ESTE AMOR ES PARA TI	65
POR AMOR LO CREÓ TODO	66
Y VIO QUE ESTABA BIEN	67
NOS CREÓ A SU IMAGEN Y SEMEJANZA	67
EL AMOR TRAICIONADO	68
EL ORIGEN DE TODO PECADO	69
CONSECUENCIAS DE TODO PECADO	70
HEMOS PECADO	71
TALLER DEL PRIMER ENCUENTRO	71
SEGUNDO ENCUENTRO: PARA REMEDIO DE NUESTROS MALES, ¡DIOS NOS.....	72-82
ENTREGA A SU ÚNICO HIJO!	72
EL REMEDIO DE NUESTROS MALES	72
EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN	72
EL REGALO MÁS GRANDE DEL MUNDO	73
ENTREGÓ SU VIDA	74
“LO HIZO POR MÍ”: EL INICIO DEL CAMINO DE LA CONVERSIÓN	75
Y, CON TODO, LA MUERTE NO FUE LA ÚLTIMA PALABRA: RESUCITÓ	75
¡ÉL VIVE! ¡EL QUE MURIÓ POR MÍ ESTÁ VIVO!	75
VIVE ETERNAMENTE	77
LA FE EN CRISTO MUERTO Y RESUCITADO	77
¿QUÉ TENEMOS QUE HACER?	78
LA CONVERSIÓN, RESPUESTA A DIOS	79
LA PALABRA DE FE QUE PREDICAMOS	80
TALLER DEL SEGUNDO ENCUENTRO	82
TERCER ENCUENTRO: EL ESPÍRITU QUE SE NOS HA DADO ES PAZ Y	83-94
RECONCILIACIÓN	
EL ESPÍRITU QUE DA VIDA	83
LA PROMESA ES PARA TODOS	84
VIVE EN NOSOTROS COMO ESPÍRITU DE LA RECONCILIACIÓN PERFECTA	85
LA LUZ DE LA FE	86
TESTIGOS DE CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES	87
CREER HOY	89

LA MAGNÍFICA NOTICIA DEL BAUTISMO QUE NOS INJERTA EN CRISTO	90
UNA NUEVA VIDA EN CRISTO Y COMO CRISTO	91
EL “EVANGELIO” DE LOS POBRES	92
EN CONCLUSIÓN...	93
TALLER DEL TERCER ENCUENTRO	94
CUARTO ENCUENTRO: EL SEÑOR NOS REGALA UNA CASA Y UNA	94-100
FAMILIA	
LO DESCUBIERTO EN LOS ANUNCIOS PRECEDENTES	94
LA COMUNIDAD CRISTIANA	94
EN EL MISTERIO DE LA ALIANZA	96
EN LA IGLESIA DIOS NOS REGALA UNA FAMILIA Y UNA CASA	97
VIVIR NUESTRA FE EN PEQUEÑAS COMUNIDADES	98
LA NOTICIA QUE NOS PONE EN CAMINO	98
JESÚS ES EL SEÑOR	98
EL REINO DE LA GRACIA	99
SEGUIRLO A ÉL HASTA LA CASA PATERNA	100
TALLER DEL CUARTO ENCUENTRO	100
MOMENTOS CELEBRATIVOS	101-108
ENTREGA DEL PADRE NUESTRO	104
ENTREGA DE LA CRUZ	105
ENTREGA DEL SÍMBOLO	108
ENTRONIZACIÓN DE LOS LEMAS PASTORALES EN CADA MES	115-116
1. Insistencias pastorales	115
2. Lema del año	116
ENERO: CAMINEMOS JUNTOS, COMO HIJOS DE DIOS	117
FEBRERO: CAMINEMOS JUNTOS, RENOVANDO NUESTRA FE	118
MARZO: CAMINEMOS JUNTOS, VIVIENDO NUESTRA VOCACIÓN	119
ABRIL: CAMINEMOS JUNTOS, CON NUESTROS SACERDOTES	125
MAYO: CAMINEMOS JUNTOS, REZANDO EL ROSARIO	126
JUNIO: CAMINEMOS JUNTOS, CON LAS FAMILIAS	127
JULIO: CAMINEMOS JUNTOS, CON NUESTROS NIÑOS, JÓVENES Y MAYORES	127
AGOSTO: CAMINEMOS JUNTOS, COMO IGLESIA DIOCESANA	128
SEPTIEMBRE: CAMINEMOS JUNTOS, EN PAZ, GUIADOS POR LA PALABRA	129
DE DIOS	
OCTUBRE: CAMINEMOS JUNTOS, EN SALIDA MISIONERA	130
NOVIEMBRE: CAMINEMOS JUNTOS, ANIMANDO LA EVANGELIZACIÓN	130

PRESENTACIÓN

Presentamos y ponemos en las manos de los sacerdotes, religiosos, diáconos, religiosas, seminaristas, catequistas y animadores de la evangelización, este material catequético que ayudará a fortalecer la fe, la esperanza, la caridad y el fervor pastoral de nuestros misioneros y de las personas que nos colaboran en el trabajo pastoral, en nuestra Diócesis de Cúcuta en la que estamos todos en salida misionera.

Estamos en este momento en el desarrollo de nuestro Plan de Evangelización, que, con la gracia del Espíritu Santo, vamos poniendo por obra y que nos ayudará a fortalecer el anuncio de Nuestro Señor Jesucristo en esta Iglesia Particular. En este sentido, el lema que se está desarrollando durante este año: “Caminemos juntos”, nos convoca en este tiempo de gracia a sembrar las semillas del Reino de Dios en el corazón de muchas personas que no conocen a Jesucristo, que se han alejado de Él o por alguna razón lo rechazan. Para cumplir con este propósito se hace necesario conocer nuestra fe cristiana, de tal manera que cada uno pueda dar su propio paso en el seguimiento de Jesús a ejemplo del discípulo amado, implicándose con el Señor en la construcción del Reino de perdón, reconciliación y paz en todas las familias y en las comunidades parroquiales.

Estas catequesis que son un subsidio para la preparación de los misioneros, buscan completar la iniciación cristiana, para que puedan madurar en su condición de testigos de Jesucristo, que adhieran su vida al Maestro y lo sigan mediante un proceso serio y profundo de conversión, como transformación de la vida en Jesucristo Nuestro Señor y que dé como resultado familias y comunidades parroquiales fortalecidas en la fe, la esperanza y la caridad, evangelizadas y evangelizadoras, respondiendo al llamado que hace el Papa Francisco a salir de sí mismos y atreverse a llegar a todos los que necesitan la luz del Evangelio, como tiene que ser el compromiso de un misionero que va fortaleciendo su fe y la transmite a otros con la fuerza del Espíritu Santo que lo ilumina para estar en salida misionera (cfr. *Evangelii Gaudium* #20).

Los invito a asumir como actitud fundamental para continuar este proceso, la acogida de la Santísima Virgen María a la Palabra de Dios, junto con la obediencia a la Iglesia evidenciada en la adhesión alegre y solidaria a nuestro Santo Padre el Papa Francisco y entendida como comunión eclesial, que nos introduce en la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que la hacemos visible en nuestra Iglesia Particular, con nuestro compromiso de evangelizar en salida misionera (cfr. EG 20), que consiste “en salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

Que el Señor Jesús nos asista con la luz de su Santo Espíritu para que el esfuerzo por la renovación de nuestros procesos catequéticos y de nuestra pastoral, produzca los frutos anhelados de una vida cristiana más plena en los misioneros, animadores de la evangelización y sus familias. Que la intercesión de la Santísima Virgen María, Estrella de la Evangelización y del glorioso Patriarca san José, custodio de nuestra vida interior, nos alcancen gracia y bendición de Nuestro Señor Jesucristo, para seguir avanzando por los senderos del perdón, la reconciliación y la paz, caminando juntos en la alegría de ser testigos del Evangelio. Reciban mi bendición.

*+José Libardo Garcés Monsalve
Obispo de Cúcuta*

INTRODUCCIÓN

El ser humano real y concreto, solo encuentra plenitud cuando entra, por la gracia que viene de la fe y por la fe que viene de la evangelización, en este diálogo amoroso intratrinitario, que lo constituye como persona y lo llama a sus más elevadas posibilidades.

Cuando recibimos de corazón la magnífica noticia del Evangelio, aprendemos a contemplar el verdadero rostro de Cristo, gracias a la percepción que de Él tuvieron los pobres, por eso estamos seguros de que, evangelizando de acuerdo al proyecto del Señor, lograremos que el mundo sea mejor y más humano. Una evangelización coherente con el mandato del Señor abre los ojos de la fe para contemplar todo lo que nos rodea en su relación con Dios y para entender el valor de la realidad presente como parte del contexto en cual se desarrolla la existencia cristiana.

Este proyecto pastoral se propone a las jurisdicciones eclesíásticas como ayuda y, en ellas, especialmente a quienes han acogido la Palabra y la quieren vivir de acuerdo con el estilo de las bienaventuranzas y las obras de misericordia. Es netamente cristocéntrico, lleno de amor por la Iglesia que Cristo fundó y decididamente histórico.

No se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celestial.

El PEIP no pretende ser un plan de pastoral prefabricado para aplicar a las Iglesias Particulares, más bien les ofrece criterios comunes y les propone un diseño integral, útil para implementar procesos de evangelización, vigorosos y llenos de auténtico espíritu misionero. También, manteniendo un espíritu de comunión, ya que la comunión en la Iglesia no puede seguir siendo un ideal inalcanzable, sino que debe llegar ser la experiencia viva y operante de una existencia moldeada a imagen de la Trinidad Santísima por la gracia.

El PEIP privilegia, por eso, los procesos que conducen a la constitución de formas estables de vida comunitaria, tanto para los fieles laicos como para los sacerdotes, mismos que requieren de una atención especial por parte de la Iglesia, por el hecho de ser instituidos por Cristo y por la misión que se les ha conferido (la evangelización y salvación de la humanidad), considerando que, la unidad en la que ellos vivan, así como la unidad que vivan con su Obispo, es un signo necesario para “que el mundo crea”.

Se reconoce que la animación misionera y comunitaria es el punto de partida real para que nuestros planes de pastoral sean en realidad operativos y eficaces, sin descuidar los pilares que han caracterizado al plan diocesano de renovación y evangelización:

- Enfoque misionero y evangelizador.
- Transversalidad del primer anuncio y el kerigma.
- Formación básica (catequesis) y formación permanente de los creyentes.
- Opción por la comunidad y espiritualidad de comunión.
- Misión del cristiano en el mundo, dimensión caritativa y social de la evangelización.
- Metodología prospectiva.

Reconocemos, al igual que san Juan Pablo II unas prioridades pastorales “comunes” o de “base”, que son:

- Santidad.
- Oración.
- Centralidad de la Eucaristía dominical.
- Sacramento de la reconciliación.
- Primacía de la gracia.
- Escucha de la Palabra de Dios.
- Anuncio de la Palabra de Dios.

Junto a ellas se anima a identificar, a partir del estudio y el discernimiento evangélico las realidades socio-pastorales de la Diócesis para encontrar y determinar otras prioridades “particulares” o “locales”.

1. PEIP

LA IGLESIA EXISTE PARA EVANGELIZAR

Evangelizar es comunicar el mensaje que Cristo anunció desde el inicio: “*el Reino de Dios está cerca conviértanse y crean en el Evangelio*” (Mc 1, 15), bajo el criterio del sermón de la montaña (Mt 5-7).

Cada época trae sus propios desafíos y hoy tenemos que llevar a cabo la tarea evangelizadora en los nuevos contextos, que se sitúan en un cambio de época, estos exigen preparación y formación, con humildad, audacia y confianza total en Dios, sabiendo que no ha cambiado la naturaleza misionera de la Iglesia, sino que solo cambia la forma en que se realiza la misión.

La base del propósito renovador es la llamada a la conversión (personal, pastoral y de las estructuras), y las dimensiones de esa conversión son el retorno a Dios y el cambio de mentalidad. La conversión pastoral requiere que las comunidades

eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. Hay que considerar que la conversión es la única forma de renovación del espíritu misionero y comunitario que necesitamos en este momento histórico.

El testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el *mandamiento nuevo del amor*.

Es necesario un verdadero cambio de enfoque, **un enfoque que sea misionero y comunitario, un enfoque netamente evangelizador**, que ahora se pone en el centro con fortaleza y decisión.

El contexto actual es un contexto definitivamente misionero, alejado del típico planear y programar de la acción pastoral.

1.1. Proceso. El principio de la “procesualidad”

Da prioridad a los procesos pastorales personales, comunitarios, parroquiales o diocesanos, que desarrollará la experiencia evangelizadora, para ello se implementarán acciones pastorales y virtudes concretas que ayudarán a ejecutar tal paradigma, estas son: la oración, el discernimiento, la planeación, el acompañamiento de personas y grupos, la fe, la perseverancia y la confianza en Dios.

El carácter procesual del PEIP hace referencia al camino que se elige y se emprende, consiste en la planeación e implementación de acciones sucesivas y complementarias: el **primer anuncio, la iniciación cristiana y la formación permanente**. Es el itinerario dentro del cual se desarrolla la experiencia evangelizadora, lo que se implementa y se adquiere procesualmente, es lo que permanece en la persona.

Es necesaria la planeación pastoral en espíritu de comunión y participación diocesana con las diferentes pastorales especializadas, sin caer en el error de llegar a esperar resultados inmediatos, sabiendo que es un proceso que está previsto a largo plazo.

En cualquier ejercicio de planeación pastoral, es fundamental no olvidar la dimensión caritativa y social, así como el ejercicio de la misericordia, al estilo de Cristo, buscando la promoción humana integral, preferencialmente la de los pobres, los afligidos y los más débiles y necesitados.

Enfoque misionero: Llevar la **Magnífica Noticia** desde el entorno más cercano hasta los confines más lejanos de la tierra, recordando que somos una Iglesia en “salida misionera”, se debe

recalcar que la espiritualidad de la misión tiene su núcleo en el amor cristiano, haciendo práctica de ese amor, la Iglesia reconoce que tiene el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo

Metodología prospectiva: Se alimenta principalmente de la esperanza, ella enlaza el futuro y

el presente, trazando el camino a seguir. Hay que analizar el momento histórico concreto en que vivimos, con sus variables, para así determinar lo que es y lo que no es propio del Reino, que nos anima a buscar los mejores caminos posibles, con los recursos reales que contamos.

1.2. De evangelización

Evangelizar: Proceso de la Iglesia de anunciar y difundir el Evangelio en todo el mundo, para transformar y renovar la humanidad. Lo importante es evangelizar la cultura y las culturas del hombre, tomando siempre como punto de partida a la persona y teniendo siempre presentes las relaciones entre sí y con Dios.

Para el PEIP, esta se lleva a cabo en tres ámbitos:

- *Pastoral ordinaria, practicantes, que conservan una fe católica intensa y sincera.*
- *Bautizados que no viven de acuerdo a su fe, por tanto, no experimentan el consuelo de la fe ni la pertenencia de corazón a la Iglesia.*
- *Los que no reconocen a Jesucristo o lo han rechazado.*

El auténtico espíritu de la renovación conciliar: El espíritu propio del Concilio Vaticano II propone, anima y lanza a la **Nueva Evangelización** por su índole ecuménica y por sus perspectivas comunitarias, misioneras y evangelizadoras. El concilio debe ser leído con las claves de **comunidad y misión**, como elementos de un llamado actual de conversión pastoral.

La misión evangelizadora de la Iglesia es responsabilidad de todos sus hijos y no solo de algunos de sus miembros, ya que la obra de la evangelización es deber fundamental del pueblo de Dios, es pues, la Iglesia el elemento principal del proceso evangelizador.

Opción fundamental: El proceso evangelizador, tiene como propósito seguir con fidelidad sus etapas esenciales, la acción misionera, acción ca-

tequético-iniciatoria y acción pastoral. Hay que tener en cuenta que la obra misionera se lleva a cabo en una época muy distinta a la que conoció la “cristiandad”. Por eso, es urgente que nuestros procesos pastorales tengan como punto de partida el **kerigma**, es ahí donde la catequesis toma parte, como la acción pedagógica por la “que se hacen” los cristianos.



CRISTO



IGLESIA



REINO DE
DIOS



GAUDIUM
ET SPES

Deben ofrecerse procesos de iniciación cristiana convenientemente prolongados para los adultos, pues la catequesis de adultos es la forma más importante de la misma, por dos motivos: es el modelo de toda experiencia de catequesis en la Iglesia y

es el cimiento del edificio de la fe, de la comunidad y de la misión.

Solo los que hayan sido correctamente iniciados en la fe, pueden llegar a ser verdaderos animadores de la evangelización, ya que durante años se han buscado agentes de pastoral sin comprobar si estaban íntegramente iniciados.

La evangelización tiene cuatro dimensiones inseparables: predicamos a Cristo, en la fe de la Iglesia, acogiendo el Reino de Dios, para construir un mundo mejor y la evangelización de lo social en el marco de la Gaudium et Spes.

1.3. De la Iglesia Particular

El PEIP reconoce la extraordinaria importancia teológica-pastoral de la Iglesia Particular. Ella mantiene un espíritu de perfecta comunión con la Iglesia de Roma y así vive y realiza a su manera las propiedades de la Iglesia universal, que es UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA.

La Iglesia Particular, cuya vocación es la evangelización asume el proceso y es ella la que diseña su caminar, definiendo sus objetivos, metas y pasos a seguir.

Desde el principio del proceso se vislumbran las

comunidades eclesiales misioneras o de base, para orientar los procesos de las personas hacia los espacios de fraternidad, en los que se vive el verdadero discipulado misionero.

En ningún momento deben faltar medios y estructuras necesarias (proporcionados por los primeros responsables de la Iglesia Particular) para que los procesos pastorales funcionen oportuna y adecuadamente. Asimismo, la Iglesia Particular es sujeto y objeto del proceso evangelizador, ya que es en ella donde se realiza el proceso, de ella brota la evangelización y ella recoge los frutos de la misma.

2.

PRESUPUESTOS, CRITERIOS Y LÍNEAS DE ACCIÓN

2.1. Lo propio de este proceso es la evangelización

La gran noticia es que en la Pascua de Cristo ocurrió algo único, inaudito e inédito, que Dios preparó y ejecutó para bien de toda la humanidad creada, todo lo que se refiere a esa gran noticia son hechos de actualidad permanente y de eficacia inmediata.

2.1.1. La Buena Noticia del Reino de Dios

Con la Noticia (Evangelio) viene la fe, con la fe la experiencia de Dios, y con este encuentro se desatan caminos que transforman y renuevan la vida de las personas y las sociedades.

La Iglesia, conducida por el Espíritu Santo (el verdadero protagonista de su misión) ha sabido leer con fe los signos de Dios en la historia y ha procurado reformarse y adaptarse manteniéndose fiel a Cristo, su Maestro y Señor, con docilidad permanente a los llamados que Dios no cesa de hacerle. La Iglesia vive, para ser comunidad que vive, proclama y da testimonio del Reino de Dios a todas las gentes y a todas las culturas, en todo tiempo y en todo lugar.

2.1.2. Evangelizar en un contexto misionero

El contexto actual exige preparación y diseño de acciones eclesiales del primer anuncio y caminos (itinerarios) de iniciación cristiana, también exige una profunda conversión pastoral y una concienzuda renovación misionera.

La única Iglesia que Cristo fundó es una Iglesia misionera, esto constituye su identidad más profunda, **la Iglesia no tiene una misión, la Iglesia es misión.**

En el centro de los intereses del plan está la inculturación del Evangelio, en las realidades humanas, sociales y culturales, que las purifica y las ordena en función del pueblo de Dios.

El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación. Otros areópagos son el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y los pueblos, la promoción de la mujer y del niño, el cuidado de la creación. No olvidar la cultura, la investigación científica y las relaciones internacionales, quienes trabajan allí recuerden dar testimonio del Evangelio.

2.1.3. El proceso de la evangelización

Con el magisterio conciliar y posconciliar, hay abundante material doctrinal para comprender lo que la Iglesia entiende por “evangelizar”.

El PEIP toma como punto de partida el concepto de evangelización que presenta el Directorio General para la Catequesis y lo que enseña acerca de las tres etapas o momentos esenciales, que le dan ese carácter de proceso, que son: la acción misionera, que se dirige a los no creyentes y los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequético-iniciatoria, para los que optan por el Evangelio y necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la acción pastoral, para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana.

La evangelización es la principal tarea de la Iglesia, es su manera de instaurar el Reino de Dios en la tierra. El PEIP insistirá que el sentido, la finalidad y la esencia de todo proyecto pastoral es la evangelización.

El proceso puede ser entendido por los efectos que la predicación y la formación provoca en las personas: el encuentro con Cristo, que es el hilo conductor del proceso y el que sostiene los demás elementos; la conversión, como respuesta de quien ha escuchado al Señor; el discipulado, por el cual la persona madura constantemente en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús; y la misión, que se realiza de diversas maneras, de acuerdo a la propia vocación y al proceso de maduración humana y cristiana que se tenga.

PEIP se entiende como proceso permanente, que expresa la acción continua de evangelizar. El PEIP se propone, ante todo, promover y facilitar el encuentro vivo con el Señor y llamar insistentemente a la conversión profunda, personal y permanente.

2.1.4. La Iglesia evangelizadora

La Iglesia es el sujeto de la evangelización, por eso es más que una institución orgánica y jerárquica, es un pueblo que peregrina hacia Dios. En su tarea evangelizadora, la Iglesia recibe toda su fuerza y su eficacia del Espíritu.

2.1.5. Evangelización en y desde la realidad

La Iglesia misionera comienza por insertarse en el mundo al que va a evangelizar, esa es la razón de que el discernimiento evangélico de la realidad socio-pastoral sea uno de los pilares del PEIP.

A la Iglesia le corresponde destacar, animar y aprender lo que ayuda a la difusión del Evangelio, así como descubrir, denunciar y corregir lo que interrumpe su camino, también debe saber captar los signos que manifiestan la llegada del Reino, claramente, con la iluminación del Espíritu Santo. La Iglesia Universal invita a las Iglesias Particulares a realizar una constante lectura creyente de los signos de la voluntad de Dios, investigando, conociendo y examinando constantemente el mundo para captar y comprender lo que es y no es favorable a la implantación del Reino.

El PEIP propone distinguir entre:

- Los **signos de los tiempos**, que son las señales o signos de carácter global que interpelan la Iglesia Universal en un determinado tiempo, ellos se

estudian cuidadosamente a la luz de la Palabra de Dios, la Tradición y el Magisterio.

- Los **hechos significativos**, que son fenómenos regionales o locales, que aparecen en los estudios y los análisis de la realidad socio-pastoral que se hacen en las parroquias y en las diócesis, la primera forma de responder a los hechos significativos es el Plan de Pastoral, en y desde la oración, la Palabra de Dios, la gracia de la vida nueva, el celo misionero y la esperanza de la eternidad. El Plan Global exige un análisis continuado, planificación periódica, programación anual y mecanismos de evaluación a cada nivel. A los hechos significativos se responden con el magisterio propio del Ordinario y con acciones significativas tanto diocesanas como parroquiales.

En su tarea evangelizadora, la Iglesia debe analizar las causas de inequidad y de reinantes y cooperar con su iluminación y su compromiso, a través del Evangelio, la construcción de un mundo mejor; tiene también el deber de mostrar los caminos que de verdad conducen a la paz, ella no puede actuar contra su identidad profunda, en ningún caso, ni apartarse de su misión fundamental.

2.1.6. Evangelización y planeación pastoral

Por su enfoque fundamentalmente misionero y comunitario, el PEIP estimula a las jurisdicciones a elaborar sus propios criterios pastorales, tanto a nivel racional con las políticas, así como corresponde a enfrentar los retos a través de las estrategias.

La estrategia de una “Iglesia en salida” solo se logra cuando uno de sus miembros prefiere estar en vela que quedarse dormido; caminar con Cristo, que va al encuentro de las personas, que esperar que la gente se acerque solo cuando lo necesite. La vigilancia astuta y serena es la actitud que dispone al discípulo misionero para que mire la realidad con la debida profundidad, capte los signos del paso de Dios y reconozca lo esencial.

Hoy y siempre los destinatarios del Evangelio y la evangelización, son los pobres.

2.1.7. El motor del PEIP es la “espiritualidad misionera”

La espiritualidad del PEIP, es ante todo una espiritualidad cristiana, integral unitaria y multidimensional, que es el conjunto de principios, tanto intelectuales, como éticos, actitudes y prácticas que configuran activamente nuestra vida de acuerdo con la Palabra de Dios, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

Para poder entender todo lo que implica la espiritualidad cristiana, hay que recordar rápidamente que:

1. Las metas y efectos del primer anuncio y la catequesis son don de Dios.
2. El Espíritu Santo es el referente único y el maestro por excelencia de la vida interior o de la vida espiritual.

La espiritualidad misionera es uno de los rasgos característicos de quienes han sido convenientemente evangelizados y, seguramente, es que más revela la adhesión de alguien a Cristo y a la Iglesia. Es un estilo de vivir la fe caracterizado por el deseo de comunicar a Cristo a los demás, es la asimilación más profunda del doble mandamiento del amor.

El ardor misionero es un rasgo propio de la personalidad misionera, fruto de la gracia que viene de la fe como adhesión sincera al misterio que se predica en la Iglesia desde el primer anuncio en adelante. Si uno no tiene ni manifiesta ese ardor misionero no solo demuestra que no ama, sino que quizá, nunca ha tenido un verdadero encuentro con Cristo, en la fe. En cambio, quien ha hecho una experiencia sólida de fe es fogoso, entusiasta e insistente en la misión.

La espiritualidad misionera se nutre de la libertad que proviene de una vida austera y mortificada en la alegría del Evangelio, ajena a toda vanagloria y a todo exceso. La práctica de la castidad y de la obediencia, como virtudes características de aquel que sigue y predica el Evangelio de Cristo.

El PEIP junto con el Secretariado Episcopal de America Central/M, prestan atención, principalmente a fomentar la identidad propia de las personas en la Iglesia, de acuerdo con su estado de vida, para superar los sentimientos de inferioridad, los

relativismos doctrinales prácticos, el activismo, el pragmatismo, la conciencia de derrota, el pesimismo estéril y, sobre todo, la mundanidad espiritual.

El único motor de la espiritualidad misionera es el amor, el amor a Dios y el amor al prójimo. Como su motor es el amor, esta espiritualidad se vive en la humildad, se alimenta en la Eucaristía, se fortalece con la reconciliación, se ilumina con la Palabra de Dios, se sostiene en la comunidad cristiana,

se entrena por la penitencia diaria, se estimula por la esperanza y es animada por los pastores de la Iglesia.

La espiritualidad misionera se nutre de motivaciones que vienen siempre de la acción del Espíritu Santo, que se hace concreta en creyentes que se identifican como evangelizadores con Espíritu, cuya primera motivación para evangelizar es comunicar el amor de Jesús que hemos recibido.

2.2.

Primer anuncio y kerigma: El encuentro con Cristo y con el Reino de Dios

El PEIP reconoce y establece como criterio primordial que la evangelización auténtica de las personas comienza con un encuentro personal, vivo y auténtico, “de ojos abiertos y corazón palpitante”, cuya objetividad viene de la Palabra contenida en la Sagrada Escritura y del testimonio de la fe de la Iglesia, normalmente la predicación de la Palabra de Dios.

El *primer anuncio o Kerigma* es un elemento fundamental, central, transversal y permanente, ya que suscita, incrementa, anima, y reconduce a una vivencia más fuerte del encuentro con Cristo, que se repite con provecho siempre y cuantas veces sea necesario en cualquier circunstancia de la vida.

Quienes llevan a cabo este anuncio en la Iglesia son verdaderos “evangelizadores”, personas que anuncian la magnífica Noticia del Hijo encarnado, crucificado y muerto por amor, resucitado y glorioso, los evangelizadores auténticos no giran alrededor de su propio yo, ni de ninguna ideología, interpretación parcial u opinión, sino solo alrededor de Cristo y de sus misterios.

El medio por el cual se lleva a cabo este primer anuncio es el *diálogo*, cuyos fundamentos son la caridad y la apertura al otro, a sus necesidades y a sus interrogantes.

El primer anuncio y el kerigma son acciones propias del ministerio de la Palabra, en la Iglesia, que deben prolongarse mientras sea necesario, hasta que se logren y se verifiquen la primera respuesta de fe y el deseo inicial de conversión, que son

las metas propias de la primera etapa del proceso evangelizador de la Iglesia, que es la acción misionera.

Muchos procesos se malogran o pierden su eficacia, por suponer que la acción misionera ha quedado satisfecha por una misión o por una visita domiciliaria, quedan faltando los diálogos de discernimiento pastoral y el examen de las motivaciones de los que se van acercando.

En muchos casos, queda sin ninguna validación el inicio del camino de fe y conversión, y con esto, es frecuente el error de tratar de involucrar en la vida y la actividad de la Iglesia a personas que no han tenido verdaderos encuentros con Cristo.

El contenido del anuncio kerigmático es tan universal y tan concreto como lo es el Evangelio, es decir, la magnífica noticia de Nuestro Señor Jesucristo; el único kerigma tiene dos pilares: el amor infinito e incondicional del Padre, que es el contenido profundo de la predicación de Cristo, y el misterio amable y adorable de Cristo mismo, enviado por el Padre a dar su vida por la humanidad entera, amando a los suyos hasta el extremo.

El kerigma no es un anuncio simple y llano, la experiencia kerigmática se da en cuatro momentos entrelazados, que se pueden reiterar y que no necesariamente son sucesivos: el anuncio, la invitación del evangelizador para que el otro acoja sinceramente y de corazón el contenido del mensaje, un momento personal de asimilación y de encuentro profundo con el Señor, y la expresión externa

del fruto de ese encuentro.

Desde los primeros años del proceso se debe de contar con algunas estructuras: red de mensajeros y la carta al pueblo de Dios; un equipo de animación misionera y comunitaria que ayude al párroco a poner en marcha todo el proyecto pastoral, sin embargo, esta es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana. Para que esta responsabilidad no se desarrolle de manera indiscriminada es importante tener en cuenta la triple ley intrínseca a la naturaleza de la Iglesia:

- El conjunto de bautizados es responsable de todo el Evangelio para todas las personas.
- Cada uno lo es en forma diferenciada, según los propios dones, carismas y ministerios.
- En la unidad orgánica de todo el pueblo de Dios. Se necesitará por lo menos un grupo de personas que compartan con su párroco el deseo de reno-

var la parroquia y lo acompañen en la reflexión y la acogida del proceso evangelizador, en la aplicación del PEIP y en la capacitación de los misioneros y de los catequistas que pondrán en marcha los procesos.

Se prevé la necesidad de elaborar algunos subsidios para la preparación de las misiones kerigmáticas y para la capacitación de los misioneros; otro que contenga elementos necesarios y suficientes para la preparación, la predicación y la evaluación del retiro kerigmático o de impacto, actualizados y contextualizados a la realidad, con sujeción clara a la índole histórica de las personas y de la sociedad en que vivimos, para evitar anacronismos estériles y pietismos que no conducen al verdadero propósito de la construcción de un mundo mejor, superando las consecuencias del pecado, incluido todo tipo de ignorancia, deshumanización, división, injusticia, violencia, segregación, impureza o superstición.

2.3.

Formación básica y permanente del discípulo misionero

Quienes acogen el primer anuncio y dan el primer paso de fe y conversión entran de lleno, en el camino de la vida cristiana, son verdaderamente convertidos, son acogidos en la comunidad cristiana, a la que corresponde su formación básica en la fe y la vida cristiana y, más adelante, su formación permanente en la fe.

La formación básica es la acción pedagógica diseñada para ayudar a madurar la conversión inicial, es la que pone los cimientos, su meta es la iniciación cristiana de los que se convierten a Jesucristo o de los que reemprenden el camino de su seguimiento, y se lleva a cabo por medio de la catequesis. Tanto la catequesis, como la formación permanente en la fe, son funciones del ministerio de la Palabra, o sea, de la pastoral profética.

Las jurisdicciones que asuman este proyecto pastoral se comprometen a dar prioridad máxima a estos procesos educativos y a invertir generosamente sus mejores recursos de tipo personal y lo económico en el estudio de los mismos, para con-

tar con el proyecto, los medios y el personal para atender las urgentes necesidades de la formación inicial y permanente.

2.3.1. La catequesis al servicio de la iniciación cristiana

La catequesis kerigmática tiene algunos aspectos en común con la catequesis de iniciación, pero mantiene las búsquedas y las dinámicas propias del kerigma, en consecuencia, requiere de dos servicios: el que anuncia con su testimonio y con su palabra el infinito amor del Padre y la gracia inaudita de la salvación y renovación total en Cristo; y el que pastorea almas verificando el logro, o no, de las metas en la acción misionera.

La catequesis es uno de los momentos o etapas esenciales del proceso evangelizador, continuación de la acción misionera y preparación para la inserción en la vida plena de la comunidad cristiana, propia de la acción pastoral.

La catequesis no debe ser solo ocasional, reducida a los momentos previos a los sacramentos o a la iniciación cristiana, debe ser un itinerario catequético permanente.

Cada jurisdicción eclesiástica en comunión y participación, diseñe y aplique, su propio proyecto diocesano de catequesis. En él se contiene y presenta la oferta catequética global de una Iglesia Particular que integra, de manera articulada, coherente y coordinada los diferentes procesos catequéticos ofrecidos a los destinatarios de diversas edades de la vida, sin olvidar la preparación remota y próxima para la recepción de algunos sacramentos, estableciendo lo que más convenga a su situación, teniendo en cuenta que hay unos grupos que requieren atención específica: adultos, niños, jóvenes y personas en circunstancias especiales.

La catequesis logra su meta inspirándose en la pedagogía de Jesús, imitando su praxis, siguiendo sus enseñanzas e invitando a quienes se ponen en camino a realizar una experiencia múltiple en las seis dimensiones: el conocimiento de los misterios de la fe, su celebración, una vida en conformidad con ella, la oración específicamente cristiana, la comunión y la misión.

La profesión de fe es la principal expresión de madurez del creyente que concluye el camino de la iniciación cristiana, recorrido para estructurar la fe y la conversión iniciales (fruto del primer anuncio), en este sentido, la profesión de fe es la asimilación profunda y la confesión externa de aquello que se ha recibido de y en la comunidad eclesial y que constituye el ser y la vida de los cristianos.

La primera responsable de la catequesis es la comunidad cristiana, en cuyo seno se realiza concretamente la iniciación a la fe y a la vida cristiana, pero la comunidad delega a unos más directamente dedicados a acompañar los procesos de maduración en la fe de las personas.

Un catequista es uno que ya fue formado en su fe y conoce las dinámicas internas de la fe que pide ser conocida, celebrada, vivida, hecha oración amada en comunión y comunicada por la misión; también es, uno que conoce la pedagogía de la fe, que respeta los procesos interiores de las personas, tiene la paciencia y perseverancia necesarias

para estar continuamente disponible en el camino del seguimiento de Cristo que emprenden los que a Él se convierten; es uno que tiene una espiritualidad centrada en Cristo y en la Santísima Trinidad, profundamente eclesial y de comunión, misionera, eucarística, de oración confiada, mariana, bíblica, humilde, alegre, recursiva, solidaria, con sensibilidad por los pobres, los pequeños y los pecadores, con gusto por el orden y los procesos; es uno que sabe que tiene que estar siempre en camino de conversión y de aprendizaje; en fin, es uno que sabe que las órdenes son “salir”, “ir a todos y a todo el mundo”, “proclamar la magnífica Noticia a toda la Creación”, “hacer discípulos”, “enseñarles todo” y “bautizarlos”.

El Directorio General para la Catequesis, en el numeral 238, señala que, la formación de los catequistas comprende varias dimensiones: la primera hace referencia al ser del catequista, a su dimensión humana y cristiana, la formación le ayudará a madurar como persona, como creyente como apóstol. Después está lo que el catequista debe saber para desempeñar bien su tarea, esta dimensión permeada de la doble fidelidad al mensaje y a la persona humana, requiere que el catequista conozca bien el mensaje que transmite, al destinatario y el contexto social en que vive. Finalmente, la dimensión del saber hacer, ya que la catequesis es un acto de comunicación, la formación tiende a hacer del catequista un educador del hombre y de la vida del hombre.

Para un buen ministerio de la catequesis en la Iglesia Particular se necesitan tres tipos de servicios pastorales, cada uno exige un nivel de formación propio:

Para la animación y acompañamiento de los grupos parroquiales o sectoriales de adultos, niños y jóvenes: se requieren catequistas y formadores que hayan vivido el proceso de la iniciación cristiana, sientan un llamado a iniciar a otros en la fe, tengan disponibilidad para capacitarse, según lo determine pertinente la Iglesia Particular, que viva en comunión con su párroco y su obispo, de quienes recibirán la misión de ser catequista.

Para la coordinación del ministerio de la catequesis parroquial, tanto la de adultos

en sus grupos o comunidades, como la de los niños o jóvenes, los servidores tengan, además, conocimientos importantes sobre catequética y sobre el proyecto catequístico y formativo de la Iglesia Particular.

Para el servicio de la animación o coordinación diocesana, además de todo lo anterior, sean verdaderos “catequetas”, hayan obtenido títulos de institutos eclesiásticos de formación superior reconocidos, idóneos para colaborar en los análisis de la situación religiosa de los fieles, la construcción de programas de acción con metas, medios y orientaciones determinados, la elaboración de instrumentos y medios didácticos para el acto catequético y el diseño y la elaboración de catecismos locales, cuando sean necesarios.

Conocer al joven y conocer al niño deben volverse prioridad en los catequistas que reconocen en sus vidas el llamado a servirlos, es por ello que la formación de los catequistas debe de estudiar lo característico de estas edades, teniendo en cuenta los rasgos psicopedagógicos específicos de cada grupo. Lo que se puede esperar de un niño no es siempre lo que se puede lograr con un joven o con un adulto, esto es uno de los errores más frecuentes.

El Directorio General para la Catequesis, ofrece criterios importantes para el diseño de itinerarios adaptados a las diversas edades y condiciones, el PEIP inscribe la catequesis de niños y jóvenes en el marco de la pastoral infantil y la pastoral juvenil, pretendiendo ofrecer una atención y una evangelización integral, la catequesis de los niños peque-

ños está ligada a su situación y condición de vida, la catequesis de jóvenes desea llevar la salvación de Cristo al mundo juvenil, respetando la edad y adaptando el Mensaje para que reciban la acción misionera del primer anuncio, se le facilite el encuentro con Cristo, se ofrezcan elementos necesarios de la iniciación cristiana, se les acompañe en sus procesos de maduración personal, se les ayude en el camino del discernimiento vocacional y de su profesión, una de las búsquedas más intensas de la adolescencia y la juventud.

2.3.2. La formación permanente en la fe

El PEIP anima a cada jurisdicción eclesiástica para que de acuerdo con las directivas del DGC, se establezcan, se doten de recursos y se fomenten lugares e instituciones para prestar el servicio pastoral de la formación permanente en la fe, teniendo claro que los lugares más propios para esto son la familia, la parroquia, las asociaciones y movimientos cristianos, las comunidades eclesiales de base, teniendo en cuenta que también son necesarios espacios físicos o institutos de formación para laicos, religiosos y sacerdotes, por una parte y programas académicos diversificados en cuanto a créditos, contenidos y modalidades.

El PEIP reconoce que la formación inicial y permanente es una de sus máximas prioridades, pilar irrenunciable y propósito primero en el orden de la ejecución. La Iglesia Particular se compromete a desarrollar un plan de educación en la fe para los que reciben el primer anuncio, acogen al Señor, adhieren a Cristo y quieren comenzar un proceso de maduración de la fe.

2.4. La Iglesia: casa y escuela de comunión

El fruto maduro de la iniciación cristiana en el contexto del proceso evangelizador, cuyos elementos fundamentales son las dimensiones de la **comunión y la misión**, es la *comunidad misionera*. Con dicho proceso se llega a la madurez de la fe, es decir a profesar la fe de la Iglesia. Quien cree, como consecuencia del primer anuncio y kerigma, cree por sí mismo, pero lo hace **en la fe de la comunidad**, porque hubo una comunidad cristiana que anunció, testimonió, y compartió su fe. De esta manera, podemos afirmar que el “creo-creemos”

que caracteriza la fe cristiana es una actitud que se adquiere en el camino de la *iniciación cristiana*.

La comunidad cristiana es sujeto y objeto, origen, lugar y meta de la evangelización, esto quiere decir que se trabaja por la construcción de verdaderas comunidades cristianas y que la misión evangelizadora, el primer anuncio y la acogida de los que van llegando a la fe, tanto como la catequesis de los que creen, son tareas de la comunidad.

La opción por las comunidades apostólicas se hace sobre el modelo del libro de los Hechos de los Apóstoles (la enseñanza de los Apóstoles, la comunión, la fracción del pan y las oraciones; testimonio de la vivencia de la caridad), que impulsará la opción hacia una vida comunitaria concreta, en cuyo seno se viva discipularmente el misterio de Cristo, así como la comunión y la misión católicas. Existe, pues, un proceso evangelizador desde los inicios de la Iglesia.

La comunitaria que se quiere promover es la de los discípulos que se congregan con la frecuencia conveniente:

1. La comunión fraterna como una experiencia de unidad al igual que la Unidad Trinitaria.
2. Un camino de formación y de mutua colaboración hacia la plena madurez de la fe que han profesado al final de su iniciación cristiana, por medio de la formación permanente en la fe.
3. La caridad fraterna como solidaridad afectiva hacia adentro y hacia afuera
4. La oración personal y comunitaria, tanto en las reuniones ordinarias como por fuera de ellas.
5. La Eucaristía dominical como fiesta del amor y de la vida de las personas

La comunidad cristiana de base, comunidad misionera o comunidad apostólica, es un grupo estable de fieles convenientemente iniciados en la fe y la vida cristiana, que han hecho firme profesión de la fe de la comunidad cristiana y desean insertarse en la vida de la Iglesia. Solo quien experimenta la vida de la comunidad cristiana la entiende, la puede dar a conocer y puede contagiar el entusiasmo por ella a otros.

2.4.1. Centros o lugares de comunión y participación

La Familia: Es el primer lugar y cuna de todo aprendizaje de vida cristiana. En el plan de Dios, la familia está al inicio de sus obras. Ella, en su unidad diversa o en su diversidad unitaria, refleja de la mejor manera el misterio de Dios Uno y Trino. En la familia resplandece la vocación origina-

ria del ser humano a la comunicación por el amor. La pastoral familiar tiene como finalidad principal evangelizar las familias; lo primero que se ofrece a las familias es el proceso evangelizador, con miras hacia la promoción específica de la misión de la familia en la sociedad. Las familias evangelizadas serán semilleros de vocaciones sacerdotales y religiosas.

La comunidad eclesial misionera: También puede ser llamada pequeña comunidad o comunidad apostólica. Es el signo y la experiencia más concreta de eclesialidad de base. En ella se comparten las dinámicas de la fe y la vida cristiana en ambiente de fraternidad, en el Señor. Ellas son un ámbito propicio para escuchar la palabra de Dios, para vivir la fraternidad, para animar en la oración, para profundizar procesos de formación en la fe y para fortalecer el exigente compromiso de ser apóstoles en la sociedad de hoy.

Para la conformación de estas comunidades eclesiales que permiten la saludable interacción de verdaderas relaciones interpersonales y demás profundas experiencias de fe y de apostolado, se debe tener en cuenta que se trata de grupos estables que:

- Tienen entre doce y veinte personas adultas, cada uno.
- Reflejan en su composición la heterogeneidad de la sociedad en la que vive la Iglesia.
- Tienen profunda conciencia de su comunión eclesial con su parroquia, con su diócesis y con las demás comunidades de la parroquia en que viven.
- Se congregan en casas de familia, como las comunidades de la Iglesia de los primeros siglos del cristianismo, o en espacios que las comunidades del mismo sector han conseguido para facilitar sus reuniones.
- Son coordinadas por un animador, que ejerce con los animadores de las demás comunidades, que no es un superior, sino un hermano entre hermanos, que es nombrado por un máximo de dos años.

- Se reúnen periódica y regularmente, cada semana.
- Se distinguen de los otros grupos, de movimientos y asociaciones, porque no se reúnen en el nombre de dones o carismas particulares, sino en el nombre de la fe común que profesan.

Las parroquias: Ellas son células vivas de la Iglesia y el lugar privilegiado en el que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y la comunión eclesial, en la Palabra y los demás sacramentos, con criterios de comunión y participación, ellas están llamadas a ser casas y escuelas de comunión.

Corresponde a los párrocos, dar prioridad absoluta a la implementación del proceso evangelizador, con el objetivo preciso de fomentar la comunión y misión católicas.

El primer instrumento pastoral para fomentar la comunión en las parroquias, es la oración perseverante, en el espíritu de la Tradición católica. Asimismo, el párroco y sus colaboradores deben promover espacios de fraternidad y diálogo, momentos de formación específica para la vida en comunidad y diversas experiencias de comunión.

La Diócesis o Iglesia Particular: La Diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbítero, de forma que unida a su pastor y reunida por él, en el Espíritu Santo, por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia Particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

El Obispo debe fomentar la comunión misionera. Para eso, a veces estará adelante para indicar el camino y cuidar las esperanzas del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados. Todo esto se hace con la intención de cumplir el sueño “de llegar a todos”. Cada Obispo representa a su Iglesia Particular y todos juntos con el Papa, representan a la Iglesia Universal en el vínculo de paz, amor y de unidad.

El ideal de una Iglesia Particular como experiencia real de comunión eclesial se concretiza por medio de tres componentes:

- a) La participación en la común dignidad de hijos de Dios, según la diversidad de dones y carismas del Espíritu.
- b) Distinción jerárquica entre ministros y laicos.
- c) La participación en la misión de extender el Reino de Dios en el mundo.

2.4.2. Espacios en los que se anima y promueve la comunión

Los centros de comunión anteriormente señalados requieren una verdadera animación comunitaria, para ello se ofrecerán espacios concretos que hagan dicha animación, esos espacios son:

El sector: Es un espacio geográfico, dentro de las parroquias, en la cual las comunidades se constituyen en red visible y actuante, uniendo fuerzas para mejorar al mundo con la fuerza del Evangelio, llenándolo de la presencia y la luz de Cristo. Con el tiempo y con el desarrollo del PEIP, se constituyen: un equipo pastoral para la animación del sector y un animador de la vida comunitaria que lo coordine.

El arciprestazgo o vicaría foránea: Es una estructura que anima y promueve la comunión entre parroquias de índole semejante y facilita la aplicación del proyecto diocesano.

La zona pastoral: Agrupa a varias vicarías foráneas bajo el criterio de unidad en cuanto a determinadas circunstancias geográficas, culturales, sociológicas o pastorales. Se le encomienda a un vicario pastoral y tiene estructuras ejecutivas de gobierno que facilitan el pastoreo más cercano de los fieles y la organización más eficaz del trabajo pastoral del Obispo.

2.4.3. Medios para promover el ideal comunitario

- a) **La evangelización.** Proceso en el cual los creyentes son convenientemente iniciados en todos los aspectos de la vida cristiana, especial-

mente en la comunión y la misión.

b) La capacitación. Será recibida por todos los que, con los párrocos, tienen el deber de fomentar vínculos de comunión fraterna entre los fieles cristianos. Por eso, antes de promover modelos de espiritualidad prefabricados, nos vamos a asegurar de educar para la vida en la comunidad concreta, con normas precisas, siempre vigentes, que reclaman una introducción adecuada durante los procesos personales de iniciación cristiana.

Con la ayuda de los vicarios foráneos o los vicarios episcopales de la zona, el Obispo revisará periódicamente cada uno de los espacios de comunión y participación ya mencionados, la aplicación del proyecto pastoral, y en particular, la calidad de las relaciones que se establecen entre los miembros de cada organismo. Dicha evaluación será de tipo cualitativo, cuyos resultados deben ser visibles en la caridad.

2.4.4 El alma del PEIP es la espiritualidad de comunión

El fundamento más claro de la espiritualidad de comunión, es la inaplazable opción por la vida comunitaria real y concreta. Esto quiere decir que la espiritualidad de comunión es mucho más que lemas o teorías sobre comunión. La comunión es respuesta de fe, en la esperanza y la caridad, a Dios, quien se revela progresivamente a los que reciben la gracia de una conveniente iniciación cristiana. La comunión cristiana debe ser reflejo o imagen de la misma comunión intratrinitaria.

La comunión es una participación en el amor mismo de Dios, pero para que nosotros, que nos vemos y nos acompañamos en esta peregrinación, nos amemos unos a otros. Es gracias a Dios que este amor se nos comunica con el anuncio explícito de Cristo. Se nos anuncia que “la caridad no acaba nunca”, que “el vínculo de la perfección” y que “la caridad es ley en su plenitud” porque no hace mal a nadie.

El proceso de la evangelización es el camino por el cual, al madurar progresivamente en la fe con la ayuda de Dios y por una conversión permanente, se nos comunica y se hace vida de nuestras vidas

este nuevo estilo de vida. Y, finalmente, nos estimula nos estimulan la esperanza de participar en la vida divina, ya desde ahora, y el deseo de establecer relaciones de verdadera comunión, en el amor, con Dios y con los hermanos.

Nuestra espiritualidad tiene que anunciar a todos los miembros de la Iglesia que el camino del seguimiento de Cristo, en la comunidad que estamos llamados a construir, es un camino de Cruz. Solo por amor a la Cruz se pueden asimilar y vivir las virtudes humanas que se requieren para la vida en comunidad.

El Espíritu Santo es quien anima y sostiene toda forma de espiritualidad. Se le reconoce donde hay vida cristiana en los individuos y en las comunidades. Solo en el Espíritu Santo podemos asegurar que la nuestra es una verdadera espiritualidad de comunión, porque solo Él nos introduce eficazmente, tanto en el misterio de la Trinidad, como en la comunidad de los creyentes. La presencia y la acción del Espíritu Divino son el motor interno y la fuerza que nos anima en el camino.

La comunión es esencialmente sobrenatural, y por lo mismo, fruto y expresión de la gracia. La comunión es, además: eclesial, mariana, litúrgico-sacramental, antropológica, etc.

Como al Hijo encarnado, nos interesa todo lo que es humano y sabemos que el mundo mejor se construye en y desde lo humano, sabemos que el Señor quiere que nuestra espiritualidad sea tan fuerte que se exprese como fuerza real y plenamente liberadora. Se trata de una espiritualidad que asimila y analiza la realidad histórica descubriendo en ella, maneras siempre nuevas de responder a Dios que nos llama.

La espiritualidad de comunión es estímulo de conversión continua, pide a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana un esfuerzo diario de fidelidad y de novedad de vida, de acuerdo con los ideales y criterios del Evangelio, comenzando por los Obispos, presbíteros y diáconos, en ellos deben destacar la sencillez, la alegría y la cercanía al pueblo de Dios.

Los laicos son llamados a una acogida cada vez más plena y perfecta de la Palabra que salva y de

sus dinámicas, a la comunión y a la misión en todas sus expresiones, a conformar comunidades de vida y de amor que hagan que cada una de sus parroquias sea una verdadera comunidad de comunidades y a incidir con mentalidades de fe en todas las estructuras de la sociedad.

La vida comunitaria no se hace solo de reuniones. En la vida comunitaria se vive de fe, esperanza y caridad, de afecto fraterno y solidaridad efectiva, del conocimiento y la confianza mutua, de perseverancia, entrega, fortaleza, justicia, prudencia, templanza, etc. Y, sobre todo, del espíritu de las bienaventuranzas y del sermón de la montaña.

Son seis los valores que ayudan a describir la espiritualidad de comunión:

La esperanza: Nos induce a amar el futuro como plenitud de un presente todavía parcial y limitado. Un futuro querido por Dios y, por lo mismo, posible. Un futuro presente en el anhelo de plenitud, pero nunca alcanzado plenamente por las realizaciones humanas

Participación: Se refiere a “formar parte” y de “tomar parte”, allí donde se es llamado o allí donde se tiene el derecho y/o el deber de hacerse presente.

La reconciliación-conversión-renovación comunitaria: Toda renovación en la Iglesia consiste esencialmente en el crecimiento de la fidelidad a su vocación e implica, al mismo tiempo, la renovación interior o conversión y la renovación exterior o reforma.

El diálogo: Entendido como la relación auténtica de las diversas partes (personas, grupos e instituciones) y, por tanto, entre los diversos dones, carismas y ministerios, se establecen la intercomunicación de la fe, de la experiencia de Dios propia y original de cada uno.

El discernimiento comunitario: Consiste en buscar conjuntamente la voluntad de Dios.

La comunicación de bienes: Por medio de la comunicación de bienes se profesa la fe en Dios Padre dador de todo bien, y se comunica, entre todos, el don supremo del amor, que es Dios mismo.

La liturgia y oración: La liturgia es la fuente y la cumbre de la espiritualidad comunitaria, la liturgia llevada a la vida es espiritualidad de las relaciones. Es el sacrificio espiritual exigido por el hecho mismo de establecer relaciones de conocimiento y comprensión, de perdón y de reconciliación, de benevolencia y misericordia, de paciencia, de concordia y de paz.

2.5.

La misión del cristiano en el mundo y, en especial, la dimensión caritativa y social de la evangelización

El Señor los ha sacado del mundo y ya no pertenecen a él, pero viven en el mundo y son enviados al mundo por el mismo Señor, el mundo es el lugar en el que los creyentes son elegidos y llamados, y el mundo también es el lugar de la misión, luego de ser evangelizados retornan para dar testimonio de comunión.

Todos los colaboradores en la obra evangelizadora, como quienes sean convocados a estructuras de apoyo, deben haber sido convenientemente evangelizados, de acuerdo con el querer de la Iglesia, por medio de un proceso de iniciación cristiana suficientemente prolongado, en un lugar privile-

giado la comunidad eclesial misionera.

La ministerialidad es una de las dimensiones fundamentales del proyecto, el Documento de Aparecida señala como uno de los frutos más importantes de los esfuerzos pastorales con los que se promueve el encuentro con Jesucristo en América Latina, después de señalar la importancia de la animación bíblica de la pastoral, del fortalecimiento de la catequesis, la dimensión celebrativa de la fe y la renovación litúrgica.

Al inicio, para la implementación del PEIP se propone que descubran y ordenen los principales ser-

vicios o ministerios pastorales con relación a los momentos o etapas esenciales del proceso evangelizador de la Iglesia. En cada parroquia se ofrecería todo el proceso a un equipo de servidores de la animación misionera y comunitaria de la parroquia, quienes acompañan al párroco en la misión de implementar todo el proceso, dando prioridad a la llamada y formación de los discípulos misioneros, estos no son todavía el Equipo Parroquial de Animación Pastoral (EPAP).

El EPAP cuya función es asistir al párroco, como verdadero consejo consultivo, en las decisiones que él debe tomar con relación a la conformación de un tejido de comunidades y movimientos que hagan de su parroquia una verdadera comunidad de comunidades, en la que resplandezca el celo misionero; su función primera es determinar quiénes de acuerdo a sus carismas pueden dedicarse a la misión evangelizadora, a la catequesis en las comunidades eclesiales misioneras (CEM), a la iniciación cristiana de niños y jóvenes, a la animación de las CEM, a los principales servicios de animación de la liturgia (lectores, acólitos, dirección del canto, etc.), y al servicio caritativo y social, que siempre es el mejor signo que puede dar una parroquia si quiere ser verdaderamente misionera. En un segundo momento, pueden establecer servicios o ministerios para la animación de la pastoral infantil, juvenil, familiar, educativa, vocacional, de la tercera edad, de la salud, de las comunicaciones, de la cultura, de la rehabilitación de personas en situaciones marginales, de los centros penitenciarios, de la vida política, económica (profesionales, comerciantes, empresarios, em-

pleados, trabajadores del agro), etc.

La necesaria dimensión caritativa y social de la evangelización, recordando que la misión comienza cuando se hacen presentes entre los hombres la misericordia y la caridad de los creyentes, afirmando que la dimensión caritativa y social de la evangelización pertenece a lo irrenunciable, buscando promover la persona humana y crear condiciones válidas para que todos tengan un mundo mejor, teniendo en cuenta las tres dimensiones que ocupan el quehacer:

- a) La respuesta inmediata a la necesidad sentida de los pobres y de los que sufren: Reacción pronta y eficaz frente a las tragedias, presencia fraternal afectiva y efectiva en momentos de dolor individual o colectivo.
- b) La promoción humana: Corresponde al crecimiento integral de las personas, las capacita para resolver sus dificultades, para desempeñarse en la vida, para crecer como individuos y como familias, para acceder al mundo de la ciencia, de la información y de los servicios que son derecho de todo el mundo.
- c) La evangelización de las estructuras sociales: La presencia evangelizadora, discreta y no proselitista, en las estructuras que conforman las sociedades: la cultura, la educación, la economía, la política, la salud, con una coherencia de fe y vida, celo apostólico, capacidad de llevar a otros la palabra de Dios y deseo de hacer presencia misionera entre los hermanos.

2.6. Metodología prospectiva

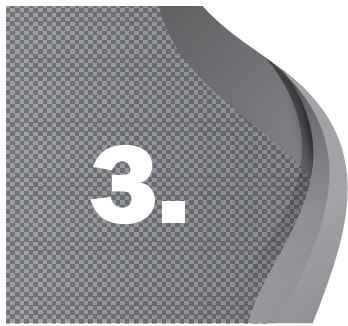
Su dinámica se desata en la mirada simultánea que se dirige, tanto a los ideales del Evangelio y del Reino de Dios que jalonan nuestra reflexión y nuestra acción, como a la realidad socio-pastoral tal y como se presenta hoy, vista con ojos de fe, esta doble mirada estimula un ejercicio de discernimiento o diagnóstico que tiene al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia por instrumentos, se asuman prioridades pastorales, se asuman políticas y estrategias (criterios) suficientes para que cada dimensión de la acción pastoral pueda planificar

su tarea, por espacio de cinco años.

El primer gran ejercicio de este tipo se hace durante la llamada etapa previa, antes de comenzar propiamente la aplicación del PEIP, estableciendo un observatorio de realidad socio-pastoral, para poder obtener noticia inmediata de la situación real de la Diócesis en diversos aspectos, luego ofrecer a los fieles más comprometidos con la ejecución del proceso consejería o dirección espiritual, retiros espirituales anuales, formación permanente en los

diferentes tópicos de las ciencias eclesíasticas, estímulos humano-afectivo y reconocimiento de su labor, todo esto para mantener la visión de fe y el

celo apostólico de los primeros grupos de colaboradores del proceso.



ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Los contenidos que siguen se entregan solo a quienes ya han sido iniciados en su fe, viven activa y dinámicamente en la comunidad cristiana y quieren tomar parte en la misión de la Iglesia. El PEIP sabe que la Iglesia Particular vive del Espíritu Santo, con la fuerza del amor y en la comunión católica o universal de la Iglesia de Cristo, y que debe preocuparse tanto de la salida a las periferias como del retorno de todos a Cristo y a su Evangelio, de las multitudes como de las personas individuales,

de las acciones como de la oración y de la vida en la fe alimentada y sostenida por la gracia sacramental.



Con el siguiente gráfico se quiere presentar de manera sinóptica los elementos constitutivos del PEIP, pueden leerse sobre el modelo de una maquinaria compuesta de rodamientos concéntricos que giran produciendo sus efectos porque siempre dependen del movimiento y del dinamismo que reciben del eje.

3.1. Centralidad de Cristo y el Evangelio

En el centro del gráfico se encuentra una cruz trebolada tanto en su dimensión vertical como en su travesaño, sobre ella la palabra “Evangelio”, con estos simbolismos asumimos, establecemos y confesamos que el centro de todo el proceso está en Cristo, “Sol que nace de lo alto” (Lc 1, 78), y la Santísima Trinidad. La forma circular hace referencia a la eternidad divina, su omnipotencia y su sabiduría infinita. Es el recuerdo de la Eucaristía, de la cual y hacia la cual tiende toda la vida de la Iglesia. El Evangelio, puesto al centro, representa la divina revelación en su culmen, la fuerza de acción de la palabra de Dios que predicamos a Dios.



y la objetividad de los hechos que constituyen el contenido de la predicación.

Con este primer círculo se expone y se confiesa todo aquello que se quiere que sea núcleo de vida y de sentido, a partir del que se desarrolle toda la acción eclesial y hacia el cual tiende toda fruta que se alcance, con la ayuda Divina, de tal manera, que el movimiento que se imprime a esta gráfica es, desde el principio centrífugo y centrípeto: del centro a las periferias y de las periferias hacia el centro, de Dios a los hermanos y al mundo entero, de los hermanos y del mundo a Dios.

3.2. La animación misionera y comunitaria

La animación comunitaria es fundamental desde el principio del proceso porque es dimensión esencial del testimonio cristiano.

Los párrocos y los fieles que les van a colaborar desde el principio saben que comienza un proceso que va a exigirles morir a muchos de sus pasatiempos y diversiones, a muchos de sus espacios privados y de sus horarios propios esto exige años de paciencia y seguimiento para que la formación en este aspecto sea la mejor.

La animación misionera es el engranaje que transmite el movimiento a todo el conjunto. El amor de Cristo y su mandato nos mandan y animan a salir hasta los confines del mundo, nos apremia la necesidad gravísima de tantos hermanos y hermanas que, por la ausencia del amor de Dios en sus vidas, viven sin el sentido profundo y completo que solo Cristo les puede dar. Al centro de este ministerio está la gracia del primer anuncio o kerigma.

Para la implementación del PEIP se debe contar con verdaderos evangelizadores que hayan sido convenientemente iniciados en la fe y en la vida cristiana, deseosos de asumir esta tarea con entusiasmo. En la animación misionera y comunitaria se procurará formar al evangelizador de tal manera que siempre perciba lo más válido y destacado de cada cultura y de cada persona, para que descubra generosamente las semillas de la Palabra en todo y en todos, contagien la fe y la alegría de ser discípulos y misioneros de Jesús a todos los que los rodean.

La animación misionera y comunitaria se refuerza y dinamiza por medio de tres estructuras que gozarán del máximo cuidado pastoral del Obispo:



1. El *Equipo Interdiocesano de Animación Pastoral* – EIDAP, que es la máxima autoridad y vela por las demás estructuras de apoyo y difusión, se reúne de manera ordinaria tres veces al año durante las Asambleas Plenarias del Episcopado y una vez de manera solemne y más prolongada, en fecha y lugar acordado por los Obispos que lo integran. Su función es el fomento de la comunión y la animación misionera de las diócesis, elige a los miembros del Comité Episcopal para la Dirección del PEIP y propone, estudia y elige a los sacerdotes que orientan y conducen el **Servicio de Animación Comunitaria y Misionera**.

2. El *Comité Episcopal para la Dirección del PEIP*, es un grupo integrado por tres Obispos, con voz y voto y por dos sacerdotes del SEDAC/M, solo con voz, elegidos para tres años, el Comité Episcopal se reúne antes de cada sesión de EIDAP y cuando sea necesario, escucha las inquietudes de los Obispos, las estudia y las resuelve, lleva a cabo las tareas que le sean asignadas por EIDAP.

3. *El Servicio de Animación Comunitaria y Misionera* – SEDAC/M, es un organismo que existe para acompañar la implementación y el desarrollo integrales del PEIP, integrado por dos sacerdotes, presentados por los Obispos del EIDAP y elegidos por ellos mismos, nombra a uno de los dos sacerdotes como Director y Representante Legal, cuidan el espíritu del PEIP, tanto en su diseño fundamental como en su relación con la tradición precedente, preparan subsidios, artículos, ensayos y todo tipo de materiales de apoyo pastoral para las Iglesias Particulares.

3.3. El Proceso Evangelizador de la Iglesia

En este círculo se separan las dos dimensiones de la acción pastoral, la comunión y la misión, para una mejor comprensión; estos cuatro segmentos corresponden a los tres momentos o etapas esenciales del proceso evangelizador: la acción misionera, la acción catequético-iniciatoria y la acción pastoral. De acuerdo con el gráfico, una vez reconocido el centro y sabiendo de dónde viene toda la capacidad para poner en movimiento el PEIP, garantizada la animación misionera y comunitaria de los colaboradores en el servicio de la evangelización del mundo, la primera tarea es la implementación del proceso evangelizador, tal y como lo entiende la Iglesia. También nos señala que el trabajo de la evangelización es necesariamente comunitario y que, si no hay verdaderas comunidades evangelizadas, no tendremos las comunidades misioneras y evangelizadoras que necesitamos para promover los criterios y los ideales del Reino



de Dios.

En el segmento que se refiere a comunión se insinúan algunos espacios importantes para la formación y la convivencia fraterna: las familias evangelizadas y evangelizadoras, los grupos, las comunidades estables dentro de la parroquia, la parroquia misma, la Iglesia Particular. En el gráfico se colocan cuatro elementos de manera continua y la llegada a la misión como el inicio del anuncio.

En el segmento que habla de la misión se ponen algunos elementos característicos de la misión de la Iglesia, que se lleva ordenadamente por el don de los carismas y los ministerios que el Espíritu Santo concede a la Iglesia; las estructuras de tipo pastoral y administrativo que la Iglesia crea para llevar a cabo su tarea de manera más responsable y eficaz, la salida misionera para la evangelización del mundo y para la renovación del mismo.

3.4. El Proceso Evangelizador de la Iglesia

Los estados de vida en la Iglesia son: el laicado, la vida religiosa o consagrada y el ministerio ordenado (los diáconos, los sacerdotes y los Obispos). Los laicos pueden ser casados o célibes; son los que viven en medio del mundo con la misión de animarlo y de hacerlo crecer desde adentro, como la levadura en la masa. Solo se comprende la decisión de vida que se toma cuando ha sido iniciado en la fe y la vida cristiana, se quiere vivir toda la vida en la presencia de Dios y para la construcción de su



Reino, conoce las riquezas, los valores, la misión y los deberes propios del estado de vida que se ha elegido, y confía plenamente su vida a la acción de la gracia. Por eso se presentan los estados que asumen las personas en la Iglesia justo después del proceso evangelizador y antes de la labor pastoral propiamente dicha.

Los tres segmentos presentan la unidad de la vida cristiana en la que las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo. *Los laicos re-*

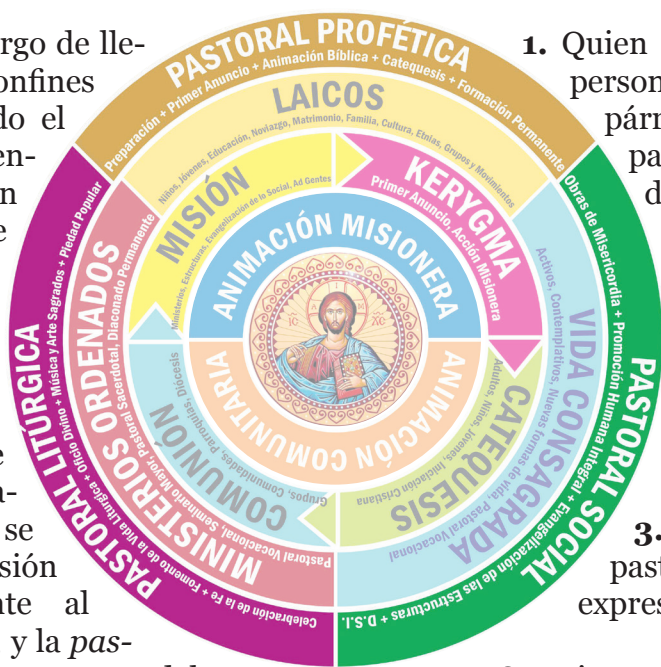
flejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas. *Los ministros sagrados* son imágenes vivas de Cristo Cabeza y Pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del **ya pero todavía no**, a la espera de su venida en la gloria. A la *vida consagrada* se le confía la misión de señalar al Hijo de Dios como la meta escatológica a la que todo tiende.

Además de lo que es propio para cada estado, los estados de vida están al servicio unos de otros; para los laicos se abren espacios que se interesan por los niños, los jóvenes o los adultos, por el noviazgo, el matrimonio y la familia; para los consagrados y para los ordenados se abren espacios de pastoral vocacional y de formación permanente.

3.5. La acción pastoral y su enfoque ministerial

La Iglesia al acoger el encargo de llevar la salvación hasta los confines del mundo y contemplando el misterio de su Señor, entiende su misión como acción pastoral y la organiza de acuerdo con el modelo que descubre en Cristo Buen Pastor. Las vertientes fundamentales de la pastoral de la Iglesia son la *pastoral profética*: encargada ante todo del ministerio de la Palabra; la *pastoral litúrgica*: se encarga de toda la dimensión celebrativa correspondiente al misterio revelado por Dios; y la *pastoral caritativa y social*: se preocupa del progreso de la humanidad y de la evangelización de toda la realidad social.

Hay que recordar que la Iglesia llama *ministerios ordenados* a los que reciben por el sacramento del orden el *diaconado*, el *presbiterado* y el *episcopado*; los *ministerios instituidos o conferidos a los laicos* a los ministerios del lectorado y acolitado, cuyas funciones son principalmente litúrgicas. Sometidos en todo a lo que señale la Santa Madre Iglesia, se quiere proponer un tercer grupo, los ministerios pastorales de los laicos que se distinguirá de los anteriores porque no son permanentes y porque requieren una renovación periódica de su vigencia ante el Ordinario del lugar. Se dará el nombre de ministerio pastoral para los laicos solo al servicio pastoral que cumpla explícitamente las siguientes cuatro condiciones:



1. Quien lo ejerce tenga un carisma personal, verificable por el propio párroco y por la comunidad, para el servicio pastoral que desea prestar o que se le pide.
2. Que reciba en su parroquia o en un centro diocesano de estudios una capacitación adecuada para llevar a cabo la tarea encomendada con dignidad.
3. Que ejerza el ministerio pastoral por mandato y envío expreso de su párroco.
4. Que viva su vida cristiana en una comunidad eclesial misionera, en la cual reciba apoyo espiritual y fraternal de hermanos que acojan el testimonio de su compromiso y le ayuden a renovarse continuamente para que siga ejerciendo cabalmente el ministerio.

Dicho esto, el PEIP propone unos *ministerios fundamentales*: se refieren a la ejecución de los distintos momentos del proceso de evangelización y unos *ministerios especiales*: encargados de las dimensiones particulares de la pastoral.

Los ministerios fundamentales son: ministerio para la acción misionera, ministerio para la animación de las comunidades, ministerio de la catequesis para la iniciación cristiana de adultos, niños y jóvenes, ministerio para la formación avanzada y permanente en la fe, ministerio de la liturgia y ministerio de pastoral caritativa y social.

Los ministerios especiales se encargan de las siguientes dimensiones: pastoral infantil, pastoral juvenil, pastoral vocacional, pastoral familiar,

pastoral educativa, pastoral de la salud, pastoral de los marginados, pastoral del mundo del trabajo, pastoral para el cuidado de la casa común, etc.

3.6. La Iglesia en salida: horizonte misionero del proceso

El último círculo del gráfico representa y destaca la dinámica de Iglesia en salida, propia de la Iglesia y de su proceso evangelizador. Este es el nivel de la vivencia plena del doble misterio de comunión y misión en el que se insertan y en el que desempeñan sus ministerios los discípulos misioneros. Esta última dimensión es la primera en el orden de los propósitos que se fija la Iglesia. Es el horizonte del mundo real, el horizonte del Reino de Dios, predicado y anunciado por Jesús. Por eso se dirige a las multitudes, en especial a las periferias existenciales, tratando de llegarles por medio de una pastoral misionera bien diseñada y sólida que trata de llegar todos los grupos y a todas las personas.

El objetivo del PEIP es llegar a todos para llamarlos a todos a la fe que los integra en el único Cuerpo de Cristo. La Iglesia no puede darse tregua mientras no se hayan cumplido las metas del mandato que recibió de su Fundador. El ideal de la misión es que llegue el día en el que todos hagan parte del Reino de Dios y que se constituya *un solo rebaño con un solo pastor* (Jn 10, 16). Para alcanzar estos fines la Esposa de Cristo lleva a cabo su tarea evangelizadora de manera ordenada y de acuerdo con pasos o etapas.

La misión de la Iglesia en salida tiene dos dimensiones, una que se puede llamar *ad intra* o al interior, porque tiene por objeto llegar a todo el territorio de la Iglesia Particular; y la otra *ad extra* o hacia fuera, porque tiene por objeto el mundo entero.



La misión ad intra se dirige con fuego evangelizador a las personas más cercanas, sea en el sector, en la parroquia o en la Diócesis. Los evangelizados van impulsados por la fuerza centrífuga del amor de Cristo desde su comunidad a los más cercanos, incluso parientes y amigos, que quizá no conocen a Dios o se han alejado de Él; al barrio o la vereda, al territorio en el que viven; y a las periferias, tanto geográficas como existenciales, que no faltan en ninguna parroquia, en las que se encuentran

alejados que no conocen a Cristo porque nadie se los ha anunciado, o que han descuidado su fe que prácticamente la han perdido, o que han decidido alejarse por distintos tipos de conflictos. La salida misionera hacia las multitudes emplea todos los medios disponibles, trata de acercarse a los que están lejos, busca creativamente signos y mensajes que llamen a la fe, privilegiando aquellos en los que resplandezca el testimonio vivo de la misericordia y piensa en cómo establecer y mejorar cada vez más las comunicaciones con las personas.

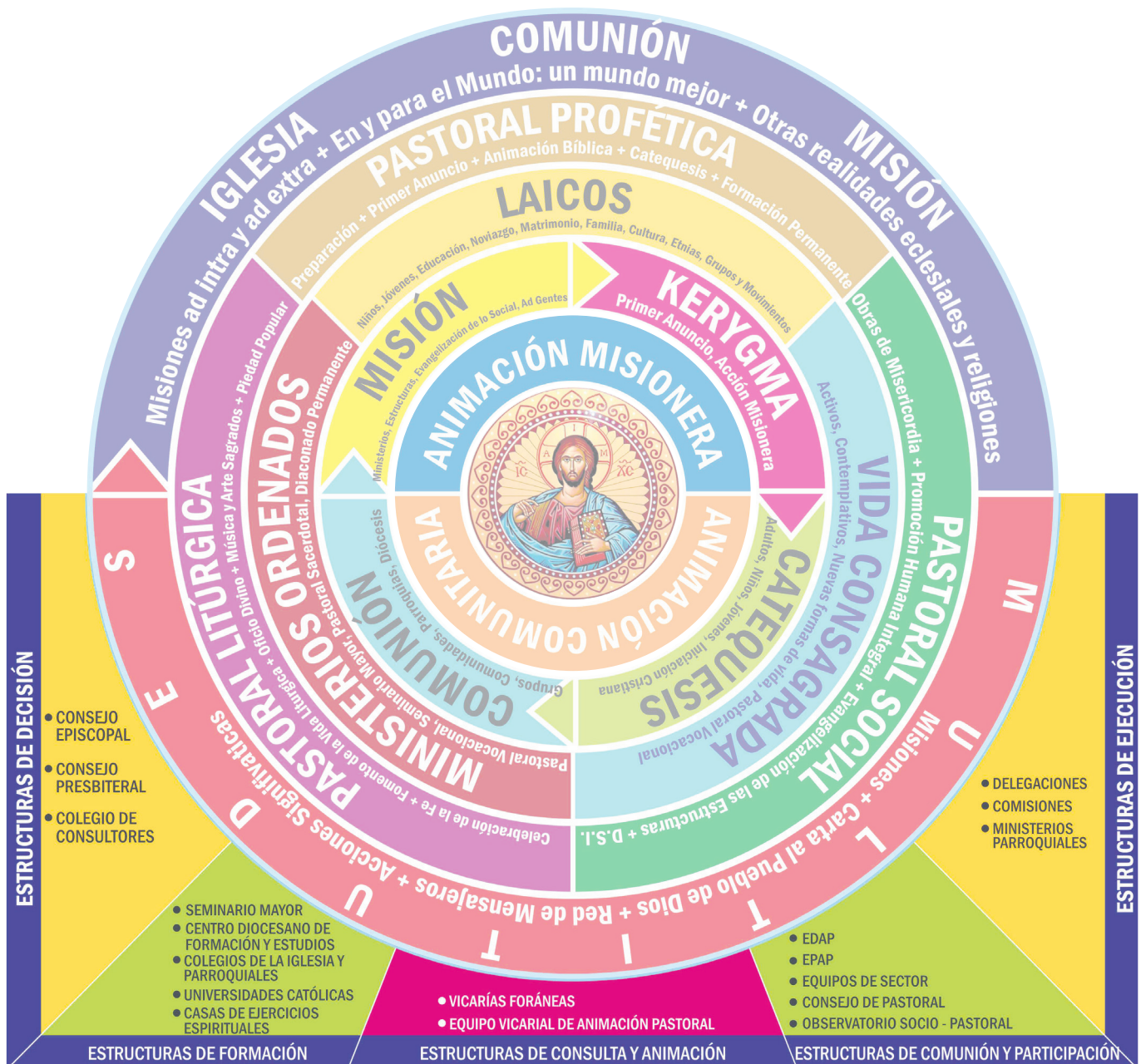
La misión ad extra es respuesta al explícito mandato del Señor que ha pedido a la Iglesia que vaya a todas las gentes para anunciarles el Evangelio y bautizar a los que crean. En este sentido, cada Iglesia Particular que conforman el PEIP, procura encontrar formas de cumplir con ese mandato y de enviar evangelizadores más allá de las fronteras del territorio diocesano. En la actualidad hay diversas formas de cumplir con este deber misionero por medio de convenios entre Obispos o con institutos religiosos misioneros, para el envío de laicos o de familias misioneras, para la experien-

cia formativa de seminaristas o para el envío de sacerdotes.

El PEIP invertirá el tiempo que sea necesario de manera ordenada y racional para educar, a los laicos en lo que es propio en su estado de vida en el mundo. Así después de iniciarlos en la fe y en la vida cristiana, y de incorporarlos en la comunión y la misión católicas, ofrecerá adecuada capacitación ministerial, tanto a los que ya viven inmersos en estas estructuras como a los que sientan la vocación de llevar el Evangelio al centro de ellas.

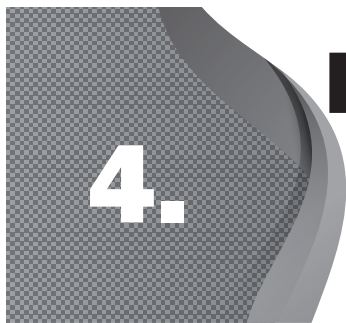
La meta es la implantación del Reino de Dios, de sus principios, de sus ideales, de su estilo, etc., y la construcción de un mundo mejor. Es en este tiempo cuando tenemos que amar en concreto al prójimo, a quien vemos, si queremos que sea auténtica la proclamación que hacemos de nuestro amor por Dios, a quien no vemos. Este es el tiempo que corresponde a quienes el Señor compara con la levadura en la masa, para que el mundo crezca. Estamos en el momento justo para comenzar o para dar nuevos rumbos a nuestro Proceso Evangelizador de la Iglesia Particular.

3.7. Las estructuras al servicio de la Acción Pastoral



La gráfica circular que ha servido para presentar los elementos constitutivos del PEIP y sus dinámicas, reposa sobre un esquema-base que esboza cinco tipos de estructuras. Las estructuras existen en función del proceso evangelizador y no al revés, lo primordial es la evangelización de la Iglesia Particular y el centro de la planeación y de los propósitos pastorales está la persona humana en su ser concreto individual, moral y espiritual, social y cultural, histórico y trascendente. Por eso se da preponderancia a los procesos personales y comunitarios. El PEIP quiere ser un proceso organizado y sistemático, que facilite los procesos pastorales y administrativos en la jurisdicción eclesial.

Cuando se asume el PEIP por primera vez conviene reflexionar sobre las estructuras, hay algunas que se deben de tener por el Derecho Canónico o por determinación de la Conferencia Episcopal, hay otras que deben de nacer con el proceso, cuando los primeros grupos que siguen sus itinerarios formativos alcanzan la madurez necesaria y cuando se ve que se necesitan para mejorar el servicio pastoral. En cambio, cuando se actualiza o se reforma el proceso conviene proponer a la Iglesia una evaluación sobre esto, realizar una suspensión de alguna estructura desgastada durante un tiempo que forzar su acción.



PROCESO METODOLÓGICO DE LA ACCIÓN EVANGELIZADORA

El PEIP subraya nuestra opción por los conceptos del Magisterio reciente a propósito de lo que es la “evangelización” y el “proceso evangelizador”, pero nos queda llevarlo a la acción, para esto, se dedica este capítulo a la propuesta de una metodología de una planeación prospectiva pastoral. Emprendemos este camino, atentos al mandato del Señor, para tratar de lograr, siempre contando la ayuda de Dios, dar frutos más abundantes.

El punto de partida concreto es, entonces, doble: por una parte, el reconocimiento analítico de *la realidad en la que se mueve cada Iglesia Particular* y, por la otra, la contemplación de *los ideales a los que nos llama el Maestro y Señor*. De la confrontación de estos dos surgen ideas y proyectos que se convierten en propósitos y planes, después de un adecuado diagnóstico y **discernimiento**, mismo que debe ser comunitario a la luz del Evangelio y del Magisterio, en ambiente de comunión con la Iglesia Particular. Una vez definidos, el punto de partida y el de llegada, se diseñan los pasos que debemos dar y la comunidad creyente elabora, así, su **plan de acción**.

A este ordenamiento general de la acción pastoral

lo podemos llamar **Plan Global**, porque contiene:

1. Las **opciones generales**, son la identidad, lo que define al proyecto, el objetivo general, las grandes metas que se quieren alcanzar y los recursos de los que tenemos que tenemos que disponer.
2. Los **criterios de orden metodológico**, son, en nuestro caso, la planeación prospectiva iluminada por el discernimiento evangélico, la pedagogía de Dios y el espíritu de *comunión y participación*.
3. Los **criterios de orden práctico**, que son las políticas y las estrategias, que han sido determinadas por la misma comunidad.

Conviene que el Plan Global se mantenga en el tiempo, aunque, evidentemente, puede ser ajustado de acuerdo con la realidad cambiante y las necesidades de cada Iglesia Particular.

4.1. La realidad socio-pastoral

Elementos para el marco de realidad

4.1.1. Sentido teológico-espiritual de la realidad histórica

El C.V. II asume un nuevo paradigma teológico-pastoral al superar el dualismo Iglesia-mundo, ya no es paralela al mundo, sino que se encuentra en el mundo, paradigma fundamentado en la encarnación del Hijo de Dios. El conocimiento de la realidad y el diálogo con el mundo se convierten entonces en ámbitos importantes para la evangelización y la teología católica.

El PEIP tiene por criterio y presupuesto que la acción evangelizadora de la Iglesia se lleva a cabo en y desde la realidad, ya que la no asunción de la realidad como lugar teológico puede conducir a una evangelización que se queda en el dominio de la sola Palabra. La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida personal y social del hombre.

En función de la planeación pastoral se pueden distinguir dos ámbitos de la realidad: **la realidad social**, en la que vive la Iglesia Particular y **la realidad pastoral**, que presenta a la misma Iglesia Particular en el momento del análisis, los dos nos ponen en caminos antropológicamente válidos, los dos pertenecen a lo que podríamos llamar “coordenadas” del quehacer teológico y de la praxis pastoral de la Iglesia.

Nuestro estudio de la realidad subraya la centralidad de la persona humana y de la historia, tal y como lo hace Dios a lo largo de la historia de la salvación. El análisis evangélico de la realidad en la que vivimos, es decir, aquel que se hace con la Palabra de Dios, la tradición y el Magisterio en las manos, es el único camino concreto para que no confundamos *encarnación y mundanidad*.

4.1.2. La realidad social

Al vivir en el mundo, aunque no seamos del mundo, sí nos interesa todo lo que el del mundo. El co-

nocimiento racional de los fenómenos que caracterizan y mueven la realidad concreta e histórica del mundo en el que vivimos nos ayuda además a determinar con mayor asertividad los retos intelectuales y culturales que enfrentamos y la clase de predicación que debemos desarrollar, así como las insistencias más convenientes. Precisamente por su condición de “Iglesia encarnada en un espacio determinado” y por su “rostro local”, cada una de nuestras jurisdicciones necesita conocer profundamente las dimensiones sociales de la realidad compleja en la que vive, labor que debe estar liderada por el Obispo.

La labor de conocer la realidad concreta que experimenta cada Diócesis se hace con un fin común, respetar y promover la dignidad de la persona humana, su entera vocación y el bien de toda la sociedad. Porque el hombre es el autor, el centro y fin de toda la vida económico-social.

El Papa Francisco pone su mirada en realidades concretas:

En primer lugar, el interés por los pobres, una opción hacia ellos como una categoría más que social teológica. El Papa Benedicto XVI, apunta que, estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

También pone su mirada en la cultura dominante como una tendencia al deterioro de las sólidas tradiciones culturales por “la invasión de tendencias pertenecientes a otras culturas, económicamente desarrolladas, pero éticamente debilitadas”. El análisis que el Papa Francisco hace sobre la cultura moderna es de vital importancia para la comprensión de la realidad hoy.

Y, por último, en cuanto al aspecto político, el Papa exhorta a recuperar el sentido de la vocación a la política, como una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común, asimismo, hace un llamado a retornar la vista a Dios y de esa

manera Él ilumine los pasos de los gobernantes y de esa manera formar una nueva mentalidad política.

4.1.3. La realidad pastoral

El estudio de esta dimensión de la realidad ayuda a descubrir muchas realidades y estructuras que deben potenciarse o implementarse y muchas realidades y estructuras que deben convertirse, buscando participar del propósito de la Iglesia Universal que siempre quiere actualizarse y refor-

marse para gloria de Dios

4.1.4. Observatorio socio-pastoral

Para ejecutar la identificación de las realidades socio-pastorales que inciden en la Iglesia y su apostolado (que debe ser hecha con relativa frecuencia), es necesario que la Iglesia Particular diseñe e implemente un *observatorio de la realidad* que le permita realizar permanentes estudios, tanto de los acontecimientos globales como de los cercanos y locales.

4.2. Los horizontes del Reino de Dios son los ideales de la Iglesia

El análisis de la realidad estimula y provoca reacciones. Por eso, quienes se comprometen en el estudio más directo de la situación presente, tienen que doblar esfuerzos de objetividad. El Plan Pastoral puede verse seriamente comprometido si se entrega a subjetividades particulares y decisiones circunstanciales que podrían complicar el desarrollo de verdaderos proyectos que transformen y renueven la realidad en el sentido que queremos.

El análisis de la realidad debe seguir la contemplación objetiva de un horizonte o marco que podemos llamar “ideal”, en el sentido del fin que perseguimos, porque Dios nos lo ha revelado, al cual tendemos, al que solo Dios puede llevarnos y al que, por voluntad del mismo Señor servimos con total dedicación y entrega. Esto es lo que explica que nuestra planeación sea totalmente puesta en manos de Dios y que los que la ejecutamos nos consideremos simples servidores e instrumentos del plan divino de la Salvación de la humanidad.

La predicación de Jesús es una e inequívoca: “*El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio*”. El Reino del que habla el Señor es el ideal esperado por los pobres y los pequeños que aguardan humildemente el cumplimiento de las promesas. Ese Reino tiene sus propios lineamientos, sus costumbres y hasta sus preceptos: por una parte, acoge a todos los que reciben a Cristo y acogen su magnífica Noticia por la fe, además es un Reinado para la

justicia, la misericordia y la paz.

El señor sostiene que no son las prohibiciones las que hacen que el pueblo de Dios sean verdaderas personas, en cambio, señala horizontes y propone ideales que jalonan la vida de los ciudadanos del Reino, ajustando sus criterios a los que maneja Él mismo (las bienaventuranzas). De la misma manera que pide a los que quieren hacer parte del Reino, deben construirlo aquí en la tierra con sus acciones, que deben reflejar las del Maestro y Señor, tal propósito se logra cumpliendo las obras de misericordia, y de igual manera, se logra practicando el mandamiento del amor.

4.2.1 Una meta que nos identifica a todos

La Iglesia reconoce como propio el proyecto de su Señor y Maestro y, por eso, el Reino de Dios se convierte en meta, ideal y horizonte que jalona toda su existencia y su misión. La Iglesia reconoce que el Reino es un misterio de carácter universal y trascendente que nunca podrá ser controlado en términos verificables o cuantificables según estadísticas y parámetros humanos, pero que, se realiza en concreto en Cristo y en su obra salvadora, por el contacto con Él, logra transformar personas y comunidades, ya en este mundo. Esta doble dimensión exige un constante discernimiento para reconocer en la praxis pastoral de la Iglesia los signos del crecimiento, las fortalezas y las oportunidades, tanto como las dificultades y los retos que plantean nuevas circunstancias y las debilidades

que, si queremos convertir en oportunidades de crecimiento, se deben analizar en cada caso.

4.2.2. Objetivos evaluables

Para que ese discernimiento sea posible, la metodología prospectiva señala la necesidad de dar un paso más y de objetivar la meta ideal. Este consiste en identificar y proponer, a grandes rasgos, los ideales más concretos, tal y como han sido propuestos por la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia, que se convierten, entonces, en modelos alcanzables, que permiten evaluar los avances en el camino hacia la más plena realización del Reino, en las personas y la comunidad eclesial.

Este ejercicio reconoce, evidencia y propone a cada una de las personas e instituciones en la Iglesia su *deber-ser*, su *deber-saber* y su quehacer personal y comunitario, ministerial y evangelizador.

4.2.3. Una configuración ideal

El resultado de explicitar la meta ideal de la evangelización, dará como resultado un *modelo de Iglesia*. Se trata de la formulación concreta y explícita de un modelo tan amplio y tan rico en elementos, que su sola presentación podría, quizá, desconcertar un poco. Su propósito fundamental es generar la alegría y la esperanza de progresar cada vez más y de lograr un día, con la ayuda de la gracia, construir una Iglesia en Jesucristo.

La redacción del modelo ideal se elabora comunitariamente en la Iglesia Particular. En nuestros contextos particulares de “nueva evangelización” ya existen, gracias a la primera evangelización,

principios y valor del “Reino” en muchas personas. Esos principios y valores configuran interiormente a los que ya tienen fe confiriéndoles una verdadera “personalidad creyente” y capacitándolos para hacer valiosos aportes en lo que se refiere a la construcción de este ideal. Esto llevará a la definición del itinerario o camino para el PEIP que, de acuerdo con sus principios de base, tendrá dos dimensiones:

- *Itinerario global o pastoral*. Es una dimensión institucional, a largo plazo, con distintos pasos, de carácter comunitario y eclesial, cuyo énfasis es la acción pastoral que llevan a cabo los cristianos maduros en la fe, insertos vitalmente en la comunidad católica y ejerciendo ministerios para la edificación del pueblo de Dios con plena conciencia.

- *Proceso evangelizador*. Es una dimensión decididamente humana, desde la opción y espiritualidad misioneras que caracterizan al PEIP, que pone en movimiento todo el complejo de los diseños pastorales y las estructuras por la evangelización de las personas.

Nótese que la que la segunda dimensión nutre y alimenta la primera, de manera permanente y transversal, aportándole las personas que la animan.

En conclusión, el itinerario global y el proceso evangelizador, simultáneamente, teniendo presentes los componentes del ideal, inspirará la reflexión sobre los caminos que hay que seguir para pasar de la realidad inicial hasta el ideal querido.

4.3. El discernimiento evangélico

Concluidos los dos pasos anteriores, es necesario dar el paso de la interpretación de la realidad socio-pastoral, por medio del *discernimiento evangélico*, equivale a un diagnóstico, que consiste en la interpretación que nace de la luz y bajo la fuerza del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo. Es un reto vinculado a una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada.

El origen y fundamento del discernimiento está en la conciencia que tiene la Iglesia acerca de su deber con relación a *los signos de los tiempos* y a otros signos en los que Dios Nuestro Señor nos “llama” para que demos una respuesta personal o comunitaria ante hechos determinados.

La interpretación de la realidad socio-pastoral en la que vive la Iglesia comienza con la contemplación de sus ideales, en cuanto el pueblo de Dios, se

ajusta por la reflexión sobre los ideales concretos u objetivos realizables en el tiempo. La Iglesia desea que haya soluciones verdaderamente humanas en cuestiones que provienen de los “valores que hoy disfrutaban de la máxima consideración”, pero que se ven cómo han perdido su enlace con la fuente divina de la que ciertamente brotan.

El método para dicho discernimiento se puede sintetizar de la siguiente manera:

1. Conocer y comprender el mundo en que vivimos, aún con la ayuda de las ciencias sociales, pero siempre con la mirada de fe.
2. Escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio.
3. Responder a los interrogantes sobre el sentido de la vida presente y futura.
4. Discernir en los acontecimientos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios.
5. Auscultar, discernir e interpretar los diferentes lenguajes de nuestro tiempo.

En cualquier caso, “lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los Obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral”.

Para los efectos concretos del PEIP, de acuerdo con lo que ya hemos establecido, tendremos presentes diversos niveles de discernimiento de los signos de la presencia de Dios: los grandes signos de los tiempos en mundo globalizado, los signos de la presencia de Dios en un contexto diocesano y los signos de la presencia de Dios en el diario acontecer.

4.3.1. Los grandes signos de los tiempos

Al hablar de los “signos de los tiempos”, a partir del Concilio Vaticano II, hay que tener en cuenta que esta expresión tiene un aspecto sociológico-pastoral, que busca establecer una sintonía entre la Iglesia y el mundo, y otro más histórico-teológico en el que la Iglesia está llamada a discernir en la historia la presencia de Dios que actúa por medio

del Espíritu Santo. Se pueden clasificar en tres categorías:

1. Signos naturales que provienen de la naturaleza de las cosas en su realidad espontánea e inmediata.
2. Signos convencionales provenientes de la iniciativa humana.
3. Los signos históricos.

Es importante tener en cuenta que buscar los signos de los tiempos no significa que la Iglesia deje de lado las verdades eternas, sino que de alguna manera lo que ocurre es que el tiempo le proporciona las señales del encuentro entre el Evangelio y la esperanza de los hombres.

Es fundamental comprender que la indagación de los signos de los tiempos es una tarea propia de todo el pueblo de Dios, con una trascendental triple finalidad:

- a) Responder a los interrogantes de cada generación.
- b) Percibir la presencia y los planes de Dios en la historia.
- c) Hacer inteligible al hombre de hoy la verdad revelada.

El Concilio Vaticano II reconoce como signos de importancia máxima: el ecumenismo, la evangelización y la necesidad de la inculturación, el diálogo interreligioso, la búsqueda de paz, además de los pobres y los marginados, junto con el estado general de los ecosistemas, todos ellos son signos de los tiempos que tienen una envergadura global.

La preocupación pastoral de los Obispos de América latina ha señalado como “nuevos signos de los tiempos en el campo de la promoción humana”, los siguientes: los derechos humanos, la ecología, la tierra como don de Dios para toda la humanidad, el empobrecimiento y la solidaridad, el trabajo, el orden político, el nuevo orden económico, la integración entre países, la familia y la vida.

4.3.2. La lectura creyente de la realidad socio-pastoral de la Diócesis

Los signos de los tiempos, por su carácter universal, influyen en la Iglesia Particular, de tal manera que no conviene trazar límites cerrados entre la realidad universal y la realidad local. Por eso, el análisis de la realidad de una jurisdicción concreta, se encuentran también muchos signos globales que reclaman soluciones de comunión con todas las Iglesias Particulares.

A cada Iglesia Particular le corresponde la tarea de hacer un discernimiento interpretativo y valorativo, por la vía de la contemplación de Dios, en Él mismo, en sus misterios y en su acción poderosa en medio del pueblo, para salvarlo, para darle libertad y para establecer con Cristo una alianza perfecta. El marco interpretativo tiene que ser una expresión de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Para lograrlo, la Diócesis implementará una metodología simple que le permita identificar los signos del Reinado de Dios que hay en ella, los rechazos a los mismos, las conversiones necesarias y los retos y desafíos que se descubren en el momento histórico diocesano. Este análisis pondrá en evidencia hechos, fenómenos y acontecimientos que conmueven, interpelan y provocan a nivel de la jurisdicción: el PEIP los llama *hechos significativos*, el discernimiento de ellos permite reconocer urgencias que se llevan a al discernimiento comunitario y que en ocasiones se descubrirán como verdaderos llamados de Dios.

A las tareas que resultan como fruto del discernimiento evangélico, el PEIP las llama **acciones significativas**, que pueden ser periódicas y programadas o esporádicas y coyunturales, en todo caso se convierten en compromiso por la construcción de un mundo mejor más conforme con el plan divino y de una Iglesia más parecida al deseo de su Fundador.

Las acciones significativas se llevan a cabo, en primer lugar, fuera de los templos y de los salones parroquiales. Son acciones que corresponden, desde la fe, a los retos que la realidad diocesana plantea. Se preparan y ejecutan de tal manera que, sin perder la discreción propia de lo que es verdaderamente católico, sean vistos por muchos entre las multitudes. Y se procura que esa multitud reciba su efecto.

Aprender a hacer lectura creyente de la realidad y facilitarla a través de procesos permanentes es germen de la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, solidaria, misericordiosa y que cuida de la Creación, que son precisamente los factores que encarnan la evangelización decididamente misionera y la garantía de que la vida y la fe no caminan de manera paralela. Para evitar cualquier dicotomía entre fe y vida es necesario leer la realidad a la luz del Evangelio, con el espíritu de la Iglesia, en clave de misericordia. Esto hará que como creyentes y servidores de la pastoral, “la justicia y una vida digna de nuestros pueblos no sean solo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del Reino de Dios”.

4.3.3. La lectura creyente del diario acontecer

Este nivel corresponde a las personas individualmente consideradas o a grupos, pequeñas comunidades o sectores parroquiales. Con la misma pedagogía de Dios, que es la pedagogía de la fe, los creyentes deben ser iniciados en los métodos y en el arte del discernimiento espiritual. A ellos les es necesario aprender a distinguir las distintas mociones interiores para determinar si provienen de Dios y constituyen llamados de tipo personal o no. Los signos que se viven en la cotidianidad de la vida cristiana son, por lo general, sumamente discretos y tienen la función de recordarnos el cumplimiento de los deberes cristianos fundamentales, tal y como se derivan del propio estado de vida, de la práctica de los preceptos evangélicos.

4.4. Itinerario global para el logro del objetivo

4.4.1. Modelo operativo

El “modelo operativo” es una de las características más destacadas del PEIP. Se trata de una propues-

ta que consta de una etapa previa, que dura dos o tres años, y cuatro años de cinco pasos cada uno, con la función de acompañar el discernimiento inicial y permanente de la realidad de cada jurisdicción eclesiástica, para animar el *espíritu misionero y la espiritualidad de comunión* en todos los bautizados.

Es imprescindible recordar que el PEIP propone la transversalidad:

- De la *espiritualidad misionera y de comunión*.
- Del *primer anuncio o kerigma*, como elemento que nunca se deja de repetir porque nunca deja de producir frutos de conversión.
- Del *proceso evangelizador*, con sus tres etapas o momentos esenciales, de tal manera que se ofrezcan siempre en la Iglesia Particular, desde el inicio del proceso y a lo largo de todos sus pasos.
- De la *formación básica y permanente de la fe*.
- De la constante lectura creyente de la realidad que descubre diligentemente la voluntad de Dios en el diario acontecer y en las *llamadas o mociones personales, en los hechos significativos y en los signos de los tiempos*.

El **método** es el *prospectivo pastoral simple*, por el que la Iglesia Particular se propone, con la ayuda del diagnóstico pastoral y del discernimiento evangélico, el logro de unas metas conformes a sus ideales.

El **enfoque**, lejos de ser gerencial y administrativo, es misionero y evangelizador, o sea, misionero, catequético y pastoral.

El gráfico dos (2) presenta sinópticamente la etapa previa y los cuatro pasos. El elemento predominante en el diseño son las flechas. Todo el esquema se proyecta hacia adelante. Cada uno de los pasos se alimenta de la experiencia vivida en el anterior y se proyecta hacia el siguiente.

El proceso de la evangelización es la tarea más querida de la Iglesia, aquello para lo cual existe y es algo de lo que ella nunca se sustrae. Por eso, desde el inicio advertimos y entendemos que al KERIGMA NO LE CORRESPONDEN SOLO CINCO AÑOS, sino la vida entera; y que EL PROCESO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA NO SE OFRECE SOLO DURANTE EL SEGUNDO QUINQUENIO, sino siempre que se necesita.

Los “acentos” son insistencias de tipo formativo, pero no necesariamente acciones pastorales. En otras palabras, durante el primer quinquenio habrá un énfasis notorio sobre los medios y los espacios que favorecen el encuentro con el Señor. Ese paso tiene por meta ayudar a la Iglesia Particular a captar con claridad que el encuentro con Cristo se puede realizar de distintas maneras y en muchas situaciones.

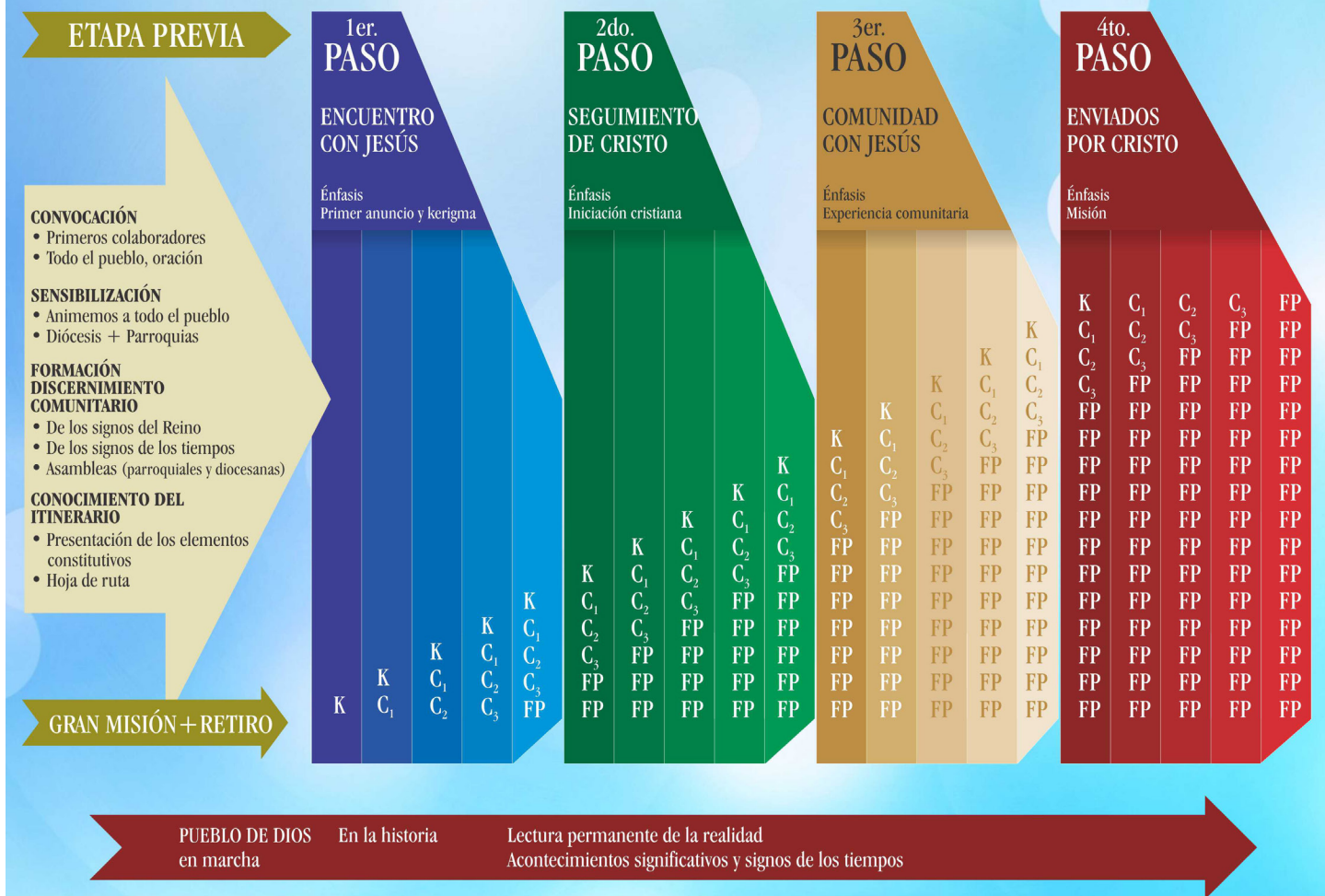
Para una correcta lectura e interpretación del gráfico hay que tener en cuenta las letras K (Kerigma), la C (catequesis) C1, C2, C3, (Niveles de iniciación cristiana) y FP (Formación permanente) que aparecen desde el principio, de manera horizontal y en ascenso. El proceso que siguen los llevará del primer anuncio a la iniciación cristiana y, de esta, a la vida en la comunidad cristiana, lugar específico en el que se despliega su formación permanente, y a compartir la misión de la Iglesia. Con el gráfico indicamos que siempre habrá kerigma y que siempre habrá una oferta de catequesis para los que, llegados a la fe por el primer anuncio, deben madurar en su fe y estructurar su conversión al Señor.

4.4.2. Los pasos del proceso

El PEIP ofrece a las jurisdicciones que lo asumen, una estructura quinquenal a veinte años, durante los cuales se refuerza y anima, desde sus principales dimensiones el proceso evangelizador.

En el gráfico 2 se aprecia como se entretajan la estructura objetiva de cuatro pasos, de cinco años cada uno, más la necesaria etapa previa,

REPRESENTACIÓN SINÓPTICA DE LOS PASOS DEL PROCESO EVANGELIZADOR



con el proceso subjetivo de la progresiva inclusión de personas que llegan por el camino de la triple acción evangelizadora: la acción misionera, la acción catequético-iniciatoria y la acción pastoral.

Cada Iglesia Particular vive estos pasos de acuerdo con su *Plan Global* y desde su propia situación, dedicando el último año de cada quinquenio para:

- 1. Actualizar** su análisis de la realidad socio-pastoral, teniendo en cuenta posibles nuevas variables y su incidencia en el camino hacia los ideales que la Iglesia Particular se ha trazado.
- 2. Evaluar** los programas seguidos o implementados durante el quinquenio, haciendo especial énfasis en los logros a nivel de constitución y vitalidad de las comunidades eclesiales misioneras.
- 3. Planificar**, el quinquenio siguiente tomando como punto de partida el diseño comunitario de una *meta diocesana* con sus políticas y estrategias.

4. Animar en la fe a todos los miembros de la Iglesia Particular con ejercicios espirituales previstos, y, sobre todo, por la formación permanente y profunda en las variadas dimensiones de la espiritualidad misionera y comunitaria.

La planificación quinquenal se convierte en una de las publicaciones periódicas importantes de la jurisdicción.

Y, dentro del quinquenio, también son importantes los años. El primer año de cada quinquenio debería dedicarse al afianzamiento del espíritu general del quinquenio y a realizar los ajustes estructurales necesarios a nivel de jurisdicción. Y cada año, de manera comunitaria, con dinámicas que involucren y den real participación a toda la Iglesia, en toda jurisdicción, pero también en cada parroquia, se debe llevar a cabo la **programación anual**.

Dicho lo anterior, pasamos a la descripción detallada de los pasos del PEIP:

0. ETAPA PREVIA

LLAMADOS Y ENVIADOS POR CRISTO

Acento: contemplar a Cristo/ conocer sus proyectos sobre el Reino

La etapa previa va desde el momento en el cual se propone a la Iglesia Particular la asunción del PEIP, comenzando por el colegio de consultores y el colegio de presbíteros, es decir, por la toma de decisiones, hasta cuando el presbítero diocesano lo ha asimilado y ha manifestado el compromiso de ponerlo en práctica.

Este tiempo se caracteriza, de manera especial porque es aquél en el cual la Iglesia Particular construye comunitariamente su propio análisis socio-pastoral. Por lo tanto, es tiempo de muchas reuniones y ejercicios comunitarios de análisis y discernimiento de la realidad. Estos incluyen un elemento pedagógico y metodológico propio: las “ejercitaciones”, que se realizan en tres tiempos, de dos o tres jornadas cada uno, para la asimilación progresiva del proceso evangelizador en el espíritu y la metodología de la planeación prospectiva.

Esta etapa dedica sus mejores esfuerzos a la congregación de laicos en grupos que pueden llegar a ser comunidades de intensa vida cristiana en los que ellos reciban o completen su iniciación cristiana, de tal manera que puedan difundir el proyecto evangelizador en sus parroquias. Ayudados por este primer grupo que ya hizo esta experiencia, seguirá todo el proceso evangelizador hasta construir, en un tiempo relativamente corto de unos dos años, más o menos, *comunidades eclesiales misioneras vivas*.

La etapa previa puede durar dos o tres años, de acuerdo con la realidad pastoral que se confronte. Si en la Iglesia Particular ya hay pequeñas comunidades eclesiales vivas, basta con dedicar el tiempo necesario para la implementación de los elementos fundamentales.

Las tareas de esta etapa son: la convocación, el análisis de la realidad socio-pastoral y el discernimiento evangélico comunitario, la sensibilización de las parroquias, la formación de los primeros animadores y la presentación general del itinerario.

Una vez tomada la decisión de optar por el proceso, su inicio se vuelve tarea de todas y cada una de las personas de la jurisdicción.

Convocación: Es la acción pastoral que se realiza en cada parroquia, para buscar y para llamar a los primeros colaboradores. Se comienza por los más cercanos, los que llevan una visa sacramental más fuerte, por quienes ya están en grupos apostólicos y por aquellos que siempre han querido que su parroquia crezca y progrese; de igual manera se informa a la parroquia en general sobre la implementación de un Plan Pastoral que beneficiará a todos los miembros de la Iglesia, y de las motivaciones de la Iglesia Particular al hacer esta elección.

Análisis de la realidad y discernimiento comunitario: El ejercicio comunitario para el estudio comunitario de la realidad socio-pastoral reviste particular importancia, ya que es uno de los pilares de la planeación estratégica y debe hacerse de la manera más inteligente posible. Los grupos que se encarguen de este estudio, al inicio de la implementación del PEIP, deben ser muy bien preparados y acompañados.

El discernimiento permitirá, en cada caso, descubrir con mayor claridad la voluntad de Dios y los medios para cumplirla con la dignidad que merece.

Cada jurisdicción tendrá, entonces, la responsabilidad de diseñar su propio Plan Global con los aportes de todos y con las decisiones que se pueden tomar desde el principio.

Sensibilización: Se organiza y se realiza a nivel diocesano y parroquial, durante varios meses, mediante campañas de comunicación que hagan notar la necesidad pastoral y espiritual que vive la jurisdicción.

Formación de los primeros animadores: Es la tarea más delicada de toda la etapa previa, porque se trata de formar a los animadores de un nuevo proceso. Estos animadores deben ser cuidadosamente educados y acompañados, ellos deben asimilar vitalmente los criterios y líneas de acción del proceso. Y, para esto, lo mejor es que ellos mismos hagan el proceso que luego aplicarán a otros. Aquí lo importante será dejarse llevar por el Espíritu y disfrutar de la gracia del camino de la iniciación cristiana, asimilando lo que falte y profundizando en lo que se tiene, porque de lo que se vive en este momento, se va a nutrir la experiencia posterior.

Una de las motivaciones más significativas y fuertes para este primer grupo será, sin lugar a dudas, que los párrocos y los demás sacerdotes caminen con los convocados, perseverando serena, alegre, constante y pacientemente en las reuniones de formación.

Elaboración y presentación del itinerario: Al final de los análisis y de los estudios, se presenta el **Plan Global** y se indican los caminos por los cuales se conducirá a la acción pastoral, señalando que siempre habrá espacios de evaluación comunitaria y posibilidades para mejorar y para dar nueva dirección a los procesos.

Se dan a conocer, entonces, los pasos del PEIP como modelo y se compromete a la jurisdicción en la toma de opciones y en la tarea de planificación más concreta de las acciones para el primer quinquenio, teniendo en cuenta que el primer año del mismo tendrá valor de introducción y de impulso, los tres años siguientes serán para desarrollo y afianzamiento de lo planificado y el quinto año será para análisis de la realidad, revisión de la marcha del proceso, evaluación y planificación del

próximo quinquenio. Es importante que las jurisdicciones sepan, desde el principio, que el análisis y el discernimiento de la realidad socio-pastoral se renuevan y actualizan al final de cada quinquenio.

Estructuras necesarias: Cada jurisdicción cuenta con algunas estructuras de consulta, de decisión y de ejecución, a saber: *el consejo episcopal (o de gobierno), el consejo de presbíteros, el colegio de consultores y el consejo de pastoral*. Los miembros de estos órganos de servicio y de ayuda pastoral han de ser los primeros y más constantes animadores de todo el proceso. Estas estructuras son las que reciben la primera información del PEIP y ayudan al Obispo a tomar la mejor decisión para la jurisdicción.

La estructura más significativa que aparece en la etapa previa, al inicio de la implementación del PEIP, es el *Equipo Diocesano de Animación Pastoral (EDAP)*. La función del EDAP es la promoción y la animación general del proceso, la animación misionera y la comunitaria, la reflexión constante y la evaluación permanente del mismo. Es importante que el EDAP se reúna al menos cada quince días, teniendo en cuenta que podrían ser necesarias más reuniones, sobre todo en la implementación del proceso, además, el nombramiento de los integrantes del EDAP es competencia exclusiva del Obispo.

Es importante que cada una de las parroquias convoque, forme adecuadamente en la fe y capacite a grupos de laicos que puedan compartir con entusiasmo el celo de la Iglesia por la evangelización del mundo. Se sugirió la conformación de un grupo de carácter no permanente al que se le llamaría *Equipo de servidores de la animación misionera y comunitaria de la parroquia*. Un grupo grande de personas ya evangelizadas que serán los primeros misioneros, animadores de comunidades y catequistas; y son los primeros en tomar parte activa en la conformación de los *grupos eclesiales o comunidades misioneras*. Ellos son el “semillero” del cual saldrán los primeros servidores para el ejercicio de los ministerios pastorales en sus parroquias y para la conformación del primer *Equipo Pastoral de Animación Parroquial (EPAP)*, que nacerá cuando los miembros del primer grupo hayan conformado las primeras *comunidades eclesiales misioneras*.

Nota pastoral: Es importante tener en cuenta que la civilización actual tiende al desánimo, esto se evidencia en las realidades complejas que experimenta la época en que vivimos, de la misma manera como podemos sentir el peso que proviene de esas limitaciones, debemos también alegrarnos por las nuevas e interesantísimas posibilidades que las acompañan.

El PEIP hace opción clara por los procesos y por la “procesualidad”, quiere decir, que se renuncia, en muchas ocasiones, al resultado inmediato y a la gratificación que proporcionan los éxitos cuantificables y medibles. De esta manera, se consultan los signos de la voluntad de Dios y se obra en consecuencia.

Lo único que puede hacer ineficaz el proceso evangelizador es la mundanidad espiritual, que nos deja infantiles, vendidos a ideologías que no expresan la plenitud del Evangelio. Desde el inicio del proceso estaremos atentos a los signos de cansancio como a verdaderas señales de tentación. Y se enfrentarán con los medios habituales de la gracia y, especialmente, con los ejercicios espirituales.

Celebración del paso

La gran misión diocesana y el lanzamiento de los encuentros con Cristo

Para dar el primer paso, es importante reiterar que la etapa previa debe haber sensibilizado eficazmente a todo el pueblo de Dios en cuanto a la necesidad de una conversión resueltamente misionera y, más aún, poder constatar de alguna manera cierta que se han logrado ya avances significativos en este camino.

La *gran misión diocesana* es una misión kerigmática o evangelizadora, en virtud de lo cual se diseña, se prepara y se ejecuta. Sus metas son las de la acción misionera en su conjunto, a saber: la fe y la conversión iniciales. Por eso, se ordena a la trasmisión de la fe, en el espíritu (Rm 10, 8-10. 13-17), sucintándola y estimulándola en los oyentes por medio de la predicación fiel de la Palabra de Cristo, acompañada del testimonio de la caridad cristiana. Esto se lleva a cabo durante un tiempo y espacio denominado iniciación cristiana, en el que, por la catequesis, se educa en la conversión

inicial hasta una madurez fundamental, es decir, hasta cuando se establecen sólidamente de los cimientos del edificio de la fe.

Con esta celebración de paso se pone en marcha, o se refuerza y revitaliza, el proceso evangelizador en las parroquias y en la jurisdicción.

Como refuerzo de la experiencia kerigmática y como recurso pedagógico que conecta el primer anuncio con la catequesis de iniciación cristiana, se ofrecen dos tipos de actividades:

1. Un retiro kerigmático en el cual se promueve el encuentro con Cristo mediante la pedagogía propia de los ejercicios espirituales. El retiro es como una síntesis de todo el proceso evangelizador y por eso sirve de puerta de entrada, de paso a todo el camino de iniciación cristiana y de pre-gustación de la dicha de la comunión y misión de la Iglesia. Por eso, para darle este sentido, teniendo siempre en cuenta que el motivo del encuentro es el Señor, se sugiere que las jurisdicciones lo llamen: “Encuentro con Cristo, Puerta, Camino y Pastor”.
2. Una serie de doce catequesis *kerigmáticas*, con el fin de prolongar más en el tiempo la experiencia de la misión y, sobre todo, para el acompañamiento pastoral de los que fueron “tocados” por la gracia durante la misión y en el retiro kerigmático. El PEIP recomienda dar el nombre de “Encuentro con Cristo” a las catequesis kerigmáticas. Durante este tiempo (el de las catequesis), además de las reuniones, se programan encuentros personales con los participantes para verificar en cada uno el logro de las metas.

1. PRIMER PASO

ENCUENTRO CON JESÚS

Acento: Primer anuncio y kerigma

El primer paso del PEIP tiene como propósito el *encuentro con Jesús* porque de ese encuentro dependen toda la vida cristiana y toda acción pastoral. El encuentro con el Señor se puede promover y cultivar de múltiples formas en la Iglesia. Durante este quinquenio, la Iglesia recibirá formación en información sobre diversos elementos que facilitan y promueven este encuentro.

Las insistencias presentan cinco ámbitos eclesiales en los que se facilita y se lleva a cabo el encuentro con Jesús (**gráfico tres (3)**): en la Palabra de Dios; en la liturgia; en la comunidad de fe; en los hermanos, especialmente en los más pobres; y en la devoción filial a la Santísima Virgen María.

Las estructuras que nacen en este quinquenio

Cada párroco establecerá el EPAP, con personas que se destaquen por su comprensión del proceso diocesano de evangelización y por su celo misionero, este grupo lo integrarán un mínimo de siete personas y un máximo de doce. Deberá estar plenamente constituido para el final del quinquenio y sus funciones son: el análisis y estudio de la realidad permanente de la realidad pastoral de la parroquia; la promoción del conocimiento y la aplicación del PEIP; el diseño, la animación y el acompañamiento de procesos pastorales a la luz del proyecto diocesano; y las evaluaciones prospectivas periódicas, especialmente las quinquenales.

Para este momento ya han surgido las primeras estructuras, las más visibles y las más queridas de todo el proyecto pastoral, a saber: las *comunidades eclesiales misioneras*. Lo normal es que las comunidades surjan cuando sus miembros terminan el proceso de iniciación cristiana y hacen opciones

estables para la vida.

Conviene que durante este quinquenio se dediquen esfuerzos especiales de formación y capacitación a un grupo de catequistas que se especialicen en el trabajo con los jóvenes. A diferencia de los niños, cuya comunidad natural es la familia, en la adolescencia se despierta una especie de instinto gregario que favorece el que los jóvenes sí puedan integrar comunidades de vida.

Con el surgimiento de las comunidades, puede ser conveniente el nacimiento de un *comité o ministerio parroquial para la animación de las comunidades*, cuya función consiste en ayudar a los párrocos en el pastoreo integral de las comunidades, garantizando su comunión afectiva y efectiva con la parroquia y con la Iglesia Particular, su formación permanente en la fe, su inserción razonable, dinámica y orgánica en el plan de pastoral de la parroquia y la Diócesis, su compromiso caritativo y social, incluso político, su participación organizada en la liturgia y, sobre todo, su fidelidad a la reunión semanal y a sus distintos momentos. A este ministerio pertenecen, naturalmente los animadores de las comunidades.

Como efecto de la *gran misión* y los *encuentros con Cristo*, conviene que, en todas las parroquias nazca el *comité o ministerio parroquial de evangelización y misión*. Este ministerio está formado por todos los que colaboran en los encuentros con Cristo y en las distintas labores de difusión del Evangelio en la parroquia. Al ministerio parroquial de evangelización y misión corresponden, entonces, desde el inicio del proceso y con intensidad creciente, entre otros: la carta a la comunidad parroquial, el equipo de redacción de la misma y la red de mensajeros que la distribuye con espíritu y

celo de verdaderos misioneros.

La carta a la comunidad parroquial es un instrumento mensual o bimensual de pastoral, con función eminentemente misionera, que busca llegar a todos los habitantes de la parroquia, tanto en los hogares como en otros campos, para promover la acción misionera y facilitar el logro de las metas del primer anuncio y el kerigma, para animar a todos los fieles en la fe y en la esperanza, haciéndolos partícipes de los planes de la Iglesia Particular, también para dar noticias parroquiales importantes.

Durante el primer paso nacen en cada parroquia los *ministerios especiales*, o algunos de ellos. Como por lo regular, se trata de servicios pastorales que ya se ofrecen en las parroquias (obras de misericordia, pastoral de la salud, pastoral juvenil y vocacional, etc.).

Con la participación de quienes avanzan en su camino de formación discipular, se establecen o se renuevan las delegaciones y las comisiones diocesanas para animar las distintas dimensiones y acciones pastorales.

Antes del cuarto año de este quinquenio, con la colaboración de los laicos que manifiesten capacidades especiales para la estadística y para la interpretación de fenómenos, de hechos y datos cuantificables, se constituye en cada jurisdicción un *observatorio de la realidad socio-pastoral, con actividad permanente*.

Entre las tareas del observatorio están: manejo ordenado de los datos geográficos, históricos, demográficos y descriptivos que faciliten el conocimiento de la jurisdicción, de sus parroquias y de sus instituciones; el seguimiento de las noticias más relevantes sobre la situación actual del mundo, del país, y de la región; poner a disposición de la Iglesia un banco de datos; presentar un análisis

periódicamente que permita al clero y los fieles realizar bien sus tareas de *planificación y programación pastorales*; promover espacios para difundir los análisis ya hechos; y el conocimiento de las diferentes tendencias y corrientes de pensamiento que interfieren directamente en la religión en general y al rol de la Iglesia en particular. Finalmente, los observatorios tienen la tarea de ofrecer los insumos que el pastor de la Iglesia Particular y el EDAP necesitan para la evaluación quinquenal y para la planificación que la acompaña.

Planificación y programación

Una vez constituidos los EDAP, tienen la función de asimilar la programación diocesana y colaborar con el párroco en el diseño de la propia, todos dedican el quinto año del primer paso a varias acciones

1. Evaluación general del proceso.
2. Revisión y ajuste del análisis socio-pastoral de la realidad.
3. Un ejercicio comunitario de discernimiento evangélico en el ámbito del EDAP.
4. La planificación del quinquenio que sigue.

Celebración del paso

Semana de la fraternidad

Es una gran celebración de la fe y de la vida diocesana, se lleva a cabo a nivel sectorial, parroquial y diocesano. Su primer objetivo es ser un gran testimonio de la alegría que la vida comunitaria suscita en la Iglesia. Durante esta semana se hacen *asambleas familiares* en todos los sectores de la parroquia y se emplea la 'lectio divina' como método para la proximidad a la Palabra de Dios y para la oración profunda.

2. SEGUNDO PASO

SEGUIMIENTO DE JESÚS

Acento: Iniciación cristiana

El segundo quinquenio tiene un acento catequístico con insistencias anuales que motiven a toda la Iglesia Particular a que se realice una conveniente revisión sobre el cumplimiento de las tareas propias de la iniciación cristiana: el conocimiento teórico y experiencial de la fe y de su adecuada celebración, el aprendizaje integral de la vida en Cristo en coherencia con los criterios del Evangelio, y formación del creyente, para que ore como Cristo nos enseñó y para que se inserte en la comunión de la Iglesia. Este paso se distingue, además, porque promueve la centralidad de la Palabra de Dios escrita y porque ofrece a todos los fieles un conocimiento más ordenado y profundo de la Sagrada Escritura.

Los catequistas merecen un trato especial en la Iglesia, porque facilitan a los fieles la experiencia única del encuentro con la Palabra de Dios que renueva y educa la vida cristiana con una pedagogía que proviene del mismo Señor.

Estructuras que nacen en este quinquenio:

- Centro de estudios para la formación y la capacitación de los laicos: Nace de la necesidad de ofrecer distintas opciones para la formación permanente. Esta institución se encarga de la formación de los fieles fuera del ámbito de la formación permanente; la formación bíblica, doctrinal y moral de los fieles en la medida que lo van necesitando; y la preparación de distintas actividades de formación para la Diócesis.
- Ministerios parroquiales de catequesis: Su labor principal es ofrecer los itinerarios diversificados y ejecutar a nivel local todos los programas del proyecto diocesano de catequesis.
- Comité o ministerio parroquial para la animación de comunidades y grupos apostólicos. Su principal labor es acompañar la marcha de las comunidades y grupos, velando por la catequesis iniciatoria y formación permanente de sus integrantes. Es importante que el apostolado concreto de quien coordine este ministerio a nivel parroquial sea visitar comunidades, a nombre del párroco, y ayudarlo a animar la vida comunitaria de todo el pueblo de Dios.
- Ministerios parroquiales de evangelización y misión: Ayudan al párroco a preparar y capacitar misioneros para las misiones de sector; emiten la carta a la comunidad, entre otras estrategias de difusión de información.
- Ministerios parroquiales de pastoral caritativa y social: Estimulan en toda la parroquia las tres dimensiones de esa acción pastoral: las obras de misericordia; la promoción humana integral, de acuerdo con la Doctrina Social de la Iglesia; y la evangelización de las estructuras sociales.
- Se debe terminar de configurar el ministerio parroquial para la animación de la vida litúrgica y la evangelización de la piedad popular, cuya labor es velar por el esplendor de la liturgia, tal y como lo celebra la Iglesia Católica; además de evangelizar las prácticas de piedad popular, sin suprimirlas ni lastimarlas, es decir, purificarlas.
- En este quinquenio se consolidan los ministerios especiales que nacieron en el primer paso.
- Ministerio parroquial para la pastoral juvenil. El primero que debe mostrar su interés y compromiso es el párroco de cada lugar. Cada jurisdicción debe establecer las directrices que considere pertinentes para la realización del sacramento de la confirmación (que es la manera como llegan gene-

ralmente los jóvenes a las parroquias) y, por ende, la convocación de los mismo, pero debe prevalecer el criterio evangelizador. La tarea de suscitar el interés de los jóvenes por Cristo tiene que ser muy fiel a al espíritu de la Doctrina y de la liturgia católicas, de tal manera que no se hagan cosas que deformen las conciencias o las maneras de celebrar la fe.

Celebración del paso

Misión del Sh[^]emá (Deuteronomio 6, 4-9)

Los motivos para esta misión son múltiples. Se programan para vivir entre todos los fieles el amor de Dios y el deber de la transmisión de la fe y del amor de Dios a los hijos, de acuerdo con lo que pide Dios en el Shemá.

En concreto, esta misión pretende involucrar a toda la Iglesia Particular con un doble objetivo. En primer lugar, se trata de una nueva misión kerigmática general, por su insistencia sobre el mandamiento del amor con el fin de llamar a más y más personas a entrar en el proceso diocesano de evangelización y a la constitución de comunidades de fe y vida cristiana. Y, en segundo lugar, por su llamada a la escucha, es un momento fuerte para promover la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de toda la Iglesia Particular. Esta misión

es, entonces, una fuente de invitación a escuchar la Palabra de Dios en todos los acontecimientos de la vida. Se motivará a todas las familias para que la tengan, la lean con provecho, oren con ella y la apliquen en su vida y en sus relaciones de todos los días.

Se propone trabajar un signo externo, que recuerde el primer mandamiento. El diseño del recordatorio corresponde a cada jurisdicción y, para que no se preste a ningún equívoco, se sugiere que sea una cruz, recomendando que la cruz contenga algunos elementos acuñados o pintados, que destaquen la recepción neotestamentaria de Deuteronomio 6, 4-9.

La misión del Shemá lanza el tercer paso, dedicado a la vida comunitaria. Es por ello que se debe relanzar la experiencia comunitaria fundamental, que es la familia cristiana. El tercer paso dedicará motivación privilegiada a la familia, como lugar de comunión.

La misión se prolonga de dos maneras: con un programa especial para los que ya viven en comunidades eclesiales misioneras y con el programa habitual de las doce semanas de catequesis Kerigmáticas y el camino de iniciación cristiana para los demás.

3. TERCER PASO

COMUNIDAD CON EL MAESTRO

Acento: Experiencia comunitaria

Los cinco años de este paso ponen de relieve e insisten sobre las distintas dimensiones de la vida comunitaria que brota de la fe y el bautismo y que, para este momento, muchos fieles deben estar viendo con provecho.

El mejor de los signos de este quinquenio es el presbiterio diocesano unido por fuertes vínculos de caridad y solidaridad. También este es un don

de la gracia, al que se llega por vía de entrega total y de evangelización progresiva. A estas alturas los sacerdotes ya habrán dado los pasos necesarios para vivir en la unidad. Para este paso, habrá se promoverán experiencias de comunión entre sacerdotes, para que se entusiasmen por vivir en comunidades presbiterales que reflejen la unidad en la diversidad, la caridad en la alegría y la solidaridad en la acción pastoral y en las pruebas, procu-

rando una comunión de bienes al igual que la comunidad de los apóstoles, también con el Obispo diocesano, tal y como se contempla en el libro de Los Hechos.

Estos años deben ayudar a todos los fieles a crecer en el sentido comunitario y a experimentar la urgencia por la unidad que Cristo quiere para todos los bautizados. Este testimonio será uno de los medios privilegiados para convocar a los alejados y para abrir las puertas del proceso evangelizador. Este testimonio ha de servir también para que se incrementen los lazos de caridad con los cristianos que se han separado de la Iglesia y con las personas que viven en otras experiencias religiosas.

Las estructuras que nacen en este quinquenio

Cada jurisdicción evalúa las estructuras existentes y establece algunas propias que pueden servir a los propósitos del proceso diocesano. Este sería el momento para crear organismos diocesanos que promuevan el diálogo con los demás cristianos, con otras religiones y con otras culturas, dotándolos de recursos convenientes.

Este paso sirve para revitalizar el comité o ministerio de pastoral familiar y, eventualmente, para encargarle nuevas funciones. En muchos lugares, por el número de familias que realizan los ideales de familia cristiana, se pueden constituir comunidades eclesiales misioneras de familias

Celebración del paso

**4.
CUARTO
PASO**

**ENVIADOS POR
EL SEÑOR**

Acento: Misión

El cuarto paso es un tiempo de consolidación de todo el PEIP en cuanto a su objetivo primero de expresar la naturaleza evangelizadora de la Igle-

El congreso eucarístico diocesano

La celebración de la comunión de las personas tiene su culmen en la Eucaristía como sacrificio pas-cual, banquete fraterno y presencia real de Cristo.

El congreso eucarístico diocesano se realiza para promover la conciencia de la grandeza de la Eucaristía y la eficacia de su banquete sacrificial. De esta manera, el congreso eucarístico se sitúa entre los últimos pasos del proceso, explicando y celebrando el que concluye, y preparando y animando el que comienza. Entre los objetivos del congreso también está el fomentar la participación de un mayor número de fieles en la celebración dominical, en todo el territorio diocesano y, la participación plena, consciente y activa de todos los bautizados en ella. En este sentido, también el congreso eucarístico puede entenderse como una misión que llama a la madurez en la fe a quienes han recibido el anuncio salvador de Cristo.

El congreso eucarístico se prepara y se celebra durante un año, de acuerdo con las normas vigentes para este tipo de eventos. Es convocado por el Obispo diocesano, tiene tres momentos importantes, que son: la preparación o precongreso; la celebración y el poscongreso. El congreso mismo tiene varios tipos de actividades: unas de formación académica, tanto al nivel pastoral como litúrgico e incluso bíblico y teológico; otras que favorezcan la comunión fraterna y el encuentro de muchos fieles, incluso artísticas y culturales; y otras propiamente celebrativas.

sia y de la existencia cristiana. Para este momento se espera que haya muchas comunidades eclesiales misioneras en todas las parroquias y que sus

miembros se estén renovando en Cristo continuamente por la caridad fraterna y la Eucaristía. Esta etapa anima más el compromiso cristiano de los evangelizados para los apostolados de anuncio y convocatoria a la fe y los procesos de formación cristiana, como para la realización de acciones de clara incidencia en los múltiples tejidos de la sociedad, incluyendo estructuras de la vida política y de gobierno, los cuerpos legislativos, las cortes, el sistema judicial, la cultura y la educación, etc.

Para este tiempo deben de haber surgido laicos suficientemente formados en la fe y en los criterios de vida del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia, hábiles para ocupar puestos directivos en instituciones de servicio social y de gobierno, en las ramas legislativa y judicial, así como en empresas y en el comercio. Estos laicos vivirán su compromiso en la sociedad como misión, con la consciencia de ser enviados por Cristo a evangelizar las estructuras que conforman y determinan la sociedad, desde adentro. Por su parte, la Iglesia diocesana habrá invertido sus mejores esfuerzos y recursos, en la formación y capacitación de estos laicos de alta incidencia social.

Las insistencias de cada año recuerdan dimensiones del carisma misionero de la Iglesia y de todos los bautizados y esperan servir para que toda la Iglesia Particular se renueve en este compromiso, cuya forma es la salida misionera, cuyo espíritu es el del celo apostólico y cuyo motor intrínseco es la Eucaristía y la vida concreta en una comunidad eclesial misionera.

Las estructuras que nacen en este quinquenio

Durante este quinquenio se refuerzan las actividades del Observatorio Diocesano de la Realidad Socio-Pastoral, cuya tarea será importante en la preparación del Sínodo Diocesano. Desde el segundo año del quinquenio se comenzará la preparación del Sínodo Diocesano, de tal manera que la llegada del mismo no sorprenda a nadie. Se necesitarán de algunas estructuras provisionales, como la Secretaría del Sínodo Diocesano, con el objetivo de acompañar al Obispo en la metodología de selección y en la selección misma

de los temas que tratará el Sínodo, en la redacción de los instrumentos de trabajo, la realización de las consultas previas al interior y al exterior de la jurisdicción, el establecimiento de las normas sinodales, la ejecución de las asambleas sinodales y su correcta conservación, archivo y ejecución de sus mandatos, etc.

Celebración del paso

Sínodo Diocesano

El Sínodo Diocesano, al vértice de las estructuras de participación de la Diócesis, ocupa el lugar primario. Se rige según las normas del Derecho Canónico y es una celebración de la unanimidad en la fe y en la misión católicas, de la fraternidad, de la comunión y de la búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios con respecto a su Iglesia. Es convocado por el Obispo diocesano, después de escuchar el consejo presbiteral. Entre los motivos, el Obispo también tendrá en cuenta la necesidad de promover una pastoral de conjunto, de aplicar normas u orientaciones superiores en el ámbito diocesano, los problemas particulares de la Diócesis que necesiten de una solución compartida y la necesidad de una mayor comunión eclesial. Llegan a él quienes han sido formados durante un tiempo considerable y llegan con un conocimiento reciente de la realidad socio-pastoral de la jurisdicción. Todos se ubican en el gran contexto de la Iglesia Universal y en el marco de la aplicación del Concilio Vaticano II y del Magisterio posterior a él.

Buscan desde un camino común sinodal las vías que Dios Nuestro Señor le señala a la Iglesia Particular en sus circunstancias concretas. Su función no es la de repetir textos ya escritos, ni la de la simple elaboración de unos nuevos. Su tarea es ver con mirada de fe lo que es la voluntad de Dios y proponer a la Iglesia horizontes de comprensión y criterios claros de acción, señalando objetivos comunes. Sus resultados esperados tienen que ver directamente con el Plan Global de Pastoral para el periodo que sigue; y con el esclarecimiento y la aplicación a la jurisdicción de distintos elementos relativos a la doctrina y a la moral católicas, así como a la disciplina eclesiástica.

PASOS O ETAPAS CENTRALES DEL PROCESO - DISEÑO TEMÁTICO CON INSISTENCIAS				
ETAPA PREVIA	PRIMER PASO	SEGUNDO PASO	TERCER PASO	CUARTO PASO
	ENCUENTRO CON JESÚS	SEGUIMIENTO DE CRISTO	COMUNIDAD CON JESÚS	ENVIADOS POR CRISTO
	Acento: Primer anuncio y kerigma	Acento: Iniciación cristiana	Acento: Experiencia comunitaria	Acento: Misión
REALIDAD CONVOCACIÓN • Primeros colaboradores • Todo el pueblo, oración SENSIBILIZACIÓN • Animemos a todo el pueblo • Diócesis + Parroquias DISCERNIMIENTO COMUNITARIO • De los signos del Reino • De los signos de los tiempos • Asambleas (parroquiales y diocesanas) CONOCIMIENTO DEL ITINERARIO • Presentación de los elementos constitutivos • Hoja de ruta	En la Palabra de Dios	Fe, Revelación e historia de la Salvación	El Espíritu Santo, artífice de la comunión a imagen de la Trinidad	Cristo, enviado por el Padre
	En la Liturgia	Celebración de la fe Liturgia, Eucaristía, Sacramentos	Familia, primera experiencia de comunión	Enviados para evangelizar
	En la Comunidad de fe	Vida en Cristo	Comunidades de discípulos misioneros: Hechos 2, 42-47	Enviados a los más pobres Las periferias existenciales
	En los hermanos, especialmente en los más pobres	Oración Cristiana	Parroquias (y Sectores)	Evangeliación de las estructuras Política, economía, cultura, educación
	En la devoción filial a María a Jesús por María	Compromiso cristiano en el mundo Comunión y misión	Comunidad de Comunidades	Hasta los confines del mundo Misión "ad gentes"
	Encuentro con Jesús	Encuentro con Jesús	Encuentro con Jesús	Encuentro con Jesús
	Seguimiento de Cristo	Seguimiento de Cristo	Seguimiento de Cristo	Seguimiento de Cristo
	Comunidad con Jesús	Comunidad con Jesús	Comunidad con Jesús	Comunidad con Jesús
	Enviados por Cristo	Enviados por Cristo	Enviados por Cristo	Enviados por Cristo
	Cel. Semana de la Fraternidad	Cel. Misión del Shemá	Cel. Congreso Eucarístico Diocesano	Cel. Sínodo Diocesano
CEM Convocación	CEM Conformación	CEM Consolidación	CEM Misión	
PROSPECTIVA Acontecimientos significativos	REALIDAD Signos de los tiempos	MARCO IDEAL / REINO DE DIOS		
De masa... Discernimiento ...a Pueblo de Dios				
ENFOQUE:	EVANGELIZADOR			
FUNDAMENTO:	Misionero	Trinitario	Cristológico/Cristocéntrico	Eclesiológico Pneumatológico Histórico-Salvífico

4.5. Centros y dimensiones de la pastoral

La Iglesia ha reconocido tradicionalmente tres dimensiones de la acción pastoral: la pastoral profética y ministerio de la Palabra; la pastoral litúrgica o ministerio del cultivo divino; y la pastoral caritativa, comunitaria y social, o ministerio de la caridad. Muchos de estos ministerios se interrelacionan y complementan. Algunos solo pueden nacer cuando se han cumplido las metas de otros y unos ponen condiciones que faciliten el ejercicio de otros.

El PEIP prefiere llamarlas dimensiones de la pastoral, porque quiere dar a entender que entre ellas hay una unidad múltiple y sólida. Y, quiere destacar que en ellas existen dinámicas y relaciones que conviene tener en cuenta para una mejor comprensión de todo lo que les concierne.

En cuanto el PEIP hace opción radical por la comunidad en concreto y por una espiritualidad de comunión, por la salida misionera y por una espiritualidad misionera, propone a las Iglesias Particulares que, como criterio habitual, quienes van

a ejercer ministerios en la Iglesia, incluso los más sencillos, provengan de comunidad eclesial misionera (CEM) que los acompañe en su formación permanente y que les ayude a interpretar continuamente sus experiencias pastorales y a evaluar su compromiso.

Con estas indicaciones queda claro que ya no hablaremos más de "niveles" de la acción pastoral sino de "centros y dimensiones" de la misma, hay que subrayar que los ministerios que tienen que ver con la salida misionera ocupan el primer frente de trabajo pastoral. A estos los siguen los ministerios que reciben el fruto de la acción misionera, la fe y la conversión iniciales y que tienen la tarea de llevarlas a su madurez. El primer centro pastoral (**centro pastoral para la fe y la evangelización**) está conformado por la catequesis, la formación permanente en la fe y la formación especializada en diversos campos; un segundo centro (**centro pastoral para los estados de vida de los fieles**) agrupa las dimensiones y/o los ministerios que se refieren a las personas en la Iglesia, de acuerdo con su edad o con su estado de vida; en el tercer centro pastoral (**centro pasto-**

ral para la comunión y participación) se reúnen las instancias y las estructuras que permiten a las personas vivir los ideales de la vida cristiana en comunión y recibir todas las ayudas necesarias para la misión; y el cuarto centro pastoral (**centro pastoral para la evangelización de lo social**) se dedica a todos los ministerios que tienen que ver con la irradiación de la luz de las gentes sobre el mundo en el que vivimos y al que la Iglesia quiere iluminar con la claridad de Cristo: encontramos los ministerios que tienen que ver con las comunicaciones, la educación, la salud, el ejercicio de la misericordia en las obras de caridad, la promoción humana, la evangelización de las estructuras sociales, etc.

Cada centro pastoral es un núcleo a partir del cual se despliegan determinadas acciones, desde el cual se indica algunos caminos importantes para la Iglesia y al cual se retorna para recibir soporte teórico-práctico y fraternal-comunitario.

Las dimensiones de la acción pastoral pueden dar origen a ministerios o no. Conviene proponer una distinción práctica entre *ministerios principales* y *ministerios especializados*, que cada jurisdicción podrá acomodar y ajustar a sus necesidades. A los que se les podrían considerar *principales*,

serían: el ministerio para la acción misionera, el ministerio de catequesis, el ministerio de animación comunitaria, el ministerio de liturgia y el ministerio de pastoral caritativa y social; asimismo, podríamos considerar como *especializados* a los siguientes: el ministerio de pastoral de las comunicaciones y de las TIC, el ministerio de pastoral de la salud, el ministerio de la pastoral educativa. Pero también hay unos ministerios que siempre se ejercen en dependencia de uno de los principales o necesarios, como, por ejemplo: los ministerios de la música y el canto litúrgico, los lectores, los servidores del altar y los ministros extraordinarios de la comunión, que pertenecen al ministerio de liturgia.

Hay unas dimensiones pastorales en las que confluyen la acción de diversos ministerios pero que, en sí mismas, pueden abordarse de distintas maneras, incluso sin recurrir a un ministerio especializado. De esta manera, surgen a las que conocemos como pastoral, infantil, pastoral juvenil y pastoral familiar.

La pastoral de la vida consagrada y la pastoral sacerdotal son servicios eclesiales especializados, e incluyen la pastoral vocacional para estos dos estados de vida.

DIMENSIONES Y DINÁMICAS DE LA ACCIÓN PASTORAL			
CENTRO DE PASTORAL PARA LA FE Y LA EVANGELIZACIÓN	CENTRO PASTORAL PARA LOS ESTADOS DE VIDA DE LOS CRISTIANOS	CENTRO PARA LA COMUNIÓN Y PARTICIPACIÓN	CENTRO PASTORAL PARA LAS RELACIONES DE LA IGLESIA Y LA EVANGELIZACIÓN DE LO SOCIAL
1. ACCIÓN MISIONERA 1.1. "Echad las redes" / misiones ad intra 1.1.1. Acciones significativas 1.1.2. Misión de Sector 1.1.3. Grupos Eclesiales de vida 1.2. Misión permanente 1.2.1. Pastoral en los sectores 1.2.2. Red de mensajeros 1.2.3. Equipo de redacción 1.2.4. Carta a los cristianos 1.3. "Id por todo el mundo" Misión ad extra. 2. CATEQUESIS 2.1. Iniciación cristiana 2.1.1. Para adultos 2.1.2. Para niños 2.1.3. Para jóvenes 2.1.4. Catecumenado 2.2. Formación permanente en la fe 3. LITURGIA Y EVANGELIZACIÓN DE LA PIEDAD POPULAR 3.1. Formación litúrgica de los fieles 3.2. Lectores 3.3. Servidores del altar 3.4. Ministros extraordinarios de la comunión 3.5. Coros y directores de canto litúrgico 3.6. Evangelización de la piedad popular 4. CENTRO DE ESTUDIOS ECLESIASTICOS Para los estudios avanzados o superiores de los laicos y para la promoción de la cultura teológica moral 4.1. Centro/fac. de pastoral y los estudios bíblicos 4.2. Centro/facultad de estudios teológicos 4.3. Centro/facultad moral y la biética 4.4. Centro/fac. de doctrina social de la Iglesia 5. SEMINARIO MAYOR SAN JOSÉ	1. ESTADO LAICAL 1.1. Pastoral infantil o de la infancia 1.2. Pastoral juvenil 1.3. Pastoral del noviazgo y del matrimonio 1.4. Pastoral familiar 1.5. Pastoral del adulto mayor 2. VIDA CONSAGRADA 2.1. Pastoral de las vocaciones y de la vida consagrada 2.2. Acompañamiento y pastoral de las comunidades locales 2.3. Acompañamiento y pastoral de las comunidades contemplativas 3. MINISTERIOS Y VOCACIONES 3.1. Pastoral de las vocaciones 3.2. Programa de ministerios laicales y diaconato permanente 3.3. Pastoral sacerdotal	1. COMUNIDADES ECLESIALES MISIONERAS 2. FAMILIA (evangelizada y evangelizadora) 3. PARROQUIA 3.1. Consejo parroquial de pastoral 3.1.1. Animadores de sectores 3.1.2. Aním. de los ministros pastorales de... 3.1.2.1. Evangelización y TIC 3.1.2.2. Comunidades y sectores 3.1.2.3. Catequesis 3.1.2.4. Liturgia y piedad popular 3.1.2.5. Pastoral familiar 3.1.2.6. Pastoral infantil 3.1.2.7. Pastoral juvenil y vocacional 3.1.2.8. Pastoral de la salud 3.1.2.9. Pastoral de la esperanza 3.1.2.10. Pastoral caritativa y social 3.2. Equipo parroquial de animación parroquial (EPAP) 3.3. Sectores parroquiales para la comunión y la misión 3.4. Equipo para la animación pastoral de sector 3.5. Grupos, movimientos y asociaciones laicales 3.6. Consejo parroquial de administración 4. DIÓCESIS 4.1. Asamblea diocesana de pastoral 4.2. Equipo diocesano animación pastoral (EDAP) 4.3. Vicarías foráneas 4.4. Consejo diocesano de administración 4.5. Curia episcopal 4.6. Tribunal eclesiástico diocesano / equipo judicial 4.7. Observatorio socio-pastoral 4.7.1. Análisis de realidad y discernimiento pastoral 4.7.1.1. Hechos significativos 4.7.1.2. Signos de los tiempos 4.7.2. Observatorios de las vicarías foráneas 4.7.3. Observatorio diocesano 4.8. Delegación especial para el cuidado del patrimonio arquitectónico y artístico	1. PASTORAL DE LAS TIC 2. PASTORAL EDUCATIVA 3. PASTORAL DE LA SALUD 3.1. Capellanías hospitalarias 3.2. Capellanías de hogares para la tercera edad 3.3. Eváng. del personal médico y paramédico 3.4. Visita domiciliaria a enfermos 3.5. Sacramentos para los enfermos 4. PASTORAL DE LA ESPERANZA 4.1. Acogida a dolientes y novena por los difuntos 4.2. Decoro y dignidad de los cementerios 5. PASTORAL CARITATIVA Y SOCIAL 5.1. Asistencia / obras de misericordia 5.2. Promoción humana 5.2.1. Capacitación para la vida 5.2.2. Mujer marginada 5.2.3. Mujer cabeza de hogar 5.2.4. Pastoral penitenciaria 5.2.5. Rehabilitación de adicciones 5.3. Formación en DSI 6. PASTORAL RURAL Y DE LA TIERRA 6.1. Trabajadores del campo 6.2. Agroecología 6.3. El "cuidado de la casa común" 7. PASTORAL URBANA 8. PASTORAL DEL TURISMO 9. EVANGELIZACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS SOCIALES 9.1. Comp. social del laicado por un mundo mejor 9.2. Pastoral de la política 9.3. P. de la cultura e inculturación del Evangelio 9.4. Pastoral del mundo del trabajo 9.4.1. Empresarios y comerciantes 9.4.2. Empleados 9.4.3. Servicios generales y domésticos 10. RELACIONES DE LA IGLESIA 10.1. Intraeclesiales 10.1.1. Provincia eclesiástica 10.1.2. Conferencia Episcopal 10.1.3. Santa Sede 10.2. Extra Eclesiales 10.2.1. Relación Iglesia estado 10.2.2. Eclesiástico/ "que todos sean uno" 10.2.3. Diálogo interreligioso/ "tengo otras ovejas"
6. EJERCICIOS ESPIRITUALES - Kerigmáticos Ejercitaciones para favorecer el ENCUENTRO CON CRISTO y la CONVERSION PERMANENTE	4. EJERCICIOS ESPIRITUALES - Elección del estado Ejercitaciones para escuchar la llamada de Jesús, ELEGIR o ENMENDAR el propio estado de vida	5. EJERCICIOS ESPIRITUALES - Edificación de la Iglesia Ejercitaciones para CRECER EN COMUNIÓN con Dios y con los hermanos como Jesús. Convivencias - Encuentros	11. EJERCICIOS ESPIRITUALES - Compromiso Ejercitaciones para VER LA REALIDAD con los ojos de Jesús

Las dinámicas de la acción pastoral en una Iglesia Particular son el resultado de una fuerte, firme y sólida espiritualidad misionera. Si los creyentes, llenos del Espíritu Santo, están verdaderamente contagiados y convencidos del mandato misionero

de Cristo, todo el conjunto se pone en marcha. Este es el camino por el que se edifica la personalidad cristiana, se constituyen las comunidades que el Señor quiere y se pone en marcha la misión de hacer un mundo nuevo y mejor.

5. CAPÍTULO

PONGÁMONOS EN CAMINO

El proceso evangelizador se desarrolla por y con personas concretas y libres, que tienen historias individuales propias, búsquedas y aspiraciones que la Iglesia quiere acompañar, respetando sus ritmos ofreciéndoles, simultáneamente, su testimonio y la luz de la Palabra de Dios que ilumina y da sentido a las situaciones más diversas. El PEIP ha sido diseñado para integrar los procesos, objetivos diocesanos y parroquiales, que se orientan según su planeación, planificación y programación propias, con el proceso de la evangelización de las personas. La salida misionera entendida como opción y como permanente disposición de los discípulos misioneros entusiastas, evangelizados y evangelizadores, puede resolver la situación de empalme e interacción entre lo objetivo y subjetivo. La acción misionera prevé, dispone y tiene múltiples formas de echar las redes y sembrar la Palabra, porque trata de llegar a muchas personas distintas. La Iglesia Particular es evangelizada cuando se evangelizan las personas. Este capítulo aborda algunos asuntos pastorales útiles para el camino, sin pretender agotarlos.

5.1. Misiones en el PEIP

5.1.1. La misión universal o misión “ad gentes”

El Señor le pide a su Iglesia y en ella a sus discípulos que vayan a todos, a todo el mundo, a todas las culturas, a todas las gentes, a los que no tiene fe, para predicar la Magnífica Noticia y para enseñar todo lo que Él ha revelado. Esta es la misión y en esto consisten sus órdenes. Solo entienden la entregadura de la misión quienes están evangeliza-

dos, es decir, los que aman. El motivo de la salida misionera es el amor.

Al hablar de misión, la Iglesia Particular que sigue el PEIP entiende en primer lugar la salida hacia las periferias, tanto geográficas como existenciales y se propone como objetivo no remoto, la cooperación misionera con las Iglesias Particulares más necesitadas de evangelizadores. Se inicia inmediatamente la experiencia de la misión ad gentes, invitando a las Iglesias Particulares que ya tienen acciones pastorales en este sentido, a compartir con las demás su experiencia misionera. Se darán a conocer los tipos de convenios que se pueden establecer entre Ordinarios en casos de envío de presbíteros o laicos y los alcances de la colaboración pastoral que se ha de prestar.

5.1.2. Misión evangelizadora

Con el fin de implementar la opción fundamental por el proceso evangelizador, se ha previsto que la primera gran celebración diocesana de paso sea una MISIÓN EVANGELIZADORA. Este es uno de los instrumentos más eficaces para conducir a las personas al necesario proceso de iniciación cristiana y para convocarlas a conformar comunidades vivas, fraternas y misioneras. Al finalizar la etapa previa se realizará una misión kerigmática en toda la Diócesis, en todas las parroquias, en todos los sectores de las mismas escogidos para tal fin. Esta misión evangelizadora con la que se convoca a las personas para que se abran más y mejor a la Palabra de Dios, tengan un encuentro con Cristo que cambie su vida, se congreguen en torno de los ideales de la iniciación cristiana y se pongan en

el camino de los discípulos misioneros, se llama también misión kerigmática porque está diseñada para que el único mensaje que se transmita sea el anuncio ungido y testimonial del amor infinito del Padre y de la entrega sin par de Nuestro Señor Jesucristo por nosotros, por su amor, para estar siempre con nosotros como nuestro mejor amigo y compañero; y se llama también misión de sector porque se prepara de tal manera que en las parroquias muy grandes o donde no haya misioneros suficientes, abarque solo uno o unos pocos sectores. Para diferenciar esta misión de la misión ad gentes, podría llamarse misión ad intra o hacia el interior de la Iglesia Particular.

La misión kerigmática se dirige a todos los fieles del sector o de los sectores elegidos para su realización, en los cuales se encontrarán toda la gama de posturas con relación a la fe. A unos los llamaré a la fe y a otros a revitalizarla y a renovarse en ella o a crecer de acuerdo con la voluntad del Señor. La misión evangelizadora ordinariamente se lleva a cabo en ocho o nueve días, teniendo en cuenta que su diseño y ejecución sigue el esquema tradicional en tres momentos: premisión, misión y posmisión.

- La premisión corresponde al párroco y a los sacerdotes y diáconos permanentes que lo acompañen. En segundo lugar, corresponde al EPAP o en el caso de la primera misión, al equipo que prepara el nacimiento del EPAP, la elección del sector y la previsión de todo lo necesario. Y en tercer lugar, en comunión con los anteriores a los misioneros. La premisión dura entre uno y dos meses y se propone las siguientes metas:

1. La sensibilización de los habitantes del sector o de los sectores que se van a misionar. Los vecinos del sector se encuentran sensibilizados cuando esperan con serena alegría o con alguna inquietud la visita de los misioneros.
2. La capacitación de los misioneros en el ministerio y el arte de la transmisión de la fe por la predicación del kerigma, instruidos cuidadosamente en tres dimensiones: teórica, práctica y espiritual; las capacitaciones no son ni solo teóricas, ni solo prácticas o de taller, son experiencia real del kerigma para poder llevar a otros su vitalidad y su frescura.
3. La preparación de todo lo relativo a la logística

de la misión, la distribución de los equipos evangelizadores que normalmente son de dos personas cada uno, la distribución de las casas que corresponden a cada equipo, los horarios de visita, los materiales impresos, lugares de encuentro y la celebración de la clausura.

- La misión se desarrolla solo en el sector o en los sectores elegidos y consta de visitas familiares, reuniones durante la misma misión para profundizar y ejercicios especiales de oración para poner la misión y encomendar sus frutos a la gracia de Dios

1. Las visitas a las familias tienen por objetivo facilitar el encuentro con Cristo de las personas que acogen a los misioneros, como el único camino para que se suscite la fe y la conversión. La visita inicia y concluye de modo muy humano y fraternal. El inicio del diálogo es sencillo, respetuoso y fraterno. Finalmente, se hace una oración pausada y profunda que invite al Señor estar siempre presente. En la despedida y como resultado de la visita se deja en cada casa un plegable digno y bien editado, elaborado por la parroquia con base en algún modelo diocesano, que contenga algo del mensaje kerigmático y alguna información de la Diócesis y la parroquia; este plegable servirá para que algunos de los miembros de la familia puedan repasar el anuncio y se prolongue el efecto kerigmático en esa casa. La visita debe durar entre veinte y treinta minutos; es prudente programar las visitas domiciliarias cada cuarenta y cinco minutos.

2. Las reuniones que se preparan durante la misión son espacios para los que se han sentido tocados por la gracia de un primer encuentro con Cristo lo profundicen. Se preparan tantas reuniones cuantas se crean necesarias para reforzar la experiencia kerigmática y para mejorar logros con relación a las metas del kerigma. La reunión se desarrolla de manera sencilla y el signo más importante se da al inicio, luego se puede proceder a un compartir de las experiencias de la visita por parte de algunos de los asistentes, seguidamente se pasa a uno de los temas del kerigma privilegiando la invitación a recibir el amor de Dios y a acoger a Cristo como Señor en el corazón, dando a la gente espacios respetuosos de silencio. Finalmente se comparten experiencias y se hacen oraciones comunitarias

entre las que no debe faltar la manifestación externa del propósito de acoger al Señor, adherir a Él y ponerse en su seguimiento.

3. La oración para encomendar la misión y sus frutos a la gracia de Dios es esencial y nunca puede faltar, se puede insistir en las peticiones durante la celebración de la Eucaristía, pero sobre todo se trata de la oración intensa de todos los involucrados en la misión, llena de fe y de la conciencia de que es el Señor quien pone palabras de vida en la boca de los predicadores, quien mueve los corazones y quien lleva todas las cosas a buen fin. En los ambientes que convenga se podría rezar el Rosario todos los días por las calles del sector que se evangeliza.

- La posmisión se realiza semanalmente con la ayuda de doce catequesis kerigmáticas, a las que se le pueden llamar encuentros con Cristo, Puerta de las ovejas, que refuerzan y tratan de garantizar el logro de las metas de la acción misionera: la fe y la conversión iniciales. Además de las reuniones hay que procurar que se multipliquen los diálogos pastorales con las personas que están haciendo la experiencia, de tal manera que, tengan espacios amistosos en los que puedan conversar y tratar de resolver sus inquietudes, recibir consejo, renunciar a sus pequeñas o grandes idolatrías, obtener respuestas a sus objeciones fundamentales, etc. La posmisión es un tiempo que sirve como antesala del camino o itinerario para la iniciación cristiana de los adultos, para el cual debe preparar y disponer a quienes reencuentran la fe y comienzan su vida de discípulos, hasta cuando se integren plenamente en la comunión y la misión católicas.

La misión se prolonga hacia la educación de la fe y la conversión iniciales, por medio de las catequesis en la iniciación cristiana y por medio de la formación permanente en la fe, que es también conversión permanente, que quiere llegar hasta la plena madurez en Cristo. La misión evangelizadora no termina.

5.1.3. Misión cotidiana persona a persona

El que es sensible al amor de Dios y es sincero en su fe, experimenta una urgencia impostergable de comunicarlo a otros. Cuando uno sabe lo que es kerigma, está siempre disponible para compartir-

lo y se vuelve un misionero de tiempo completo. Se pueden promover campañas que estimulen la misión persona a persona, logrando que los que resultan tocados por Dios en el diálogo amistoso frecuente con un evangelizado, se inserten en los procesos parroquiales. En consecuencia, se debería de disponer de un ministerio capacitado para dar atenciones especializadas y seguimiento personalizado a quienes llegan al proceso por este medio. Los mensajeros son misioneros; su ministerio se realiza en la visita domiciliaria permanente, ellos son los que, cuando sean suficientes harán que la misión permanente sea una realidad concreta y no solo un deseo.

5.2. Retiro kerigmático: Encuentro con Cristo Puerta, Camino y Pastor

Al final de la misión o al final de las catequesis kerigmáticas, se puede ofrecer un retiro kerigmático o de impactos, bien preparado y conducido, para ayudar a los fieles a realizar o restablecer su encuentro personal, real, amplio, cierto, profundo y bien cimentado con el Señor. Este retiro se diseña de tal manera que interpele y motive a los participantes, para que ayude eficazmente a suscitar o a reforzar una respuesta vital, sincera y transformadora, de cada uno, a la Palabra de Dios. Quienes acogen la Magnífica Noticia del Reino de Dios de corazón, reciben y experimentan el amor incondicional y misericordioso del Padre, reconocen que su vida y su historia personal necesitan la intervención salvadora de Jesús, y advierten en su interior un deseo vivo y activo de seguir conociendo a Jesús, de hacerse sus discípulos y de ponerse en camino con Él.

Se sugiere que este retiro kerigmático se denomine “Encuentro con Cristo Puerta, Camino y Pastor”, el cual se preparará de forma que permita y suscite, con la ayuda de la gracia la experiencia de Nuestro Señor Jesucristo, como la Puerta (Jn 10, 9), por la cual tenemos acceso al Padre y al misterio íntegro de la fe y del amor; el Camino (Jn 14, 6) por el que vamos a recorrer la senda que nos llevará a la madurez en la fe y nos conducirá a la Verdad y a la Vida; y el Pastor (Jn 10, 11.14) bajo cuyo cayado y cuyos cuidados queremos vivir nuestra vida entera, que nos acogen en su redil y nos invita a compartirlo todo con Él, incluso su misión.

Para preparar las actividades y los horarios del “Encuentro con Cristo Puerta, Camino y Pastor”, tener en cuenta que se trata de un acontecimiento único en la vida de los asistentes; emplear todos los medios disponibles para generar un impacto positivo sobre los participantes, la predicación y la actividad deben tocar todas las dimensiones de la persona, su mente y su corazón, sus pensamientos y sentimientos, sus relaciones con Dios, con los hermanos, consigo mismo y hasta con el mundo; recuérdense e inclúyanse siempre las siguientes dimensiones:

• **Llamada de Dios: la fe viene de la predicación de la Palabra de Cristo**

El retiro dedica sus mejores espacios a la predicación de la Palabra, el ministerio de predicar los ejercicios espirituales habrá de integrar armoniosamente los siguientes elementos:

1. Un estilo profético que no olvida que quienes hablan en nombre de Dios y por mandato suyo lo hacen porque son testigos de lo que están anunciando y se sienten enviados. Es una predicación centrada en la Palabra de Dios, recibida y acogida antes en la vida de quien la proclama, exponiendo la lógica de los textos que lee y explicando sus palabras, no las ideas del predicador. Se trata de un anuncio de algo que quien predica ya ha experimentado, de tal manera que se acompaña de algunos elementos de tipo testimonial siempre y cuando no llamen la atención sobre el propio yo y no tengan finalidad emotiva o autorreferencial.
2. La exhortación fraternal explícita, dirigida a quienes reciben el mensaje, para invitarlos a experimentar en ese mismo momento el amor que se predica, y a recibir en el corazón el misterio que se está anunciando. Cuando se predica que Dios es un Padre que nos ama entrañablemente se pide tratar de experimentar y que sientan ese amor; o si se anuncia la Pasión de Cristo por amor y para remediar nuestra situación, se procura que todos den a Cristo la ocasión de tocarlos profundamente con su presencia que conmueve y que rompe cadenas, da sentidos nuevos a la existencia, resuelve los temores, sana las heridas profundas, aclara ciertas dudas, etc.

3. La invitación a los presentes para que den una

respuesta personal al Señor, hablándole sinceramente y de corazón. Esto se logra cuando se maneja con maestría el silencio sagrado, aquel espacio que sirve para facilitar la comunicación con Dios, en la fe. En algunos de los anuncios, es recomendable que el predicador incluya con sabiduría y sin exageración, breves espacios de silencio orante que ayuden a sus participantes a tener, desde la misma escucha de la Palabra, momentos de intimidad con el Señor; y por lo mismo, el retiro debe ofrecer espacios más amplios de desierto y de silencio total, en los que se pueda efectuar más ampliamente este ejercicio.

4. La insistencia final sobre la necesidad de poner esta experiencia en palabras que expresen lo que cada uno ha captado y cree. El anuncio explícito de Cristo debe incluir elementos explicativos acerca de la manera cómo cree en la Palabra, se acoge en el corazón y cómo se confiesa con los labios. Se trata de algo muy sencillo, el recién conocido y nuevo buen amigo es Jesús, y sus nuevos amigos deben poder expresar con palabras propias lo que Él les manifiesta; para esto sirve el trabajo en grupos.

• **Respuesta personal de cada uno: La fe viene del oído**

EL retiro kerigmático se caracteriza porque ofrece algunos espacios de silencio o de desierto a los participantes para que escuchen con profundidad la Palabra del Señor, lo encuentren a Él y conversen con Él en la fe. Para hacer más fecundos estos momentos de oración hay que ayudar un poco a los ejercitantes para que entren en diálogo con Dios, conviene preparar fichas con indicaciones sencillas sobre lo que se debe de hacer durante esos ratos de desierto y con unas cuantas preguntas que favorezcan los procesos personales de adhesión a Cristo; garanticen una experiencia autentica del ministerio que se percibe gracias a las mediaciones de la Palabra (objetiva) y de la fe (subjetiva); y que lleven a la elaboración de propósitos concretos de conversión y seguimiento de Jesús. La Palabra de Dios es más que el texto escrito, es Cristo mismo; y el Espíritu Santo es simultáneamente Autor, Alma e Intérprete de la Palabra escrita para que la Iglesia reciba la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús.

- **Trabajo en grupos: discernimiento y confesión de fe**

Para mejor asimilación de los contenidos de la predicación, para que las personas se abran unas a otras progresivamente y para que encuentren espacios en lo que puedan hacer sus primeras confesiones de fe, se programan algunos encuentros de grupo, acompañados por un servidor que los oriente a la reflexión y los estimule en el logro de las metas del retiro. El ideal al que hay que tender es que todos los participantes alcancen a compartir con sus compañeros algo de lo que captan y creen, o lo que han vuelto a creer, por el encuentro personal que han tenido con el Señor, en la fe.

- **Respuesta comunitaria: nuestra fe se celebra**

El retiro kerigmático prevé unos espacios para la celebración de la fe. Conviene que el primer momento celebrativo después de los anuncios fundamentales, sea una celebración de la reconciliación o celebración penitencial; en esta celebración profesamos con fe sincera que la misericordia del Señor es mayor que nuestros pecados y le damos gracias porque nos da la posibilidad de reconciliación y salvación en Cristo, por su Misterio Pascual.

Para la conclusión del retiro conviene preparar una gran celebración de fe, integrada con Eucaristía; su objetivo es exaltar y proclamar la fe que se despierta, o se recupera, expresándola como una decidida opción por Cristo, Puerta, Camino y Pastor.

El PEIP tiene en cuenta que por la índole de las personas y por sus circunstancias, conviene ofrecer distintas modalidades de retiro:

1. **Retiro clásico**, realizado durante un fin de semana entre viernes por la noche y domingo a media tarde.
2. En **dos jornadas distintas**, ya sea en un par de días sucesivos o con ocho días de separación. En este caso, la segunda jornada comienza con la celebración penitencial.
3. Se podrían ofrecer **distintas modalidades** para quienes no disponen de jornadas enteras,

podrían ser tres sesiones nocturnas semanales durante cuatro semanas, o una sesión nocturna diaria durante doce días.

5.3. Encuentros con Cristo, Puerta de las ovejas

A los tocados por la gracia del primer anuncio, o kerigma, predicado con ocasión de la misión evangelizadora, o experimentado en el retiro kerigmático, se le reúne durante doce semanas. Estos encuentros se prepararán de tal manera que sean verdaderos encuentros con Cristo y tiene por objeto afianzar las metas de la acción misionera, es decir, la fe y la conversión iniciales. Con estos encuentros se espera que los asistentes comprendan el valor de reservar semanalmente un espacio de tiempo, donde se aprende que el encuentro semanal es un encuentro con Jesús y que necesita de un proceso convenientemente prolongado en el tiempo, para asimilar todo lo que ha sido revelado por Dios en Cristo. Se aprende además que el **camino** que se ha emprendido al pasar libremente por la **puerta**, es un regalo de Dios, el tesoro escondido en el campo o la perla de gran valor, por las cuales vale la pena dejarlo todo y cambiar la forma de vivir que se ha tenido hasta el momento. La meta de los **encuentros con Cristo** es dejar a las personas suficientemente pastoreadas como para que asuman con entusiasmo el camino de la catequesis de iniciación cristiana.

5.4. El proceso comunitario

Una de las características del PEIP es su opción por la constitución de pequeñas comunidades de fieles en las que los fieles experimentan de manera cercana y concretamente los ideales comunitarios de la Iglesia. Se trata de comunidades en las que los discípulos misioneros reciben su formación permanente y fomentan su encuentro con Jesucristo. Así los discípulos se hacen en la comunidad, en ella se fortalecen y se capacitan, por la oración común, por la formación continua y gracias al acompañamiento de los hermanos, para salir en misión; retornan a ella de la misión y desde las periferias a las que ella los lleva, para compartir su experiencia, volverla oración, evaluarla y recargarse de nuevo.

Se llega a ser comunidad solo después de culmi-

nada la iniciación cristiana de las personas que la integran, esta es una de las dimensiones del proceso de iniciación a la vida cristiana, reconocemos que en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y sabemos que la catequesis capacita al cristiano para vivir en comunidad y para participar activamente en la vida y misión de la Iglesia. El aprendizaje de la vida comunitaria o de la comunión es uno de los frutos más exquisitos de la iniciación cristiana. La vida comunitaria es reflejo y efecto de la vida divina del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo en las personas humanas, creadas a imagen de Dios. La familia humana fue creada al inicio de todas las obras de Dios para reflejar ese misterio de unidad en la diversidad.

El surgimiento de las comunidades eclesiales misioneras (CEM), su formación y su compromiso apostólico son parte esencial del proceso evangelizador y dimensiones transversales al diseño general del itinerario diocesano. El surgimiento de estas comunidades depende de dos condiciones, que se hayan cumplido las metas de la acción misionera y que la catequesis haya iniciado convenientemente a los creyentes en la fe y la vida cristiana, en la comunión y en la misión católicas. Las comunidades son uno de los tesoros más preciosos de cada parroquia; los hermanos en las comunidades, deben estimularse continuamente en el amor sincero por el Papa, por el Obispo y por el párroco; deben lograr que sus miembros se sientan vivos en la caridad y apoyados en sus obras de misericordia, los domingos todos participan de la misma celebración eucarística y es deseable que algunos cumplan ciertos ministerios en ella.

5.5. Ejercicios espirituales y ejercitaciones

Además del Encuentro con Cristo Puerta, Camino y Pastor, el PEIP prevé otras formas de ejercicios espirituales. Su finalidad es acompañar los procesos pastorales en y desde las dinámicas reales de la fe. El mundo de la oración es el que se abre para los creyentes con la enseñanza del Maestro: “Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá”(Mt 7, 7); en la oración el ser humano entra en el misterio divino sin salir de este mundo y sin embargo, para retornar a él desde la contemplación de su propia misión en Cristo, misionero del Padre; este es el fuego que arde sin consumir y que se revela el rostro de Dios que no permite que nos

estacionemos en un concepto sino que nos remite; es el espacio al que se ingresa por la práctica del silencio de la fe y con las ayudas de la serenidad y la sencillez.

En la oración se conoce cada vez más y mejor este misterio, que siempre será mayor que nosotros y que nuestras búsquedas, por lo cual será siempre la fuente de las máximas alegrías; pero en la oración también se llama y se toca a la puerta de la infinita misericordia, siempre dispuesta a perdonar y a reconciliar, a restaurar y a dar crecimiento. La oración que se hace íntima y sinceramente, en la que se vive del intercambio dialogal entre personas, suscita en primer lugar, el deseo ardiente de que todos los que nos rodean conozcan y amen al Señor, y en segundo lugar la certeza de haber recibido una misión personal para construcción de un mundo mejor, según los criterios del Reino de Dios.

Hay que tener en cuenta que uno de los fines específicos de los ejercicios espirituales es la elección o la enmienda de la propia vida y estado. Estos ejercicios son uno de los servicios más importantes en la pastoral juvenil y vocacional porque son el espacio concreto y objetivo en el cual los jóvenes, exponiéndose a la Palabra de Dios, en ambiente de oración y de discernimiento, encuentran la voluntad de Dios y la fuerza para seguirla.

La diversidad del mundo presente es un reto interesante y debe ser afrontado con entereza y plena conciencia por miembros de las comunidades eclesiales, bien educados en la fe y en la Doctrina Social de la Iglesia, mediante procesos diseñados en el tiempo y con las dinámicas del itinerario evangelizador.

CONCLUSIÓN

La Santísima Virgen María es el modelo perfecto de la escucha de la Palabra de Dios y de la fecundidad sponsal que brota del misterio de la Nueva y Eterna Alianza, sellada por la Sangre de Cristo. Ella, “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 2, 51) y por eso pudo dar siempre de nuevo su FIAT incondicional. Ponemos en sus manos totalmente puras nuestras intenciones y los propósitos con los que comenzamos esta nueva etapa de nuestro proceso evangelizador: misionero, catequético y pastoral.

ENCUENTRO PRE-KERIGMÁTICO

PREPARARNOS PARA UN ENCUENTRO QUE CAMBIA LA VIDA

CONSIDERACIONES PREVIAS AL ENCUENTRO

El encuentro tiene la función de reflexionar en situaciones muy humanas, está dirigido a las personas que se sienten comprometidas con el plan y desean realizar las 12 catequesis kerigmáticas. Son apropiadas como complemento del primer anuncio, para abrir caminos a la Palabra de Dios y, en este sentido, podrían ser considerados como un “prekerigma”.

Se supone un trabajo previo de los evangelizadores que han acompañado individualmente a las personas y conocen mejor sus dificultades, dudas, objeciones y resistencias. En este tiempo conviene mucho los diálogos de grupo y lo que va a favorecer el ambiente que buscamos, con seguridad, es la solidez del catequista, su serenidad ante cualquier tipo de objeción y su capacidad para mantener la alegría y la esperanza. No es tiempo para dar las respuestas más elevadas ni para hacer doctrinas. Pero, nunca se debe divagar, ni dejar que en los participantes haya ambigüedades o confusiones. Ya habrá tiempo, con la ayuda de Dios, para que todos los asuntos relativos a la formación inicial y básica del cristiano, sean asimilados.

Es un tiempo para vivir en intensa oración por todos y cada uno de los que el Señor nos encomienda; porque es el Señor quien hace su obra; es tiempo para dedicarse por completo a los que van llegando a la fe. Se recomienda que para estos encuentros se prepare el respectivo material, la palabra de Dios y la buena voluntad del evangelizador, con el fin de no dar la impresión de que se está impartiendo una clase o se está exponiendo algún contenido académico.

Testimonios de vida del evangelizador

Tanto para el encuentro misionero persona a per-

sona, como para los encuentros previos o preparatorios, si se considera oportuno, el catequista evangelizador puede incluir su propio testimonio de vida: cómo era su vida antes de entrar en contacto con Dios y con su infinito amor, y cómo ha ido cambiando su vida desde entonces.

Debe recordarse que estos testimonios deben ser hechos: en primer lugar, con mucha sinceridad, sin inventar y sin exagerar; en segundo lugar, con gran modestia, humildad y con prudencia, ya que no se trata de hacer protagonismo, ni llamar la atención, sino de dar toda la gloria a Dios que se ha mostrado siempre misericordioso. Si hay profundidad de oración se sabrá qué, cuándo y cómo comunicar las experiencias espirituales profundas. Hay muchas cosas que pertenecen al conocimiento de Dios y de cada alma particular, y que no se deben ventilar bajo ningún pretexto.

Para el buen desarrollo de nuestros itinerarios, dejaremos estos testimonios personales dentro del encuentro solo para esta fase (prekerigmática). En las otras etapas se reservaran exclusivamente al diálogo personal, fuera de las reuniones y cuando sea estrictamente necesario.

Al preparar los encuentros o reuniones...

Tener en cuenta que no necesariamente se van a realizar en un lugar con signos especiales, sino que en ocasiones se pueden desarrollar en conversaciones espontáneas que van surgiendo en la medida en que se dialoga con el probable destinatario del kerigma, mientras se va profundizando en el misterio de la vida y, en cierto sentido, también en el misterio del hombre (en este sentido son diálogos que preparan el corazón para escuchar el anuncio del kerigma).

Es necesario abandonarse en la oración al Espíritu Santo, para que Él sugiera el modo y la forma más apropiada de profundizar con los destinatarios estos temas que son, en su mayoría, de carácter antropológico y existencial. Para esto es necesario una gran sensibilidad humana, un profundo conocimiento de las personas, de su entorno y de las realidades que viven y una gran humildad para no parecer como un sabio petulante que desconcierta a los demás con profundas reflexiones, sino un humilde creyente a quien Dios le ha comunicado ese mensaje.

Estos encuentros pre-kerigmáticos son profundamente antropológicos y existenciales, porque preparan al hombre al encuentro con el hombre, a volver sobre sí mismo, a profundizar en su propio misterio, y este es el secreto de la preparación pre-kerigmática o del primer anuncio.

A la luz de estas reflexiones, y como preparación a escuchar desde la profundidad de la vida el anuncio del kerigma, sugerimos que para los diálogos propios del primer anuncio o prekerigmáticos, los catequistas y evangelizadores se ejerciten de la mejor manera para hacer a sus oyentes estos cuestionamientos sobre su propia vida y sobre el modo que la han vivido hasta ahora. Muchos de los asistentes han venido buscando entre penumbras la respuesta a sus profundos interrogantes que, casi siempre son de tipo existencial, más que de tipo intelectual o cultural.

Estructura del encuentro

Las decisiones que tomamos

Los grandes desequilibrios que afectan y fatigan nuestro mundo moderno, encuentran sus raíces verdaderas en los grandes desequilibrios que afectan lo profundo de nuestro corazón humano. Lo que cada uno de nosotros hace u omite, afecta en profundidad nuestro equilibrio moral y social. Y aunque en la teoría es posible que uno pretenda ser indiferente, en la práctica, la indiferencia es ya una decisión que nos pone en uno de los dos ban-

1. Saludo y oración

- Ambientación (canto).
- Iluminación bíblica.
- Socialización (para este encuentro se mencionan las expectativas frente al mismo).

2. Anuncio

- Desarrollo de la temática propuesta (el evangelizador podrá disponer de los medios a su alcance para compartir el mensaje que se presenta).

3. Respuesta personal y ecos del anuncio

- Se hace entrega del material preparado (los asistentes, en un momento de recogimiento, realizan la interiorización, que es un diálogo personal con el Señor acerca de lo que Él le ha comunicado por medio de la temática expuesta. Quienes asisten a la catequesis, reflexionan sobre lo que dicho mensaje representa para su crecimiento personal y su camino de seguimiento a Dios).
- Luego de un tiempo prudente de reflexión, cada uno de los asistentes responderá las preguntas planteadas.

4. Compromisos

- Se mencionan los compromisos, sabiendo que estos mismos servirán para socializar en la siguiente catequesis acerca de la experiencia realizada.

5. Oración final y despedida

EL HOMBRE

dos: ya sea entre los que nunca hablan y soportan, o entre los culpables de los errores e injusticias que se difunden.

Es una verdad innegable que nuestra existencia individual se debate constantemente entre decisiones que comprometen todo lo que somos y creemos. Cada uno de nosotros necesita descubrir en dónde radica el sentido profundo de nuestra propia existencia en este mundo, y cuál es el norte adecuado en el cual también anclar nuestras propias decisiones.

Las preguntas que hacemos

Hacer un alto en el camino, pensar, reflexionar, confrontar profundamente nuestra existencia con lo que sucede en el mundo... Mirar hacia el interior de nosotros mismos y cuestionar lo que fuimos, somos y seremos... Descubrir nuestras limitaciones y percatarnos de nuestros alcances... Son opciones entre las que podemos escoger para no ser indiferentes ante lo que sucede alrededor nuestro y para descubrir nuestro papel en el mundo.

Existimos nosotros y solo nosotros. Sin embargo, pudieron ser otros. ¿Somos acaso fruto del azar o de una decisión? Si somos parte de una historia por la cual muchos otros ya han pasado antes que nosotros, ¿tenemos realmente algo de especiales? ¿Cuál es nuestro papel en el devenir de la historia de nuestro tiempo?

Las múltiples respuestas a estos interrogantes determinan, de una manera u otra, el sentido que le damos a nuestra existencia en este mundo. Como lo afirma el Concilio Vaticano II, nuestro mundo, lleno de interrogantes, también se presenta a nuestros ojos como una gran vitrina en la que podemos escoger entre los distintos sentidos que le podemos dar a nuestra existencia:

“Son muchísimos los que, tarados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo. Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes, desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo” GS 10

¿Nosotros en qué grupo nos ubicamos? Parecería, a primera vista, que la oferta es muy limitada, y, sin embargo, muy en el fondo tenemos la certeza de que no es así. Deseamos siempre algo más. En la búsqueda de la felicidad nos damos cuenta que nuestro corazón aspira siempre, y no con total claridad, a ir más allá de lo que aparece ante nuestros

ojos como posibilidad de elección para determinar el rumbo definitivo de nuestra vida. Nos negamos a creer que existan preguntas sin respuesta, y la obstinación que vive en nuestro interior nos empuja a buscar azarosamente aquello que nos puede dar el sentido último que determina todo lo que somos y hacemos. Somos, en el fondo, incesantes buscadores de la verdad; ese grupo que siempre quiere más y que no se conforma con poco.

El ser humano y los recursos materiales

Desde los albores mismos de la historia humana el hombre ha visto la necesidad de buscar entre los recursos que el mundo le ofrece la satisfacción de las necesidades básicas del comer, el vestir y el protegerse de la intemperie. Los recursos materiales presentes en el mundo, y de los que el hombre dispone, son buenos, están destinados a todos y son ordenados principalmente a la conservación de la vida y de la salud de todos.

La raza humana ha luchado desde siempre por su supervivencia. En general, estos esfuerzos han contribuido a que se perfeccionen técnicas para favorecer la producción y la adquisición de los recursos necesarios para poder vivir dignamente. El trabajo humano, y los frutos del mismo, son herramientas que le han permitido al ser humano evolucionar como especie y construir su propia civilización y cultura.

Constatamos tristemente que los recursos que sobreaman en el mundo moderno están injustamente repartidos: mientras en algunos lugares del orbe hay tantos automóviles en las ciudades que no hay espacio para conducirlos, en otras partes hay pueblos enteros que no cuentan con la capacidad de procesar materias primas para confeccionar zapatos; mientras en algunos países la nueva epidemia es la obesidad y hasta arrojan la comida que sobra, en regiones marginales del mundo hay hombres, mujeres y niños que mueren de hambre por falta de alimento; mientras en las ciudades modernas se construyen lujosos edificios que tocan las nubes, en otros lugares los refugios humanos son arrasados por los ríos y los fenómenos naturales, por la precariedad de las construcciones. Hay suficiente para todos, pero muy pocos tienen el privilegio de disfrutar de las riquezas de nuestro mundo.

Una sed que no se calma

En su búsqueda de la felicidad, el ser humano ha seguido el camino de la satisfacción desenfundada de sus necesidades. Además de la comida, el vestido y el techo, el hombre contemporáneo ha creado nuevas necesidades que son fruto de la evolución y del desarrollo de las tecnologías modernas que hacen más cómoda la existencia. El esmero por conseguir las últimas tecnologías conduce a algunos a cambiar totalmente su estilo de vida y a entrar en la dinámica del uso y del descarte con el fin de estar constantemente a la moda.

Para muchas personas la felicidad consiste en acumular riquezas y en tener todo lo necesario, y hasta más de lo necesario, para vivir con mayor confort. El dinero se ha vuelto un fin, en sí mismo, porque es lo apetecido para comprar la abundancia, la comodidad, la salud, la libertad de movimiento, la diversión y para asegurar un futuro en donde todo abunde y nunca falte nada. Para muchos, el hambre del tener es la única necesidad que el hombre debe satisfacer.

Esta situación nos ha conducido a vivir una filosofía en la que se valora más a las personas por lo que tienen que por lo que son, por lo que pueden comprar que por el valor mismo que ellas representan. En pos del dinero, en muchas ocasiones se venden hasta las conciencias y se truecan los valores más importantes de la convivencia humana, como el respeto hacia los demás, la solidaridad y la honestidad. El afán de competencia y la búsqueda desenfundada de dinero a costa de la propia dignidad o en detrimento de la de los demás, son síntomas de una sociedad que ha banalizado todo y que ha puesto “la ganancia” como la medida de todas las cosas. La avaricia por las riquezas es camino hacia la vanidad y el orgullo, que desemboca en el individualismo egoísta, en la indiferencia y en la crueldad frente a los que más sufren en la sociedad.

No lo compra todo

Sin embargo, limitado a la sed de acumular, el deseo humano crea en el fondo más necesidades que satisfacciones. En la medida en que una persona descubre su misión en la vida, se va dando cuenta de que el profundo vacío de la existencia

encuentra en el dinero y en las riquezas materiales solamente taladros que abren más el hueco de su corazón y que crean un vacío más grande, que ni siquiera la abundancia material puede colmar. La insensatez de buscar la felicidad en el dinero conduce a muchas personas a encerrarse en sus deseos egoístas y a perder el amor y el respeto de quienes las rodean. A quien tiene al dinero como su único amigo, le es difícil encontrar el amor verdadero y la tranquilidad en la vida.

El dinero, que aparentemente “todo lo compra”, no puede evitar la muerte ni la enfermedad; no puede adquirir el amor ni la sinceridad de los abrazos; no puede evitar el odio que carcome el interior de quien no abre su corazón al perdón, ni rescatar a los otros de las humillaciones y los desprecios. El dinero puede comprar cirugías estéticas, pero no puede comprar la belleza, porque esta resplandece más en la sonrisa dulce del que da, que en las apariencias exteriores.

La afición al dinero aplasta nuestra conciencia haciéndonos creer ilusoriamente que lo material nos pertenece solo a nosotros, cometiendo las más grandes injusticias con los menos favorecidos. Cuando se está del otro lado de la balanza, se sabe por experiencia que los bienes materiales no se poseen legítimamente más allá de los límites de la cordura y del bien común, y que lo excesivo y lo suntuoso no nos pertenecen. En el afán por el dinero, de muchos, se lesionan multitudes de seres humanos.

En busca de la felicidad

Cada día que pasa nos vamos haciendo más conscientes de que nuestra vida no es simplemente biología ni instinto. Tomamos decisiones y seguimos un rumbo que determina diariamente el estilo de vida que queremos tener y las mejores condiciones que nos pueden conducir a la plenitud y a la felicidad.

Sin embargo, en ocasiones nos damos cuenta de que la felicidad aparece ante nuestra mirada como una meta esquiva e inalcanzable. La buscamos a tientas, sin realmente saber cuál es su naturaleza más profunda y, en ocasiones, la remplazamos por experiencias pasajeras que satisfacen nuestros sentidos y nos conducen a disfrutar el momento,

sin llenar completamente nuestros más profundos anhelos, dejando en nuestra alma un vacío difícil de colmar.

La idea del “bienestar” como satisfacción de las necesidades humanas básicas (techo, comida y trabajo), a pesar de contribuir a hacernos experimentar una existencia más humana, no colma los deseos de felicidad más profundos presentes en el hombre. Todos tenemos, en el fondo, ideales que van mucho más allá de la satisfacción temporal de las necesidades corporales básicas. Por ejemplo, el anhelo por construir un hogar armonioso supera el deseo de tener una casa bonita; el amor de la familia y el compartir la vida con los que se ama en la mesa común, supera el deseo de llenar nuestro estómago con banquetes suculentos; el construir con nuestras manos y esfuerzos un mundo mejor y más justo, supera el deseo de desgastar nuestras energías sólo en trabajos remunerados. El ser humano quiere más, desea la plenitud y tiene sembrado en su interior un anhelo profundo por la trascendencia.

Los muros ante la felicidad

En la búsqueda de la plenitud y de la trascendencia, nos encontramos cara a cara con la limitación de situaciones que tratan de opacar nuestro deseo

profundo de volar hacia lo alto. La equívoca y comúnmente llamada “realidad”, abruma nuestras expectativas de trascendencia y nuestros ideales: queremos amar, pero encontramos muchas veces el odio como respuesta; queremos construir un mundo mejor, pero el egoísmo ensordece los oídos de quienes nos rodean y nos conduce a buscar nuestro bien por encima del de los demás; queremos ser generosos, pero no vemos correspondencia a nuestra generosidad; queremos luchar por la verdad, y nuestro mundo vende su conciencia a la falsedad de una vida sin esfuerzo, donde la mentira es la herramienta que pone al hombre inícuo en la cima de una estructura social injusta.

Ante este panorama desolador, las personas tienden a asumir distintas actitudes: algunos optan por “vivir simplemente el momento”, otros por dejarse llevar por “el instinto” y otros, perdiendo cualquier perspectiva de futuro, reducen su propia existencia a un sucederse de situaciones monótonas que no llevan, aparentemente, a ningún lado: estos últimos confunden cotidianidad con monotonía, y son arrastrados por el sistema del producir por producir. No faltará, por último, quien, abrumado ante esta realidad, se pregunte si vale la pena vivir en un mundo así, y si la felicidad es realmente una meta alcanzable para el hombre

EL MUNDO

El mundo en el que vivimos

La inconsistencia de un mundo en donde la verdad se oculta y la mentira se establece incontrolablemente para determinar la vida y el futuro de muchos hombres y mujeres, en donde querer ser buenos no es un incentivo, ya que vemos premiados con el poder y el prestigio a quienes recurren a la violencia, al engaño y a la deshonestidad para alcanzar sus propios fines; en donde no se siente ya dolor por el hermano, y la indiferencia se convierte en criterio “moral”, de acción, propio de la “gente de bien”; en donde la competencia entre los seres humanos es el único instinto que mueve a una supervivencia que se basa en el aplastamiento de los fuertes a los débiles, y estos últimos pareciera que se conformaran con su propia situación de inferioridad, de exclusión y de sometimiento; y en

donde pareciera que ya no existe “la verdad”, sino que se trata de un mundo en el cual esta ha perdido la guerra contra la “diversidad” y se ha diluido en “verdades” individuales que grupos apasionados defienden con empeño, tomando prestadas, y a veces robando, las banderas de la libertad, la tolerancia y la inclusión, o vistiendo uniformes con colores de religión, política, laicismo e individualismo.

Los caminos del mundo hacia la paz

La búsqueda de la paz es un deseo que se encuentra escrito en el corazón de todos. Un mundo en guerra exige que todos busquemos las vías más apropiadas para evitar que el odio siga corrompiendo nuestra sociedad y siga sacrificando la vida y la integridad de los inocentes. Sin embargo, la

paz en un don cuya naturaleza más profunda a veces se nos escapa, y para la cual el hombre, que la considera una conquista, emprende caminos que a veces resultan confusos y parciales, como lo son: el camino de la paz política, que es el camino que más se propone, especialmente entre los líderes del mundo; otros proponen el camino de la paz fi-

nanciera, vista como el resultado de los bolsillos llenos; y otros postulan el camino de la paz mental, donde la vía que conduce a la paz es fruto de una espiritualidad individualista, es el premio del hombre. Sin embargo, estos caminos que el mundo propone no terminan de satisfacer al hombre moderno.

DIOS

Dios nos habla

En nuestra búsqueda sincera de “algo más”, por medio de su Santa Palabra, Dios nos advierte acerca del uso de las riquezas:

- Manténganse libres del amor al dinero, y conténtenense con lo que tienen, porque Dios ha dicho: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré» (Heb 13, 5).
- Los que quieren enriquecerse sucumben a la tentación, se enredan en un lazo y son presa de muchos deseos absurdos y nocivos, que hundan a los hombres en la ruina y en la perdición (1 Tim 6, 9)
- No te afanes acumulando riquezas; no te obsesiones con ellas (Pr 23, 4).
- Quien ama el dinero, nunca se sacia; quien ama la abundancia no le saca provecho. ¡También esto es vanidad! Al rico la hartura no le deja dormir (Ecl 5, 9.10).
- Más vale tener poco, con temor del Señor, que muchas riquezas con grandes angustias (Pr 15, 16).
- A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos (1 Tim 6, 17).
- Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, Tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de Ti lo hemos recibido (1 Cro 29, 14).

- Les dijo: «Miren, guárdense de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de los bienes» (Lc 12, 15).
- Más vale adquirir sabiduría que oro; más vale adquirir inteligencia que plata (Pr 16, 16).
- Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, por el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos (1 Tim 6, 10).

El Señor, por medio de su ejemplo y sus enseñanzas, nos advierte acerca de la idolatría hacia al dinero y del camino de perdición, que conduce hacia el amor desordenado por las riquezas materiales. En el Señor encontramos “algo más”, en Dios las cosas del mundo vuelven a su lugar, adquieren para nosotros un valor distinto y encontramos la verdadera plenitud de vida que la abundancia material no nos puede nunca otorgar.

Los caminos de Dios hacia la paz

“La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy Yo como la da el mundo” (Jn 14, 27).

En la Sagrada Escritura, la paz aparece como uno de los dones que el Mesías trae al mundo. Así lo anunciaba, por ejemplo, el profeta Isaías: “Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un niño será su pastor” (Is 11, 6).

Esta descripción es la de un mundo en el que existe una plena armonía, en la que hasta los seres que parecen antagónicos pacerán juntos. La misión del Mesías ofrece y garantiza la plena reconciliación entre las creaturas y la eliminación de todas las enemistades. El camino de Dios que conduce

Dios y la presencia del mal

a la paz y nos libra de la enemistad se hace vivo y real con la presencia del Hijo que Él ha enviado al mundo:

“Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad” (Ef 2, 14).

Lo contrario a la paz es la enemistad y el odio. Y, según este anuncio: Cristo es nuestra paz. Y lo es porque su sacrificio derribó muros de enemistad que separaban a los seres humanos. Cristo es nuestra paz porque en Él, y en su muerte, mueren los odios de todos los tipos. Todos cayeron sobre Él y Él los asumió todos por un amor más grande que nos amó a todos hasta el extremo (cf. Jn 13, 1). Por eso, el hombre que da espacio en su corazón al odio y al egoísmo vive de espaldas al amor de Dios y no puede vivir en paz.

Como somos hijos de Dios y, con el don de su Espíritu, podemos dirigimos a Él con la ternura que expresa el nombre de Abbá, Papá, Dios mismo nos asegura su cercanía, su misericordia y su deseo de darnos la paz. En su Hijo nos comunica la paz y nos abre el camino de la verdadera paz para nosotros y para el mundo. La paz verdadera y profunda no es el simple silencio de las armas, que a veces puede ser el silencio macabro de la muerte de los contrincantes. La paz no es un consenso entre hombres, aunque muchas veces tenga que buscarse por medio de tratados de amistad, de respeto mutuo y de colaboración en la justicia real. La paz es la certeza de la reconciliación profunda y completa con Dios Nuestro Padre y Creador, a quien hemos ofendido por el pecado; y es la reconciliación completa entre las personas, gracias al don del sacrificio del Hijo Eterno por todos, en quien han muerto todas nuestras enemistades; y es el trabajo esforzado de cada día para evitar sentimientos de odio, de venganza, de rencor o de resentimiento y por transformarlos, gracias al Espíritu Santo derramado en nuestros corazones, con oraciones y capitulaciones de fe, por sentimientos de esperanza y de reconciliación. La paz entre las personas, entre los grupos y entre sociedades en pugna, la paz que es fruto de la justicia social, de la equidad y de la verdad, es posible cuando se admiten la Verdad de Cristo y la gracia del Espíritu Santo.

En medio de todas las lagunas en las que el ser humano se sumerge tratando de encontrarle sentido a su vida, la existencia de Dios aparece como un interrogante que debe ser respondido. ¿Existe un Dios bueno? Si existe, ¿se preocupa ese Dios por nosotros? Si es bueno, ¿por qué abundan el mal y la imperfección en el mundo que El creó con sus manos? De hecho, la presencia del mal y del dolor en el mundo podrían conducir a algunos al pesimismo de quienes creen que Dios no existe, o que, si existe, su presencia habría abandonado la historia de los hombres, como a su propia suerte, para siempre. Pero esto merece una reflexión más profunda.

Porque, por una parte, existe una forma de mal que es simplemente fruto de la imperfección de todo lo que nos rodea y de lo que finalmente somos, que viene por influjo de agentes externos, como por ejemplo los virus que atacan nuestros sistemas y nos enferman, el paso inexorable del tiempo en los seres que nos acabamos, o el ser uno apenas un eslabón en la cadena alimenticia. Llamémoslo “mal físico”. Es imposible que alguien piense que Dios creó ese mal. Quizá podría llegar a decirse que lo permite o lo tolera por razones, a veces explicables, otras veces conocidas sólo por Él. El mal físico surge simplemente de la condición propia de las creaturas; y Dios Nuestro Señor, en el orden sapientísimo que ha puesto en toda su obra, sabe cómo sacar bienes de esos males. Incluso el mal que causa dolor y hasta la misma muerte pueden volverse ocasión de sacrificio y ser bien empleados por el ser humano, como Cristo ofreció su Pasión y su Muerte por toda la humanidad.

Pero existe también una forma de mal que llamamos “mal moral” y que depende de la libertad humana. Específicamente, del mal uso de la libertad que Dios nos dio. Él nos hizo abiertos a la armonía, a la bondad y a la verdad. Y nuestra libertad tiende a esos valores supremos como tiende a realizarse en Dios mismo. Pero existe la terrible posibilidad de que esa libertad, precisamente porque no es libertad ficticia, sea usada para el mal. Y de esta clase de mal, sí que tenemos que evitar cualquier pensamiento irreflexivo. Si no nos atrevemos a culpar sin pruebas a alguien por el sufrimiento ajeno, una cosa que nunca podremos imputar a Dios es el

dolor de las personas cuando es fruto de la ira y la violencia, de la soberbia y del desprecio, de la gula y del egoísmo, de la lujuria y de la impureza, o de cualquier pasión irresponsablemente manejada por otras personas. Dios mismo ha padecido esta clase de mal en la Cruz y la muerte de su Hijo muy amado. Y solo Él ha podido demostrar que también al final de ese túnel oscuro, que la humanidad se ha construido con el mal uso de su libertad, hay luz y hay esperanza.

Por eso, buscar en Dios las causas del mal y “echarle la culpa” por nuestros sufrimientos e imperfecciones es un error. Dios creó al hombre para la felicidad, lo amó con amor eterno (Jer 31, 3) y lo destinó a ser imagen suya (Gn 1, 36-27). La libertad que Dios entregó al hombre como don no es fruto de la manipulación divina: el hombre es libre para responder con amor al amor de Dios o de rechazarlo, parcial o definitivamente. Cuando lo rechaza se aleja de la luz, y las consecuencias de ese alejamiento lo sumen en la oscuridad más profunda: el mal se hace presente en sus decisiones y estas, cuando son equivocadas, perjudican totalmente el equilibrio de todo lo que lo rodea. De esta manera Dios no es el autor del mal. Al contrario, ante este panorama desolador, Dios se presenta como la bondad misma y la solución a una vida sin sentido. Él, cuya bondad y fidelidad son eternas (Sal 118, 1), tiende la mano al hombre caído y no cesa de llamarlo.

Dios y la felicidad de la persona humana

Si el mal es consecuencia del alejamiento de Dios, la insatisfacción y el vacío de una vida sin sentido solo pueden ser colmados si buscamos aquello que podría satisfacer nuestros deseos más íntimos de eternidad y trascendencia. Solo un Dios infinitamente bueno y perfecto es la respuesta a nuestras búsquedas más profundas.

La felicidad en Dios no es simplemente el apego consciente a una idea de infinitud. Nuestro Dios no es una idea, no es una quimera ni es algo virtual; Él es absolutamente real y personal. Dios es felicidad, porque Él vive la felicidad en sí mismo, Él es la perfección no simplemente porque no existen defectos en Él, sino porque en Él el amor mismo tiene su máxima perfección (cf. 1 Jn 4, 8). La felicidad, lo conocemos por nuestra propia ex-

periencia, consiste en el amar y ser amados. Dios que nos ha creado para vivir una existencia plena y feliz en esta tierra ha depositado en nosotros la semilla de la eternidad y nos llama para que vivamos en su amor.

Dios nos creó para ser felices, pero la infelicidad se introdujo en el mundo cuando nos alejamos de Él. Ese es el motivo por el que vivimos sedientos sin encontrar la fuente que calme nuestra necesidad de agua (cf. Jn 4, 15), y por el que vivimos hambrientos sin colmar definitivamente, de una vez y para siempre, nuestra necesidad de subsistencia eterna (cf. Jn 6, 49). Dios se presenta ante nosotros como la fuente inagotable que sacia nuestra sed (cf. Jn 4, 14) y como el pan que calma nuestra hambre y nos otorga como premio la vida eterna (cf. Jn 6, 51).

La verdadera felicidad es la satisfacción de todos nuestros deseos y angustias, es el abrazo querido de la persona amada (cf. Lc 15, 20) es el reposo y el descanso de nuestro cansancio y agobio: “*Vengan a Mí, todos los que están cansados y agobiados que Yo los aliviaré*” (Mt 11, 28).

La búsqueda del sentido de la vida humana es la búsqueda misma de Dios (cf. Sal 62, 1), de Dios que se deja encontrar por quienes lo buscan con sincero corazón (cf. Jer 29, 13; Heb 10, 22) y que sale a nuestro encuentro como el Dios de nuestra alegría (cf. Sal 43, 4). Cuando lo buscamos a Él, buscamos la felicidad (cf. S. Agustín, Confesiones X, 20) y cuando lo encontramos iniciamos junto a Él un camino de plenitud que le da sentido a nuestra vida presente.

CATEQUESIS KERIGMÁTICAS

ENCUENTRO CON CRISTO PUERTA,
CAMINO Y PASTOR DE LAS OVEJAS

CONSIDERACIONES PREVIAS A LOS ENCUENTROS

Lo importante, es que el encuentro, sea realmente, un **ANUNCIO, una Buena Noticia** y no una charla, una clase o una conferencia. Debe ser un anuncio gozoso, que debe venir anticipado y fortalecido, por la experiencia de Cristo vivo, por parte de quien lo hace. Esto es muy importante ponerlo en el corazón de los hermanos para llamarlos a la escucha, a pedir la gracia del Espíritu Santo y de esta manera, poder abrir el corazón y escuchar la voz del Señor.

Con estos encuentros se comienza a dar respuesta a los interrogantes planteados en los encuentros previos o prekerigmáticos. El evangelizador, debe cambiar la perspectiva y dejar claro que no es una conferencia magistral de teología o filosofía. Puesto que ya se ha aprendido muchas cosas. Ahora de lo que se trata es de escuchar al Señor y dejarnos transformar por Él.

Es el Espíritu Santo quien abre el corazón del hombre y lo dispone a la escucha; pero, también es el Espíritu Santo quien anima y pone las palabras en la boca de quien en nombre de Cristo y enviado por la Iglesia, evangeliza, para que esas palabras sean Palabras de Dios y tengan el poder de transformar los corazones y suscitar la conversión de quien se abre pobremente a la Palabra que salva.

Es muy importante, entonces, que el evangelizador, sea el párroco, se coloque con humildad frente a esta misión de anunciar la Buena Nueva, de hacerlo con la certeza del poder de Cristo Resucitado que actúa por su Palabra. Es importante que el sacerdote conozca de cerca a los asistentes, que tenga un profundo amor por las personas que han venido a recibir su mensaje en el nombre del Señor y haya realizado un acompañamiento previo con ellos, todo con el fin de garantizar la buena acogida del mensaje.

Resulta de gran importancia que el lugar donde se realicen los encuentros esté dispuesto de la mejor manera: se sugiere que esté dotado con imágenes o signos que vayan en concordancia con el sentido del kerigma y con la temática que se va a tratar.

Para anunciar el Kerigma, es muy importante, ser libre y muy consciente de que no nos anunciamos a nosotros mismos. Esta libertad de quien predica a Jesús, capacita para hablar proféticamente con la fuerza de la verdad y en la verdad, para que la *“fe, como dice el Apóstol, no se fundamente en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”*.

Conviene mantener en reserva toda esta información que se pone en nuestras manos, en razón de los procesos que venimos implementando para los fieles, en los tiempos que Dios va permitiendo para cada uno. No es prudente hacer avances, adelantar nada a nadie de los encuentros. Esta experiencia es muy personal y conviene que cada uno de los que Dios llame en su momento, la viva plenamente.

Los participantes deben ser instruidos en la manera de hacer sus aportes de manera que se conviertan en una verdadera edificación fraterna, es decir, que sean presentados de tal modo que el protagonista sea siempre el Señor, que sean breves y sencillos, y que sirvan para que los hermanos descubran posibles nuevos caminos de asimilación y de experiencia.

Dinámica y desarrollo de los encuentros

Se debe procurar la disposición necesaria del lugar (silletería, sonido, material audiovisual) donde se desarrollarán los encuentros. No solo se deben disponer los corazones, también los contextos y

espacios externos son significativos para lograr lo que nos proponemos. Si hay un buen salón es mejor hacerlo ahí y no en el templo.

Los **anuncios kerigmáticos**, no se deben improvisar. Se deben preparar muy bien, en el ámbito de la humildad, la oración y la gracia.

Es necesario que el párroco dirija los encuentros, de modo que pueda dar su propio testimonio a los que han venido. No obstante, el párroco tiene toda la libertad de hacer los encuentros que estime necesarios. Es él, el responsable de la evangelización y el que oficialmente tiene el ministerio de la Palabra.

Es importante que el **anuncio** se haga sin interrupciones, es decir, que el kerigma, no se constituya en una clase que se interrumpa cualquier número de veces. Se busca no distraer la atención y que se vaya suscitando en los hermanos la capacidad de la escucha. Cualquier inquietud se podría resolver al final.

Terminado el anuncio, se entrega un taller (contiene: respuesta personal, ecos del anuncio y los compromisos personales propuestos para cada encuentro). No siempre se alcanzará a realizar totalmente el taller, pero conviene entregarlo y que lo lean en silencio y en lo posible que lo compartan un poco en pequeños grupos.

El párroco tiene la libertad de establecer las fechas y distribuir la formación en cuantos encuentros considere necesarios, buscando favorecer la disponibilidad de los asistentes, procurando que los encuentros coincidan con las fechas estipuladas en el calendario.

Estructura del encuentro

1. Saludo y oración

- Ambientación (canto).
- Iluminación bíblica.
- Socialización (se comparten los compromisos propuestos, el testimonio y la retroalimentación correspondiente del anterior encuentro).

2. Anuncio

- Desarrollo de la temática propuesta (el evangelizador podrá disponer de los medios a su alcance para compartir el mensaje que se presenta).

3. Respuesta personal y ecos del anuncio

- Se hace entrega del material preparado (los asistentes, en un momento de recogimiento, realizan la interiorización, que es un diálogo personal con el Señor acerca de lo que Él les ha comunicado por medio de la temática expuesta; quienes asisten a la catequesis, reflexionan sobre lo que dicho mensaje representa para su crecimiento personal y su camino de seguimiento a Dios).
- Luego de un tiempo prudente de reflexión, cada uno de los asistentes responderá personalmente las preguntas planteadas.

4. Compromisos

- Se mencionan los compromisos, sabiendo que estos mismos servirán para socializar en la siguiente catequesis acerca de las experiencias realizadas.

5. Oración final y despedida.

PADRE

ENCUENTRO 1:

POR SOBRE TODAS LAS COSAS ¡DIOS ES AMOR!

EN BUSCA DEL AMOR

Percibir la realidad de una felicidad que se hace esquiva en nuestra vida presente, constatar que los caminos que ofrece el mundo para alcanzar la

paz no son suficientes, darnos cuenta de la finitud de nuestra vida y del vacío que ni siquiera todas las riquezas del mundo pueden colmar, hace que deseemos mucho más y que busquemos en la eternidad la razón que le da sentido a nuestra vida. En

medio de esta búsqueda, Dios sale a nuestro encuentro.

Él no existe como una idea de la mente humana, ni como una abstracción o una proyección de nuestros deseos. Él es Persona, es “EL OTRO”, “Alguien” que sale a nuestro paso y con el que podemos tener un encuentro.

Cuando amamos, la felicidad que proviene de la certeza de amar y sentirnos amados invade nuestro corazón. Esta felicidad es tan solo un asomo de lo que cada persona desea realmente. Queremos amor, buscamos el amor, luchamos por el amor y nos movemos por amor. Dios no es un simple observador de lo que sucede en nuestro mundo, Él quiere siempre involucrarse existencialmente con cada uno de nosotros para mostrarse y para revelarnos su amor. El amor de Dios es lo único real que colma nuestra búsqueda de sentido. Dios nos ama realmente, con un amor que sobrepasa todo lo que conocemos en este mundo. El hombre, sediento de amor, esta sediento de Dios, y solo el amor de Dios puede saciar las ansias de nuestro corazón.

DIOS NOS AMA

Dios no tiene ningún otro motivo distinto a su amor para revelarnos y manifestarnos el misterio de su Ser. La expresión “Dios me ama” no puede ser una manifestación o confesión de labios para afuera. Gracias a ella afirmo la realidad de un amor que me toca a mí como persona. Dios no nos ama a todos de manera genérica y superflua; Él se dirige a cada uno de nosotros con todo su amor. A mí me ve como individuo y como persona capaz de responderle.

En Él no cabe la abstracción. Él nos ha traído hasta aquí, a este lugar y a este momento, para revelarnos su amor personal y exclusivo, el amor que a cada uno de nosotros nos tiene.

Pero, *¿en qué consiste el amor que Dios nos revela y nos declara?* Se trata de un amor firme y fiel, más seguro que el sol de cada día y lleno de detalles. Sin embargo, en este preciso punto es mejor escucharlo a Él mismo.

En la Santa Biblia, el Señor, con sus propias pala-

bras, nos declara que su amor es más fuerte que el amor de la mejor de las madres: *¿Olvida acaso una mujer al bebé que amamanta, a su muy amado, al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas lo olvidaran, Yo no te olvidaré* (Is 49, 15). ¡Así es! Lo imposible, lo que nunca ocurriría, es decir, que una madre olvidara al bebé que lleva en brazos y al que ha llevado en su seno... Más seguro que este amor indefectible, es el amor de Dios.

Más estable y sólido que las montañas: Porque “aunque los montes se corran y las colinas se muevan, mi amor no se apartará de tu lado, ni mi alianza de paz vacilará, dice El Señor que entrañablemente te ama” (Is 54, 10).

Tan antiguo, que comienza antes del tiempo; tan duradero, que NUNCA acabará; tan alto, tan ancho y tan profundo, que no podré hacer nada para “salirme” de él; y todo esto porque este amor, para expresarlo de la manera más simple, ¡es eterno! Así lo dice el Señor, que, de lejos, desde su inmensidad y desde su infinita trascendencia, se manifiesta: *Te he amado con amor eterno. Por eso he reservado misericordia para ti* (Jer 31, 3). Es evidente que el Señor nos dice que siempre tendrá compasión con nosotros, no importan las circunstancias en que acudamos a Él, porque nos ama desde antes, desde siempre y para siempre. Como también lo afirma cuando dice: *En un arrebatado de ira, por un instante te escondí mi rostro, pero te quiero con amor eterno -dice el Señor, tu libertador* (Is 54, 8).

Si bien lo que aquí nos interesa es la declaración de Dios mismo que dice con la seguridad incomparable que tiene Su Palabra que su amor por nosotros es eterno, vale la pena también reflexionar sobre lo pasajero y momentáneo de su cólera y la eternidad de su ternura. El amor de Dios es seguro, más que el sol de cada día.

Y lo que el Señor dice a Israel para explicarle las razones por las cuales interviene en su favor, debería bastar para cada uno de nosotros: “...eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo” (Is 43, 4a). *Y no temas, que yo estoy contigo* (Is 43, 5a).

Si nos preguntáramos cuál es el porqué de sus beneficios en favor de nosotros no tendríamos una respuesta distinta a la de pensar en su amor como

algo completamente gratuito. El motivo último de todas sus acciones de liberación en favor de su pueblo es el amor: Si el Señor se enamoró de ustedes y los eligió, no fue porque ustedes sean más numerosos que los demás, pues son el pueblo más pequeño, sino que, por puro amor a ustedes y por mantener el juramento que había hecho a sus padres, los sacó el Señor de Egipto con mano fuerte y los rescató de la casa de esclavitud (Dt 7, 7-8).

En la Sagrada Escritura, el amor de Dios por su pueblo es comparado al amor de un padre, rico en ternura, por su hijo: *Cuando Israel era un niño, yo lo amé. Yo le enseñé... a caminar, tomándolo por los brazos...* (Os 11, 1.3). Pensar estas cosas refiriéndolas a cada uno de nosotros es entrar en la alegría más grande. Porque es a ti, que escuchas, a quien Dios ha tratado con esta ternura. Basta pensarlo por un momento para darnos cuenta de que Dios era quien estaba entonces, cuando dimos los primeros pasos, cuando aprendimos las primeras cosas, cuando recibimos las primeras caricias. Y todo hablaba de Él, de su infinito amor de Padre, de su ternura vigilante que nos cuidaba, de todos los detalles de amor que Él dispuso para nosotros.

Dios ha buscado muchas formas para hacernos comprender esto. De tal manera que también nos sorprende con una comparación privilegiada. Él nos ama y nos ha amado siempre como un amor que supera hasta al de un esposo por su amada: Como se casa un joven con una doncella, así te desposa el que te construyó. *Y como se regocija el marido con su esposa, así se alegrará tu Dios contigo* (Is 62, 5). Y, una vez establecido este afecto, Dios lo sigue buscando sin tregua: Por eso yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón... Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto. Aquel día -oráculo del Señor- me llamarás "esposo mío" y ya no me llamarás "mi amo"... Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor (Os 2, 16. 18. 21-22).

Como si todo esto fuera poco, lo que se constata con la definitiva revelación de Dios en Jesucristo, Nuestro Señor, es que todo lo anterior ha sido diseñado con cuerdas humanas porque, dice el Señor: *con lazos de amor los atraía y era para ellos*

como los que alzan un niño contra su mejilla, me inclinaba a él y le daba de comer (Os 11, 4).

Porque en Cristo, Dios nos ha hablado con palabras tan humanas como nosotros, para que comprendamos este amor, para que lo sintamos cercano, vivo, presente, sacrificado por nosotros. Así lo asegura el mismo Jesús cuando afirma que tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único! Y lo hizo para darnos su misma vida, probándonos, por su entrega sacrificial, que nadie nos ama como Él.

De esta manera, entre muchas frases con las cuales Dios nos declara su amor en la Biblia, podríamos reposar sobre una certeza que nadie nos podrá nunca arrebatar: ¡Dios es amor! Efectivamente: En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene, en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como sacrificio de reconciliación... Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en Él (1 Jn 4, 8b - 10. 16).

ESTE AMOR ES PARA TI

Dios nos ama, lo creamos o no lo creamos. Su amor no depende de nuestra respuesta ya que Él, infinitamente bueno y misericordioso, no cesa nunca de favorecernos y amarnos porque somos obra suya. La Revelación nos dice que Dios hizo todas las cosas buenas (cf. Gn 1, 1-28) y, aunque infinitamente omnipotente y justo, no tenía necesidad de crearnos, ¿por qué lo hizo? No encontramos una respuesta distinta a la de la gratuidad de un amor que nos comunica toda su bondad y belleza. Dios nos creó, no porque nos necesitaba, sino porque nos ha amado desde toda la eternidad: Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi misericordia para contigo (Jer 31, 3).

Estamos en el mundo para descubrir las grandezas de este amor divino. En ocasiones, sin embargo, nos enfrentamos con ciertas dudas ante esta verdad determinante y, otras veces, la creemos a medias. Alguien puede pensar, por las circunstancias adversas de su vida, que Dios no le ama; otro, ante

las dificultades, puede pensar que si le ama, no es mucho, y que Dios derrama las gotas de su amor distribuyéndolas inequitativamente sobre todos los hombres.

Ante la inseguridad de sentirnos amados por Dios debemos contemplar la realidad de los hechos: Existimos, respiramos, nos movemos. A nuestro alrededor contemplamos la luz del día y la belleza de la creación que recrea nuestros sentidos y nos habla de su gloria. Nuestra vida ha estado llena de consuelos, alegrías y abrazos; hemos superado las pruebas más difíciles de nuestro pasado; hemos escuchado su Palabra y misteriosamente hemos sido salvados de peligros indecibles.

Cuando contemplamos nuestra vida, vemos que su mano nos ha sostenido, lo que hemos logrado ha sido don suyo. Hemos sido infieles, pero Él nos ha perdonado y nos perdonará todas las veces que podamos caer. Dios nos ama con un amor infinito: esta es una certeza inefable e irrefutable.

Para demostrárnoslo, Dios espera que abramos constantemente un espacio en nuestro corazón. Este camino que comenzamos nos ayudará a ver que Él siempre nos ama y quiere lo mejor para nosotros. Su amor nos tiene reservadas grandes sorpresas y si avanzamos en el sendero que el Señor nos propone andar, descubriremos cómo ese amor infinito, gratuito e incondicional de Dios merece la respuesta total de nuestra vida. Aún queda mucho por descubrir de la anchura y profundidad (cf. Ef 3, 18) de sus designios amorosos.

¿Te atreves a caminar por este sendero, en el que conocerás cada vez más su infinito amor?

POR AMOR LO CREÓ TODO

El amor de Dios se ha manifestado en nuestra existencia de distintas maneras y en distintos momentos. Dios no es una idea, ni una abstracción humana: Dios es amor y como amor se nos ha revelado desde el principio.

Todo lo que hay en el mundo, las creaturas celestiales y las terrestres, deben su existencia única y exclusivamente a Dios. ¡Él es el Creador! Y todo lo que ha salido de sus manos depende de Él y lleva sus huellas. Cuando afirmamos esto, debemos

pensar en la perfección infinita de Dios. Él existe antes que cualquier otra cosa en el universo, y desde su eternidad infinita ha querido crear todas las cosas para comunicarles sus perfecciones. La creación entera, por medio de procesos de los que solo Dios tiene los diseños, existe tal y como la conocemos, como revelación de Dios infinito.

La belleza de lo creado, la magnitud de las galaxias, sistemas y planetas; la complejidad de los procesos geológicos que favorecieron la formación de nuestra tierra; las condiciones biológicas que han hecho posible la existencia de la vida en nuestro planeta; el resultado final de un cosmos que aparece ante nuestros ojos con una belleza y extensión inconmensurables: estos hechos dan testimonio del amor infinito de Dios. Por eso podemos afirmar que por medio de la belleza de las creaturas podemos intuir la belleza, el amor y el esmero del Hacedor. Y que, por medio de lo creado podemos vislumbrar algo de lo increado.

El autor del libro de la Sabiduría se sorprende porque ve que muchas personas, cautivadas por la hermosura de los luceros y por la fuerza misteriosa del fuego y del viento, han llegado a tenerlos por dioses, y les dice: “Si cautivados por su hermosura, los creyeron dioses, sepan cuánto los aventaja su Señor, pues los creó el mismo Autor de la belleza. Y si los asombró su poder y energía, calculen cuánto más poderoso es quien los hizo, pues por la grandeza y hermosura de las criaturas, se descubre por analogía a su Creador” (Sb 13, 3-5).

Queda claro que la hermosura de las cosas es huella, reflejo y manifestación de la belleza del que es Autor de la belleza. Y siguiendo esta intuición podríamos decir que del orden de las cosas se infiere la inteligencia de quien ha dado ese orden, y de la grandeza de las obras de Dios, se puede deducir su inmenso poder, y de la utilidad de todo lo que existe para el ser humano, podemos encontrar su misericordia entrañable.

Por eso, este argumento es bien conocido en el Nuevo Testamento. Dice, en efecto, san Pablo: “Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo, a través de sus obras” (Rom 1, 20).

Estos son los atributos invisibles que Pablo dice que han sido hecho perceptibles a nuestra inteligencia. Y asegura, como aseguraba el libro de la Sabiduría, que son inexcusables los que cierran sus ojos y su inteligencia y se crean ídolos inexistentes. De la contemplación del cosmos, de su variedad, de su orden asombroso, de sus leyes, de sus fuerzas incontrolables, de su finalidad, de su finitud, se puede intuir la existencia de Dios y se pueden conocer sus atributos más destacados: su grandeza, su poder, su majestad, su ternura, su inmensidad, su detalle, su inteligencia, su amor por la humanidad, etc.

Captar la belleza de Dios en todo lo que nos rodea, debe conducirnos a intuir la extensión de su amor. Él, un ser perfecto en sí mismo, no necesitaba añadir nada a su perfección. Cuando se afirma que Dios creó de la nada todo lo que existe estamos diciendo que Él generosamente da a todas las criaturas la existencia y su capacidad de existir en el mundo. Existimos todos porque Él lo quiso, y continuamos existiendo porque Él nos sostiene en la existencia. El don de vivir, de respirar, de poder contemplar el sol de cada mañana, de experimentar el roce del viento y de escuchar los sonidos de la naturaleza, se lo debemos a Él y solo a Él. El poder pensar, el ser capaces de amar y ser amados, nuestra dignidad humana recibida y reflexionada, la libertad y tantos otros dones. ¿Si todo eso no es amor que se recibe, qué lo será?

Leído a la luz de la fe, el relato bíblico de la Creación nos deja la impresión de que Dios creó cada cosa pensando en el hombre y la mujer, que serían creados más tarde. Esto quiere decir que DIOS CREÓ TODAS LAS COSAS MOVIDO POR SU AMOR A NOSOTROS.

Y VIO QUE ESTABA BIEN

Dios no solo creó todas las cosas bellas, sino que también las hizo buenas: Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno... Así quedaron concluidos el cielo, la tierra y todo el universo (Gn 1, 31a-2,1).

El amor de Dios se manifiesta de manera especial en la bondad de la creaturas. En el plan inicial de Dios no había cabida para el mal. Y la bondad de Dios se manifiesta en la bondad de sus creaturas.

Lo que existe es bueno y goza de una perfección proporcionada a su ser. De acuerdo con el plan de Dios, nada le hace falta a este mundo, todo lo que existe tiene una razón para existir. Incluso aquellas creaturas que a algunos pueden resultar menos apreciables, tienen su función en el ciclo vital de toda la naturaleza.

La bondad de la Creación y su perfección son elementos que nos conducen a pensar en un Dios que planeó con dedicación y esmero todo lo que existe. En la mente de Dios están el equilibrio y la bondad, que son fruto de su amor infinito por sus creaturas.

NOS CREÓ A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

Si Dios se esmeró con todo su amor y empeño en hacer las cosas buenas y dotadas de la perfección que convenía a su ser, nosotros, seres humanos, no podríamos estar fuera de esa perfección y de ese amor. Somos fruto de los pensamientos íntimos y eternos de Dios amor, y no de cualquier tipo de pensamientos. Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y así fue. E hizo Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó (Gn 1, 26-27).

Fuimos planeados por Él desde toda la eternidad. Esta es una verdad que no se aplica únicamente a la creación del primer hombre y de la primera mujer. Es evidente que Dios interviene creando a cada ser humano que llega a esta Tierra. Nuestro nombre, nuestra existencia, nuestra vida misma, también hoy, son fruto de los pensamientos amorosos del Dios que nos ama desde toda la eternidad. Dios mismo lo expresa de esta manera: Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré (Jer 1, 5).

Cuando en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi ser aún informe, todos mis días estaban escritos en tu libro, estaban calculados, antes que llegase el primero (Sal 139, 15-16).

No somos fruto del azar, ni existimos como consecuencia de un accidente de la naturaleza. De una cierta manera, hasta se puede decir que vivíamos

ya en la mente de Dios, cuyos planes son eternos y adorables. Y hasta el hecho de ser la última creatura que aparece sobre la faz de la tierra indica, en la mente del autor sagrado, la peculiaridad de nuestra función en el mundo. Al crearnos, el Padre omnipotente quiso, en un acto libre, soberano y amoroso, plasmar en nosotros unas perfecciones que en ninguna otra creatura de nuestro universo quiso plantar: nos creó a su imagen y semejanza.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para mirar en él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad (Sal 8, 5-6).

Dios nos otorgó desde el principio de la Creación, la imagen de su ser, la capacidad de compartir con Él muchas de sus perfecciones. No nos hizo “iguales” a Él, pero sí somos “imagen suya”. Somos creaturas en las que se reflejan las perfecciones del mismo Dios. Su amor infinito por el hombre se revela de forma patente en que nos hizo capaces de amar, de pensar y de elegir. Nos relacionamos con el Creador a partir de un intercambio constante de amor que tuvo su origen en el mismo Dios.

Si Dios es amor, el hombre existe para el amor. Su dignidad no es medible científicamente, ni la podemos captar con los ojos. Todos los seres humanos poseemos la gran tarea de vivir de acuerdo con ese amor que nos pensó y nos creó desde el principio. ¡Somos especiales!, ¡todos lo somos! El amor de Dios es inconmensurable, en sí mismo, es decir, no tiene medidas. Y, de parte nuestra, esto quiere decir que el amor de Dios tampoco nos mide por cantidades o por cualidades. No existen categorías de seres humanos, ni hombres o mujeres que sean más personas que otras.

Cada uno, en su propia individualidad, posee la misma dignidad, pues Dios nos amó con misericordia a cada uno de nosotros, para hacernos vivir en el mundo, para contemplar y dominar, con el mismo amor con el que Dios creó todo, las maravillas de la creación: Dios los bendijo y les dijo: «Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven en la tierra». (Gn 1, 28).

Con lo cual nos preguntamos por el sentido de nuestra existencia y por el sentido de la existencia

de las demás cosas creadas por Dios. Al respecto vale la pena recordar que: El ser humano ha sido creado por Dios para alabarlo, para acatarlo y para servirle, y mediante esto, poderse salvar. Y las demás cosas sobre la faz de la tierra han sido creadas por Dios para el ser humano, y para que le ayuden a cumplir el fin para el que fue creado. De donde se sigue que el ser humano ha de usar de las cosas creadas tanto cuanto le sirvan para alcanzar su fin, y tanto ha de evitarlas cuanto para ello le impidan. Por lo cual es necesario hacernos indiferentes a todas las cosas creadas... solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el que somos creados. (I. De Loyola: Ejercicios espirituales. Principio y Fundamento, 23)

El hombre es creado por Dios, con amor, y está destinado para el amor. Por eso, el hombre que vive de acuerdo con este destino que Dios le ha dado puede encontrar el sentido, la paz y la felicidad verdaderos. Dios nos ha hablado en lenguaje humano para que lo comprendamos y nos ha manifestado que ese amor es definitivo y que nuestra meta no está en esta Tierra. Nuestro llamado a la vida es un llamado a la vida perdurable porque Dios lo garantiza. En Dios y en su amor el hombre se realiza.

¿Cómo responderías tú a ese amor de Dios que nos destina a la eternidad?

EL AMOR TRAICIONADO

El ser humano está llamado desde el principio a la eternidad. Fuimos creados por amor y nuestro corazón está diseñado para responder a ese amor que no solo nos creó, sino que nos sostiene y abraza con su presencia constante. Somos imagen y semejanza del Creador y por eso nuestra dignidad es altísima. En cada uno de nosotros se reflejan las perfecciones del Dios que, como lo enseña Él mismo en la Santa Biblia, desde sus pensamientos de ternura e inmortalidad, ha diseñado nuestra condición humana para que le ame en esta vida y goce de su presencia eternamente en la otra.

Creado a imagen de Dios, siguiendo esa sed de plenitud que inunda su corazón y que no se equivoca porque es su más profunda vocación, el ser humano debe buscar los caminos que lo conducen a una siempre mayor perfección y que tienen como re-

sultado la felicidad terrena y eterna.

Estos caminos se encuentran solo en el cumplimiento del fin para el que fue creado, es decir, la alabanza, el acatamiento y el servicio de Dios Nuestro Señor, y por supuesto, en este mismo sentido, en la mayor correspondencia que pueda al amor infinito e inconmensurable que le viene de Dios.

Sin embargo, este llamado a la eternidad y al amor de parte de Dios no ha encontrado una respuesta suficientemente acorde de parte del ser humano. Dios, que nunca deja de amarnos, ha recibido de su creatura respuestas de indiferencia, indolencia y pereza, una especie de fastidio y hasta el rechazo. La luz que dignifica la vida humana se ha visto opacada por la oscuridad que hace perder el sentido y el norte de la existencia. El hombre, llamado a la felicidad que Dios Nuestro Señor, con infinito amor, le tiene reservada y dispuesta, amando lo simplemente finito, ha preferido buscarse por sus propios medios, siempre limitados, lo que ha interpretado como alegría. ¡Qué tristes esas alegrías sin el amor de Dios! Como resultado, por ignorar el plan que Dios tiene sobre él y desobedeciendo con rebeldía sus mandatos, ha obtenido más bien la frustración, la tristeza y el dolor. Y se ha envuelto de tal manera en su soberbia que, sin darse cuenta, resulta esclavo de esas cosas y de esas alegrías que en vano, con aparente libertad, se sigue procurando.

El pecado es la causa de todos los males del hombre y de la sociedad. Es el verdadero enemigo de la felicidad, de la paz y de la justicia. El pecado entró en la historia humana y con él vino una de las consecuencias más terribles para la existencia de la humanidad: Lo mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron (Rom 5, 12).

EL ORIGEN DE TODO PECADO

En el relato de los orígenes, la Sagrada Escritura nos describe de modo magistral el ingreso del pecado en el mundo. Una lectura cuidadosa del texto nos permite descubrir que ese relato describe, no solo la naturaleza del primer pecado del hombre, sino también la de todo pecado personal que se

ha cometido desde los inicios de la historia hasta nuestros días.

Dios creó para el hombre la belleza de un mundo en el que todas las creaturas convivían armoniosamente con su Creador. La figura del jardín del Edén (cf. Gn 2, 8-15), representa ese estado de no-violencia original, es decir, un mundo en el cual, de acuerdo con los planes de Dios, el hombre podría convivir con sus semejantes (cf. Gn 2, 18.21-24), con la naturaleza y con las demás creaturas en un estado de armonía y felicidad total (cf. Gn 1, 26-31). Su desnudez (cf. Gn 2, 25) no era motivo de vergüenza para ellos, sino de la aceptación más profunda de la dignidad creatural de quienes vivían con un Dios que se paseaba constantemente en el jardín, ante quien no tenían que ocultarse (cf. Gn 3, 8a). De los dos primeros capítulos de la Biblia (entre otros) se infiere claramente que Dios Creador es amigo de la humanidad, el que le tiene constantemente su mano y le prepara un mundo en el que puede encontrar su realización y su felicidad.

Sin embargo, la presencia y la malvada persuasión del enemigo que lo tienta, representado en la serpiente (cf. Gn 3, 1), sugieren al corazón humano que se construya su felicidad y plenitud sin contar con Dios. El hombre comienza a considerar la idea profunda de que Dios le miente o le esconde la verdad de sus propios placeres divinos, de que sus caminos y restricciones no tienen como único motivo el bien de la humanidad sino que son una forma de “cortarle las alas”, o de impedirle una plenitud y felicidad reales, tales y como se encontrarían al margen de la amistad Divina: La serpiente replicó a la mujer: «No, no moriréis; es que Dios sabe que el día en que comáis de él se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal» (Gn 3, 5).

Todo pecado inicia con esa desconfianza. El hombre cree que el amor divino limita y cohibe. Y por un momento se aparta de Dios y quiere hacerse un camino independiente de Él. Engañosamente convierte a Dios en un mentiroso y se llena de deseos de ser como Él y de superarle. La rebeldía contra el plan de Dios se vuelve soberbia y vanidad. Y olvida que Dios lo está esperando siempre con paciencia y solicitud paternal. Por eso el pecado, que es un concepto propio de la fe bíblica

y no del pensamiento jurídico legal, y que solo se entiende en clave de amor despreciado y traicionado, es la afrenta más grave que el hombre pueda hacer a su Creador. El pecado es un acto estúpido del hombre, consecuencia de la búsqueda de una felicidad que no tiene en cuenta la fuente misma de la felicidad, de la persecución de un gozo que entiende lo deleitable solo como el capricho subjetivo, siempre pasajero y egoísta, y de falsos amores cuyas promesas son fugaces, deleznales y lejanas del verdadero amor que es pura donación y salida de uno mismo.

CONSECUENCIAS DE TODO PECADO

El relato del Génesis describe de modo detallado la consecuencia real que todo pecado tiene para el ser humano. Adán y Eva comen del árbol prohibido, desafían a Dios desconfiando de su amor, tachándolo prácticamente de mentiroso, y se les “abren los ojos”, no para ver la verdad sobre el bien y el mal, como engañosamente la serpiente les había sugerido, sino para encontrarse con la realidad y las consecuencias mortales de escupirle en la cara al amor infinito de Dios. Veámoslo en el Texto Sagrado: En primer lugar... “Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos, y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron” (Gn 3, 7).

El primer conflicto que proviene del pecado original es el de la vergüenza, el de no aceptarnos como somos. El pecado nos hace entrar en guerra con nosotros mismos.

Vemos nuestra desnudez, no como aceptación de nuestra realidad creatural, sino con vergüenza de lo que somos y del modo como hemos sido creados por Dios. El pecado no nos permite ver nuestra condición de creaturas de Dios, dependientes de Él por amor y en el amor. Debilita, así, nuestro concepto de nosotros mismos, nos desanima y nos impide vernos como Dios nos ve. Todo pecado provoca en nosotros una distorsión en el modo de ver nuestra propia naturaleza, y prácticamente nos hace considerarnos enemigos de nosotros mismos y avergonzarnos de nuestra limitación, creando en nosotros la sensación de que fuimos creados para la muerte y para el escarnio. Comenzamos a afanarnos por lo que no debemos afanarnos, a buscar afectos donde no se encuentran y a procurar un

dominio sobre los demás que nos consolida en una seguridad que no es cierta. En esta escalada perdemos tiempo, energías y salud.

En segundo lugar, cuando oyeron la voz del Señor que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín. El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?» Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo porque estaba desnudo y me escondí» (Gn 3, 8-10).

El pecado rompe de tajo nuestra amistad con Dios y nuestra confianza. El Señor, que convivía con la familia humana en el mismo jardín, es visto ahora por el ser humano como un enemigo, o al menos como un extraño o un fisgón. Tal vez esta es la consecuencia más terrible del pecado para toda la humanidad. Todo pecado nubla la percepción de Dios amigo y nos impide acercarnos a Dios como amigos. En cuanto traición al amor de Dios, afecta seriamente nuestra relación con Él. Dejamos de verlo como nuestro Padre amoroso, providente y justo, y le consideramos juez implacable, distante e injusto. Cuando caemos en el pecado nos hacemos ciegos y dejamos de ver el infinito amor de Dios por nosotros, por todos y por cada uno. Entramos en la dinámica de una vida sin amor real y, alejados de Dios y de su amistad, buscamos lo que solo Dios nos puede dar en las creaturas que no nos lo pueden garantizar. Y su peor consecuencia es la terrible posibilidad de que cambiemos a Dios por los ídolos (cf. Rom 1,20-23) y caigamos en la insensatez de poner nuestras esperanzas en las banalidades de nuestro mundo, abandonándonos a una espiral en descenso que pierde todos los límites racionales (cf. Rom 1, 24-32/175).

Y, como tercera consecuencia... El Señor Dios le replicó: «¿Quién te informó que estabas desnudo?, ¿es que has comido del fruto del árbol del que te prohibí comer?» Adán respondió: «La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí» (Gn 3, 11-12).

El pecado rompe nuestra armonía con nuestros semejantes y con la naturaleza. A Adán se le olvida que su mujer es carne de su carne y hueso de sus huesos (cf. Gn 2, 23). Cuando vivimos en el pecado, nuestros semejantes no son vistos ya como hermanos y compañeros de igual dignidad, sino como

extraños, lejanos y hasta enemigos, de quienes nos tenemos que cuidar. Dejamos de confiar en los demás y sembramos en nuestro corazón las semillas de la indiferencia y del odio hacia ellos. Por eso, el verdadero enemigo de la paz no es la opinión ajena ni las diferencias entre humanos, sino el pecado. De hecho, el origen de todas las injusticias sociales, de todos los atropellos y abusos, del impulso del dominio sobre los otros, es una vida de pecado, la búsqueda egoísta de los propios y engañosos bienes pasajeros, la incapacidad de vernos como hijos del mismo Dios, ¡hermanos!, y de reconocer en los otros la imagen que compartimos con el Creador. En la Biblia, la muerte de Abel, por su hermano Caín (cf. Gn 4, 1-16), nos recuerda que la desconfianza y el egoísmo entre los hermanos, puestos en nuestro corazón por ese primer acto de rebeldía contra Dios, puede llegar hasta los horizontes irracionales de la inmoralidad fratricida.

HEMOS PECADO

Una de las tragedias más espantosas del mundo moderno es que muchos ni siquiera se dan cuenta de sus heridas profundas y de sus desgarramientos interiores. Se divierten y no escuchan, ni le ponen cuidado a su corazón. Todos tenemos que re-

conocer que hemos pecado, que no hemos sabido corresponder al amor de Dios con nuestra propia entrega de amor. Hemos preferido “el mal al bien, la mentira a la honradez” (Sal 52, 3).

Dios constantemente nos tiende sus brazos amorosos, nos contempla con benevolencia y cariño. Sin embargo, mientras Él nos mira, nosotros miramos para otro lado. A veces no creemos que las cosas con Él sean agradables, sabrosas o divertidas, o que den el verdadero sentido a nuestras vidas.

El pecado atrofia nuestro sentido de lo que es bueno, verdadero y hermoso, hasta hacernos tomar lo pecaminoso por agradable y lo virtuoso por desagradable (cf. Is. 5, 20). Y todos sabemos por experiencia que cuando nos encerramos en nosotros mismos y pretendemos hacer de nuestro capricho el centro del mundo es cuando empiezan los verdaderos problemas que impiden que alcancemos nuestra auténtica felicidad.

Hemos pecado, hemos herido el amor infinito de Dios con nuestra indiferencia. ¿Somos conscientes de todo lo que esta situación ha traído a nuestra vida?

TALLER I ENCUENTRO

Respuesta personal y ecos del anuncio

- ¿Experimentas sinceramente que Dios te ama? ¿Eres consciente de esa realidad? ¿Has dudado de ese amor?
- Si te tocara “convencer” a alguien de que Dios lo ama, ¿qué le dirías?, ¿qué recursos emplearías?
- ¿Soy consciente de que Dios me ha querido desde toda la eternidad? ¿Soy consciente de la vocación al amor que Dios sembró en mi corazón? ¿Soy capaz de valorar la dignidad altísima del ser humano?
- ¿En qué consiste y por qué es tan grave el pecado? ¿En qué sentido se dice que el pecado obstaculiza la felicidad? ¿Qué males ha originado el pecado en la historia humana? ¿Podemos explicar por qué se generan verdaderas esclavitudes y nudos con el pecado?

Compromisos

- Trata de mostrar el amor de Dios a las personas que te rodean con acciones, palabras y con tu estilo de vida. Reflexiona sobre estos actos personales para sacar provecho personal y algunas conclusiones. Escribe las conclusiones.
- Hazte más consciente del amor que Dios te tiene, trata de experimentarlo, convérsalo con Dios mismo y refléjalo con tus actitudes.
- Sigue identificando las consecuencias que el pecado ha generado en tu vida, en la vida de los que te rodean, y en la sociedad en la que vives.

EL REMEDIO DE NUESTROS MALES

Como hemos reflexionado, el pecado es el princi-

HIJO

ENCUENTRO 2:

PARA REMEDIO DE NUESTROS MALES ¡DIOS NOS ENTREGA A SU ÚNICO HIJO!

pal enemigo del hombre. Por el pecado han entrado la muerte y la injusticia en el mundo y, sujetos a su yugo, experimentamos las más profundas limitaciones y dolores. El hombre que se rebela contra Dios, se rebela contra la fuente misma de su felicidad y de su paz. Por eso, el pecado crea en todos nosotros las más profundas divisiones: con nosotros mismos, con Dios, con lo que nos rodea y especialmente con nuestros semejantes. Cuando pecamos dejamos de recurrir a la fuente del amor para poder amar y optamos por hacernos nuestro propio camino de felicidad, encontrando en la vía más desilusiones que esperanzas, más dolores que consuelos, más tristeza que felicidad.

Sin embargo, a pesar de que el pecado es culpa del hombre, Dios no nos rechaza ni nos mira con ojos de odio o de condenación. Su amor permanece siendo fiel ante nuestras infidelidades, su misericordia se dirige de una manera diligente a nuestras miserias. Por esta razón, desde su más profunda ternura y compasión, decide no dejarnos a merced de nuestras equivocaciones, y al vernos incapaces de regresar a Él por nosotros mismos, nos ofrece la solución: Nos envía a Jesucristo, su único HIJO para mostrarnos el camino de regreso: Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).

Dios, que detesta el pecado, ama al hombre pecador, y en una muestra de amor gratuito e infinito se compadece de él y decide visitarlo y rescatarlo en la persona de su HIJO JESUCRISTO.

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Contemplar la persona de Jesús es contemplar con todo su esplendor, al mismo tiempo, el amor del Dios justo y misericordioso, que nos toma en serio y quiere, aún contra nuestras resistencias, mostrarnos la vía de la felicidad. Dios no se contentó nunca con vernos oprimidos y esclavizados por el pecado y por sus consecuencias. Siempre buscó di-

rigirse a nosotros de distintos modos, atrayendo nuestros corazones con lazos de amor, para que contempláramos su misterio y pudiéramos entender su plan de salvación. Dios habla en nuestra vida de distintos modos y llama la atención de nuestra inteligencia revelando las magnificencias de su poder en nuestra vida cotidiana a través de las maravillas de la Creación, los acontecimientos diarios y su Palabra predicada. Sin embargo, cuando llega Jesucristo, todo lo que puede parecer confuso a nuestro entendimiento adquiere una claridad diáfana: En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser (Heb 1, 1-3a).

Dios envía a su único Hijo al mundo, no como un visitante extraño ni como alguien ajeno a nuestra realidad cotidiana. No viene a nosotros como un “ser de otro mundo”, sino que llega hasta nosotros y habita con nosotros, como uno más de nuestro mundo. ¡Cuán maravillosamente se revela el amor de Dios en Jesús! En su Persona podemos contemplar cómo la omnipotencia del Creador se “envasa” en la inocencia y debilidad de un niño, y cómo la fuerza indecible de Dios que es Rey del Cielo y de la tierra se convierte en la limitación de un hombre que vive con nuestras fragilidades más extremas: Tengan en ustedes los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó a sí mismo, tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres (Flp 2, 5-7).

El misterio del amor de Dios se revela en la vida misma de Jesucristo. Él, por ser HIJO, es DIOS como su PADRE, pero al mismo tiempo por ser HOMBRE, “nacido de María Virgen”, es hombre como nosotros y un hermano nuestro. Contemplar

la belleza y profundidad de este misterio nos debe conducir al asombro más radical. ¿Por qué si nos hemos rebelado contra Dios con nuestro pecado, Él ha decidido convivir con nosotros que le hemos dado la espalda? ¿Por qué sencillamente no nos da nuestro merecido castigo por el pecado, sino que envía a su Hijo para darnos una oportunidad? ¿Por qué siendo Dios, se hizo débil como nosotros? ¿Por qué teniéndolo todo, decidió asumir las pobreza de una familia sencilla, nacer en un pesebre y ser considerado “el hijo del carpintero”? ¿Por qué pudiéndolo todo, asume la suerte y debilidad del hombre ante el dolor, la limitación y la muerte? La respuesta es solo una: PORQUE NOS AMA.

EL REGALO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Jesús es EL REGALO MAS GRANDE que se haya hecho a la humanidad; es el regalo de Dios. Sin dejar de ser Dios como el Padre, se hizo hombre como nosotros. Si el principal problema que nos trajo el pecado fue la división y separación del hombre con Dios, Jesús se presenta como el perfecto puente y mediador entre Dios y la humanidad. En la Persona de Jesús nosotros contemplamos el rostro de Dios, y en Él, al mismo tiempo, con amor infinito, Dios contempla el rostro del hombre. En Jesucristo contemplamos el modo de ser de Dios. Su Persona y su ejemplo desde el momento mismo de su encarnación en las entrañas purísimas de María hasta su muerte en la Cruz, nos muestran la figura de Dios cercano y misericordioso, que presta atención al ser humano y lo abraza con amor. Cada gesto y cada palabra de Jesús nos revelan el misterio más íntimo de Dios. Cuando Jesús habla, es Dios quien lo hace; cuando Jesús abraza, es Dios quien lo hace; cuando Jesús sana, es Dios quien lo hace; cuando Jesús llora, Dios mismo llora. Jesús nos revela el rostro del Padre infinitamente bueno y misericordioso que se compadece entrañablemente de nuestras necesidades, un Dios que no es un juez inicuo ni intransigente, sino salvador y justo: No es voluntad de su Padre que está en el Cielo que se pierda ni uno de estos pequeños (Mt 18, 14). Porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo (Jn 12, 47).

Esto es bueno y agradable a Dios, Nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2, 3-4). En Jesucristo, Dios contempla el rostro del hom-

bre. En Él no encontramos un modelo alejado ni sobrehumano, como de “otro mundo”. Porque en verdad ha asumido nuestra carne, Jesús es hombre verdadero; y podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Él es el modelo acabado y perfecto de humanidad. Vive en Dios y para Dios, por eso imitarlo a Él es el camino seguro de felicidad y vida verdadera. Tentado como nosotros, nos muestra el camino que vence todo pecado (cf. Lc 4, 1-13) y alimentando su vida con la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34), nos muestra el camino de la verdadera realización y felicidad humana.

Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí (Jn 14, 6).

Dios habló muchas veces en el pasado pero ahora ha hablado por medio de su Hijo. Él es el único camino que conduce a Dios y a la superación de nuestras miserias. En Él, Dios se ha revelado como papá (Abbá: cf. Mc 14, 36; Rom 8, 15; Gal 4, 6) amoroso que nunca falla, como Dios fiel y misericordioso, que a nadie humilla, a nadie rechaza y que mira a toda persona que existe en este mundo con deseos de abrazarla. Jesús sale hoy a nuestro encuentro ¿Quieres realmente conocerlo y amarlo? La Magnífica Noticia es que Dios se hizo hombre por ti, para acercarse más a ti, para hablar más claramente tu lenguaje, para darte esperanzas e ilusiones nuevas, para poner la armonía de Dios en el caos de las cosas humanas. Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, hecho hombre por ti, para rescatarte, para darte la mano y para salvarte de las profundidades de los abismos a los que podrías caer si Él no te libra. Él tiene las llaves de los cerrojos que te encierran y solo Él puede destruir las cadenas que te impiden caminar libre. Hijo de Dios, goza de todo el poder y la sabiduría propios de Dios, como el Padre y el Espíritu, para ayudarte; y es hombre como tú, para poner al interior de lo que es humano las posibilidades reales de una relación plena, cercana y salvadora, con Dios, y para que sepas que te conoce y te comprende perfectamente. Acéptalo en este momento en tu corazón.

ENTREGÓ SU VIDA

Jesucristo es el regalo más grande que Dios le ha entregado a la humanidad. Él es verdadero Dios y verdadero hombre, el puente perfecto entre nuestra humanidad y la divinidad, la solución definiti-

va a las nefastas consecuencias de los pecados del mundo. Jesús es el HIJO hecho hombre que vive en medio de nosotros como hermano; es el camino que conduce al Padre, la verdad que nos ilumina, la vida que nos anima; Él nos revela el rostro amoroso de Dios rico en misericordia, quien ama con pasión absoluta a toda la humanidad.

Pero Dios Nuestro Señor envió a su Hijo al mundo no solo para demostrarnos su cercanía de Padre amoroso y para que, encarnado, viviera entre nosotros como uno de nosotros, sin dejar de ser Dios como era. El Hijo vino también para un sacrificio definitivo, para el sacrificio total que debía reconciliar al mundo con Dios y para que el amor de Dios, en Él, se revelara a todos en su máximo esplendor. El pecado, que había traído la más grande desgracia a toda la humanidad, debía ser vencido para siempre. Tenían que superarse todas sus consecuencias, la más grave de todas las cuales es la muerte, y tenían que ser denunciadas todas sus estrategias. Por eso, Jesús, en la más grande demostración de amor a Dios y a toda la humanidad, decidió hacer el sacrificio de su propia vida y derramar su sangre para pagar la enorme deuda que pesaba sobre nosotros por el pecado, para comprarnos a precio, para abrirnos las fuentes de la salvación y para darnos a todos la vida eterna. Su muerte verdaderamente nos ha devuelto la vida. Su obediencia hasta la muerte ha reparado la desobediencia y la soberbia que están a la base de todo pecado. El sacrificio del inocente nos ha redimido a los culpables. Su muerte en la Cruz nos ha librado del pecado de una vez y para siempre: Pues, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos (Rom 5, 19).

Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. Con sus heridas ustedes fueron sanados (1Pe 2, 24).

Si nos atrevemos a contemplar en profundidad el sentido de la cruz de Jesús lograremos ver, en ella, el amor elevado a su expresión máxima e insuperable. En la Cruz encontramos al inocente, al Hijo que no ha cometido pecado, a quien vivió toda su existencia cumpliendo la voluntad del Padre y quien, a pesar de esto, recibe en sí mismo el casti-

go de los golpes, el agudísimo dolor de los azotes que desgarran piel y carne, la angustiante supuración de las llagas, la humillación de la vulgaridad de los escupitajos, el sordo e incomparable dolor de la perforación que los clavos hacen en sus manos y pies, el impensable odio con que es tratado, coronado de espinas y despojado de sus vestiduras, y el azote interior del escarnio público y las burlas que parecían nunca acabar. En la Cruz, por ti, por mí y ¡por todos!, El HIJO DE DIOS hecho hombre, Dios como el Padre, heredero de todo lo creado, cuya gloria proclaman las Sagradas Escrituras y cantan las creaturas del cielo y de la tierra, se encontró despojado de toda su gloria, desnudo y totalmente humillado. Padeció allí por nosotros, en sustitución nuestra y por nuestros pecados. ¡Y allí murió! Así lo confesamos en el Credo: “Por nuestra causa fue crucificado, en tiempos de Poncio Pilato. Padeció y fue sepultado”.

El odio de toda la humanidad se descargó, con sevicia, sobre Él y sobre su Cuerpo. Y a pesar de su inocencia tuvo que pagar, por todos, el castigo que merecíamos por haber extraviado culpablemente la vía y haber sembrado en la faz de la tierra el dolor y la muerte propios de una vida sin Dios y sin amor: En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo todavía nosotros pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom 5, 6-8).

Nuestros sentimientos y nuestros pensamientos no deben permanecer indiferentes ante esta enorme evidencia del amor de Dios. No podemos dudar en ningún momento lo que la imagen de Jesús Muerto y Crucificado dice a nuestra alma: “Él, por amor, se entregó por mí en la Cruz. Mi indiferencia ante Dios, a su Palabra y a sus mandatos; el odio que he acumulado y dejado anidar en mi corazón contra mis hermanos; el desprecio que a veces manifiesto a mis semejantes; el orgullo que minusvalora la presencia de los demás y que me hace sentir ilusoriamente superior a ellos; todo el egoísmo, la vanidad y la soberbia que entristecen mi vida y la vida de los que me rodean; éstas son las causas que llevaron a Jesús a morir por mí. Él no se bajó de la Cruz porque Él pensaba en mí y me amaba con todo lo que poseía, hasta con su vida misma, para

que yo lo reconociera y viera en Él al Dios que se había comprometido conmigo para demostrarme “hasta el extremo”, lo ilimitado de su amor por mí. Porque también Cristo sufrió su Pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el Justo por los injustos, para conducirlos a Dios (1 Pe 3, 18).

Pues ya saben que ustedes fueron liberados de su conducta inútil, heredada de sus padres, pero no con algo corruptible, con oro o plata, sino con una sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto y sin mancha, Cristo (1Pe 1, 18-19).

El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo (Jn 6, 51).

“LO HIZO POR MÍ”: EL INICIO DEL CAMINO DE LA CONVERSIÓN

En presencia del misterio del amor sin límites tal y como se revela en la contemplación de Jesús destrozado y colgando de la Cruz por obra de los terribles clavos que allí lo sostienen, es decir, ante este acontecimiento que es la entrega sacrificial del HIJO, nuestro corazón no puede hacer otra cosa que reaccionar y tratar de responder, a tanto amor, con amor sentido y verdadero. La contemplación del que fue crucificado por mí debe convertirse en reflexión sobre mi relación con este misterio y con Dios. No puedo quedarme indiferente. ¡Esto ha sido hecho por mí! ¡Este es el precio! que se ha pagado por mí! Y en la entrega de Jesús ha sido derramado por mí y sobre mí un amor sobreabundante.

Él ha descendido hasta los abismos de la muerte que yo me merecía para tomarme amorosamente sobre sus hombros y para reconducirme a su rebaño y a los prados donde sestion sus amadas ovejas, es decir, aquellas que Él conoce y que lo conocen a Él. Si Él hizo esto por mí, ¿qué estoy dispuesto a hacer yo por Él? En la entrega total del Hijo realmente “hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él.” (1 Jn 4, 16).

El anuncio de tanto amor arranca de nuestros corazones un sentimiento que podemos definir como fe inicial o como inicio de conversión, porque se trata de un anuncio que no nos deja impávidos sino que nos hace preguntarnos por lo que ahora tenemos que hacer.

Y, CON TODO, LA MUERTE NO FUE LA ÚLTIMA PALABRA: RESUCITÓ

La muerte real del Hijo Eterno encarnado, hecho hombre mortal por nosotros sin dejar de ser Dios inmortal como el Padre, tiene una importancia tan grande que con total seguridad nunca acabaremos de meditarla, profundizarla, asimilarla, vivirla, gozarla, recibirla o compadecerla. Pero, con todo y lo absolutamente grande de la revelación en ella contenida, esta no era la última Palabra de Dios ni la última dimensión del amor eterno que Dios Nuestro Señor quería manifestarnos en su Hijo muy amado. Mateo nos relata lo acontecido a las mujeres el sábado de la sepultura: ...el primer día de la semana, muy de madrugada, a la salida del sol, van al sepulcro. Y se decían unas a otras: “¿quién quitará la piedra de la puerta del sepulcro?” Y levantando los ojos ven que la piedra estaba ya retirada, y eso que era muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero Él les dice: “No se asusten. ¿Buscan a Jesús de Nazaret, el Crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Vean el lugar donde lo pusieron” (Mc 16, 2-6).

¡ÉL VIVE! ¡EL QUE MURIÓ POR MÍ ESTÁ VIVO!

En el momento culminante de nuestro último encuentro escuchamos el más grande anuncio que la humanidad, desde cuando existe sobre la Tierra, ha recibido y recibirá: Que Cristo Jesús, el Hijo de Dios encarnado y hecho hombre por nosotros, en acto de amor insuperable, realmente murió por nosotros y por toda la humanidad, para darnos la vida; que por su sacrificio pascual verdaderamente destruyó el poderío del pecado, del mal y de la muerte pagando la deuda que pesaba sobre todos nosotros; y que pasó de la muerte a la vida por su gloriosa resurrección corporal. El que había muerto para darnos la vida, venció a la muerte y ahora vive. En Él está la luz. Él nos acompaña siempre y estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, según su promesa, inundándolo todo con su luz y con una presencia que aprenderemos a descubrir cada día mejor.

Con el sacrificio de su Hijo en la Cruz, Dios nos

reveló su amor infinito. Al contemplar, ahora, el misterio de ese sacrificio, nuestro corazón se maravilla ante el camino que Dios escogió para reconciliarnos con Él. La entrega del Hijo, por el amor de Dios que supera todo conocimiento y comprensión humana, nos devuelve la vida, nos muestra el camino de regreso al Padre Celestial y renueva profundamente nuestra relación con Dios. Sin embargo, es necesario que recordemos que la contemplación de tanto amor en el misterio santísimo de la cruz no consiste en la simple y lacónica mirada de un acontecimiento trágico del pasado.

Como ya está dicho, la muerte no fue la última palabra sobre el hombre: Jesús resucitó. De esta manera, es necesario saber y proclamar que nosotros no hemos puesto nuestra fe en un Dios lúgubre y lejano, ni abstracto; ni hemos depositado la confianza en un Señor idealista y derrotado. Todo lo contrario. Los testigos del acontecimiento relatan que al tercer día, después del Viernes Santo, hubo una gran sorpresa, como lo relata Lucas: El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Pero encontraron que la piedra había sido retirada de sepulcro y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Ellas quedaron desfavoridas y con las caras mirando al suelo, y ellos les dijeron: «¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recuerden como les habló estando todavía en Galilea» (Lc 24, 5).

Una de ellas no regresó inmediatamente sino que se quedó llorando junto al sepulcro (Jn 20, 11-18) y, poco después, en el huerto, todas tuvieron la gracia y la dicha de verlo resucitado (Mt 28, 9-10). En seguida, repuestas por la experiencia, volvieron corriendo a dar la buena noticia a los hermanos. Entonces, Pedro y Juan corrieron hasta el sepulcro y constataron lo ocurrido. Juan, en particular, asegura que en cuanto entró al sepulcro “vio y creyó” (Jn 20, 3-10).

Más tarde, se les apareció a dos discípulos que iban de regreso a su pueblo, Emaús. Ellos “conversaban acerca de todo lo sucedido” por aquellos días con Jesús y de su desaliento con el desenlace que había tenido. Habían escuchado algo del alboroto hecho

por las mujeres pero sabían que los discípulos que habían ido al sepulcro no lo habían visto a Él. Sin embargo, acercándose a ellos, Jesús resucitado les comenzó a explicar, a partir de las profecías antiguas, todo lo que Él tenía que padecer para llevar a cabo su misión. Llegando a su destino lo invitaron a quedarse con ellos porque ya estaba tarde. Pero al sentarse con ellos a la mesa, partió para ellos el pan, y sus ojos como que se abrieron y lo reconocieron. Él desapareció. Entonces se dijeron: “¿No ardían nuestros corazones mientras nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 13-35). Y, desde ese primer día, el día mismo de la Resurrección, la Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro con el Resucitado.

Estos dos, decidieron regresar a Jerusalén inmediatamente para contar a los otros lo que habían visto y oído. Y, al llegar, los encontraron a todos intercambiando testimonios de las distintas experiencias de ese día único e inolvidable.

Entonces ocurrió que... estaban hablando... cuando Él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz esté con ustedes». Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero Él les dijo: «¿Por qué se turban y por qué surgen dudas en sus corazones? Miren mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Pálpenme y vean que un espíritu no tiene carne y huesos como ven que yo tengo» Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acababan de creer a causa de la alegría, y no salían de su asombro, añadió: «¿Tienen aquí algo de comer?» Ellos le ofrecieron un trozo de pescado asado. Él lo tomó y comió delante de ellos (Lc 24, 36-43).

Y sí. Era tanta la alegría que no acababan de creer. Esta es la alegría de la Magnífica Noticia que hemos recibido y que vamos a recordar toda la vida. Un acontecimiento tan grande, un hecho histórico como este: este es el contenido de la gran Noticia, del mensaje maravilloso que proclamamos nosotros, del anuncio que acogemos creyendo.

Los Apóstoles han transmitido lo que vieron y lo que vivieron. El mismo Jesús empleó los medios necesarios para hacerles ver que su resurrección es perfectamente corporal: lo pueden ver como antes, lo pueden palpar, pueden ver las cicatrices de los clavos y de la lanzada... ¡hasta puede comer con ellos! En el cuerpo resucitado de Jesús se ven

las llagas benditas que lo identifican como el mismo que había muerto y había estado muerto entre los muertos.

VIVE ETERNAMENTE

Jesús, el mismo HIJO DE DIOS que entregó su vida por nosotros, VIVE realmente por su RESURRECCIÓN de entre los muertos. Jesús realmente vive como el primero en resucitar de entre los muertos y su victoria sobre la muerte nos demuestra que el poder de Dios es capaz de vencer cualquier mal; que la gracia triunfa sobre el pecado, la justicia sobre la injusticia y la luz sobre la oscuridad; que en nuestra historia personal también nosotros podemos vivir una vida de resucitados del pecado y de la muerte, pues Él mismo nos comunica los frutos de su Pasión y el poder de su triunfo definitivo.

Él nos abre el acceso al Cielo como el único que tiene en su poder las llaves de la vida eterna. La VIDA de Jesús es VIDA también para nosotros. Contemplar su misterio de amor, y acogerlo por fe en nuestro corazón, nos da la capacidad de vivir una existencia nueva, de tomar parte en su victoria y de sentirnos seguros con la presencia de Aquél cuya palabra y cuya misericordia nunca nos abandonan.

LA FE EN CRISTO MUERTO Y RESUCITADO

Creer en Cristo Jesús es aceptarlo como Él es. La fe es un acto por el cual admitimos en nuestro corazón lo que la Palabra revela y proclama. Y a propósito de este misterio la predicación es clara.

Su sacrificio total es amor total. Murió realmente y resucitó realmente con el mismo cuerpo con el que murió y fue sepultado. Y triunfó sobre la muerte para poner solución a lo que la humanidad no había podido resolver por sí misma: la muerte. En Él y solo en Él tenemos vida eterna. Bien podemos afirmar que Él mató a la muerte con su muerte. Y ahora resplandece vivo y glorioso, fuente de vida, porque como fruto de su Pasión, por Él se ha derramado el Espíritu de la Vida sobre toda carne.

Él quiere entrar en nosotros y hasta nuestra intimidad, para conversar con nosotros. A nosotros solo nos corresponde abrirle las puertas de nues-

tro corazón. El encuentro con Jesús, hoy, es posible, en primer lugar porque Él resucitó real y corporalmente, y en segundo lugar, porque Él ha derramado sobre toda carne su Espíritu Santo.

Cristo ha resucitado para que llevemos una vida nueva. Y esta vida nueva, no se refiere solo a algunos comportamientos sino que es una nueva manera de ver la vida, de vivirla, de ofrecerla, de llenarla de sentido y de ponerla al servicio del plan divino de la Salvación, en seguimiento de Jesús. Depositar nuestra fe en Jesús significa saber con certeza que Él realmente se encuentra presente en medio de nosotros y que, precisamente hoy, continúa llamándonos a la conversión y santificándonos con su presencia.

La fe en Jesucristo Resucitado, no se reduce sencillamente a asentir con nuestra mente la verdad que Dios nos ha revelado, es mucho más que eso: es escoger a Jesús como Señor, como amigo y Salvador; dejarnos inundar por la presencia del Resucitado, dejar que nuestra vida tome un rumbo distinto, confiar absolutamente en la Palabra de Dios haciendo de ella nuestro alimento, reconocer el nuevo tipo de existencia que nos conquistó Jesús. Quien cree en Jesucristo está llamado a vivir una existencia colmada de la gracia que Dios comunica a sus fieles hoy y siempre por medio de su Hijo a través de la fe y de los sacramentos. Quien los recibe, recibe al mismo SEÑOR, y a partir de ellos puede vivir una nueva existencia: la misma que experimenta todo aquél que acepta con fe la nueva condición de “Hijo de Dios” que nos comunica Jesús con su Muerte y Resurrección: Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de carne, ni de deseo de carne, sino que han nacido de Dios (Jn 1, 12-13).

Este nuevo nacimiento lo experimentamos nosotros por medio del sacramento del Bautismo: Jesús le contestó: «El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3, 5). Pues todos ustedes son Hijos de Dios, por la fe en Cristo. Cuando ustedes fueron bautizados en Cristo, fueron también revestidos de Cristo (Ga 3, 26-27).

Finalmente, el anuncio más bello del mundo es este: Cristo Jesús, el Hijo de Dios que se hizo

hombre por ti, por mí y por todos, porque nos ama con amor total, más aún, el que se sacrificó para rescatarnos de la frustración eterna, RESUCITÓ DE LA MUERTE Y DESTRUYÓ EL PODER QUE LA MUERTE Y EL MAL TENÍAN SOBRE NOSOTROS, quebrantando así todo el poderío del maligno y restableciendo el orden que los pecados de la humanidad habían subvertido. Ahora sí son posibles la vida y la paz perdurables porque Él es nuestra paz.

¿QUÉ TENEMOS QUE HACER?

La Magnífica Noticia, es decir, el Evangelio que estamos recibiendo, toca profundamente nuestras vidas. El Hijo eterno de Dios se ha venido a nuestro mundo, asumiendo realmente nuestra condición humana, y sin dejar de ser Dios como el Padre y como el Espíritu Santo, se ha hecho realmente hombre. Ha querido acercarse a todo ser humano y ha querido levantarlo de su postración, lavar sus heridas y curarlas, restituirlo en salud y darle plenitud. Se ha cargado con cada uno de nosotros como un pastor se carga sobre los hombros a la oveja descarriada. Y por nosotros, y para efectuar todo este prodigio, ha querido destruir la muerte y el pecado muriendo nuestra propia muerte y ofreciéndose en sacrificio a cambio de redimirnos. Hemos sido lavados con su Sangre y Él se ha hecho “hijo del hombre” para que nosotros lleguemos a ser “hijos de Dios”.

En su propia Persona ha vencido la muerte por la resurrección y nos ha abierto el camino de retorno al Padre. Su muerte fue un morir al pecado de una vez para siempre y su vida es un vivir para Dios.

Esta Noticia es lo que llamamos “*Evangelio*”, palabra griega que traduce “Buena Noticia”, “Magnífica Noticia”, “Buenas Nuevas”. El Evangelio es este maravilloso anuncio que nunca nos deja indiferentes, que suscita la fe y la refuerza, que provoca una respuesta y la anima.

Ante tanto amor que se derrama caudaloso sobre la humanidad por la Persona y la misión de Jesucristo, no podemos quedarnos como asistentes mudos o como espectadores impávidos. Hemos sido los principales beneficiados por esa sobrea-bundancia de amor. Dios se ha querido “involucrar” en nuestra historia: desde su eternidad ha

salido a nuestro encuentro para levantarnos, para devolvernos la felicidad que perdimos por el pecado y para restituirnos en una dignidad que jamás habríamos siquiera soñado: la de ser su hijos, en Cristo. En Él, Dios ha querido establecer su alianza con nosotros eternamente y, por eso, ha derramado sobre nosotros su Espíritu.

Dios toca la puerta de nuestro corazón con el anuncio de la Buena Noticia. Hemos sido redimidos por Cristo, salvados del pecado y la muerte, y se ha derramado sobre nosotros la abundancia de su Espíritu. También hoy experimentamos conmoción cuando nos llega al corazón el anuncio de la salvación y de los trabajos, las fatigas, los dolores infinitos y el sacrificio que el Señor en persona quiso asumir para alcanzárnosla.

De esta manera predicó san Pedro cuando hizo su primera aparición en público ante los judíos venidos a la fiesta de Pentecostés: «...Por lo tanto, con toda seguridad conozca la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás Apóstoles: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?” (Hch 2, 36-37).

Oír lo que nosotros oímos y contemplar lo que nosotros contemplamos, hace que hoy también nuestro corazón se sienta traspasado delante del anuncio de la obra que Dios ha hecho por nosotros por medio de su HIJO, Jesucristo. No hemos hecho obras que nos hagan merecedores de tan grande bondad de parte de Dios hacia nosotros. Nuestra pregunta debe ser la misma: “¿Qué tenemos que hacer?” Y la respuesta es la que podemos oír de labios del mismo Jesús, cuando comenzó su predicación del Evangelio: «*Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio*» (Mc 1, 15).

¡La respuesta es la fe con la que acogemos la Magnífica Noticia que escuchamos y la conversión!

También para nosotros se ha cumplido el tiempo. El anuncio que ahora acogemos es la prueba. También a nosotros, a ti y a mí, el Señor Jesús nos invita a ser parte del Reino que Él anuncia. Él está a la puerta y llama.

LA CONVERSIÓN, RESPUESTA A DIOS

La conversión es, entonces, la respuesta que damos con toda nuestra vida al mensaje transformador del Evangelio. No es un simple cambio de vida o de costumbres. La conversión es mucho más que dejar de ser malos o pecadores. Es dirigir nuestra mente y nuestra existencia a Dios, es darnos cuenta con toda la sinceridad de nuestro corazón que el mensaje de Jesús tiene que ver con cada uno de nosotros individual y comunitariamente. Es la consecuencia existencial que conlleva el repetirnos interiormente a diario y profundamente: Jesús murió y dio su vida por mí. Jesús resucitó por mí para darme una nueva vida. Dios me considera su hijo y me acepta, por medio de Jesucristo, en su familia. Yo lo acepto plenamente a Él y acepto totalmente sus planes.

REGRESAR A DIOS, VOLVER A SUS CAMINOS

La conversión es, ante todo, retornar, por amor, al amor que Dios me manifiesta. Es devolverme a Dios, desandando el camino equivocado. Si en un momento me doy cuenta de que extravié mis pasos, ahora quiero redirigirme y tomar el sendero hacia el amor, el perdón y la felicidad completa. Es querer retornar del mal al bien, de la mentira a la honradez, de la muerte a la vida, y así en todas las demás posibilidades que me he abierto con los caminos emprendidos hacia lo que no es Dios, ni su amor, ni sus bondades.

La contemplación de Jesús en la Cruz se revela entonces como la posibilidad real de mirar, por fin, el libro abierto en el cual se aprende lo que es creer, amar y esperar; en el que se descubren los sentimientos y los propósitos de Dios y lo que Él desea de cada uno de nosotros. Cristo Jesús no se reservó nada para sí. Todo me lo entregó y no hay mayor alegría que ésta: saber que su Sangre, derramada por mí, me libera del pecado. Por eso, la voluntad humana, al ponerse delante de la cruz de Jesús, se enciende en el deseo de retomar el camino de la perfecta obediencia a la voluntad de Dios, o sea, de volver a la casa del Padre. Observando atentamente el amor inmenso que el HIJO encarnado manifestó a su Padre celestial, uno debería llegar a querer hacer algo semejante, como deseando vehementemente ser también una ofrenda agrada-

ble a Dios. Así lo entendió Pablo cuando hace la siguiente exhortación: Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es su culto espiritual. Y no se amolden a este mundo, sino transfórmense por la renovación de la mente, para que sepan discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que agrada, lo perfecto (Rom 12, 1-2).

Estrenar una manera de pensar como la de Cristo Y con esto podemos afirmar que la conversión es también un “cambio de mentalidad”. Convertirme es renunciar a la mentalidad mundana, que puede estar gobernando muchos de mis criterios y de mis actuaciones, para asimilar la mentalidad de Dios. Es pensar mi vida de otra manera, poniendo al centro el amor de Dios. Posiblemente continúen asechándome la tentación y el pecado, y yo continúe siendo presa de alguna debilidad que en ocasiones me ponga ante la angustia de “no realizar lo bueno que deseo, sino a obrar lo malo que no deseo” (Rom 7, 19). Aun así, quien logra tener constantemente en su mente el valor y la grandeza del sacrificio de Cristo es capaz de pensar y juzgar su vida desde la entrega del amor más grande de Jesús en la Cruz. Nada será igual para Él y podrá decirse: “el Señor que ha dado su vida por mí, me invita a vivir una vida entregada totalmente a Él y a mis hermanos, a quienes debo amar con un cariño similar al que Dios tiene conmigo. Como Jesús se entregó a sí mismo por mí ¿estoy yo dispuesto a entregar mi vida por Él y por mis hermanos?

Sean imitadores de Dios como hijos queridos, y vivan en el amor como Cristo los amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor (Ef 5, 1-2).

Debemos llegar a la firme y profunda convicción de que no existe otro camino para responder al amor de Dios derramado en nuestra vida que nuestra propia respuesta de amor. Dios siempre ha llamado a la humanidad a regresar a Él, a establecer una alianza con Él, a aceptar su abrazo de amor. La conversión sincera nos comunica una nueva manera de pensar, nos enseña a juzgar las situaciones de otra manera y nos da una nueva manera de reaccionar y de sentir.

Denme esta alegría, les decía Pablo a los evange-

lizados de Filipo, manténganse unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obren nunca por rivalidad u ostentación, sino con humildad, considerando a los demás superiores a ustedes. No se encierren en sus propios intereses egoístas, sino busquen el interés de los demás. Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo (Flp 2, 2-5).

EL ABRAZO DEL PADRE MISERICORDIOSO

La conversión es, finalmente, abrazo tierno de reconciliación. En él se funden el amor absolutamente fiel del Padre, que nos acoge, y nuestro brote de amor, sinceramente arrepentido, que sabe que el retorno al amor es vital. Este acercamiento es posible porque en el Cuerpo inmoldado de Jesús se reconcilian el cielo y la tierra, Dios con el hombre.

¡Es imposible vivir sin la amistad de Dios! La lejanía de Dios es la soledad, la oscuridad, la frustración. En cambio, el retorno es abrazo que funde corazones y que enciende la esperanza. Es seguridad de ser acogido por quien es misericordioso y bueno, que todo lo comprende y que todo lo perdona.

En este reencuentro con el amor aprendemos que la obediencia del Señor anuló los efectos de la desobediencia humana y nos abrió las posibilidades para relacionarnos con Dios de una manera distinta. Dios es cercano. Quien ama el misterio del Hijo encarnado y crucificado, rinde constante acción de gracias porque, en Cristo, por iniciativa del Padre, Dios se acercó a nosotros para mostrarnos su voluntad de reconciliación y de amistad. Quien descubre la posibilidad de la reconciliación perfecta con Dios, en Cristo, encuentra que quedan abiertos los caminos de la perfecta reconciliación consigo mismo, con su propia historia, con los demás seres humanos y con el mundo, lastimado tan ostensiblemente por nuestros pecados.

Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estaban lejos están cerca por la Sangre de Cristo. Él es nuestra paz: Él ha hecho de los dos pueblos, uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad (Ef 2, 13-14).

LA PALABRA DE FE QUE PREDICAMOS

Queda claro que para responder al amor de Dios que se ha manifestado en nuestra vida es necesaria la conversión. Sin embargo, para ingresar en el camino de la conversión debemos adentrarnos en la vía del conocimiento de los designios de la voluntad de Dios. Esta voluntad no está inscrita en lejanías, ni es inalcanzable para ninguno de nosotros. Dios mismo nos ha mostrado el camino para entenderla y para conocerla por medio de su Palabra: Porque este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo para poder decir: “¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará, para que lo cumplamos?” Ni está más allá del mar... El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas (Dt 30, 11-14).

Para hablarnos con palabras humanas que nosotros entendamos, Dios nos ha regalado la Biblia y el tesoro de la enseñanza de los Apóstoles en la Iglesia. El conocimiento de la voluntad divina solo es accesible a nosotros si nos dedicamos con solicitud y esmero a la acogida de la Palabra Escrita de Dios y prestamos oídos a la enseñanza de su Iglesia. Dios habla en nuestro lenguaje y por el medio de la palabra humana para acercarse a conversar con nosotros.

Toda la Biblia nos habla de la historia de amor de Dios con la humanidad y del modo como esta humanidad puede responder al llamado de amor de Dios misericordioso. En las Sagradas Escrituras descubrimos los planes de Dios, su misericordia y su poder, la preparación de la venida del Hijo encarnado y su realización, y comprendemos el sendero que Dios quiere trazar para nosotros. En los santos Evangelios contemplamos más directamente el rostro del Hijo de Dios, descubrimos el misterio de su más profunda identidad, vemos sus ejemplos y escuchamos su predicación. Por eso, leer las páginas de la Biblia significa escuchar de viva voz la Palabra que Dios tiene reservada para cada uno de nosotros. En la Biblia descubrimos cuál es el querer de Dios y lo que esta voluntad significa para el Hijo encarnado y para nosotros: Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4, 34).

Venga tu Reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo (Mt 6, 10). No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7, 21).

Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre Celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (Mt 12, 50).

Padre, si quieres, pase de mí esta copa, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya (Lc 22, 42).

El fundamento es este: Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos han sido escritos para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre (Jn 20, 30-31).

Para seguir emprendiendo el camino de la conversión, es necesario además conocer la enseñanza de la Iglesia. En ella se hace presente la misma predicación de los Apóstoles, los testigos privilegiados de los misterios de nuestra salvación obrados en la persona de nuestro Maestro Jesús. Ellos y sus sucesores recibieron la misión de conservar íntegro este tesoro.

A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo (Mt 16, 19).

Manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, sea de viva voz o por carta (2 Tes 2, 15).

Timoteo, guarda el depósito de la fe (1 Tim 6, 20).

Ten por norma las palabras sanas que oíste de mí en la fe y en la caridad de Cristo Jesús. Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros (2 Tim 1, 13-14).

Ahora bien, ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en Aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de Él sin nadie que anuncie? ¿Y cómo anunciarán si nadie los envía? Según está escrito: ¡Qué hermosos son los

pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien! (Rom 10, 14-15).

La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la Palabra de Cristo (Rom 10, 17). La Iglesia continúa fielmente, desde los tiempos apostólicos hasta hoy, predicando el mismo mensaje de Cristo. Por lo tanto, no existe verdadero camino de conversión ni de conocimiento de Dios, si no escuchamos con atención la palabra que la Iglesia tiene para decirnos.

UN CAMINO PARA EMPRENDER

El camino de la conversión inicia con la búsqueda sincera de la voluntad de Dios en nuestra vida, por amor. Nuestra conversión tiene varios “niveles” de respuesta.

En efecto, nos convertimos:

De todo pecado, como lo indica el camino señalado por las enseñanzas de Cristo sobre los mandamientos: el primero en Mt 22, 37-40 y la explicación de los demás en los capítulos cinco a siete del mismo Evangelio. Ya sabemos que el pecado es el acto por el cual rechazamos el amor de Dios para dedicarnos al amor de nosotros mismos, de los que nos rodean o de las cosas creadas.

De toda falta de misericordia, porque la misericordia es distintivo del cristiano: Is 1, 11-17; Os 6, 6; Mt 5, 7; 9,13; 12, 7; 25, 31-46; Lc 10, 25-37; Col 3, 12-15; St 2, 13; . Si no nos convertimos de nuestra inexplicable capacidad para hacernos indiferentes ante el sufrimiento humano, nunca vamos a cambiar realmente. Hay una sensibilidad cristiana que se moldea sobre la de Cristo, tal y como aparece en los evangelios, en su compasión y en su comprensión para con los pobres, los pequeños y los pecadores. Es demasiado común la actitud de indiferencia racionalizada frente al que nos resulta incómodo por cualquier motivo, sea exterior (cómo viste, cómo se presenta a sí mismo, cómo se comporta) o interior (cómo piensa, cómo reza, cómo vota).

De cualquier resentimiento que nos impide perdonar, bien sea personas, bien sea situaciones o historias, bien sea estructuras reinantes. Textos: Mt 5, 5-9; 6, 12.14-15; 18, 21-22.23-35; Lc 17, 3-4;

23, 34; Gal 5, 1. Hay personas que viven resentidas con otras personas y hay personas que andan resentidas con el mundo entero, con los que son distintos de ellos, con los que tienen más o con los que tienen menos, con los que estudiaron más o con los que estudiaron menos. Todos estos resentimientos son complicaciones del alma que la atan a sí misma y la esclavizan de sentimientos destructivos.

De toda búsqueda de soluciones al margen de Dios o despreciando sus mandatos, es decir, de lo que podríamos bien llamar “obras de Satanás”, que son la superstición (hechicería, agüeros, horóscopos, magia negra, brujería y, en general, todos los esoterismos) y las idolatrías (del poder, del placer, del dinero) que generan dependencias y adicciones de todo tipo.

Muchas personas, lamentablemente, por vanidad, por poca cultura general o religiosa, y porque con credulidad suponen que pueden manejar las fuerzas ocultas con palabras o con rituales y gestos místéricos, acuden a esta búsqueda extraña de control sobre las demás personas o sobre las cosas y realidades de la vida, la supuesta suerte, el amor, la riqueza, etc. Textos que ilustran la malicia y la inutilidad de toda forma de superstición: Lev 19, 26.31; 20,6; Dt 18, 10-12.14; 1 Sam 28, 3.9; 1 Re 21, 6; 2 Re 19, 22; Is 2, 6; Miq 5, 11; Mal 3, 5; Gal 5, 20; Ap 9, 21; 21, 8; 22, 15.

A propósito de la idolatría, en la antigüedad hubo culturas que se representaron dioses a partir de ciertos elementos creados que los confundieron con su grandeza (el sol, la misma tierra, etc.), su forma curiosa y su acción sobre la vida humana (la serpiente, la rana, el cocodrilo, etc.) o su fuerza desencadenada (el trueno, el volcán, el mar, etc.).

La Biblia dice que son inexcusables porque hasta lo oculto de Dios se podría haber percibido por medio de las perfecciones y grandezas de las cosas creadas (Rom 1, 19-23 y Sb 13, 1-9). Pero hoy en día esto no ocurre. Es gravemente calumnioso decir, por ejemplo, que un católico adora pinturas o estatuas de Dios y de sus santos porque todos sabemos que esas imágenes son solo representaciones que pueden elevar el pensamiento a la consideración de los misterios que representan. No hay nadie tan mentecato hoy que crea que en el yeso o en la madera esté el misterio. Pero sí sabemos que hoy en día hay realidades que absorben el tiempo y las energías que son solo de Dios. Es imposible establecer un cuadro fijo porque muchas cosas pueden arrebatarse al hombre el corazón, pero se ha pensado muy frecuentemente en un esquema fundamental: el dinero y, en general las posesiones; el placer y, en particular, el placer sexual; y el poder y, más concretamente, el afán de dominar sobre los que lo rodean a uno. Estos son los ídolos modernos, los verdaderos ídolos.

TALLER II ENCUENTRO

Respuesta personal y ecos del anuncio

- ¿Qué sentimientos provoca en mí el saber que Dios se ha puesto con Jesús de nuestra parte? ¿Cómo debo responder a la presencia de Jesús en mi vida?
- ¿Puedo confesar con convicción definitiva que hoy, más que nunca, he aceptado a Jesús como el único que me puede salvar?
- ¿Qué sentimientos suscita en mí la contemplación del Crucificado?

- ¿Cómo puedo yo acceder a la salvación de Jesús? ¿Porque son importantes la fe y los sacramentos para vivir la nueva vida del Resucitado?
- Explicar, entre todos, la relación que hay entre la acogida del magnífico anuncio de Cristo y la conversión. ¿En qué consiste la conversión? ¿Por qué, para convertirnos, es necesario crecer en el conocimiento de Dios?

Compromisos

• ¿Quién es Jesús, qué significa para ti? Leer con atención y tomar nota de lo que dicen de Jesús los siguientes textos.

- Lc 1, 32
- Lc 1, 34
- Lc 2, 10-12
- Lc 2, 46-47
- Lc 2, 49
- Lc 2, 51

- Lc 3, 22
- Lc 4, 24
- Lc 5, 8
- Lc 5, 15
- Lc 5, 17-26
- Lc 7, 1-10

• Lc 7, 36-50

• Lc 8, 22-25

• Dedicar un rato diario para contemplar el crucifijo y para hablar amistosamente con Jesús Resucitado. Identificar cuáles son los signos del Resucitado en nuestra historia personal y familiar.

• En distintos espacios del trabajo personal, en oración, repasar mi vida deteniéndome en cada uno de los aspectos o niveles de la conversión: pecado, actitudes de misericordia, resentimientos, búsquedas equivocadas de Dios.

ESPÍRITU SANTO

ENCUENTRO 3:

EL ESPÍRITU QUE SE NOS HA DADO ES PAZ Y RECONCILIACIÓN

EL ESPÍRITU QUE DA VIDA

El Señor Jesús, con su entrega amorosa en la Cruz y con su Resurrección gloriosa nos ha despejado y abierto el camino hacia Dios. Por eso nuestra relación con Dios puede y debe ser distinta.

Ya no podríamos considerarnos lejanos, ni enemigos ni extraños, porque somos hijos en el Hijo, miembros por adopción de la familia divina.

La mirada misericordiosa del Padre Celestial sobre la humanidad resplandece ahora en el rostro de su Hijo que ha dado su vida por nosotros y que nos ha rescatado de una vez, y para siempre, del pecado y de la muerte eterna.

Además de la gracia de la redención y de la salvación que Jesús nos ha obtenido, a la que debemos adherirnos con fe, Dios misericordioso ha querido ayudarnos de manera extraordinaria en la tarea de perseverar en nuestra adhesión a Jesús.

Él mismo nos ha prometido una asistencia especial que consiste en la realización de la promesa que Jesús hizo a sus discípulos antes de su Pasión y Muerte en la Cruz.

Se trata de un nuevo don y de una presencia que nos acompañará y que nunca nos dejará solos: Yo le pediré al Padre que les dé otro Paráclito, que

esté siempre con ustedes, el Espíritu de la Verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni le conoce; ustedes, en cambio, lo conocen, porque mora con ustedes y está en ustedes (Jn 14, 16-17). Como lo podemos constatar, el Señor indica que el Espíritu ya vive en sus discípulos y los acompaña. Esa es otra de las magníficas noticias que Dios nos tiene en estos encuentros.

El Espíritu Santo es esa Persona-Presencia que Dios Padre promete a quienes depositan su fe en Jesucristo, el Señor.

Distinto del Padre y del Hijo, Uno con Ellos en la Trinidad, el Espíritu Santo garantiza que tengamos siempre presentes también al Padre y al Hijo con nosotros. Él es el amor vivo del Padre que nos da nueva vida.

Él anima íntimamente al creyente y le permite ser y sentirse realmente hijo adoptivo de Dios: Como ustedes son hijos, Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «Abbá, Padre» (Gal 4, 6).

Porque ustedes no recibieron un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8, 15-16).

LA PROMESA ES PARA TODOS

De tal manera que el Espíritu Santo, quien es en Sí mismo la intimidad del Padre y del Hijo, nos comunica y nos capacita para vivir en esa intimidad amorosa de las Tres Personas divinas y para tener con el Padre una relación que se moldea sobre la del Hijo.

La gran Noticia aquí consiste en que podemos sentirnos plenamente hijos y amados como el Hijo y en el Hijo.

Se trata del Espíritu que condujo, acompañó e impulsó a Jesucristo, del mismo que animó su misión de acuerdo con lo evidenciado al comienzo de su actividad pública, cuando... Le entregaron el rollo del profeta Isaías, y desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 17-19).

También nos enseña la Palabra que Él es el regalo que el Padre da a cuantos lo invocan con fe: Si ustedes, así imperfectos y limitados como son, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre de los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? (Lc 11, 13)

Por eso, Él es quien anima y sostiene nuestro compromiso cristiano, robustece nuestra voluntad y renueva nuestro interior.

Su unción, es decir, su manera de revitalizar el alma desde dentro da la fuerza para confesar la fe y comunica los dones necesarios para poder dar testimonio ante el mundo de la Buena Noticia de la salvación de todos.

Según la misión que nos corresponda, para que seamos valientes en medio del mundo sepamos dar testimonio de la buena noticia de la salvación a toda la humanidad:

Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre ustedes y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra (Hch 1, 8).

La promesa del Espíritu Santo es también para nosotros. De la misma manera como los Apóstoles, a los cincuenta días de la Resurrección, después de la Ascensión de Jesús, recibieron la fuerza del Espíritu Santo, que los sacó del temor y el ocultamiento y los lanzó a proclamar al mundo las maravillas de Dios, así también a nosotros, los que en el siglo XXI creemos en Jesús con nuestro corazón y lo proclamamos con nuestros labios, el Padre celestial nos regalará abundantemente su Espíritu para proclamar de modo semejante, adaptado a nuestros tiempos, las maravillas de Dios y de su amor.

Dios cumplió su promesa, primero en los Apóstoles. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados.

Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse (Hch 2, 2-4).

Pero también a nosotros Dios nos promete el don de su Santo Espíritu que renovará nuestro corazón y nos hará vivir de un modo nuevo.

El Espíritu Santo, sin suprimir ni un ápice a nuestra libertad, hará nuestros corazones connaturales con el querer de Dios porque su presencia los transforma y renueva haciéndolos dóciles a las enseñanzas, designios e instrucciones del divino Maestro. Así fue anunciado desde el Antiguo Testamento: Derramaré sobre ustedes un agua pura que los purificará: de todas sus inmundicias e idolatrías los voy a purificar; y les daré un corazón nuevo, y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi Espíritu, y haré que caminen según mis preceptos, y que guarden y cumplan mis mandatos (Ez 36, 25-27).

Y así lo asegura el Señor Jesucristo en el Evangelio: Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien se los enseñe todo y les vaya recordando todo lo que yo les he

dicho (Jn 14, 26).

El Espíritu Santo es presencia divina viva y personal que nos asegura una nueva vida. La tercera Persona de la Santísima Trinidad, amor que Dios vive en su intimidad desde toda la eternidad, unifica todo con su amor, también lo que es diverso, y por eso también el Espíritu de la Alianza nueva y Eterna establecida por la ofrenda de la Sangre de Cristo (cf. Heb 9, 14).

VIVE EN NOSOTROS COMO ESPÍRITU DE LA RECONCILIACIÓN PERFECTA

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5).

Esta certeza es la constatación de lo realizado por Nuestro Señor Jesucristo con su Muerte y su Resurrección.

El Evangelio, efectivamente, nos recuerda que sus últimas palabras en la Cruz fueron una oración de confianza filial: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

Y san Juan, que estaba al pie de la Cruz, también lo oyó decir que todo estaba cumplido, y con las palabras: e inclinando la cabeza, entregó el Espíritu, nos confirma lo que venimos diciendo.

Él murió para darnos su vida, para darnos su Espíritu, a quien la Iglesia ha reconocido siempre como “Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas”.

Todo queda confirmado en la Pascua. Aseguramos que ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús (Rom 8, 1), porque el Sacrificio de Cristo nos ha dado las primicias del Espíritu (Rom 8, 23), quien viene a lo más profundo de nuestros corazones (Rom 8, 27) en ayuda de nuestra debilidad (Rom 8, 26).

El primer día de la semana, Cristo resucita. Ese domingo llena al mundo de luz y de paz y anuncia a todas las creaturas la novedad de la reconciliación universal. Porque, de hecho... al atardecer de

aquel día, el primero de la semana, estando cerradas... las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, también los envío yo.” Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados: y a quienes se los retengan, les quedan retenidos” (Jn 20, 19-23).

El fruto precioso de su Muerte y su Resurrección es la entrega del Espíritu Santo que Él derrama sobre la Iglesia.

Su saludo pascual es, en sí mismo, un anuncio de paz: “La paz esté con ustedes.” Y el signo elocuente que acompaña este saludo es su soplo y la explicación del mismo: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados...”

Por este camino se evidencia que, como fruto de su Sacrificio, Él confiere a todos la dichosa posibilidad de la reconciliación perfecta con Dios y, en su Resurrección, encomienda a la Iglesia, y en Ella de manera peculiar a los Apóstoles y a sus sucesores, la tarea de la reconciliación de la humanidad con Dios.

Desde ese momento van juntos la fe en el Resucitado, el Bautismo en su Muerte y en su Resurrección y la gracia de la absolución de los pecados.

Y el Espíritu Santo es quien se encarga de que este misterio de realismo salvador se comunique eficazmente a todos los que creen en Cristo y viven de acuerdo con sus enseñanzas.

A la altura de los encuentros que llevamos, es importante advertir, lo que Dios viene haciendo en nuestro interior. La manera como nos va tocando y renovando. Es probable que nosotros no advirtamos nada, pero eso no significa que nada este sucediendo. Puede estar sucediendo mucho en nuestro interior más íntimo.

Nuestro mismo cuerpo se convierte como en un

templo porque realmente se vuelve morada del Espíritu. Y lo que estamos llamando “conversión” se vuelve, entonces, coherencia con la gran verdad que siempre estaba allí pero que ahora, por este anuncio salvador, se hace la forma ordinaria de vivir nuestra vida y de tener una conciencia más viva de su presencia.

Dios está con nosotros y nosotros estamos con Dios. ¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en ustedes, y que han recibido de Dios? ¿Y que no se pertenecen a ustedes mismos? ¡Han sido comprados a caro precio! Por tanto, ¡glorifiquen a Dios con su cuerpo! (1 Cor 6, 19-20).

El regalo más bello y más grande del que nos hacemos partícipes por el ejercicio nunca acabado de la adhesión consciente y definitiva a Jesucristo nuestro Señor, es la presencia cierta de Dios que quiere habitar en nuestros corazones por la promesa cumplida del don y de la presencia de su Espíritu Santo.

El Dios omnipotente se revela a nosotros como Padre misericordioso, Hijo Redentor y Salvador, y como Espíritu de reconciliación y de amor. Él no nos quiere dejar solos en el propósito de vivir una existencia adecuada a su voluntad, nos quiere ver felices y por eso ha decidido perdonarnos, acompañarnos, fortalecernos, alegrarnos y habitar en nosotros dándonos lo mejor que tiene: su Espíritu que nos vivifica, nos reconcilia y nos da la oportunidad de alcanzar la plenitud.

Abramos toda nuestra vida a este deseo de Dios que se hace posible en su Hijo Jesucristo Resucitado.

¿Le quieres abrir de par en par el corazón para que Él ponga su morada en ti?

LA LUZ DE LA FE

En el camino que hemos iniciado hemos recibido magníficas noticias que nos anuncian y recuerdan el intenso e inagotable amor que el Señor nos tiene. El mensaje que se nos ha proclamado asegura que el amor de Dios es infinito y eterno; que es incondicional, sólido y seguro; que es comprensivo y tierno; comprometido, sacrificado y fiel hasta el

final. Y ¡hemos creído este mensaje!, es decir, le hemos dado fe, porque nos ha sido comunicado por testigos; pero, además y sobre todo, porque hemos percibido que se trata de un mensaje en sí mismo luminoso, cuya fuerza viene de adentro, de un núcleo vivo que habla de Alguien que está mucho más allá de la persona que nos hace el anuncio y que es veraz sobre toda ponderación. Es como si viéramos a Dios en su testigo y en lo que nos comunica, como si Él nos hablara por medio de este. Captamos que este mensaje tiene perfecta actualidad para el aquí y ahora de nuestra existencia porque su Fuente original nos lo comunica por medio de instrumentos elegidos suyos. En la Buena Noticia que ha resonado para nosotros hemos percibido que su origen es el Dios vivo y verdadero, cuyo amor es llamarada que arde sin consumir, fuego arrebatador.

Hemos podido constatar, también, la misteriosa e irrefutable coherencia íntima del mensaje que nos proclama el testigo con el de la Biblia y con el de las generaciones que han creído y que nos garantizan que estamos en lo cierto. Por una parte, todo lo que hemos escuchado nos ha hecho más conscientes, más receptivos y más capaces de percibir que Dios existe, que está con nosotros y que nos está conduciendo. Pero nada va a reemplazar nuestro acto de fe, que consiste, en primer lugar, en un regalo que Dios nos hace para que abramos los ojos, captemos la luz propia de este mensaje y constatemos por nosotros mismos la existencia de las realidades anunciadas. La fe es un movimiento interior que se realiza con un simple acto de la voluntad que, movida por la gracia, se entrega totalmente a Quien nos viene anunciado y a lo que Él nos quiera revelar.

Crear es dar el paso y aceptar, es abrir el corazón y acoger sin resistencias, es fundirse en comunión con Aquél que nos ha comunicado su Espíritu, ¡el de su intimidad!, para que nuestra intimidad sea moldeada con la de Él, para que nuestros pensamientos y los suyos vayan de acuerdo y para que conozcamos todas las cosas como Él las conoce, como lo enseña la Palabra: Hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra... Anunciamos “lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” porque a nosotros

nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo penetra, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado... (1 Cor 2, 7.9-12).

La fe es, entonces, el conocimiento interno de aquello que Dios nos ha querido revelar. Es participación de la intimidad de Dios mismo porque el Espíritu Santo, quien es la intimidad misma de Dios y el Testigo primero de su amor por nosotros, ha sido derramado en nuestros corazones. Lo que acaba de enseñarnos el Señor con una comparación muy humana en la Primera Carta a los Corintios es claro: el único testigo interior de lo que somos, de lo que pensamos y de lo que encierra nuestro misterio como personas humanas es nuestro espíritu; y así es el Espíritu de Dios. Ahora bien, como sabemos que Dios nos ha dado su Espíritu, sabemos que nuestro acto de fe es un acto de conocimiento íntimo de aquello que Dios nos quiere revelar, en primer lugar, su Ser mismo que es puro Amor, su Trinidad de Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y su Unidad en el Ser, y su deseo de conversar con nosotros, de tener con nosotros una relación cercana.

La dichosísima Noticia es que esto que estamos experimentando es progresivo. La luz de la fe que ilumina nuestras vidas seguirá derramándose sobre nosotros si nos seguimos entregando a Él y a sus palabras. Nuestra fe, antes de cualquier otra cosa, es encuentro personal con Jesucristo, con el Padre y con el Espíritu Santo. Porque “la fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro” (LF 4).

Y, como si fuera poco, la otra parte de esta Noticia tan grande es que la fe es para nosotros como una “madre” porque ella nos da a luz para la vida cristiana al engendrar en nosotros la vida divina. Nuestros primeros hermanos hace casi dos mil

años proclamaban que Cristo era para ellos un verdadero padre y que la fe era como la madre, porque comprendían que ésta era la única puerta de entrada en lo que el mismo Cristo llama “vida eterna”. En efecto:

Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).

En este sentido san Pablo puede proclamar que la fe nos “justifica”, es decir, nos hace pasar de pecadores a justos (en el lenguaje bíblico), lo cual quiere decir que nos devuelve la inocencia perdida. Esto no es mágico, evidentemente. La fe nos justifica porque es un encuentro sincero con Cristo, cuyo primer efecto es ciertamente la reconciliación profunda y total. Por la fe entramos de nuevo en la relación fundante que el pecado había destruido y por eso nos abraza el Padre y por eso caminamos en vida nueva. Y la otra evidencia es que el Señor nunca quiso una fe subjetiva e individualista que cada uno pudiera manejar. La fe es gracia de un encuentro con Dios que se revela. Por lo tanto, depende de Dios y de su revelación y no de lo que sintamos o de lo que nos parezca.

Por eso, en la Biblia, la fe siempre se vive en la comunidad creyente. Esa comunidad también nos viene dada por Dios y no es lícito inventarla como quien pone nombres a nuevas asociaciones.

El Bautismo nos introduce en esa comunidad de creyentes y es el sacramento que el Señor quiso que sellara nuestro camino hacia la fe verdaderamente cristiana. De la misma manera, la madurez en la fe es siempre acompañada por los signos de la gracia que son los demás sacramentos. No se puede andar por el mundo proclamando que la sola fe basta porque la misma Palabra establece que los medios de la Gracia son la fe, ciertamente, y los sacramentos. Y hay que reiterarlo como parte de esta maravillosa noticia: todo esto se realiza en la Iglesia, que es la comunidad creyente que brotó de manos de Jesús y que Él encargó a los Doce y a sus sucesores, desde los Hechos de los Apóstoles hasta nuestros días, desde San Pedro hasta el Papa Francisco y, por supuesto, quienes lo sucedan.

TESTIGOS DE CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES

Optar por Cristo y vivir una vida entregada a su servicio, encarnando el amor de Dios en la vida de todos los días, es una posibilidad real para todos. Dios nos llama desde nuestra humanidad sencilla, débil y pobre, para que podamos responder a su amor con generosidad. Este no es un ideal que se queda en el aire, ni mucho menos una utopía que ninguno puede alcanzar. Es una realidad que todos podemos poseer: muchos han respondido a ella y gozaron en su existencia de una plenitud y felicidad que las cosas de este mundo jamás podrán ofrecernos.

María Santísima, “la Madre”, cuya luminosidad y dulzura han inspirado a tantos creyentes, cuya fortaleza ha dado perseverancia a los atribulados y probados, cuya obediencia ha inspirado a los que quieren seguir de cerca al Señor Jesús que los llama, es el modelo palpable de la acción que Dios realiza constantemente en favor de los humildes y sencillos: Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava... Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes (Lc 1, 46-48. 51-52).

Ella era una mujer sencilla de Nazaret, pequeña ciudad situada en las colinas de Galilea, al norte del actual estado de Israel. En su porte y en su actividad, una mujer completamente normal que, al recibir el anuncio del arcángel san Gabriel y, con este, su misión, demuestra su extraordinaria capacidad para acoger con absoluta disponibilidad y con entera obediencia el plan que Dios tenía sobre ella y para ponerse enteramente a su servicio.

De esta manera, ella se constituye en un verdadero modelo de aquella libertad que viene de la fe. Porque ella dedicó voluntariamente su vida entera a Dios y a su voluntad. Su fe fue siempre escucha atenta de la Palabra divina y disponibilidad completa para todos sus requerimientos, sin importar las consecuencias. Acompañó a su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, con valiente perseverancia hasta la Cruz y padeció resuelta lo que a ella correspondía, con el nivel de comprensión que Dios le quiso dar, en una experiencia única que seguramente es

fundamental para la manera como entendemos nuestra fe hoy en día.

Ella recibió la luz dichosa de la Pascua con la misma discreción con la que recibió el anuncio del ángel y se puso a disposición del Resucitado con la misma generosidad con la que lo había acogido en sus purísimas entrañas. Ella fue llevada por Juan al seno mismo de la Iglesia naciente como extraordinario signo de la nueva alianza sellada en la Cruz. Y allí, en casa, con los Apóstoles, perseveró con ellos en la oración y en la vida de la comunidad. Su dedicación y su fidelidad para escuchar la Palabra de Dios, para ponerla por obra y para depositar toda su vida en manos del Señor, la hacen modelo para todos los discípulos. Ella es el modelo perfecto de todas las glorias que Dios reserva para quienes lo aman. Y para nosotros, hoy, Ella es “parte”, no la principal pero sí una muy importante, de la Magnífica Noticia que estamos recibiendo y difundiendo.

José, esposo de María y padre adoptivo de Jesús, es calificado en la Sagrada Escritura como un “hombre justo”. Su “justicia” viene de su condición de creyente practicante, totalmente dedicado a su fe, que aceptó con humildad la misión con la que Dios lo sorprendió. Un hombre trabajador, como cualquiera de nosotros, que vivió la cotidianidad de su existencia y de sus fatigas, consagrado totalmente al amor y al cuidado de su esposa y de su Hijo. Él es el modelo de quienes vivimos en el mundo y podemos servir a Dios desde lo más sencillo del diario vivir y de nuestro trabajo.

Él respondió generosamente al llamado de Dios, reconociendo en María, su mujer, y en Jesús, su hijo adoptivo, la fuente de su amor primero y la única razón por la que valía la pena consagrar toda la vida. Mirar a José es ver un modelo acabado de empeño, responsabilidad y sosiego al servicio de Jesús y de su Madre Santísima. Y contemplar su misión desde nuestra perspectiva actual, es ver cómo Dios le confió sus más preciosos tesoros, dándole ciertamente las gracias necesarias para cumplir con su misión, pero sin ahorrarle ninguna de las angustias inherentes a tan elevada responsabilidad, tal y como queda bien atestiguado por el mismo Evangelio.

Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan y los demás

Apóstoles, fueron llamados por Jesús y vivieron con Él siendo testigos privilegiados de su vida, de su ministerio, de sus milagros, de sus palabras, de su relación única con la gente, especialmente con los pobres y con los enfermos, y sobre todo, de su Muerte y de su Resurrección. Jesucristo los llamó de situaciones distintas y muy normales, como hombres imperfectos, algunos de ellos, como Mateo o Simón, en condiciones de vida o con opciones particulares que no les dejaban parecer hombres piadosos y religiosos ante el pueblo. Los Apóstoles vivieron con Jesús y le acompañaron en sus fatigas y alegrías.

En el camino junto al Maestro se sentaron sencillamente a sus pies, escucharon su palabra, compartieron el pan con Él y, en ocasiones, como en toda escuela de crecimiento, fueron reprendidos a causa de su falta de fe. Aun así, perseveraron en el seguimiento de Jesús y cuando, en el momento dramático de la Pasión de Cristo, el temor y el miedo pretendieron acabar su fe y disminuir su esperanza, pensando que con la muerte de su Maestro todo estaba perdido, el Señor mismo los fortaleció, los llenó con su alegría, los dotó y, después de la resurrección, los mandó por el mundo para que comunicaran su Palabra y establecieran su Iglesia en todos los confines de la Tierra. Los Apóstoles no fueron superhéroes, sino hombres que amaron a Jesús, hasta entregar su vida por Él.

Sin embargo, el privilegio de vivir una existencia transformada por Jesús Resucitado, no les corresponde exclusivamente a quienes vivieron en el mismo tiempo de su trayectoria terrena.

En la historia de la humanidad se encuentra el heroico testimonio de hombres, mujeres y niños mártires, que luchando contra todo tipo de adversidad imaginable prefirieron entregar su vida a la muerte que renunciar a la fe que los había salvado. Desde los orígenes de la Iglesia han quedado las huellas de hombres y mujeres consagrados radicalmente, de cuerpo y alma, al servicio del Señor, proclamando silenciosamente ante el mundo entero que, más allá de la debilidad humana y de las ofertas del mundo, es posible vivir un tipo de fecundidad y de felicidad fundado sobre la convicción profunda del “solo Dios basta”. Pero también resplandecen constelaciones de pastores, laicos guías de almas, doctores, trabajadores, artesanos,

amas de casa, políticos, abogados, científicos, etc., que encontraron en el camino de Cristo, la plenitud de sus existencias y la verdadera felicidad.

Ellos nos demuestran que nuestra fe es una bellísima realidad que marca una diferencia de calidad innegable frente a quienes no tienen el gozo que viene de ella. Es posible vivir de la fe y, más aún, vivir por ella. La gran Noticia es que la fe da sentido a nuestra existencia entera. Sí, también a la que quizá no estuvo cubierta por su luz y su calor y que fue camino de búsqueda hasta hoy. Aceptar hoy, por fe, al Señor, aceptar lo que Él nos dice, lo que nos enseña, lo que nos revela, lo que nos pide, como María, como José o como los Apóstoles, como nuestros amigos santos del cielo, es entrar en una vida nueva. La fe nos abre los ojos para que veamos la presencia concreta de Dios en nuestra historia presente.

CREER HOY

Una cierta cultura moderna, que parece haber perdido “la percepción de esta presencia concreta de Dios” y “de su acción en el mundo”, se complica al infinito. Sin embargo, nosotros, cristianos, confesamos: *“el amor concreto y eficaz de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, amor que se deja encontrar, que se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo”* (Laren Fidei 17).

La fe se aplica de diversas maneras a la realidad que Dios nos comunica. Una cosa es “*creer que*” las cosas reveladas son ciertas y dar el asentimiento a ellas, o “*creer en*” Dios, en su existencia, sus atributos y sus misterios y hasta depositar en Él toda nuestra confianza. Y otra sería “*creerle a*” Dios, admitiendo que su Palabra toque profundamente nuestro ser y lo transforme. *Nosotros le “creemos a” Jesús cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a Él, uniéndonos a Él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino.* “En cualquier caso, para nosotros... “... Cristo no es solo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver”. Y, a quienes nos llegaran a acusar de supuesta lejanía de la realidad

porque somos creyentes, les aseguramos que “la fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacia sí...” Estamos seguros de que” esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad aún, el camino sobre la tierra” (LF 18).

Esta gran Noticia de la fe y de la luz con que nos enriquece queda completa cuando comprendemos estas cosas. Porque, efectivamente, el haber acogido a Dios en nuestros corazones no nos separa del mundo sino que nos devuelve a él con una mirada nueva, con una vitalidad mayor y con nuevas herramientas para construirlo de acuerdo a los planes de su Creador y Señor.

Y el extraordinario y dichoso anuncio para cada uno es que la fe, aunque es un regalo de Dios, puede crecer y madurar si la cultivamos adecuadamente. Parte de la Buena Noticia para quien ha iniciado este camino es que el Señor Jesús extiende su invitación a entrar al camino de maduración progresiva en la fe, que comenzará en pocas semanas. Lo hemos llamado simplemente “El Camino” porque así lo llamaron los discípulos al inicio, pero sobre todo, porque Jesús mismo ha dicho que Él es el Camino. Así que este anuncio termina con una invitación. Preparémonos y dispongámonos con alegría para comenzar a caminar de una fe inicial a una fe iniciada, es decir, a una fe que se vuelve el estilo de vida agradable a Dios, que da sentido a toda nuestra existencia y que sirve de verdad a la renovación del mundo.

¡Dios mismo nos conceda vivir en perfecta coherencia con la fe que profesamos en Él, en su misericordia entrañable y en sus misterios!

LA MAGNÍFICA NOTICIA DEL BAUTISMO QUE NOS INJERTA EN CRISTO

El Señor Jesús, después de resucitar de entre los muertos se presentó durante cuarenta días a los Apóstoles que había elegido, dándoles muchas pruebas de su Resurrección, para resolver sus interrogantes y para darles instrucciones acerca de lo que debía seguir (cf. Hch 1, 2-4).

El día de la Ascensión, fijado por la Sabiduría de Dios para dar por concluido el tiempo de las apariciones, antes de ser elevado al Cielo en presencia de ellos (Hch 1, 9), les encargó: Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Noticia a toda la Creación. El que crea y sea bautizado se salvará (Mc 16, 15-16). De esta manera, el que crea, es decir, el que hubiera aceptado el Evangelio inicialmente, debía ser adecuadamente educado y constituirse en discípulo por el bautismo.

Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado (Mt 28, 19-20).

San Juan Bautista, había dejado bien claro que el que él administraba, era para la conversión, no era el bautismo definitivo porque el que traía Jesús sería uno en el Espíritu Santo y fuego.

El Señor preparó a sus discípulos para este bautismo. En efecto, una vez que comía con ellos después de su resurrección de entre los muertos, les dijo que esperaran del Padre la promesa que ustedes me oyeron a mí: Que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días (Hch 1, 4-5).

Ellos lo entendieron bien y recibieron su misión. Salieron a predicar y el poder de la Palabra de la Magnífica Noticia que anunciaban (es decir, del Evangelio), logró muchas conversiones.

Y ellos comenzaron a incorporar al grupo inicial que el Señor mismo había congregado, por el bautismo, a los que iban llegando, pues así lo había dispuesto y ordenado el Señor en persona.

¿Qué hemos de hacer, hermanos?, decían los que resultaban “tocados” por su predicación. Y ellos contestaban: Conviértanse y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para ustedes y para sus hijos, y para todos los que estén lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro (Hch 2, 38-39).

Esa Promesa es el Espíritu Santo, por supuesto.

Pero evoca y señala el cumplimiento de todas las promesas que Dios había hecho en el Antiguo Testamento.

El contenido de esas promesas ayuda a entender lo que es el bautismo, y qué es lo que hace en quienes lo reciben.

El bautismo sustituye las señales antiguas de pertenencia al pueblo de Dios y da la pertenencia al definitivo y verdadero pueblo de Dios, que es la Iglesia.

En cuanto señal de la Alianza Nueva y Eterna, el sello bautismal se inscribe en los corazones de carne (no en tablas de piedra) y conduce eficazmente al conocimiento íntimo y afectuoso de Dios y de sus dones, porque nos hace hijos en el Hijo.

Él es Hijo por naturaleza, nosotros somos hechos hijos por adopción o por participación en la condición filial del Hijo eterno quien se hizo hombre precisamente para esto.

El bautismo nos injerta en Cristo, como se injerta una ramita desgajada de un árbol a otro para que viva y para que produzca fruto. La condición de la ramita es tal que solo gracias al nuevo tronco y a su savia puede vivir y producir fruto.

Esta imagen enriquece mucho nuestra comprensión del misterio del bautismo, porque nos ayuda a entender que el bautizado vive de Cristo, con su misma vida, y se nutre de la misma savia que alimenta todo el árbol; más aún, que el creyente goza de la fecundidad misma de Cristo y que sus frutos son de Cristo, en primer lugar, aunque sean también de Él.

Y que, por lo tanto, todo el honor y toda la gloria corresponden al Señor, de quien son la vida, el alimento y los frutos.

El bautismo nos marca interiormente como hijos de Dios y miembros de la Iglesia con un sello indeleble. Ese sello y su marca característica son del Espíritu Santo quien, así, nos imprime un carácter de cristianos.

La espléndida noticia consiste en que el Señor ha querido dar una enorme eficacia sobrenatural

al bautismo que, por el poder de su Muerte y de su Resurrección, obrando en lo más profundo de nuestro ser por el Espíritu Santo que se nos da, nos hace nuevas creaturas, nos reviste de Cristo, cancela nuestro pecado y nos da una vida nueva.

UNA NUEVA VIDA EN CRISTO Y COMO CRISTO

Con absoluta certeza, entonces, podemos asegurar que, por el bautismo que recibimos, el Señor nos ha hecho miembros de su familia y nos ha llamado a vivir como hijos suyos.

Toda la novedad del bautismo de Jesús viene de la Pascua. En efecto, así como Cristo fue sumergido en el dolor de su Pasión, Muerte y sepultura, así se nos sumerge a nosotros en los frutos de ese dolorosísimo sacrificio; ¿es que no saben que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, de la misma manera como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva (Rom 6, 3-4).

Esa novedad de vida es fruto, de una identificación existencial con Cristo, el Hijo encarnado, que muriendo nuestra muerte, dio muerte a la muerte y a las obras que a ella conducían: Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado (Rom 6, 5-6).

Adheridos al Señor Jesús, como la ramitas al árbol, como los miembros al cuerpo, con fe verdadera, siendo conscientes de la necesidad de responderle con nuestra sincera conversión y caminando por el sendero del conocimiento de su Palabra, experimentamos que nuestra existencia realmente se renueva, por pura gracia, y que puede conducirse por senderos de felicidad y de paz. Estar en Cristo, permanecer en Él y vivir de Él, es lo que nos constituye en nuevas creaturas. La Palabra de Dios nos lo dice con expresiones tan claras como éstas:

Cristo murió por todos para que los que viven ya no vivan para sí sino para Él, que murió y resucitó

por ellos... Por tanto, el que está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo (2 Cor 5, 15. 17).

Cuando el Apóstol afirma que “lo viejo ha pasado” se refiere a ese estado en el cual nos encontramos cuando nuestro querer no concuerda con el de Dios.

En cambio, cuando conducimos nuestra existencia con la fe en Cristo y en el amor a Dios, los criterios del mundo ya no son los que orientan nuestra vida.

La renuncia al pecado, y a todo lo que conduce a Él, es la decisión radical que nos lleva a vivir como personas nuevas. Ya no nos buscamos a nosotros mismos, ya no planeamos nuestra vida y nuestras decisiones al margen de la voluntad divina, ya no somos mujeres y hombres llevados ciegamente por las pasiones de una vida desordenada, sino que buscamos en todo momento la Gloria de Dios, y en ella encontramos nuestra verdadera felicidad y realización.

Así lo indica san Pablo: Despójense del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renuévense en la mente y en el Espíritu y revístanse de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas (Ef 4, 22-24).

Dios Padre, lleno del amor y de misericordia nos invita a que realicemos esta novedad en nuestra vida y nos brinda el auxilio del Espíritu Santo que sostiene toda su obra, la fortalece y jamás deja que se corra con el desánimo y la monotonía.

El don del Espíritu es la fuente interior de donde dimana la fuerza que se necesita para vivir esta vida nueva. Él imprime un estilo generoso, alegre y orante a nuestro generoso modo de ser y de relacionarnos con los demás.

Pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Rom 8, 2). Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu (Ga 5, 25).

Este estilo de vida nos permite permanecer en las sendas trazadas por el Señor.

Mientras el mundo ofrece una avalancha de propuestas que destilan consumismo, egoísmo y materialismo, nuestra vida renovada en Cristo y animada por el Espíritu Santo, florece y es cada vez más fecunda en las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad.

EL “EVANGELIO” DE LOS POBRES

El amor de Dios es la fuente y la recompensa final de todos nuestros esfuerzos por perseverar en la nueva vida que Cristo nos alcanzó.

El cristiano no es un idealista sino un testigo del amor con el que Dios ha amado a toda la humanidad. Por eso, la mejor manera de responder a Dios que nos busca con tanto amor y el mejor trabajo para llegar a gozar eternamente del amor de Dios es la caridad que podemos ofrecer a nuestros hermanos y que nos hace ser como Él porque “Dios es amor”.

Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4, 20).

Dar testimonio del amor de Dios en el mundo es una tarea inaplazable para quien vive la nueva existencia que nos trajo el Señor.

Quien ama a Dios de verdad se siente impulsado, desde dentro, desde arriba, a comunicar ese amor a todos los que viven sin experimentarlo. Y siente compasión por los que Dios compadece. Y comprende, igualmente desde dentro y desde arriba, que Dios tiene siempre sus ojos puestos sobre aquellos que el mundo olvida o desprecia. Y por eso mismo se esfuerza por hacer “la obra de Dios” en la caridad. Esta es la prueba de que nuestra fe es realmente viva y plena.

Hay una alegría especial que experimentan solo los que comienzan a comprender estas cosas. Es la dicha de compartir los bienes como Dios distribuye sus bendiciones, es decir, sin miramientos y sin excepciones.

Si la misericordia de Dios alcanza hasta para mí,

mi corazón tiene que abrirse sin límites, con una apertura que quiere ser reflejo de la de Dios mismo. Y el corazón recupera entonces su resplandor original, se lava profundamente de sus egoísmos que encarcelan, se libera de las ataduras de lo pasajero y se alegra realmente en el descubrimiento del milagro del otro, que me deja ver a Dios en sí mismo, que me permite servir a Jesús sirviéndole a Él.

En este sentido no hay riesgo de equivocarnos, porque Jesús anunció que sería a Él a quien daríamos de comer o de beber en los más pobres, a quien vestiríamos o acogeríamos en los que de todo carecen, a quien visitaríamos y asistiríamos en sus necesidades cuando lo hiciéramos con los que viven situaciones extremas de penuria o se sienten al extremo de sus fuerzas. Y enseñó con inusitada claridad: Les aseguro que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron (Mt 25, 40).

Si nos tomamos en serio estas palabras del Señor y meditamos sus alcances, entenderemos por qué los pobres son otra dimensión de la magnífica noticia que Dios quiere que recibamos.

En ellos realmente podemos encontrar al Señor. Pero, al ir a ellos, saliendo de nosotros mismos, nos recomponemos en todo nivel y aprendemos lo que es la única verdad sobre el ser humano.

Al dar, nos damos; al pensar en el otro, sanamos; al dejar que nuestro corazón se enternezca o se compadezca de la necesidad ajena, entramos en nuevas relaciones de afecto. Y al permitir que se desate este ovillo se deshacen nudos muy profundos y nos vemos todos como lo que realmente somos: hijos de Dios que podemos decir que Dios es “Padre nuestro”, es decir, de ellos y mío, de manera realista y veraz.

Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (1 Jn 4, 11-12).

¡Qué privilegio poder servir a los pobres! ¡Qué grandeza la que Dios les ha dado! ¡Qué nobleza

la de aquellos que no ostentan títulos ni apellidos pero reflejan al Hijo de Dios encarnado! Dios nos conceda vivir en permanente solidaridad y, con el tiempo, descubrir todas las dimensiones del dar con generosidad, sin medida, con la abundancia con que Dios da: Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso... Den y se les dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en sus vestidos. Porque se les medirá a ustedes con la medida con que ustedes midan (Lc 6, 36. 38).

EN CONCLUSIÓN...

Tener una nueva vida significa saber mirar también el mundo con nuevos ojos. Son los discípulos de Jesús, los verdaderos gestores del cambio de nuestra sociedad. Estamos en el mundo para dar testimonio de nuestra fe y nuestra esperanza. Es eso lo que Jesús quiere de nosotros: Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré toda la casa. Brille así la luz de ustedes ante los hombres, para que vean sus buenas obras y den gloria a su Padre que está en los cielos (Mt 5, 13-16).

TALLER II ENCUENTRO

Respuesta personal y ecos del anuncio

- ¿Cuáles son los regalos más hermosos que Dios te ha hecho por medio de la Muerte y de la Resurrección de su Hijo?
- ¿Te sientes motivado a entrar en el camino del conocimiento del Señor? ¿Cómo puede cambiar al mundo nuestro testimonio de fe?
- ¿Cómo puedes ayudar a otros para tener efectivamente amor sensible por los pobres y los postergados, por los enfermos y los presos, por los que sufren de cualquier manera y por los que viven solos?

Compromisos

- En la oración diaria, tratar de percibir la presencia y su acción del Espíritu Santo.
- Ser testimonio de cercanía, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo.
- Durante este tiempo haz una obra de caridad, no necesariamente con dinero, que te exija compartir afecto con una persona muy pobre o muy llena de sufrimientos, de tal manera que puedas experimentar su amistad y darle algo de tu afecto.

HOMBRE

ENCUENTRO 4:

EL SEÑOR NOS REGALA UNA CASA Y UNA FAMILIA

LO DESCUBIERTO EN LOS ANUNCIOS PRECEDENTES

Jesucristo es el don de Dios para los hombres. Todo don es don en Jesucristo. Él es la plenitud de las promesas. La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

Durante estas semanas hemos descubierto que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo nos revela tantos misterios del amor de Dios y está tan lleno de signos del cumplimiento evidente de las promesas antiguas, de sorpresas y de riquezas, en beneficio de cada uno de nosotros y del mundo entero, que todo él, sin la menor duda, es Magnífica Noticia para la humanidad entera.

En él se concentra la Buena Noticia de Jesucristo (cf. Mc 1, 1) y de todo lo que Él nos comunica. A la predicación gozosa y testimonial de todo esto y, en particular, del acontecimiento de Cristo, de su Muerte y Resurrección, así como al anuncio nunca excesivo del amor infinito del Padre por toda la humanidad se le llama, desde muy antiguo, kerigma.

En este encuentro vamos a recibir el gratísimo anuncio de la familia que, en Cristo, Dios nos da.

Se trata de la Iglesia Santa, muestra de la infinita condescendencia de Dios que quiere congregar a todos sus hijos como pueblo amado y de su propiedad.

Es la “nueva Jerusalén” que anuncia el Nuevo Testamento, que se realiza en la historia tal y como los Apóstoles la recibieron de Nuestro Señor Jesucristo: una comunidad de amor con dimensiones terrenales y celestiales, universales y particulares, mundiales y locales, en la que circula la savia nutriente y fecundísima de los dones del Espíritu que Él ha dado a los suyos por su Pascua.

LA COMUNIDAD CRISTIANA

El Señor agregaba a la comunidad a los que habían de salvarse (Hechos 2, 47). Tanto en los Evangelios como en los Hechos de los Apóstoles en las cartas de san Pablo, de san Pedro e incluso en el libro del Apocalipsis y en las cartas de san Juan, aparece

un signo nuevo y luminoso que ha servido siempre como señal de que lo que anunciamos a propósito del cumplimiento de las promesas, hechas a nuestros antiguos padres por medio de los profetas y de la nueva y eterna alianza en Cristo, no es leyenda ni vana promesa, sino un hecho contundente y plenamente visible.

Se trata de la “gran señal”, es decir, la Iglesia o la comunidad cristiana, en la cual se congregan los que creen para experimentar la presencia del Resucitado, para compartirlo todo en la caridad, para cumplir como discípulos los mandatos del Señor, para dar unánimes “el testimonio de Jesús”, para experimentar la salvación como vida nueva y para implantar el Reino de Dios en el mundo por la misión que el mismo Cristo les encomendó.

Efectivamente, desde cuando Pedro hizo su primera famosa intervención de Pentecostés, los que acogieron el kerigma y creyeron en Jesucristo Muerto y Resucitado, guiados por los Apóstoles, es decir, por la Iglesia misma, comenzaron un camino de conocimiento y de conversión y, una vez iniciados convenientemente en lo básico y fundamental de la fe y la vida que brotan del Evangelio, fueron bautizados y acogidos en la comunidad cristiana.

Así, por la fe y por el bautismo, los que creen entran a formar parte de una comunidad de hermanos que, en Cristo, por Él y con Él, se sabe heredera de todas las promesas de Dios y que, por lo mismo, por misterioso designio del infinito amor del Padre, constituye el definitivo Pueblo de Dios. En este sentido los discípulos entienden que el llamado a la Iglesia es puro don de Dios y que es Dios quien “agrega” a este cuerpo a los que se han de salvar, aunque el instrumento y el medio para este llamado sean ellos mismos, su misión y la sencillez de su predicación y su testimonio.

Como se relata en los Hechos de los Apóstoles, las pequeñas comunidades del origen se caracterizaban fundamentalmente por su forma especial de vivir: no eran simples grupos de simpatizantes de una causa, sino que vivían de una manera particular.

Se reunían con asiduidad para escuchar la enseñanza de los Apóstoles, es decir, para aprender

los misterios de la fe de su fuente primera, como lo haríamos nosotros hoy por la meditación de la Palabra y la catequesis de la Iglesia; para la comunión, que desde hoy podríamos comenzar a llamar “técnicamente”, koinonía y que consiste en el misterio del estar unidos, del hacer reunión o congregación porque en esa unidad se hace presente el Señor y porque allí nos edificamos unos a otros en la fe, la esperanza y la caridad; para la fracción del pan, que es el primer nombre que los cristianos dimos a la Eucaristía; y para las oraciones .

Y se sabe que compartían todo lo que tenían mientras procuraban, por todos los medios disponibles, que todos conocieran esta experiencia y vieran que era de verdad la intervención definitiva de Dios en la historia humana.

En esas comunidades se daban al mundo los signos del amor y la unidad, tal y como lo pide de nosotros el mismo Señor.

Recordemos que, en la última cena con los Apóstoles, dijo: “Lo que les mando es que se amen los unos a los otros como yo los he amado. En eso conocerá el mundo que ustedes son mis discípulos” (Jn 13, 35).

En el mismo contexto de la última cena el Señor oró al Padre con estas palabras: “Padre que ellos sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21).

Pues esto fue tan eficaz, que ya en el siglo segundo, a menos de cincuenta años de la muerte del último de los Apóstoles, había quien exclamaba: “¡Miradlos cómo se aman!”. Y por este testimonio muchos hombres y mujeres se adhirieron a la Iglesia.

Y así la Iglesia se iba constituyendo, custodiando siempre intacto lo que san Pablo llama “*el depósito de la fe*”.

La vida cristiana comenzaba a vivirse en comunidad y la comunidad cristiana se encargaba de mantener intacto lo que había recibido de los Apóstoles.

Fue así como nacieron las doctrinas que la Iglesia custodia con tanto celo hasta nuestros días. Con la muerte del último de los Apóstoles, la Iglesia tuvo

cuidado de discernir y conservar atentamente: lo que de ellos había recibido; la lista de los libros sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; su liturgia y sus sacramentos; sus costumbres tradicionales; y todo aquello que es su tesoro. Por eso, para nosotros, hoy, sigue siendo aún hoy, determinante el vínculo con la comunidad cristiana primitiva, así como con la gran comunidad de la Iglesia que ha custodiado y mantenido íntegra y fielmente la Tradición.

Lo primero que aparece en esta Iglesia es su catolicidad. Es que, de acuerdo con la Biblia, el Señor Jesucristo la quiso ante todo, Católica, es decir, “universal”, por su vocación de signo para todas las naciones y porque quiso, en consecuencia, dotarla con la integridad de los medios de salvación. Y además, porque en su discurso de despedida la mandó a todos los seres humanos, a todo el mundo y a predicar todo lo que Él había enseñado. Esta es una de las notas esenciales de la Iglesia.

Solo más adelante, ya floreciente la comunidad cristiana de Antioquía, a algunos se les ocurrió comenzar a llamar a los discípulos “cristianos”. Nosotros somos cristianos y somos católicos en plenitud de sentido.

El Nuevo Testamento contempla a la Iglesia como una ciudad preciosa o como una novia de belleza radiante que desborda luminosidad y gracia. Así la ve el libro del Apocalipsis y así la ven los demás escritos. De esta manera, ella es llamada simplemente “la Elegida”, pero también santa y amada. En su entusiasmo, san Pedro resume a sus oyentes lo que Ella recibe del pueblo de las promesas, es decir, del Antiguo Testamento, y realiza de modo definitivo y admirable: “Ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncien las virtudes de Aquél que los llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

Pero estos mismos escritos la ven a ella también como la esposa de Cristo, bellísima, radiante, cubierta de joyas, mujer que en sí misma es el gran signo que aparece en el cielo cuando en él se ve por fin el Arca de la Alianza.

De esta manera, la Iglesia que conformamos quienes nos hemos congregado en esta comunidad de amor es: virgen por su integridad y por su capaci-

dad para guardar fidelidad intacta al Señor, novia y esposa por elección y por la consumación, en el sacrificio de Cristo, de un amor que no tiene rival, y madre por su fecundidad impresionante, madre de todos los hijos que engendra la gracia.

EN EL MISTERIO DE LA ALIANZA

La Biblia es la historia de una alianza que Dios ha querido establecer con la humanidad desde siempre. Por medio de esa alianza Dios Nuestro Señor ha querido mostrar su amor a la humanidad y, para llevar a cabo sus planes, se ha elegido un pueblo.

Pero ese pueblo no estuvo a la altura de lo que Dios esperaba de él. De hecho, probó que solo Dios podía hacer lo que los seres humanos no somos capaces de llevar a cabo. Por eso, Dios mismo se ideó un plan en el que su Hijo único, a nombre de todos, establecería una Alianza Nueva y Eterna, sellada nada menos que con su Sangre. Por lo que Dios nos mostraría que su amor es eterno y más fuerte que la misma muerte. De tal manera que, por pura gracia, en los tiempos por Él determinados envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, en el seno mismo del pueblo de las promesas, para establecer la Alianza que sí había de ser perfecta y para llevar a cabo sus planes de misericordia.

Quiso siempre, además, congregarse a toda la humanidad en una sola familia universal, es decir, “católica” y establecer con ella esta Alianza en la que todos podemos experimentar las riquezas de su amor.

Para eso, de los dos pueblos, del que había tenido todas las oportunidades de la Alianza, y del otro, llamado por pura bondad, hizo un solo pueblo, la Iglesia, llamada en virtud de la gracia que brota del sacrificio pascual de Cristo.

Esta santa Iglesia, en la riqueza extraordinaria que le confieren los dones propios de la Alianza Nueva y Eterna, es a la vez: Cuerpo de Cristo, templo del Espíritu, rebaño del Señor, morada santa, pueblo de Dios, esposa del Cordero, viña elegida... Los Apóstoles describen su misterio con muchas otras comparaciones llenas de sentido.

Y los primeros cristianos daban su vida por la Igle-

sia. Por eso, la Iglesia es parte del gran anuncio de la salvación.

Abramos hoy nuestro corazón y nuestra mente a la revelación de este misterio. Demos gracias a Dios por la Iglesia y veámosla como es en sí misma, como Dios la ha pensado, pensando que ella puede ser en el mundo “radiante, sin mancha ni arruga” si nosotros acogemos esta Palabra y nos dedicamos a cumplir la voluntad de Dios.

La comunidad que ha congregado en la alegría de creer a todos los que acogen la Palabra de Dios subsiste en la Iglesia Católica, tal y como lo demuestra la sucesión apostólica ininterrumpida desde Pedro y los demás hasta el Papa Francisco y los Obispos que están en comunión con él.

Es doloroso y desconcertante contemplar las fracturas que desde hace cinco siglos ha tenido la Iglesia pero esperamos que pronto se recuperen. Sabemos que los últimos Papas han dedicado sus mejores esfuerzos a tratar de construir puentes y de facilitar acercamientos.

Esperamos con sincero anhelo el día en el cual todos los cristianos, bautizados como somos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, superadas las diferencias doctrinales y de culto que aún quedan, demos el testimonio de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, es decir, del único Cuerpo de Cristo, la única esposa del Cordero, el único templo del Espíritu, el único rebaño del Buen Pastor.

EN LA IGLESIA DIOS NOS REGALA UNA FAMILIA Y UNA CASA

Desde siempre, quiso el Señor prepararse una familia, a imagen de la familia Trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso pensó en la familia humana y pensó en la Iglesia. Las dos son parte de la Magnífica Noticia, tanto la familia de la Iglesia como la familia en que nacemos a la vida.

El plan del Señor es que todos nazcamos en una comunidad de amor, en la que dos, tres o más personas diferentes, sean una sola familia, para que podamos comenzar a comprender los misterios de

su amor.

En este sentido, tanto la Iglesia como la familia humana son casa y escuela de comunión. En ellas vivimos el misterio de la fraternidad y nos enriquecemos los unos a los otros como hijos del mismo Padre. En ambas crecemos como personas mientras cumplimos el plan de Dios.

“Católico” quiere decir exactamente eso: “universal”. En el cumplimiento de las profecías antiguas y en las palabras del Señor mismo se descubre que su Iglesia es, por naturaleza, Católica. Así la quiere Él.

La comunidad cristiana se experimenta como una familia que apoya y que anima, que educa y que refuerza, que hace que las cosas de Dios y que los compromisos que tenemos como cristianos en el mundo sean más comprensibles y llevaderos.

Por eso, desde ya estamos anunciando que todo este regalo que el Señor nos ofrece en el camino que hemos comenzado, conduce, después de una adecuada formación, a la construcción de comunidades fraternales en las que experimentemos lo mismo que vivieron los primeros y en las que realmente veamos lo que Dios quiere que hagamos por el mundo en el que vivimos.

No olvidemos nunca que en la familia de la Iglesia, también “la Madre” es parte del extraordinario anuncio que se nos hace.

Porque ella fue elegida entre todas las mujeres para acoger al Hijo en su encarnación, para darle a luz en un pesebre y para acompañarlo asociándose a Él como ninguna otra creatura en los momentos más importantes de nuestra redención. En efecto, es grande la Noticia que dice que el Señor Jesús se preocupó hasta de dejarnos a su Madre por Madre nuestra, que nos acompaña en la oración y que nos cuida en la historia.

María, seguramente nos acompañará con su fe para que nuestra fe no desfallezca y nos animará en el camino que emprenderemos en pocos días. En su “sí” inmaculado se fraguará nuestro “sí” al plan de Dios.

VIVIR NUESTRA FE EN PEQUEÑAS COMUNIDADES

Vivir el cristianismo en pequeñas comunidades es la única posibilidad y la única respuesta a un mundo en el que reinan el individualismo y la indiferencia frente a los demás y en el que el amor es una planta rara porque se vive bajo la tiranía de una ética relativista.

Por eso la Iglesia, el Papa Francisco, también nosotros reiteramos que una parte vital de nuestro anuncio es la vida en comunidad. No hay ninguna alegría como esta porque se trata del más evidente fruto y del regalo más concreto de la Muerte y la Resurrección de Cristo.

Poco a poco, llevando a cabo los mismos ejercicios de los creyentes en la primera comunidad (Hch 2, 42), los creyentes que van aceptando el anuncio del Evangelio van cambiando el egoísmo por amor y aprenden a dar su vida los unos por los otros en el servicio de los unos a los otros, amándose entre ellos con el mismo amor de Cristo, para edificar un mundo nuevo y mejor, de acuerdo con los criterios del Reino de Dios, anunciado por Cristo nuestro Señor.

La iniciación cristiana, que es el camino que vamos a empezar a recorrer, nos va a capacitar para vivir en comunidad y para ser verdadera comunidad cristiana, de modo que cuando el mundo vea la comunidad exclame admirado: “¡Verdaderamente Cristo ha sido enviado para salvar a los hombres y llevarlos al Reino del Padre, al Reino de los Cielos!”.

Una de las ilusiones que podemos cultivar intensamente desde ya es la de llegar a vivir, muy pronto, en comunidades como las de los Hechos de los Apóstoles. Muchas circunstancias de la historia que vivimos pueden permanecer pero ciertamente nuestra vida será mucho más bonita y llena de sentido, tendremos cómo interactuar creativamente sobre la realidad que nos rodea y experimentaremos cada vez más fuerte el amor de Dios y la presencia de Jesucristo en nosotros y en la historia de este mundo que Él nos ha encomendado.

LA NOTICIA QUE NOS PONE EN CAMINO

La noticia extraordinariamente bella que hemos recibido (es decir, “el Evangelio”) llama algo más que la atención. Hemos sido testigos de un misterio que se despliega ante nuestros ojos por la contemplación real de lo que la Palabra de Dios revela con total objetividad. Eso, que llamamos “misterio”, aunque ciertamente desborda la humana comprensión, se hace objeto o contenido de la fe, además de ser, como ya lo hemos constatado, la experiencia personal más enriquecedora del mundo. En lo que Dios nos revela, nos encontramos con el sentido de nuestra vida. En Él mismo, cuyo amor infinito hemos conocido y acogido, encontramos la compañía, la luz y la fuerza que necesitamos.

Y, precisamente porque este es el regalo que estamos recibiendo, también es importante notar que lo recibimos con una llamada. Nuestros corazones han arvido mientras escuchamos lo que Dios tiene que decirnos. Pero también ha sido encendido el deseo de estar con Jesús, de permanecer en Él, de conocerlo más y mejor, de darle gusto con nuestra vida entera, de hacerlo conocer de otros, en fin, si examinamos los sentimientos que hemos tenido durante estas semanas encontraremos que nuestra voluntad realmente ha sido tocada.

Tenemos que ponernos en camino. Este proceso que hemos iniciado tiene su propio CAMINO y es el que la Iglesia, desde sus orígenes, ha ofrecido a todos los que llegan a la fe. Se trata de otro gran regalo de Dios y se presenta como un proceso necesario para que nuestra fe, ahora inicial, y esos deseos que ahora experimentamos, lleguen a una madurez suficiente como para construir el verdadero “edificio” de la fe sobre estos cimientos bien plantados.

JESÚS ES EL SEÑOR

El Espíritu Santo que se nos ha dado en el bautismo (y, quizá para la mayoría, en la confirmación), el que ha sido derramado sobre la humanidad entera por el sacrificio pascual de Cristo, es decir, por su Muerte y su Resurrección, es quien nos conduce ahora. Si uno tiene deseos de estar con Cristo, de amarlo y de servirlo es porque ya tiene ese Espíritu que Dios derrama generoso sobre toda carne, (Joel 3, 1), de acuerdo con su promesa.

Pero la acción del Espíritu Santo se reconoce sobre todo porque nos hace reconocer que Jesús es EL SEÑOR. En efecto...nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!" sino con el Espíritu Santo (1 Cor 12, 3b).

Y las consecuencias no son pequeñas, como ya lo habíamos escuchado del mismo Dios: Porque, si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rom 10, 9).

Es lo que el Padre quiso arrancar de los corazones de todos los seres humanos con la resurrección del Hijo de sus entrañas, quien...se humilló a sí mismo hasta la muerte, ¡y muerte de Cruz! Por lo cual, Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que CRISTO JESÚS ES SEÑOR para gloria de Dios Padre (Flp 2, 8-11).

Que es lo mismo que predica san Pedro el día de Pentecostés, inmediatamente después de haber recibido la portentosa efusión del Espíritu Santo: Sepan, pues, con certeza... que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús... (Hch 2, 36).

Cuando uno reconoce, acepta, confiesa y proclama a Jesús como SEÑOR pasan cosas muy grandes.

En primer lugar, se confirma el regalo que nos hace el Espíritu Santo, como acabamos de ver, porque solo puede afirmar esta gran verdad quien tiene el Espíritu de Dios.

En segundo lugar, hacemos una verdadera "profesión de fe", que solo puede proceder de la sinceridad de un corazón que así lo siente, así lo sabe y así lo cree. Pero lo más hermoso es lo que necesariamente ocurre a nivel práctico.

Efectivamente, como uno se debe íntegramente a Aquél que reconoce como Señor, quien confiesa el "señorío" de Jesús pone toda su persona a su servicio: sus pensamientos, sus palabras, sus obras; su cuerpo y su alma; su sexualidad, su afectividad y su intimidad; sus bienes y su dinero; sus posibilidades, sus aficiones, sus aptitudes y sus cualidades; sus logros, sus títulos y sus relaciones más preciosas; su tiempo, su historia personal y hasta

su eternidad. Todo queda ordenado al servicio del Señor. Y todo ha de servir a los planes de este Señor que, con razón, puede gobernar sobre todo "lo mío" y disponer de todo "lo mío" de acuerdo con su voluntad.

Esto quiere decir que todo lo que está sujeto al "señorío", o al "gobierno" de Jesús, es rectamente ordenado y lo que no lo está, está en flagrante, destructivo y triste desorden.

Comencemos por dedicar un gran espacio de tiempo a meditar sobre lo que es "nuestro" para que se vuelva "Suyo" y hagámoslo de manera tan consciente y libre, que de verdad experimentemos lo que es SER DE CRISTO SEÑOR.

Esta será la única manera real de comprender lo que es "el Reino de Dios" del que tanto oiremos hablar.

EL REINO DE LA GRACIA

Jesús vive eternamente, y con su Muerte y Resurrección ha hecho posible que nosotros podamos vivir una forma de existencia nueva ante Dios. Él se ha hecho nuestro hermano para que nosotros también compartamos con Él la nueva condición de ser "hijos de Dios". Para lograr esto no basta con la simple aceptación de esta verdad, es necesario dejarnos inundar por Él y, de esta manera, ser revestidos de una nueva vida que llega a nosotros por la fe y por el bautismo y los demás sacramentos.

Acceder a la salvación que Cristo nos trajo es, al mismo tiempo, un regalo que nos viene gratuitamente de Dios:

Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor. Él nos ha destinado en Jesucristo según el beneplácito de su voluntad a ser sus hijos... (Ef 1, 4-5) ...como también fruto de nuestra adhesión obediente y confesión libre y personal: Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó (1 Jn 3, 23).

Vivir en el Reino de la gracia es experimentar que Jesús Resucitado nos santifica constantemente

con su presencia, por medio de la fe y de los sacramentos. Y nosotros, si así lo queremos, aceptamos su invitación proclamando con nuestros labios la fe que tenemos en el único “Hijo de Dios que nos amó y se entregó por nosotros”.

SEGUIRLO A ÉL HASTA LA CASA PATERNA

Con ocasión de la resurrección temporal de Lázaro, el amigo de Jesús, el Señor le aseguró a Marta que si uno cree, podrá ver hasta la gloria de Dios. Y eso es verdad. Lo atestiguan Pedro y Pablo, Juan y Santiago, María Magdalena y Marta, Inés, Cecilia y Agustín, Martín, Francisco y Domingo, Ignacio, Teresa, Marianito, Laura y Juan Pablo, que son apenas una ínfima parte de los nombres de quienes en estos momentos están gozando la plenitud de la bienaventuranza en el cielo por haberle dicho “sí” en la tierra al llamado amoroso de Dios Padre. Se pusieron en contacto con Él en la tierra y lo siguieron hasta esa dichosa morada en la cual nos han preparado un lugar. Nosotros debemos estar plenamente convencidos de que somos llamados por Dios, también como ellos, a la eternidad.

Dios no nos quiere simplemente felices, sino plenamente felices. Y la plenitud verdadera solo la podemos encontrar en quien no cesa de derramar su amor sobre nosotros.

Cuando el cristiano afirma que tiene una morada en el cielo, no está manifestando ningún tipo de inconformidad con el mundo presente. El verda-

dero cristiano no vive en las nubes, ni se resigna a no poner su empeño en las cosas de la tierra.

Optar por Jesús, aceptar su Palabra y conocer su voluntad, nos debe conducir a mantener nuestros pies fijos en la tierra, dando un testimonio real y concreto al mundo de la esperanza verdadera que nos ha salvado y del amor divino que nunca nos ha abandonado. Sin embargo, nuestro corazón debe estar puesto en el Cielo, en el Dios que espera amorosamente que salgamos a su encuentro ahora y al final de nuestra vida terrena.

Jesús ha vencido la muerte y, por lo tanto, para los que creen verdaderamente en Él, la muerte física no tiene nunca la última palabra. Somos llamados a vivir eternamente y Jesús nos ha abierto esa posibilidad a todos. Dios, en Cristo, por su resurrección, nos asegura en la esperanza de la vida eterna. Una vida que está reservada para todos y en la que encontraremos la plenitud y la felicidad que en nuestro mundo aparece ante nuestros ojos apenas en figura. El abrazo del amor eterno de Dios, ese amor que no tiene reservas, ese amor que no tiene límites, está preparado para cada uno de nosotros si decidimos aceptarle.

¿Quieres tú vivir eternamente en los brazos amorosos de Dios?

¿Te atreves a dar el primer paso hacia Él en este momento?

TALLER IV ENCUENTRO

Respuesta personal y ecos del anuncio

• ¿Sientes que tu parroquia es comunidad para ti, para tu vida de fe y para realizar tus ideales de intimidad con el Señor y de misionero entusiasta, para el mundo que tanto te necesita?

• ¿Cómo se puede hacer que Jesús sea realmente SEÑOR en toda tu existencia y en tu historia, en la política, la economía, en la educación y en la cultura?

Compromisos

• Revisa tus experiencias “comunitarias” de todos los días. ¿Qué aportas a la construcción de la comunidad donde vives, donde trabajas, donde te diviertes? ¿Qué te aportan los otros? ¿Cómo puedes mejorar esos grupos para que se nutran del espíritu de la comunidad cristiana?

• Ya iniciados los pasos del conocimiento de Jesús, el Señor, y de sus misterios de amor, para madurar tu fe inicial y para acercarte más a Él como Él quiere que te acerques, vas a orar (acudir al retiro) y a pedir al párroco, la gracia de ser admitido en el camino que sigue.

MOMENTOS CELEBRATIVOS ENTREGA DEL PADRE NUESTRO

Consideraciones previas: Adecuación del lugar donde se realizará el momento celebrativo. Disponer de la oración del Padre Nuestro en una tarjeta para ser entregada a cada uno de los asistentes. Tener un gran letrero con la frase: “*Señor enséñanos a orar*”, que se colocará en un lugar visible.

La reflexión es una catequesis que se debe preparar con anterioridad, este documento presenta una propuesta como lineamiento que orienta el sentido que se le puede dar a dicha meditación.

Monición de entrada

El día de nuestro bautismo, aunque nosotros no sabíamos hablar y no podíamos orar, nuestros padres, amigos y familiares oraron por nosotros el Padre Nuestro. Hoy nos hemos reunido todos juntos para recibir de la Iglesia la más importante de todas las oraciones. Jesús nos invita a orar a Dios nuestro padre, como lo hizo con sus discípulos. Nosotros queremos ser sus amigos, para saber lo que Él quiere de nosotros. Con alegría en nuestro corazón nos ponemos en pie y nos unimos cantando.

Canto: Juntos cantando la alegría.

Saludo

Ministro: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

V/. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

Ministro: Queridos hermanos, Jesús nos ha di-

cho que podemos hablar con Dios y nos ha dicho también cómo es Dios. Dios es un Padre Bueno que escucha a sus hijos y les atiende en todo lo que necesitan. Dios nos ama mucho más que lo que una madre quiere a su hijo. Por eso escuchemos lo que nos quiere decir Dios el día de hoy.

Canto a la Palabra: Escuchar tu Palabra.

Liturgia de la Palabra



Lectura del santo Evangelio según san Mateo 6, 9-13

Vosotros, pues, orad así: “*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan cotidiano dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal*”.

Palabra del Señor.

Reflexión

(Catequesis sobre las 7 peticiones del Padre Nuestro)

La primera parte de esta enseñanza es: «**Padre Nuestro, que estás en el Cielo**». «Padre»: esa hermosa palabra para decir. Podemos quedarnos todo el tiempo de la oración solo con esa palabra: «Padre». Y sentir que tenemos un padre: no un padre autoritario o un padrastro. No: un padre. El cristiano se dirige a Dios llamándolo por encima de todo «Padre». En esta enseñanza que Jesús da a sus discípulos, es interesante detenerse en algunas instrucciones que coronan el texto de la oración. Para darnos confianza, Jesús explica algunas cosas que insisten en las actitudes del creyente que reza. Por eso, cuando hablamos de Dios como «padre», mientras pensamos en la imagen de nuestros padres, especialmente si nos han querido, al mismo tiempo tenemos que ir más allá. Porque

el amor de Dios es el del Padre «que está en los cielos», según la expresión que nos invita a usar a Jesús: es el amor total que en esta vida solo saboreamos de manera imperfecta. Los hombres y las mujeres son eternamente mendigos del amor —nosotros somos mendigos de amor, necesitamos amor—, buscan un lugar donde ser amados finalmente, pero no lo encuentran. ¡Cuántas amistades y cuántos amores defraudados hay en nuestro mundo! ¡Cuántos!

La segunda parte: « **¡Santificado sea tu nombre!** ». En esta petición —la primera, ¡Santificado sea tu nombre!— se siente toda la admiración de Jesús por la belleza y la grandeza del Padre, y el deseo de que todos lo reconozcan y lo amen por lo que realmente es. Y al mismo tiempo, está la súplica de que su nombre sea santificado en nosotros, en nuestra familia, en nuestra comunidad, en el mundo entero. Es Dios quien nos santifica, quien nos transforma con su amor, pero al mismo tiempo también somos nosotros quienes, a través de nuestro testimonio, manifestamos la santidad de Dios en el mundo, haciendo presente su nombre. Dios es santo, pero si nosotros, si nuestra vida no es santa, hay una gran incoherencia. La santidad de Dios debe reflejarse en nuestras acciones, en nuestra vida. «Yo soy cristiano, Dios es santo, pero yo hago tantas cosas malas»; no, esto no vale. Esto también hace daño, esto escandaliza y no ayuda.

Cuando rezamos el «Padre Nuestro», la segunda invocación con la que nos dirigimos a Dios es «**venga a nosotros tu Reino**» (Mateo 6, 10). Después de rezar para que su nombre sea santificado, el creyente expresa el deseo de que se apresure la venida de su Reino. Este deseo brotó, por así decirlo, desde el corazón mismo de Cristo, que comenzó su predicación en Galilea proclamando: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Marcos 1, 15). Estas palabras no son en absoluto una amenaza, al contrario, son un anuncio feliz, un mensaje de alegría. Jesús no quiere empujar a la gente a que se convierta sembrando el temor del juicio inminente de Dios o el sentimiento de culpa por el mal cometido. Jesús no hace proselitismo: simplemente anuncia. Al contrario, lo que Él trae es la Buena Nueva de la salvación, y a partir de ella llama a convertirse. Todos están invitados a creer en el «evangelio»: el dominio de Dios se ha

acercado a sus hijos. Esto es el Evangelio: el dominio de Dios se ha acercado a sus hijos. Y Jesús anuncia esta maravilla, esta gracia: Dios, el Padre, nos ama, está cerca de nosotros y nos enseña a caminar por el camino de la santidad.

Dios no es ambiguo, no se esconde detrás de enigmas, no ha planeado el futuro del mundo de una manera indescifrable. No, Él es claro. Si no lo entendemos, nos arriesgamos a no entender el significado de la tercera frase del Padre Nuestro. En efecto, la Biblia está llena de frases que nos hablan de la voluntad positiva de Dios hacia el mundo. Y en el Catecismo de la Iglesia Católica encontramos una colección de citas que atestiguan esta voluntad divina fiel y paciente (cf. n. 2821-2827). Y San Pablo, en la Primera Carta a Timoteo, escribe: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (2, 4). Esta, sin lugar a dudas, es la voluntad de Dios: la salvación del hombre, de los hombres, de cada uno de nosotros. Dios con su amor llama a la puerta de nuestro corazón ¿Por qué? Para atraernos, para atraernos a Él y llevarnos adelante por el camino de la salvación. Dios está cerca de cada uno de nosotros con su amor, para llevarnos de la mano a la salvación. ¡Cuánto amor hay detrás de todo ello! Así, rezando «**hágase tu voluntad**», no estamos invitados a bajar servilmente la cabeza, como si fuéramos esclavos. ¡No! Dios nos quiere libres; y es su amor el que nos libera. El Padre Nuestro es, de hecho, la oración de los hijos, no de los esclavos; sino de los hijos que conocen el corazón de su padre y están seguros de su plan de amor. ¡Ay de nosotros sí, al pronunciar estas palabras, nos encogieramos de hombros y nos rindiéramos ante un destino que nos repugna y que no conseguimos cambiar! Al contrario, es una oración llena de ardiente confianza en Dios que quiere el bien para nosotros, la vida, la salvación. Una oración valiente, incluso combativa, porque en el mundo hay muchas, demasiadas realidades que no obedecen al plan de Dios. Las conocemos todos. Parafraseando al profeta Isaías, podríamos decir: «Aquí, Padre, hay guerra, prevaricación, explotación; pero sabemos que Tú quieres nuestro bien, por eso te suplicamos: ¡Hágase tu voluntad! Señor, cambia los planes del mundo, convierte las espadas en azadones y las lanzas en podaderas; ¡Que nadie se ejercite más en el arte de la guerra!» (cf. 2, 4).

La oración de Jesús comienza con una petición imperiosa, que se parece mucho a la imploración de un mendigo: «**¡Danos hoy nuestro pan de cada día!**» Esta oración proviene de una evidencia que a menudo olvidamos, es decir, que no somos criaturas autosuficientes y que necesitamos alimentarnos todos los días. Las Escrituras nos muestran que para tanta gente, el encuentro con Jesús se realiza partiendo de una petición. Jesús no pide invocaciones refinadas, al contrario, toda existencia humana, con sus problemas más concretos y cotidianos, puede convertirse en oración. En los evangelios encontramos una multitud de mendigos que suplican liberación y salvación. Hay quien pide pan, hay quien pide curación; algunos la purificación, otros la vista, o que un ser querido pueda volver a vivir... Jesús nunca pasa indiferente ante estas peticiones y estos dolores. «Padre, haz que tengamos hoy el pan necesario para nosotros y para todos». Y «pan» vale también para el agua, las medicinas, el hogar, el trabajo... Pedir lo necesario para vivir. El pan que el cristiano pide en oración no es «mío», sino «nuestro». Esto es lo que quiere Jesús. Nos enseña a pedirlo no solo para nosotros, sino para toda la fraternidad del mundo. Si no se reza de esta manera, el Padre Nuestro deja de ser una oración cristiana. Si Dios es nuestro Padre, ¿cómo podemos presentarnos a Él sin tomarnos de la mano? Todos nosotros. Y si el pan que Él nos da nos lo robamos entre nosotros ¿cómo podemos llamarnos hijos suyos? Esta oración contiene una actitud de empatía una actitud de solidaridad. En mi hambre, siento el hambre de las multitudes, y por eso rezaré a Dios hasta que no obtengan lo que piden.

Después de pedir a Dios el pan de cada día, la oración del Padre Nuestro entra en el campo de nuestras relaciones con los demás. Jesús nos enseña a pedirle al Padre: «**Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores**» (Mateo 6, 12). Como necesitamos el pan, así necesitamos el perdón. Y esto cada día. El cristiano que reza pide a Dios ante todo que le perdone sus ofensas, es decir sus pecados, el mal que hace. Esta es la primera verdad de cada oración: aunque fuéramos personas perfectas, aunque fuéramos santos cristalinos que no se desvían nunca de una vida de bien, somos siempre hijos que le deben todo al Padre. La actitud más peligrosa de toda vida cristiana ¿cuál es? Es la so-

berbia. Es la actitud de quien se coloca ante Dios pensando que siempre tiene las cuentas en orden con Él: el soberbio cree que hace todo bien. Como ese fariseo de la parábola, que en el templo cree que está rezando pero que, en realidad, se elogia ante Dios: «Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás». Es la gente que se siente perfecta, la gente que critica a los demás, es gente soberbia. Ninguno de nosotros es perfecto, ninguno. Por el contrario, el publicano, que estaba detrás, en el templo, un pecador despreciado por todos se detiene en el umbral del templo y no se siente digno de entrar y se confía a la misericordia de Dios. Y Jesús comenta: «Os digo que este bajó a casa justificado y aquel no» (Lucas 18, 14), o sea, perdonado, salvado. ¿Por qué? Porque no era soberbio, porque reconocía sus limitaciones y sus pecados.

La penúltima invocación: «**No nos dejes caer en la tentación**» (Mateo 6, 13). Otra versión dice: «No nos abandones a la tentación». El Padre Nuestro comienza de una manera serena: nos hace desear que el gran proyecto de Dios se pueda realizar entre nosotros. Luego mira la vida y nos pregunta qué necesitamos cotidianamente: el «pan de cada día». Luego, la oración se dirige a nuestras relaciones interpersonales, a menudo contaminadas por el egoísmo: pedimos perdón y nos comprometemos a darlo. Pero es con esta penúltima invocación con la que nuestro diálogo con el Padre celestial entra, por así decirlo, en el corazón del drama, es decir, en el terreno de la confrontación entre nuestra libertad y las trampas del maligno. Pero incluso en el momento de la prueba suprema, Dios no nos deja solos. Cuando Jesús se retira a orar en Getsemaní, su corazón es invadido por una angustia indecible —así les dice a sus discípulos— y siente la soledad y el abandono. Solo, con la responsabilidad de todos los pecados del mundo sobre sus hombros; solo, con una angustia indecible. La prueba es tan desgarradora que sucede algo inesperado. Jesús no mendiga nunca amor para sí mismo, pero esa noche siente que su alma está triste hasta la muerte, y entonces pide a sus amigos que estén cerca de Él: «Quedaos aquí y velad conmigo» (Mateo 26, 38). Como sabemos, los discípulos, entorpecidos por un agotamiento causado por el miedo, se quedaron dormidos. En el momento de la agonía, Dios pide al hombre que no lo abandone, y el hombre en cambio duerme. En el tiempo en que el hombre conoce su prueba,

Dios en cambio vela. En los peores momentos de nuestras vidas, en los momentos más dolorosos, en los momentos más angustiosos, Dios vela con nosotros, Dios lucha con nosotros, siempre está cerca de nosotros. ¿Por qué? Porque es Padre. Así habíamos empezado la oración: Padre nuestro. Y un padre no abandona a sus hijos. Aquella noche de dolor de Jesús, de lucha, son el último sello de la Encarnación: Dios desciende para encontrarnos en nuestros abismos y en las tribulaciones que constelan la historia.

Finalmente hemos llegado a la séptima petición del Padre Nuestro: «**Libranos del mal**» (Mateo 6, 13b). Con esta expresión, quien reza no solo pide no ser abandonado en el tiempo de la tentación, sino que suplica también ser librado del mal. El verbo griego original es muy fuerte: evoca la presencia del maligno que tiende a aferrarnos y a mordernos (cf. 1 Pedro 5, 8) y del cual se pide a Dios la liberación. El Apóstol Pedro dice también que el maligno, el diablo, está a nuestro alrededor como un león furioso, para devorarnos, y nosotros pedimos a Dios que nos libere. Con esta doble súplica: «no nos abandones» y «líbranos», emerge una característica esencial de la oración cristiana. Jesús enseña a sus amigos a poner la invocación del Padre delante de todo, también y especialmente en los momentos en los que el maligno hace sentir su presencia amenazante. De hecho, la oración cristiana no cierra los ojos ante la vida. Es una oración filial y no una oración infantil. No está tan preñada de la paternidad de Dios, como para olvidar que el camino del hombre está plagado de dificultades. Si no estuvieran los últimos versículos del Padre Nuestro ¿cómo podrían rezar los pecadores, los perseguidos, los desesperados, los moribundos? La última petición es precisamente nuestra petición cuando estemos en el límite, siempre. Hay un mal en nuestra vida, que es una presencia incontrastable. Los libros de historia son el desolado catálogo de ventura a menudo fallida que ha sido nuestra existencia en este mundo. Hay un mal misterioso, que seguramente no es obra de Dios, pero que penetra silencioso entre los pliegues de la historia. Silencioso como la serpiente que lleva el veneno silenciosamente. En algún momento parece que toma ventaja: en ciertos días su presencia parece incluso más nítida que la de la misericordia de Dios.

Oración de los fieles

Ministro: Dirijamos nuestras peticiones al Padre celestial que nos ama como sus verdaderos hijos y digámosle suplicantes: **Tú, que eres Nuestro Padre, escúchanos.**

- Padre bueno, nosotros somos tus hijos y entre nosotros somos hermanos; ayúdanos a poner nuestras vidas en tus manos y a mantenernos libres de temor, confiados en tu voluntad. **R/.**

- Señor, tus hijos buscamos la felicidad y anhelamos la salvación, concédenos la gracia de llegar alguna vez a estar contigo en el Cielo, eternamente. **R/.**

- Dios Padre, queremos pronunciar tu nombre con amor y fe, ayúdanos a santificarlo diariamente viéndolo como tus hijos. **R/.**

- Padre Celestial, danos cada día lo que necesitamos para vivir dignamente como tus hijos. Enséñanos a saber compartir con generosidad nuestro tiempo, nuestros talentos, todo lo que somos y todo lo que tú nos has dado gratuitamente. **R/.**

- Padre misericordioso, ayúdanos a ser misericordiosos con nuestros hermanos que nos han ofendido, no permitas que el odio y el rencor envenenen nuestra alma, y danos la gracia de saber perdonar de corazón. **R/.**

- Padre, nuestra gran tentación es que muchas veces nos parece alguna cosa más importante que Tú, no permitas que vivamos lejos de ti y líbranos de todos los males. **R/.**

Ministro: Escucha Padre Santo estas súplicas que te dirigimos tus hijos y aquellas que quedan en nuestros corazones. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

ENTREGA DEL PADRE NUESTRO

El sacerdote entrega la oración del Padre Nuestro a los asistentes. Al darles la oración del Padre Nuestro, se les dice:

- Recibe la oración que Jesús nos enseñó.

Quien recibe responde: *Amén.*

Ahora todos recitan el Padre Nuestro: El que preside les recuerda el compromiso adquirido de rezar cada día la oración del Padre Nuestro e invita a todos a rezar juntos, como hermanos.

Oración final

Ministro: Dios, Padre Todopoderoso, que en tu infinita misericordia nos colmas de tus bienes, aco-ge a estos hijos tuyos, quienes hoy han recibido la oración que tu Hijo enseñó a sus discípulos, como signo de tu cercanía a los hombres, bendícelos y dales la gracia de tener una experiencia de dialogo permanente contigo, y que de esa manera, lleguen a glorificarte con su diario vivir. Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Despedida

V/. El Señor esté con ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

V/. La bendición de Dios Todopoderoso Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre todos ustedes.

R/. Amén.

Canto: Virgen del Rosario.

ENTREGA DE LA CRUZ

Consideraciones previas: Adecuación del lugar donde se realizará el momento celebrativo. Tener, en lo posible, una cruz grande para colocar en un lugar visible. Disponer del signo representativo, la cruz, la cual se va a entregar a cada uno de los asistentes. Disponer de una caldereta con agua para la aspersion de las cruces después de la bendición.

La reflexión es una catequesis que se debe preparar con anterioridad, este documento presenta una propuesta como lineamiento que orienta el sentido que se le puede dar a dicha meditación.

Monición de entrada

La cruz es la señal del cristiano, con ella se identificaron las primeras comunidades y debe seguir siendo nuestra señal. Hoy, en esta celebración tenemos un gesto especial para quienes han venido conociendo, celebrando y viviendo, cada día mejor, el gozo de ser cristianos y de tener a Jesús como único Señor, van a recibir el signo que distingue a los cristianos, la cruz, para que al verla recuerden el amor inmenso que Jesús tuvo con la humanidad. Con alegría en el corazón iniciemos esta celebración.

Canto: Nueva generación.

Saludo

Ministro: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

V/. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que por nosotros colgó del madero, esté con todos ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

Ministro: Al recibir la cruz, queridos hermanos, veneremos con fe el designio eterno de Dios, según el cual el misterio de la Cruz se ha convertido en el signo de la misericordia divina. Siempre que miremos la Cruz, recordaremos que en ella culminó el misterio del amor con el que Cristo amó a su Iglesia. Siempre que saludemos la Cruz, acordémonos de que Cristo, suprimiendo con su Sangre toda división, hizo de todos los hombres un solo pueblo. Siempre que veneremos la Cruz, pensemos que somos y nos declaramos discípulos de Cristo y, cargando todos cada día con la propia cruz, sigámoslo con generosidad.

Canto a la Palabra: Palabra que fue luz.

Liturgia de la Palabra



Lectura de la carta del Apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 5-11

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario,

se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: «Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios.

Reflexión

(Catequesis sobre la Cruz)

La Cruz es camino. Cristo afirmó: «Si alguno quiere venir en pos de Mí... tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9, 23). La Cruz es, pues, el sendero de la vida de cada día. Es, en cierta manera, la compañera de nuestra vida. ¡De cuántas maneras la experiencia de tomar la Cruz de cada día se nos presenta a cada uno de nosotros! Se la puede llamar de varios modos y con nombres diversos. ¡No tengáis miedo a la Cruz de Cristo! La Cruz es el árbol de la vida. Es la fuente de toda alegría y de toda paz. Fue el único modo por el que Jesús alcanzó la resurrección y el triunfo. Es el único modo por el que nosotros participamos en su vida, ahora y para siempre.

Ante la Cruz, puede haber dos posibles actitudes, ambas peligrosas. La primera consiste en tratar de ver en la Cruz lo que tiene de oprimente y penoso hasta el punto de deleitarse en el dolor y en el sufrimiento como si tuviesen valor en sí mismos. La segunda, es la de quien, tal vez por reacción contra la precedente, rechaza la Cruz y sucumbe a la mística del hedonismo o de la gloria, del placer o del poder. Un gran autor espiritual, Fulton Sheen, hablaba, a este respecto, de aquellos que se adhieren a una cruz sin Cristo, en oposición a quienes parecen querer un Cristo sin cruz. Ahora bien, el cristianismo sabe que el Redentor del hombre es un Cristo en la Cruz y, por tanto, solo es redentora la cruz con Cristo!

En el centro de la vida actual está la Cruz. Muchos huyen de ella. Pero quien pretende escapar de la Cruz no encuentra la verdadera alegría. Los jóvenes no pueden ser fuertes ni los adultos permanecer fieles si no han aprendido a aceptar una cruz. A

los enfermos les ha sido puesta sobre los hombros, nadie les ha preguntado si la quieren cargar. Enseñen a los sanos a aceptarla a su debido tiempo y a cargarla valientemente, cada cual a su modo. Lo mismo que Simón de Cirene, también nosotros hemos de cargarla con Él un trecho del camino.

Cristo no escondía a sus oyentes la necesidad de sufrimiento, decía muy claramente: “Si alguno quiere venir en pos de Mí... tome su cruz cada día” (Lc 9, 23), y a sus discípulos ponía unas exigencias de naturaleza moral, cuya realización es posible sólo a condición de que «se nieguen a sí mismos». La senda que lleva al Reino de los Cielos es «estrecha y angosta», y Cristo la contrapone a la senda «ancha y espaciosa» que, sin embargo, «lleva a la perdición». Varias veces dijo Cristo que sus discípulos y confesores encontrarían múltiples persecuciones; esto (como se sabe) se verificó no solo en los primeros siglos de la vida de la Iglesia bajo el Imperio romano, sino que se ha realizado y se realiza en diversos períodos de la historia y en diferentes lugares de la tierra aun en nuestros días.

Si la vida se vacía de la Cruz no tiene ya sentido, sabor ni valor. Quien intentase cerrar las páginas del Evangelio que documentan el trágico epílogo de la vida terrena de Jesús, anhelando un Evangelio más fácil, más cómodo, reduciría el Evangelio de Jesús a un documento del pasado, a una palabra inerte, a una narración sin vida y sin capacidad de salvación. El Señor ha salvado al mundo con la cruz; ha devuelto a la humanidad la esperanza y el derecho a la vida con su muerte. No se puede honrar a Cristo si no se le reconoce como Salvador, si no se reconoce el misterio de su Santa Cruz.

El escándalo de la Cruz sigue siendo la clave para la interpretación del gran misterio del sufrimiento, que pertenece de modo tan integral a la historia del hombre. Hay que vencer una grave tentación: la de quitar del Evangelio la página de la Cruz. La Cruz con Cristo es la gran revelación del significado del dolor y del valor que tiene en la vida y en la historia. El que comprende la cruz, el que la abraza, comienza un camino muy distinto del camino del proceso y de la contestación a Dios: encuentra, más bien, en la Cruz el motivo de una nueva ascensión a Él por la senda de Cristo, que es precisamente el vía crucis, el camino de la Cruz.

La Cruz significa: Entregar la vida por el hermano, para poder salvarla junto con la suya.

La Cruz significa: El amor es más fuerte que el odio y la venganza; es mejor dar que recibir, la entrega es más eficaz que la exigencia.

La Cruz significa: No hay fracaso sin esperanza, sombras sin luz, tormenta sin puerto de salvación.

La Cruz significa: El amor no tiene fronteras, sal al encuentro de tu prójimo y no olvides al que está lejos.

La Cruz significa: Dios es siempre más grande que nosotros los hombres; más grande incluso que nuestro fracaso; la vida es más fuerte que la muerte.

La Cruz de Cristo tiene el poder de transformar la vida de todos y cada uno de ustedes en una gran victoria sobre la debilidad humana. Las limitaciones físicas que ustedes experimentan pueden ser transformadas por el amor de Cristo en algo bueno y bello; pueden ser dignas del destino por el que han sido creados. El mandato que encontramos en otro pasaje de san Pablo, que dice «Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor 6, 20), no se aplica solo a la conducta moral de los que estamos físicamente bien. Lo mismo que Cristo glorificó al Padre abrazando la Cruz con amor perfecto, también ustedes, a través del poder de ese mismo amor, pueden glorificar a Dios en su cuerpo sin dejarse vencer por las dificultades y el dolor, y sin caer en el desánimo o en otras limitaciones.

Oración de los fieles

Ministro: Hermanos, invoquemos a Cristo nuestro Redentor, que nos ha redimido por su cruz, y digámosle: **Por tu Cruz, sálvanos, Señor.**

• Cristo, Tú que te despojaste de tu gloria y tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, haz que todos los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad. **R/.**

• Cristo, Tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte, y una muerte de Cruz, otórganos, a tus servidores, la virtud de la sumisión y la paciencia. **R/.**

• Cristo, Tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre», concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin en tu servicio. **R/.**

• Cristo, a cuyo Nombre ha de doblarse toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en el abismo, atrae a todos los hombres hacia tu corazón, para que te veneren y te adoren con fe. **R/.**

• Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor, para gloria de Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el Reino de la felicidad eterna.

Ministro: Señor, Dios Nuestro, que has querido realizar la salvación de todos los hombres por medio de tu Hijo, muerto en la Cruz, concédenos, a quienes hemos conocido en la tierra este misterio, alcanzar en el cielo los premios de la redención. Por Jesucristo, Nuestro Señor. **Amén.**

Bendición y entrega de la Cruz: El sacerdote bendice las cruces en forma general, las asperja, luego le entrega la cruz a cada uno de los asistentes, mientras se entona un canto.

Oración de bendición

Ministro: Señor, Padre Santo, que quisiste que la Cruz de tu Hijo fuera la fuente de toda bendición y el origen de todos tus beneficios, atiende generoso a nuestras súplicas, ya que alzaremos esta Cruz como un testimonio de nuestra fe, y concédenos que, viviendo, aquí en la Tierra, unidos siempre al misterio de la Pasión de Cristo, alcancemos el gozo eterno de la Resurrección. Por Jesucristo, Nuestro Señor.

Todos responden: Amén.

Entrega de la Cruz

Canto: Nadie te ama como yo.

Ministro: Siguiendo las palabras y ejemplos de Cristo en su Pasión, digamos la oración en la que confiadamente nos entregamos a la voluntad de Dios, Nuestro Padre.

Todos: Padre Nuestro.

Oración final

Señor Jesucristo, que te dignaste redimir al mundo eligiendo el instrumento de la Cruz, concédenos por la virtud que comunicaste a este sagrado leño, que merezcamos cargar nuestra Cruz con resignación y perseverancia, y que merezcamos ver gloriosamente en el cielo tan lúcido estandarte. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Despedida

V/. El Señor esté con ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

V/. La bendición de Dios Todopoderoso Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre todos ustedes y los acompañe siempre.

R/. Amén.

Canto: Dolorosa.

ENTREGA DEL SÍMBOLO

Consideraciones previas: Adecuación del lugar donde se realizará el momento celebrativo. Disponer de la oración del Símbolo Niceno-Constantinopolitano para ser entregada a cada uno de los asistentes. Tener un gran letrero con la frase: “Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio”, que se colocará en un lugar visible.

La reflexión es una catequesis que se debe preparar con anterioridad, este documento presenta una propuesta como lineamiento que orienta el sentido que se le puede dar a dicha meditación.

Monición de entrada

Como cristianos desde el momento de nuestro bautismo, en que comenzamos a ser hijos de Dios, vamos creciendo en nuestra fe y este crecimiento nos lleva hoy a reunirnos aquí, para celebrar la entrega del Credo. Por ello, nos ponemos de pie para comenzar esta celebración con fe y alegría.

Canto: Iglesia peregrina.

Saludo

Ministro: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

V/. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

Ministro: En esta celebración se les hará entrega del resumen de nuestra fe, la fe de la Iglesia, el tesoro de la fe que se ha mantenido íntegro generación tras generación. Profesar la fe es confesar el amor que Dios nos tiene y amarlo confiando en Él. Por la fe del corazón llegarán a la justificación. Por la profesión de esta fe llegarán a la salvación. Guarden con sencillez de corazón estas enseñanzas, y profesen el Credo siempre. Al recibir el Credo y profesarlo se prepararán para la confesión de la fe y el anuncio de la Palabra de Dios. La fe que profesamos, resumida en el Símbolo, es la que fundamenta nuestra vida y la que asumen en anunciar a todos.

Canto a la Palabra: Yo creo en la Palabra de Dios

Liturgia de la Palabra



Lectura del santo Evangelio según san Juan 12, 44-50

Jesús gritó y dijo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado. Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas. Si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la Palabra que yo he hablado, ésa le juzgará el último día; porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí».

Palabra del Señor.

Reflexión

(Catequesis sobre el símbolo)

CREO EN DIOS

Así empieza el resumen de la fe del cristiano: CREO. Pronunciar esta palabra con verdad es la suerte más grande. Tener fe es más importante que vivir. La fe es nuestra vida.

LA FE es la adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Por eso solo Dios merece el homenaje de nuestra fe. No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creer es entregarse a la Verdad por la confianza que nos inspira la Persona que nos habla. Y... solo Dios es la VERDAD (Catecismo de la Iglesia Católica #176). Es, también, un don sobrenatural de Dios, que hemos de pedir con humildad y acoger con gratitud. Nadie puede merecerla: es un don. Pero sí pedirla: y Dios da siempre a quien pide con humildad (CIC 179). De la misma manera, es necesaria para la salvación. Lo ha dicho Jesús: “El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará” (Mc 16, 16).

Creer en Dios es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana (CIC 180). Es un acto eclesial. Es la fe de la Iglesia que precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. “Creemos todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la iglesia... para ser creídas como divinamente reveladas” (Pablo VI). (CIC 181-1 82)

PADRE TODOPODEROSO CREADOR

Padre. Todopoderoso. Creador. No son “palabras”, sino realidades. Y lo son “para nosotros”. Porque Dios es Nuestro Padre, Nuestro Creador. Si aprendemos a decirle a Dios ¡Padre! y a sentirnos hijos suyos, lo tendremos todo hecho. La angustia no podrá anidar nunca en nuestro corazón. Si creemos que nada escapa a los planes amorosos que Dios tiene sobre nuestra vida, ningún acontecimiento podrá quitarnos la paz. “Todo va siem-

pre dirigido para bien de aquéllos a los que Dios ama” (san Pablo). Por esto, santo Tomás Moro, antes de ser martirizado, escribía a su propia hija, consolándola: “Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por malo que nos parezca, es en realidad lo mejor” (CIC 313).

Y san Pedro nos advierte: “Confiémosle todas nuestras preocupaciones, pues El cuida de nosotros” (1 Pe 5, 7).

CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

Dicen que la persona se mide por su “capacidad de admiración”. Demostremos, pues, nuestra personalidad, abriendo los ojos y el corazón, agradecidos, a la gran obra de Dios Creador. Si estamos en sintonía con el Creador, entenderemos y admiraremos mejor su obra.

Con los ojos abiertos. Hay mucho que admirar: maravillas en la naturaleza y maravillas en el corazón de los hombres... Todo ha salido hermoso de las manos de Dios. Esto dará optimismo a nuestra vida. Si es cierto que no es oro todo lo que reluce, más cierto es que en la creación y en el corazón de las personas se reflejan todavía la imagen y semejanza de Dios. Con el corazón agradecido. Porque toda la creación es un don de Dios al hombre. San Francisco de Asís, por cada flor, por cada pájaro, por cada persona, por cada acontecimiento..., levantaba presuroso el corazón a Dios: ¡Gracias! Con un respeto imponente. Porque todo es obra de Dios. Porque es un don de Dios a toda la humanidad... hemos de respetar todo. El primer y gran ecologista de la historia es Dios, que ama y cuida con esmero todas y cada una de sus criaturas. Respeto a todo... y a todos. Porque la obra cumbre de Dios son las personas. Cada hombre, en cualquier condición, edad y estado, es la “pupila de los ojos de Dios”, y debe ser así amado y respetado por todos.

SU ÚNICO HIJO NUESTRO SEÑOR

El mundo ha recibido una Buena Noticia. Todos los siglos la esperaban. Es para todos los tiempos. También para el nuestro. Esta Buena Nueva es Jesucristo. Dios ha cumplido su promesa: ha enviado a su propio Hijo. Estamos salvados. Nosotros creemos y confesamos que: Jesús de Nazaret, naci-

do judío de una hija de Israel, en Belén, en tiempo del rey Herodes y del emperador César Augusto; de oficio carpintero, muerto crucificado en Jerusalén bajo el procurador Poncio Pilado, durante el reinado del Emperador Tiberio, es el Hijo eterno de Dios, hecho hombre. (CIC 423) Movidos por el Espíritu Santo, decimos como San Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Sobre la roca de esta fe, Cristo ha construido su Iglesia. (CIC 424) Jesús es la promesa de Dios. Es la salvación del hombre. La fe cristiana no es una filosofía o un modo de concebir la historia o la vida. La fe cristiana es una Persona: Jesucristo. Él es el Maestro, el centro y el fin de la catequesis. Trasmitir la fe es anunciar a Cristo para que crean en Él (CIC 425-427). Quien conoce a Cristo tiene la vida eterna y acepta gustoso perderlo todo para ganarlo a Él. Y de ese conocimiento amoroso brota el deseo de anunciarlo a todos, para que todos se salven por Él (CIC 428-429).

CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIDO DE MARÍA VIRGEN

El Hijo de Dios se hizo hombre. El Inmenso se empuqueñeció el Excelso se rebajó. El que lo es Todo se hizo nada, se anonadó. Este es el salto más inaudito que se ha producido en la historia. El acontecimiento central. El que ha partido la historia en dos mitades: antes y después de Jesucristo.

Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre (CIC 456). Se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios. Alejados de Dios por el pecado, solo Él podía salvar al hombre. Y Dios tomó la iniciativa. El amor a los hombres “le hizo cometer esta locura”: El Hijo de Dios se hizo hombre (CIC 457). Para que nosotros conociésemos así el amor de Dios. No entendemos “las palabras”, sino “los hechos”. El Hijo de Dios, hecho hombre, en la cuna y en la Cruz, es la expresión más clara del amor infinito de Dios a los hombres. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Se encarnó para ser nuestro modelo de santidad. El mundo no sabe a dónde acogerse, dónde está el bien, la verdad, la felicidad. Necesita testigos y modelos. Jesús, Dios hecho hombre, dirá “Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended

de mí... (Mt 11, 29). “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Se encarnó para hacernos partícipes de su divinidad. “Se rebajó para levantar nos. Se hizo hombre para convertirnos en dioses”. Es la expresión sublime de santo Tomás (CIC 460).

QUE PADECIÓ, MURIÓ, FUE SEPULTADO Y RESUCITÓ

Estamos en los artículos centrales de nuestro Credo, en el fundamento de nuestra fe cristiana. San Pablo lo consideraba todo basura, excepto Cristo, y este Crucificado. Muerte y Resurrección. El mismo Apóstol dirá que “si Cristo no ha resucitado es vana nuestra fe”.

Estamos en el Misterio Pascual de Cristo. Para esto tomó un cuerpo en el seno virginal de María: para poderlo ofrecer en sacrificio por los pecados del mundo. A este misterio se referían todas las Escrituras. “Era necesario que el Cristo padeciera...y resucitara al tercer día”. El resumen y la meta de todas las profecías. A este momento, determinado por un designio de amor infinito de Dios Padre, se encaminaba Jesús libremente, con vehemente deseo de beber el cáliz de su Pasión. Era la voluntad de su Padre. Era la salvación de mundo. Era la expresión más grande del amor... que da la vida. No es raro que la imagen de Cristo en la Cruz haya suscitado en el correr de los siglos los mayores heroísmos, haya atraído la mirada de todos los cristianos. “Cuando sea levantado en alto, lo atraerá todo hacia Mí”. Crucificado y Resucitado. Nuestro Dios es un Dios que murió, pero no un Dios “muerto”. La Resurrección de Cristo es el acto final que da sentido y explica todo el drama. Misterio Pascual de Cristo. Este es también nuestro misterio pascual: el bautizado está incorporado a la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. A la luz de este misterio queda iluminada la vida y la muerte, el sufrimiento y la alegría. Su misterio es nuestro misterio.

SUBIÓ A LOS CIELOS

Subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre y ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Historia y misterio. En la encarnación de Jesucristo, el misterio de Dios eterno se hizo historia. En la Ascensión a los Cielos, la historia de Jesús ha en-

trado de nuevo en el misterio. En realidad, historia y misterio están íntimamente entrelazados en Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios. El Hijo de Dios bajó del Cielo y se hizo hombre. Y ahora ha penetrado de nuevo en el Cielo, como Dios y como hombre. Ha ascendido al Cielo “uno de nosotros”. A semejanza de Cristo, también el hombre, cada uno de nosotros, es historia y misterio. No podemos comprendernos a nosotros mismos, si no es a la luz de esta doble realidad. Nuestra existencia humana, histórica, circunscrita a mil condicionamientos concretos, está inmersa en el misterio. “En Dios nos movemos, vivimos y existimos”. Un designio amoroso de Dios nos creó, y los brazos de Dios son nuestro destino final. “Subo al cielo para prepararos un lugar”. Esta conciencia llena de gozo al cristiano. De gozo y responsabilidad. Porque “en el tiempo”, en su historia, debe ganar “la eternidad”. Mejor todavía, debe “acogerla”, porque es un don de Dios. Pero puede también “rechazarla”, precisamente porque es un don que se le ofrece sin forzar.

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

El don de Dios. El don de Dios al mundo es su Espíritu, el Espíritu Santo. Dándonoslo, se nos ha dado a Sí mismo. ¿Qué podrá negarnos Dios, si nos ha dado lo mejor de sí?

La sabiduría de Dios. El Espíritu Santo nos introduce en el misterio de Dios. Nos lo hace “saborear” y nos llena así de gozo y de paz. Enciende y aviva en nosotros la caridad.

La fuerza de Dios. Con el Espíritu Santo lo podemos todo. Sin el Espíritu no podemos ni siquiera pensar, ni decir, ni hacer nada que sea agradable a Dios. Cualquier paso adelante en la vida cristiana ha de ir precedido, acompañado y seguido por la gracia del Espíritu Santo.

La inteligencia de Dios. Bajo el influjo del Espíritu Santo conocemos a Dios, al hombre y al mundo de forma distinta; como los conoce Dios, con su propia luz. Y ¡hay diferencia!

La ciencia de Dios. El que posee el Espíritu ve en todo la mano de Dios, ama todo y a todos como criaturas de Dios. Vive “reconciliado” con toda la

creación

El consejo de Dios. Si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, percibiremos los más finos deseos de Dios sobre nosotros y sobre aquellos que Dios ha puesto a nuestro cuidado.

La piedad para con Dios. Una cosa es “saber” que somos hijos de Dios, y otra, “sentirnos realmente hijos de Dios”. Esto es un don del Espíritu: es Él quien pone en nuestro corazón y labios la palabra “Padre”.

El temor de Dios. Penetrados por el Espíritu Santo, reconocemos la grandeza de Dios y nuestra pequeñez; nuestra vida se convierte entonces en un canto de humildad, de respeto, de gratitud, de entrega..., como el canto de María.

¡Ven, Espíritu Santo! El “dulce huésped del alma”. Así se le llama al Espíritu Santo. Nuestra alma en gracia es templo vivo, morada del Espíritu. Su trabajo constante, como lo fue en el seno de María, es modelar en nosotros la imagen de Jesús. Él nos sugiere todo buen pensamiento, inspira nuestra oración, fortalece nuestra debilidad. Dejemos las manos libres al Espíritu Santo y hará en nosotros maravillas, como las hizo en María.

Los frutos del Espíritu Santo. Su presencia en nosotros tiene una eficacia divina. Él nos injerta en la Vid verdadera para que demos fruto. Y el fruto es: caridad, gozo, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, castidad. Es Espíritu es nuestra vida: cuanto más renunciemos a nosotros mismos, más obramos según el Espíritu. Nuestros frutos serán así los frutos de Jesús.

CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

Amar a la Iglesia. La característica de todos los santos ha sido su amor apasionado a la Iglesia. Su fidelidad a la Iglesia. Su deseo de no apartarse en lo más mínimo del seno de la Iglesia. La última expresión de santa Teresa de Jesús, en el lecho de muerte, fue ésta: “Al fin, muero hija de la Iglesia, Repara mi Iglesia”. Fue la voz que escuchó san Francisco de Asís. Pensó que se refería a la capilla de San Damián, que estaba en minas. Y puso manos a la obra. Dios se refería a la “Iglesia”, la obra de Jesús. Y Francisco, con sus frailes, con su vida,

inició una verdadera restauración de la Iglesia de Jesús. La frase va dirigida a cada uno de nosotros: “Repara mi Iglesia”.

Una frase de Pablo VI: “La Iglesia tiene puesta su confianza en estos pequeños grupos, que aceptan el trabajo de una disciplina interior y renuevan en sí mismos la Iglesia”. Y un muchacho comentaba: “Lo que más me ayudó en mis años difíciles fue pensar que, con mi esfuerzo, yo podía levantar la Iglesia de Jesús”.

“Ha llegado la hora de amar a la Iglesia, con un corazón fuerte y nuevo... He aquí el deber de la hora presente. Amarla significa estimarla y ser felices de pertenecer a ella; significa ser valientemente fieles; significa obedecerla y servirla, ayudarla con sacrificio y con gozo en su ardua misión” (Pablo VI).

CREO EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Lo decimos de pasada cuando recitamos el Credo. Y es uno de los artículos de nuestra fe! De los más profundos, más Fáticos, de mayor incidencia en nuestra vida. La “comunidad de los santos” es una de las verdades de fe que produce mayor gozo, cuando se vive.

“Santos” significa “consagrados a Dios” por el bautismo. Pues bien, todos los bautizados formamos un solo cuerpo, “el Cuerpo místico de Cristo”, la Iglesia.

Todos somos diferentes, como lo son los miembros de un cuerpo. Pensemos en el Papa, los Obispos, sacerdotes, laicos, religiosos, etc... Cada uno con su propia misión en el seno de la Iglesia. Todos, fieles cristianos. Es más, unos están ya en el Cielo. Otros, en estado de purificación antes de entrar en la gloria. Otros -nosotros-, todavía peregrinos y luchando en este mundo. Pero todos, fieles cristianos, unidos en un solo cuerpo, formamos la Iglesia de Dios. Diferentes por el estado de vida, por la misión..., es cierto, pero... todos al servicio de todos, como los miembros de un cuerpo. Todos unidos a Cristo, nuestra Cabeza. Cada uno valorando la misión propia y la de los demás. Cada uno dando y recibiendo, como en una familia. Todos gozando y compartiendo y agrandando el “tesoro” familiar. De este tesoro -los méritos de Jesús, de María, de

todos los santos, los actos de virtud de todos y cada uno de los cristianos “anónimos” extendidos por el mundo-gozamos y nos beneficiamos todos. Y a ese “patrimonio familiar” aportamos cada uno nuestro granito de arena con nuestro esfuerzo, oración, sacrificio, bondad... ¡Nada se pierde en la Iglesia! Creo en la comunión de los santos.

CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS, EN LA RESURRECCIÓN...

Creo en el perdón de los pecados. El pecado que nos ata, nos esclaviza, nos abrumba, nos deprime..., porque es una realidad en nuestra vida. Una realidad que nos supera: nadie puede perdonarse a sí mismo. Pues bien, Cristo nos ha perdonado. Ha muerto y resucitado para perdonar. Intercede ante el Padre para perdonar. “Perdónales, Padre...” Y ha fundado su Iglesia para perdonar. Creo, Señor, en el perdón de los pecados. Es una gozosa realidad. Liberadora.

Creo en la resurrección de los muertos. Dios ha creado al hombre, cuerpo y alma, para la vida. Y para la vida eterna. El hombre, cuerpo y alma, es una imagen de Dios, semejanza de Dios, “semilla” de Dios. Y está destinado, cuerpo y alma, a la vida eterna. Nadie como Dios ha valorado tanto el cuerpo y el alma del hombre: porque nadie nos conoce como El. Somos obra suya. La resurrección de los muertos es la “gran liberación”.

Creo en la vida eterna. ¡Gracias, Señor, por el don de la fe! Gracias por tu muerte, que me ha abierto las puertas de la vida eterna. Gracias por la esperanza en la vida eterna, que me llena de paz en medio de la oscuridad y el dolor. Esa fe y esa esperanza me liberan del temor de la muerte. Hasta resulta “amable” la “hermana muerte”, que rompe las últimas ataduras y nos desvela la eternidad.

Oración de los fieles

Ministro: Oremos, hermanos, a Dios Padre Todopoderoso y pidámosle que derrame el Espíritu Santo sobre cada uno de ustedes, para que los fortalezca con la abundancia de sus dones, los consagre con su unción espiritual, los haga imagen perfecta de Jesucristo nuestro Señor, y digámosle: **Señor, escúchanos y aumenta nuestra fe.**

• Por estos hijos, para que, arraigados en la fe y cimentados en el amor, den siempre con su vida testimonio de Cristo. Roguemos al Señor. **R/.**

• Por la santa Iglesia de Dios, para que, congregada por el Espíritu Santo en la confesión de una misma fe, crezca en el amor y se dilate por el mundo entero hasta el día de la venida de Cristo, bajo la guía del Papa Francisco. Roguemos al Señor. **R/.**

• Por los hombres de todos los pueblos y de todas las razas, hijos de un único Padre y Creador, para que se reconozcan mutuamente hermanos y trabajen por la llegada del Reino de Dios, que es paz y gozo en el Espíritu Santo. Roguemos al Señor. **R/.**

• Por todos los aquí reunidos, para que el Espíritu Santo sea realmente el corazón, la fuerza y la guía en cada una de nuestras vidas. Roguemos al Señor. **R/.**

Ministro: Te suplicamos, Señor, fuente de luz y de verdad, que tu eterna y justísima piedad, descienda sobre estos siervos tuyos: purifícalos y santifícalos; dales la verdadera ciencia, la firme esperanza y la santa doctrina, para que sigan siendo dignos de la gracia santificante. Por Jesucristo, Nuestro Señor. **Amén.**

Entrega del símbolo: El sacerdote entrega la oración del Símbolo a los asistentes. Después de darles la oración del símbolo, a todos se les dice:

Queridos elegidos, escuchen las palabras de la fe, que recibieron de su familia. Estas palabras con las que los santificaron en el sacramento del Bautismo las han aprendido, meditado, escuchado y proclamado en la Iglesia. Sepan que estas palabras son pocas, pero contienen grandes misterios. Vuélvánlas a recibir en sus oídos y corazones, gústenlas en su interior y proclámenlas con sus labios en la asidua celebración de la Eucaristía dominical de modo que ellas configuren su forma de vida.

Todos responden: Amén.

Ahora todos recitan el símbolo de la fe: El que preside les recuerda el compromiso e invita a todos a rezar juntos, como hermanos.

Oración final

Ministro: Queridos hermanos, hace un momento han recibido la oración del Credo, que es el Símbolo de nuestra fe. Ella expresa la fe de la Iglesia, que es su fe, por haber recibido el bautismo. Los invito a inclinar sus cabezas para orar por ustedes. Te suplicamos, Señor, fuente de luz y verdad, que tu eterna y justísima bondad descienda sobre estos hijos tuyos, purificándolos y santificándolos, dales la verdadera ciencia, la firme esperanza y la santa doctrina. Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/. Amén.

Despedida

V/. El Señor esté con ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

V/. La bendición de Dios Todopoderoso Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes.

R/. Amén.

Canto: Tú dijiste sí.



<p>DICIEMBRE</p> <p>Celebrando la vida (Lc 2, 6-7)</p> <p>NOVENA DE NAVIDAD</p>	<p>Como hijos de Dios (Mt 3, 16-17)</p> <p>BAUTISMO DEL SEÑOR</p>	<p>ENERO</p> <p>JUNIO</p> <p>Con las familias (Mt 11, 25-30)</p> <p>SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS</p>	<p>Con nuestros niños, jóvenes y mayores (Mt 5, 8)</p> <p>NIÑOS, JÓVENES Y ADULTO MAYOR</p> <p>JULIO</p>
<p>FEBRERO</p> <p>Renovando nuestra fe (Lc 2, 40)</p> <p>PRESENTACIÓN DEL SEÑOR</p>	<p>MARZO</p> <p>Viviendo nuestra vocación (Mt 1, 20-21)</p> <p>SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ</p>	<p>AGOSTO</p> <p>Como Iglesia diocesana (Hch 2, 46-47)</p> <p>FIESTA DIOCESANA</p>	<p>En paz, guiados por la Palabra de Dios (Flp 4, 9)</p> <p>SEMANA POR LA PAZ Y SEMANA BÍBLICA</p> <p>SEPTIEMBRE</p>
<p>ABRIL</p> <p>Con nuestros sacerdotes (Jn 10, 4)</p> <p>FIESTA DEL BUEN PASTOR</p>	<p>MAYO</p> <p>Rezando el Rosario (Lc 1, 28-31)</p> <p>NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA</p>	<p>OCTUBRE</p> <p>En salida misionera (Mt 28, 19-20)</p> <p>MISIONES</p>	<p>Animando la evangelización (Mt 25, 40)</p> <p>SOLEMNIDAD DE CRISTO REY</p> <p>NOVIEMBRE</p>



ENTRONIZACIÓN DE LOS LEMAS PASTORALES EN CADA MES

AÑO 2023: CAMINEMOS JUNTOS

El **primer domingo de cada mes, o en su defecto, la fecha que corresponda**, en cada una de las parroquias, **se hará un momento celebrativo de la entronización del lema de cada mes**. Se resalta el momento significativo y misionero que corresponde.

Este momento celebrativo se puede realizar antes de iniciar la Eucaristía.

El lema será llevado de manera festiva por un grupo de personas que corresponda a cada mes.

1. INSISTENCIAS PASTORALES

En coherencia con todo el Proceso Evangelizador y para lograr la meta antes propuesta, seguir en la configuración de los centros pastorales y fortalecer algunas de las pastorales en particular, vemos que

es útil a lo largo del año en cada uno de los meses dar fuerza y ofrecer las herramientas necesarias para fortalecerlos en un ambiente de misión.

MES	CRECIMIENTO PASTORAL
DICIEMBRE	Pastoral de multitudes
ENERO	Pastoral litúrgica
FEBRERO	Pastoral de catequesis
MARZO	Pastoral vocacional y pastoral de la vida consagrada
ABRIL	Pastoral sacerdotal
MAYO	Pastoral educativa y pastoral del comercio
JUNIO	Pastoral familiar
JULIO	Pastoral infantil, pastoral juvenil, pastoral universitaria y pastoral del adulto mayor
AGOSTO	Centro para la comunión y participación (Comunidades Eclesiales Misioneras, parroquias, Diócesis)
SEPTIEMBRE	Pastoral social y pastoral bíblica
OCTUBRE	Pastoral misionera y grupos misioneros
NOVIEMBRE	Vicaría de Pastoral, animadores de la evangelización en sus estructuras y organismos pastorales y movimientos apostólicos presentes en la Diócesis.

2. LEMA DEL AÑO

En el año 2022, la Diócesis de Cúcuta, fijó como lema la expresión: “Sigamos adelante”, inspirado en el texto bíblico Filipenses 3, 16; siendo una consigna para retomar la tarea y la acción eclesial luego de un crudo periodo de pandemia por la COVID-19. Y así mismo, pretendía pensar en el futuro con esperanza, para proyectar la misión de la Iglesia Particular.

Durante esa misma vigencia, el Papa Francisco convocó el Sínodo 2021-2023 (que luego modificó hasta el 2024), centrado en el tema de la sinodalidad, el cual evoca un estilo donde la vida y la misión de la Iglesia expresa su naturaleza como el caminar juntos y el reunirse en asamblea en el nombre del Señor Jesús y recibir la fuerza del Espíritu Santo para anunciar el Evangelio.

En conexión con lo anterior, para el año 2023 se propone el lema: “**Caminemos juntos**”, iluminado por la pregunta del profeta Amós “¿Caminan acaso dos juntos, sin haberse puesto de acuerdo?” (Am 3, 3).

Este lema que tendrá sus énfasis en cada mes del año nos ofrece una triple iluminación:

- Recordemos que todos somos hermanos y hermanas en Cristo, los hermanos se encuentran, se comprenden, se ponen de acuerdo.
- Debemos trabajar juntos para facilitar que el “Reino de Dios” se instaure, pues estando unidos somos más efectivos en la misión.
- Dejemos de lado nuestras diferencias y pongamos en primer lugar el bien de los demás.

Por lo tanto, este primer paso del **Plan de Evangelización de la Diócesis** (PEIP), nos invita a congregarnos nuevamente, crear consenso sobre lo fundamental y seguir la tarea evangelizadora, ahora de manera más efectiva para insertarnos en nuevas realidades, fortalecernos internamente y lograr nuevos resultados en beneficio de todo el pueblo de Dios que peregrina en la Diócesis de Cúcuta.

AÑO 2023		
“Caminemos juntos”		
TEXTO BÍBLICO	“¿Caminan acaso dos juntos, sin haberse puesto de acuerdo?” (Am 3, 3)	
MES	LEMA	MOMENTO SIGNIFICATIVO
DICIEMBRE	“Caminemos juntos celebrando la vida” (Lc 2, 6-7)	Novena de Navidad
ENERO	“Caminemos juntos, como hijos de Dios” (Mt 3, 16-17)	Bautismo del Señor
FEBRERO	“Caminemos juntos, renovando nuestra fe” (Lc 2, 40)	Presentación del Señor
MARZO	“Caminemos juntos, viviendo nuestra vocación” (Mt 1, 20-21)	Solemnidad de San José

ABRIL	<i>"Caminemos juntos con nuestros sacerdotes" (Jn 10, 4)</i>	Fiesta del Buen Pastor
MAYO	<i>"Caminemos juntos rezando el Rosario" (Lc 1, 28-31)</i>	Nuestra Señora de Fátima Mes mariano
JUNIO	<i>"Caminemos juntos con las familias" (Mt 11, 25-30)</i>	Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús
JULIO	<i>"Caminemos juntos con nuestros niños, jóvenes y mayores" (Mt 5, 8)</i>	Semana de los niños, jóvenes y adulto mayor
AGOSTO	<i>"Caminemos juntos como Iglesia diocesana" (Hch 2, 46-47)</i>	Fiesta diocesana
SEPTIEMBRE	<i>"Caminemos juntos en paz, guiados por la Palabra de Dios" (Flp 4, 9)</i>	Semana por la Paz Semana Bíblica
OCTUBRE	<i>"Caminemos juntos en salida misionera" (Mt 28, 19-20)</i>	Misiones
NOVIEMBRE	<i>"Caminemos juntos animando la evangelización" (Mt 25, 40)</i>	Solemnidad de Cristo Rey

1. ENERO: CAMINEMOS JUNTOS, COMO HIJOS DE DIOS

Para tener en cuenta: Decorar la pila bautismal y se puede asperjar agua bendita sobre las personas.

Para el mes de enero de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** *"Caminemos juntos, como hijos de Dios"*.
- **Celebremos:** *El bautismo del Señor*
- **Destinatarios:** Todos los bautizados.
- **Tema:** El bautismo de Jesús manifiesta el interés de Dios por nosotros, su deseo de empezar una nueva historia de salvación, de establecer un nuevo comienzo. Es momento para renovar nuestras promesas bautismales, tomando conciencia sobre lo que hemos recibido de Dios y

la tarea que tenemos como sus discípulos misioneros.

- **Crecimiento pastoral:** Pastoral litúrgica.

- **Acciones significativas:**

- A nivel individual, grupal y/o familiar: Buscar el álbum de fotos para recordar el día del bautismo; hablar de nuestro bautismo con familiares, amigos y padrinos; visitar el templo donde fuimos bautizados.
- A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar la fiesta del Bautismo del Señor, resaltando este sacramento

y el lugar del baptisterio, utilizando el guion y las recomendaciones que se proporcionen, especialmente la aspersion con agua de todos feligreses que asistan.

- o A nivel diocesano: Organizar el subsidio litúrgico para animar la celebración litúrgica del Bautismo del Señor.

Canto: Bautízame Señor con tu Espíritu.

MONICIÓN: El santo bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión (Catecismo de la Iglesia Católica # 1213).

Con ocasión de la fiesta del Bautismo del Señor, momento significativo del mes de enero, vamos a entronizar el lema pastoral correspondiente a este

mes que dice: **CAMINEMOS JUNTOS, COMO HIJOS DE DIOS** (si existe equipo de liturgia en la parroquia, o algunos animadores de la evangelización, presentan el lema y quien está leyendo el comentario invita a los fieles a repetirlo, luego lo colocan en un lugar visible del templo).

Moderador: Caminemos juntos, como hijos de Dios.

Todos: Como bautizados en nuestra parroquia.

Moderador: Caminemos juntos.

Todos: Viviendo nuestro bautismo.

CANTO: Bautízame Señor con tu Espíritu.

(Párroco) Oración: Oh Dios, que amas la inocencia y la devuelves a quienes la han perdido, atrae hacia ti el corazón de tus fieles, para que siempre vivan a la luz de tu verdad los que han sido librados de las tinieblas del error. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

2. FEBRERO: CAMINEMOS JUNTOS, RENOVANDO NUESTRA FE

NOTA: En la celebración de la fiesta de la Presentación del Señor o fiesta de la Candelaria, se puede realizar la entronización del lema del mes de febrero. Al iniciar la celebración de la Eucaristía los agentes de pastoral de la parroquia, llevando una vela encendida acompañan la procesión de entrada; los catequistas llevan adelante el lema de este mes.

Para el mes de febrero de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “Caminemos juntos, renovando nuestra fe”.
- **Celebremos:** *La presentación del Señor, 2 de febrero.*
- **Destinatarios:** Todos los catequistas.
- **Tema:** El envío diocesano de los catequistas es la oportunidad para resaltar la importancia de la

catequesis pues a través de ella la Iglesia Particular se esfuerza por hacer discípulos de Jesús, educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo (cf. Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*).

- **Crecimiento pastoral:** Pastoral de Catequesis.

• **Acciones significativas:**

- o A nivel individual, grupal y/o familiar: Optar por recibir todos los sacramentos conforme al momento de la vida en el que se encuentren las personas; prepararse espiritualmente para la Cuaresma.
- o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: organizar el Comité de Cate-

quisis siguiendo las pautas que se entreguen a nivel diocesano; realizar las jornadas de formación y espiritualidad para los catequistas previo al envío diocesano; animar los catequistas para que participen en el envío diocesano; organizar las eucaristías y el rito de la ceniza. Establecer la catequesis como parte de la vida cristiana en los diferentes momentos de la vida.

- o A nivel diocesano: Organizar el material para las jornadas de espiritualidad y formación de los catequistas; organizar el envío diocesano de los catequistas; organizar el material litúrgico para el Miércoles de Ceniza.

Canto: Iglesia soy.

COMENTARIO INICIAL

Hace cuarenta días hemos celebrado, llenos de gozo, la fiesta del Nacimiento del Señor.

Hoy celebramos el día en que Jesús fue llevado al templo para encontrarse con el resto de Israel, representado en los ancianos Simeón y Ana que lo aguardaban con ayunos y oraciones. Allí fue presentado a Dios, no solo para cumplir la Ley de Moisés, sino también para que, en su primer acto de culto, consagrara anticipadamente nuestros templos, y, sobre todo, para darnos a conocer el nuevo santuario de Dios que es Jesucristo mismo:

“Luz para iluminar a las naciones y gloria de su pueblo, Israel”. Él nos hace participar en la construcción de este mismo santuario como piedras vivas, configurando nuestro cuerpo como templo del Espíritu Santo y renovando nuestra fe en Él.

BENDICIÓN DE LAS CANDELAS

Párroco: Jesús es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; y hoy nosotros, imitando a María, entramos en el templo, caminando juntos llevando una luz pequeña y frágil, como la misma vida amenazada desde sus comienzos, pero cálida y luminosa como el amor de Dios que está en su origen.

Catequista: Dejemos que la luz de Cristo nos penetre, renueve nuestra fe y nos transforme, para que podamos con alegría ofrecer nuestro servicio y nuestra vida a nuestro Dios; Dispongámonos para iniciar esta procesión, repitamos juntos el lema pastoral de este mes, que hoy algunos catequistas entronizaran para que caminando juntos como iglesia, renovemos nuestra fe y ofrezcamos a Dios, en la Eucaristía lo mejor de nuestras vidas. Repitamos todos: “Caminemos juntos, renovando nuestra fe”.

Nota: Los catequistas colocan el lema en el lugar del templo elegido para este fin, y continúa la celebración de la Eucaristía.

Canto: Esta es la luz de Cristo.

3. MARZO: CAMINEMOS JUNTOS, VIVIENDO NUESTRA VOCACIÓN

Para el mes de marzo de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “Caminemos juntos, viviendo nuestra vocación”.
- **Celebremos:** La solemnidad de san José, 19 de marzo.
- **Destinatarios:** Todos los seminaristas.
- **Tema:** El Seminario Mayor San José, es el corazón de la Diócesis, allí se forman jóvenes del

campo y la ciudad que son testigos del amor de Dios y lo han escuchado, asumiendo el reto de seguirlo. Los seminaristas dan un testimonio valioso que puede inspirar a muchos a desarrollar su vocación en la Iglesia.

- **Crecimiento pastoral:** Pastoral vocacional (Seminario Mayor, Seminario Menor).

• Acciones significativas:

- o A nivel individual, grupal y/o familiar: Realizar el triduo a San José, patrono de la Diócesis de Cúcuta.
- o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Realizar el triduo a San José; organizar la solemnidad de san José, destacando un altar para nuestro santo patrono diocesano. La Marcha del Perdón va a ser la expresión de una Iglesia viva, que, como san José, se coloca en camino para realizar siempre la voluntad de Dios.
- o A nivel diocesano: Organizar el material para desarrollar el triduo a san José; organizar la fiesta del Seminario Mayor y Menor; organizar la solemnidad de san José; organizar la Marcha del Perdón.

Nota: Este momento celebrativo se puede realizar el primer domingo del mes de marzo (5 de marzo, segundo domingo de Cuaresma), antes de iniciar las Eucaristías; se sugiere preparar con anticipación un pequeño testimonio de un religioso (a) si existe alguna comunidad en la parroquia o a unas personas que se destaquen por su testimonio de vida, estas personas, una en cada Eucaristía, brevemente le contarán a los fieles cómo han vivido su vocación (de religioso (a), de padre de familia, como profesional, etc.).

Unos fieles de la parroquia, una familia, animadores de la evangelización, profesionales, llevarán el cartel con el lema del mes de marzo y lo colocarán en el lugar asignado, uno de ellos hará que las personas repitan el lema del mes y luego los invitarán a unirse o a repetir la siguiente oración vocacional:

ORACION VOCACIONAL

Señor Jesús, te doy gracias por moverme interiormente a buscarte y seguirte. Confío en tu Palabra, en tu Espíritu. Tú, que me llamaste con amor eterno, haz que conozca el misterio de mi vocación, el sentido de mi vida, el término de mi búsqueda. Da perseverancia a mi camino; que cada paso de mi andar sea una ocasión para elegirte, servirte, descubrir tu amor y tu verdad. Que tu Espíritu llene mi corazón de sabiduría, de ciencia, de entendi-

miento, de consejo, del conocimiento de la voluntad del Padre. María, Madre de la elección y de la contemplación, acompaña mi camino y el de todos los que buscan su vocación, para decir un “sí” a la vida de Dios Padre. Amén.

TRIDUO A SAN JOSÉ, PATRONO DE NUESTRA DIÓCESIS

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Oh glorioso Padre de Jesús, esposo de María. Patriarca y protector de la Santa Iglesia, a quien el Padre Eterno confió el cuidado de gobernar, regir y defender en la tierra la Sagrada Familia.

Protégenos también a nosotros, que pertenecemos, como fieles católicos, a la santa familia de tu Hijo que es la Iglesia, y alcánzanos los bienes necesarios de esta vida, y sobre todo los auxilios espirituales para la vida eterna.

Alcánzanos especialmente estas tres gracias, la de no cometer pecado mortal, principalmente contra la castidad; la de un sincero amor y devoción a Jesús y María, y la de una buena muerte, recibiendo bien los últimos sacramentos.

Concédenos además la gracia especial que te pedimos en nuestra oración: proteger el Seminario Mayor de nuestra Diócesis, el cual está bajo tu patrocinio; y la de seguir suscitando muchas y santas vocaciones al ministerio ordenado, la vida religiosa y el matrimonio. **Amén.**

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía. Jesús, José y María, sed la salvación del alma mía.

PRIMER DÍA

“San José y el ambiente en el que vivió”

1. Invocación trinitaria.

2. Canto.

3. Oración para todos los días.

4. Intención: Oremos por todos los hombres y mujeres que viven en las periferias geográficas más olvidadas del mundo o que viven situaciones de marginalidad existencial. Que puedan encontrar en san José el testigo y el protector al que mirar.

5. ILUMINACIÓN BÍBLICA: LC 2, 1-5

“Por aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, por el que se debía proceder a un censo en todo el imperio. Este fue el primer censo, siendo Quirino gobernador de Siria. Todos, pues, empezaron a moverse para ser registrados cada uno en su ciudad natal. José también, que estaba en Galilea, en la ciudad de Nazaret, subió a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era descendiente de David; allí se inscribió con María, su esposa, que estaba embarazada”. **Palabra del Señor.**

6. CONSIDERACIÓN

De la audiencia general del Papa Francisco, san José y el ambiente en el que vivió. Miércoles, 17 de noviembre de 2021.

El Hijo de Dios no eligió Jerusalén como lugar de su encarnación, sino Belén y Nazaret, dos pueblos periféricos, alejados del clamor de las noticias y del poder del tiempo. Sin embargo, Jerusalén era la ciudad amada por el Señor (cf. Is 62, 1-12), la «ciudad santa» (Dn 3, 28), elegida por Dios para habitarla (cf. Zac 3, 2; Sal 132, 13). Aquí, en efecto, habitaban los maestros de la ley, los escribas y fariseos, los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo.

Por eso la elección de Belén y Nazaret nos dice que la periferia y la marginalidad son predilectas de Dios. Jesús no nace en Jerusalén con toda la corte... no: nace en una periferia y pasó su vida, hasta los 30 años, en esa periferia, trabajando como carpintero, como José.

La sociedad de aquella época no es muy diferente de la nuestra. También hoy hay un centro y una periferia. Y la Iglesia sabe que está llamada a anunciar la buena nueva a partir de las periferias. José, que es un carpintero de Nazaret y que confía en el plan de Dios para su joven prometida y para él mismo, recuerda a la Iglesia que debe fijar su mirada en lo que el mundo ignora deliberadamente. Hoy José nos enseña esto: “a no mirar tanto a las cosas que el mundo alaba, a mirar los ángulos, a mirar las sombras, a mirar las periferias, lo que el mundo no quiere”. Nos recuerda a cada uno de nosotros que debemos dar importancia a lo que otros descartan. En este sentido, es un verdadero maestro de lo esencial: nos recuerda que lo realmente va-

lioso no llama nuestra atención, sino que requiere un paciente discernimiento para ser descubierto y valorado. Pidámosle que interceda para que toda la Iglesia recupere esta mirada, esta capacidad de discernir y esta capacidad de evaluar lo esencial. Volvamos a empezar desde Belén, volvamos a empezar desde Nazaret.

7. RESPONSORIO

V/. Protector de la santa Iglesia, ruega por nosotros.

R/. **Te Joseph celebrent agmina coelitur**

V/. Custodio de Vírgenes, ruega por nosotros.

V/. Protector de las familias, ruega por nosotros.

V/. Esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.

V/. Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.

8. ORACIÓN FINAL

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.*

A ti Dios confió a su Hijo.

En ti María depositó su confianza.

Contigo Cristo se forjó como hombre.

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.*

*Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

(Papa Francisco)

9. HIMNO A SAN JOSÉ

Claro sol de la Iglesia triunfante,
cuyos rayos de plata y zafir,
ilumina el alma que errante,
en tinieblas marchará sin ti.

AL EXCELSO JOSÉ TRIBUTEMOS,
ALABANZAS DE GLORIA Y HONOR,
Y SU AGUSTO PODER IMPLOREMOS,
DE LA IGLESIA DE CRISTO EN FAVOR.

¡Ay! enciende en mi pecho tu lumbre,
de Jesús y su Madre el amor,
y así llegue del cielo a la lumbre,
solo ansiando la gloria de Dios.

Sus tesoros el cielo en tus manos,
colocará en acuerdo feliz,

porque tengan los pobres humanos,
patrocinio si acuden a ti.

A María encomienda sus almas,
tu favor las conduzca a Jesús,
por ti empuñan de gloria las palmas,
en corona truncada a su cruz.
Te juramos José no olvidarte
nuestro escudo será tu poder
y tu amor nuestro amparo y baluarte
que nos haga vencer a Luzbel.

SEGUNDO DÍA

“San José en la historia de salvación”

1. Invocación trinitaria.

2. Canto.

3. Oración para todos los días.

4. Intención: Oremos por todas las personas que les cuesta encontrar vínculos significativos en su vida, y precisamente por esto cojean, se sienten solos, no tienen la fuerza y la valentía para ir adelante.

5. ILUMINACIÓN BÍBLICA: LC 1, 30-35

“Jesús ya había pasado los treinta años de edad cuando comenzó. Para todos era el hijo de José, hijo de Helí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melquí, hijo de Janaí, hijo de José, hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahúm, hijo de Eslí, hijo de Nagai, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semeí, hijo de José, hijo de Judá, hijo de Joanán, hijo de Resí, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Nerib, hijo de Melquí, hijo de Adí, hijo de Koram, hijo de Elmada, hijo de Er, hijo de Jesús, hijo de Eliecer, hijo de Jarim, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, hijo de Milea, hijo de Mená, hijo de Matatá, hijo de Natán, hijo de David, hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salomón, hijo de Najasón, hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrón, hijo de Farés, hijo de Judá, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Tara, hijo de Najor, hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, hijo de Matusalén, hijo de Henoc, hijo de Jared, hijo de Malaleel, hijo de Cainam, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, que venía de Dios”. **Palabra del Señor.**

6. CONSIDERACIÓN

De la audiencia general del Papa Francisco, san José en la historia de salvación. Miércoles, 24 de noviembre de 2021.

Jesús en los Evangelios es indicado como «hijo de José» (Lc 3, 23; 4, 22; Jn 1, 45; 6, 42) e «hijo del carpintero» (Mt 13, 55; Mc 6, 3). Los evangelistas Mateo y Lucas, narrando la infancia de Jesús, dan espacio al rol de José. Ambos componen una “genealogía”, para evidenciar la historicidad de Jesús. Mateo, dirigiéndose sobre todo a los judeocristianos, parte de Abraham para llegar a José, definido «el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo» (1, 16). Lucas, sin embargo, se remonta hasta Adán, empezando directamente por Jesús, que «era hijo de José», pero precisa: «según se creía» (3, 23).

El evangelista Mateo nos ayuda a comprender que la figura de José, aunque aparentemente marginal, discreta, en segunda línea, representa sin embargo una pieza fundamental en la historia de salvación. José vive su protagonismo sin querer nunca adueñarse de la escena. Si lo pensamos, «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, [...]. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños, con gestos cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración.

Esta sociedad líquida, gaseosa encuentra en la historia de José una indicación bien precisa sobre la importancia de los vínculos humanos. De hecho, el Evangelio nos cuenta la genealogía de Jesús, además de por una razón teológica, para recordar a cada uno de nosotros que nuestra vida está hecha de vínculos que nos preceden y nos acompañan. El Hijo de Dios, para venir al mundo, ha elegido la vía de los vínculos, la vía de la historia: no bajó al mundo mágicamente, no. Hizo el camino histórico que hacemos todos nosotros.

7. RESPONSORIO

V/. Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.

V/. Luz de los Patriarcas, ruega por nosotros.
V/. Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.
V/. Casto guardián de la Virgen, ruega por nosotros.
V/. Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

8. ORACIÓN FINAL

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo.
En ti María depositó su confianza.
Contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*
(Papa Francisco)

9. HIMNO A SAN JOSÉ

Claro sol de la Iglesia triunfante,
cuyos rayos de plata y zafir,
ilumina el alma que errante,
en tinieblas marchará sin ti.
AL EXCELSO JOSÉ TRIBUTEMOS,
ALABANZAS DE GLORIA Y HONOR,
Y SU AGUSTO PODER IMPLOREMOS,
DE LA IGLESIA DE CRISTO EN FAVOR.

¡Ay! enciende en mi pecho tu lumbre,
de Jesús y su Madre el amor,
y así llegue del cielo a la lumbre,
solo ansiando la gloria de Dios.

Sus tesoros el cielo en tus manos,
colocará en acuerdo feliz,
porque tengan los pobres humanos,
patrocinio si acuden a ti.

A María encomienda sus almas,
tu favor las conduzca a Jesús,
por ti empuñan de gloria las palmas,
en corona troncada a su cruz.
Te juramos José no olvidarte
nuestro escudo será tu poder
y tu amor nuestro amparo y baluarte
que nos haga vencer a Luzbel.

TERCER DÍA

“José, hombre justo y esposo de María”

1. **Invocación trinitaria.**
2. **Canto.**
3. **Oración para todos los días.**
4. **Intención.**

Pidamos por las familias, para que la concordia y la paz reine en los corazones de los hogares, eliminando de sus ellos, todo pecado que conlleve a la infelicidad. Oremos por los matrimonios para que su fundamento en Cristo les ayude a perseverar en el amor.

5. ILUMINACIÓN BÍBLICA: MT 1, 18-24

“Este fue el origen de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José; pero antes de que vivieran juntos, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre bueno, quiso actuar discretamente para no difamarla. Mientras lo estaba pensando, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, descendiente de David, no tengas miedo de llevarte a María, tu esposa, a tu casa; si bien está esperando por obra del Espíritu Santo, tú eres el que pondrás el nombre al hijo que dará a luz. Y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa: Dios-con-nosotros. Cuando José se despertó, hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado y tomó consigo a su esposa”. **Palabra del Señor.**

6. CONSIDERACIÓN

De la audiencia general del Papa Francisco, José, hombre justo y esposo de María. Miércoles, 1 de diciembre de 2021 .

Para comprender el comportamiento de José en relación con María, es útil recordar las costumbres matrimoniales del antiguo Israel. El matrimonio comprendía dos fases muy definidas. La primera era como un noviazgo oficial, que conllevaba ya una situación nueva: en particular la mujer, incluso viviendo aún en la casa paterna todavía durante un año, era considerada de hecho “mujer” del prometi-

do esposo. Todavía no vivían juntos, pero era como si fuera la esposa.

El segundo hecho era el traslado de la esposa de la casa paterna a la casa del esposo. Esto sucedía con una procesión festiva, que completaba el matrimonio. Y las amigas de la esposa la acompañaban allí. En base a estas costumbres, el hecho de que «antes de estar juntos ellos, se encontró encinta», exponía a la Virgen a la acusación de adulterio. Y esta culpa, según la Ley antigua, tenía que ser castigada con la lapidación (cf. Dt 22,20-21) .

El Evangelio dice que José era “justo” precisamente por estar sujeto a la ley como todo hombre pío israelita. Pero dentro de él el amor por María y la confianza que tiene en ella le sugieren una forma que salva la observancia de la ley y el honor de la esposa: decide repudiarla en secreto, sin clamor, sin someterla a la humillación pública. Elige el camino de la discreción, sin juicio ni venganza. ¡Pero cuánta santidad en José! Nosotros, que apenas tenemos una noticia un poco folclorista o un poco fea sobre alguien, ivamos enseguida al chismorreó! José sin embargo está callado...

Interviene en el discernimiento de José la voz de Dios que, a través de un sueño, le desvela un significado más grande de su misma justicia. ¡Y qué importante es para cada uno de nosotros cultivar una vida justa y al mismo tiempo sentirnos siempre necesitados de la ayuda de Dios! Para poder ampliar nuestros horizontes y considerar las circunstancias de la vida desde un punto de vista diferente, más amplio.

Muchas veces nos sentimos prisioneros de lo que nos ha sucedido: “¡Pero mira lo que me ha pasado!” y nosotros permanecemos prisioneros de esa cosa mala que nos ha pasado; pero precisamente ante algunas circunstancias de la vida, que nos parecen inicialmente dramáticas, se esconde una Providencia que con el tiempo toma forma e ilumina de significado también el dolor que nos ha golpeado. La tentación es cerrarnos en ese dolor, en ese pensamiento de las cosas no bonitas que nos suceden a nosotros. Y esto no hace bien. Esto lleva a la tristeza y a la amargura. El corazón amargo es muy feo.

7. RESPONSORIO

V/. Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.

V/. Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.

V/. José, hombre valiente, ruega por nosotros.

V/. José, hombre fiel, ruega por nosotros.

V/. Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

8. ORACIÓN FINAL

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.*

A ti Dios confió a su Hijo.

En ti María depositó su confianza.

Contigo Cristo se forjó como hombre.

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.*

*Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

(Papa Francisco)

9. HIMNO A SAN JOSÉ

Claro sol de la Iglesia triunfante,
cuyos rayos de plata y zafir,
ilumina el alma que errante,
en tinieblas marchará sin ti.

AL EXCELSO JOSÉ TRIBUTEMOS,
ALABANZAS DE GLORIA Y HONOR,
Y SU AGUSTO PODER IMPLOREMOS,
DE LA IGLESIA DE CRISTO EN FAVOR.

¡Ay! enciende en mi pecho tu lumbre,
de Jesús y su Madre el amor,
y así llegue del cielo a la lumbre,
solo ansiando la gloria de Dios.

Sus tesoros el cielo en tus manos,
colocará en acuerdo feliz,
porque tengan los pobres humanos,
patrocinio si acuden a ti.

A María encomienda sus almas,
tu favor las conduzca a Jesús,
por ti empuñan de gloria las palmas,
en corona truncada a su cruz.

Te juramos José no olvidarte
nuestro escudo será tu poder
y tu amor nuestro amparo y baluarte
que nos haga vencer a Luzbel.

4. ABRIL: CAMINEMOS JUNTOS, CON NUESTROS SACERDOTES

Para el mes de abril de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “*Caminemos juntos, con nuestros sacerdotes*”.
- **Celebremos:** *El Buen Pastor, IV Domingo de Pascua.*
- **Destinatarios:** Todos los sacerdotes.
- **Tema:** La fiesta de Jesús Buen Pastor, es un acontecimiento propicio para volver la mirada hacia los sacerdotes, nuestros pastores que nos muestran a Jesús, y nos hacen escuchar su voz. También es la ocasión para orar a Dios a fin de que envíe a la Iglesia pastores santos, según su corazón y que las familias católicas sean semilleros de vocaciones al sacerdocio.
- **Crecimiento pastoral:** Pastoral sacerdotal.
- **Acciones significativas:**
 - A nivel individual, grupal y/o familiar: Prepararse espiritualmente para la Semana Santa; realizar una visita a los sacerdotes conocidos o amigos.
 - A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: organizar las actividades litúrgicas con motivo de la semana santa; organizar la fiesta de Jesús Buen Pastor y un homenaje a los sacerdotes, tomando en consideración las orientaciones que se emitan a nivel diocesano. Semana vocacional.
 - Nivel diocesano: Cenáculo sacerdotal en cada uno de los decanatos y Vicarias territoriales.

MOMENTO CELEBRATIVO

Se sugiere hacer la entronización del lema EL JUEVES SANTO, día sacerdotal. El coordinador(a) del EPAP, con los miembros de este equipo, antes de

iniciar la solemne Eucaristía, llevan el lema del mes en procesión, realizan el siguiente comentario e invitan al sacerdote a colocar en el lugar asignado el lema del mes.

COMENTARIO INICIAL

Este Jueves Santo se conmemora la institución de la Eucaristía como el regalo de amor, también se conmemora la institución de uno de los sacramentos de entrega y abandono total al Señor: el sacramento de la orden sacerdotal y la vida de servicio a los demás. Por eso, como comunidad de fieles queremos invitarlos para que le demos gracias a Dios hoy por nuestros sacerdotes, por nuestro párroco el padre _____.

Dice el santo cura de Ars: “El sacerdote es el amor del corazón de Jesús. El sacerdocio es un sacramento de la Nueva Alianza, instituido por Cristo en la Última Cena, que confiere a un hombre el poder de consagrar y ofrecer el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Santa Misa y de remitir y retener los pecados en el sacramento de reconciliación. Por eso hoy los invitamos para que caminemos juntos con nuestros sacerdotes, este es el lema de este mes y es también, la invitación de hoy jueves santo.

Repetimos todos: “Caminemos juntos, con nuestros sacerdotes”.

Canto: Qué detalle Señor has tenido conmigo.

5. MAYO: CAMINEMOS JUNTOS, REZANDO EL ROSARIO

Para el mes de mayo de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “*Caminemos juntos rezando el Rosario*”.
- **Celebremos:** 13 de mayo, Nuestra Señora de Fátima.
- **Destinatarios:** Todos los maestros y comerciantes.
- **Tema:** El día del maestro y del comerciante, son fechas propicias para volver la mirada hacia estos grupos poblacionales que también son bautizados y requieren ser insertados en la dinámica eclesial de la Diócesis, conforme al análisis de la realidad actual.
- **Crecimiento pastoral:** Pastoral educativa y pastoral del comercio.
- **Acciones significativas:**
 - A nivel individual, grupal y/o familiar: Realizar el Santo Rosario, orando por las intenciones propias y del mundo entero; recordar y homenajear a los maestros que pasaron por nuestra vida; apoyar los negocios de comerciantes locales.
 - A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar la apertura y clausura del mes mariano; organizar el comité de pastoral educativa (si existen instituciones educativas en el territorio); organizar el comité de pastoral del comercio (si existen negocios comerciales en el territorio); organizar la celebración del día del maestro y su consagración a la Virgen María; organizar la celebración del día del comerciante y consagración a la Virgen María.
 - A nivel diocesano: Elaborar los subsidios litúrgicos para la apertura y clausura del mes mariano, el día del maestro y el día del comerciante.

MOMENTO CELEBRATIVO

Si en la parroquia existe la Legión de María u otro grupo de señoras, el primer día del mes, antes de que inicie la Eucaristía de apertura del mes, colocan el lema, hacen el siguiente comentario, luego inician el rezo del Santo Rosario.

COMENTARIO INICIAL

Rezar el Rosario y meditar en los misterios que se nos propone cada día, profundiza nuestra comprensión de la fe católica. Nos ayuda a reflexionar sobre la vida de Jesús y de María. Como dijo una vez el Papa Pío XII: “El Rosario es el compendio de todo el Evangelio”. Es decir, que cada década que se hace al rezar el rosario, se dedica a un momento único y significativo en la historia de la salvación. San Juan Pablo II insistió en el rezo del Santo Rosario en familia, en grupos, en privado. Pidió que se invite a todos a rezar, a no temer el compartir tan hermosa devoción, que es una catequesis de la fe. Nos alertó que el mundo está en crisis y nuestras fuerzas humanas no bastan. La victoria, decía el Santo Papa, vendrá nuevamente de la mano de Virgen María. Es la victoria de Su Hijo Jesucristo, el Señor, Rey del Universo.

Por eso hoy al iniciar el mes de mayo, dedicado a honrar a la Santísima Virgen María, los invitamos a seguir caminando juntos como Iglesia doméstica en la familia, como iglesia parroquial en nuestros sectores y comunidades eclesiales y misioneras y en nuestra Iglesia particular, rezando el Santo Rosario

Todos: Caminemos juntos, rezando el Rosario.

Canto: Madre mía.

6. JUNIO: CAMINEMOS JUNTOS, CON LAS FAMILIAS

Para el mes de junio de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “Caminemos juntos con las familias”.
- **Celebremos:** *El Sagrado Corazón de Jesús*.
- **Destinatarios:** Todas las familias.
- **Tema:** la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús evoca el pasado y tradiciones notables del pueblo colombiano, especialmente el interés de las familias por consagrarse al Señor, confiándole su vida y necesidades.

• **Crecimiento pastoral:** Pastoral familiar.

• **Acciones significativas:**

- o A nivel individual, grupal y/o familiar: Participar en la solemnidad del Corpus Christi, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María.
- o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar el comité de pas-

toral familiar, conforme a los lineamientos diocesanos; organizar el encuentro de familias (Semana de la Familia) previo a la fiesta y consagración al Sagrado Corazón de Jesús; organizar la solemnidad del Corpus Christi, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María.

- o A nivel diocesano: Elaborar los subsidios pastorales y litúrgicos requeridos para el desarrollo de las actividades previstas.

MOMENTO CELEBRATIVO

Los miembros de la pastoral familiar en cada parroquia, al inicio de la Semana de la Familia, antes de las Eucaristías del domingo, invitan a los fieles a proclamar el lema del mes: *Caminemos juntos, con las familias*.

Colocan el lema en el lugar asignado y se entona el himno (canto) a las familias.

7. JULIO: CAMINEMOS JUNTOS, CON NUESTROS NIÑOS, JÓVENES Y MAYORES

Para el mes de julio de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “Caminemos juntos con nuestros niños, jóvenes y mayores”.
- **Celebremos:** “Caminemos juntos, con nuestros niños, jóvenes y mayores”.
- **Destinatarios:** Niños, jóvenes y adultos mayores.
- **Tema:** La Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, organizada por el Dicasterio para

los laicos, la Familia y la Vida, es oportunidad propicia para resaltar a este importante grupo poblacional y reconocer todos sus esfuerzos y frutos entregados a la Iglesia Particular. Además, es la oportunidad de fortalecer el mes de la juventud y de la niñez como expresión de una iglesia comunión que acompaña los diferentes procesos de la vida.

- **Crecimiento Pastoral:** Pastoral del adulto mayor, pastoral infantil y pastoral juvenil.

• Acciones significativas:

- o A nivel individual, grupal y/o familiar: Orar por los niños, jóvenes y adultos mayores, reconociendo su importante rol y legado; celebrar la independencia de Colombia.
- o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar el comité de pastoral del adulto mayor, el comité infantil y juvenil; organizar y participar en el mes de la juventud y de la niñez. Organizar el encuentro de abuelos y adultos mayores; organizar la fiesta de los santos Joaquín y Ana.
- o A nivel diocesano: Elaborar los subsidios pastorales y litúrgicos requeridos para el desarrollo de las actividades previstas.

MOMENTO CELEBRATIVO

Algunos miembros del movimiento juvenil, los niños de la infancia misionera e infantil y los adultos mayores, en el primer domingo del mes de julio, antes de finalizar las Eucaristías colocan el lema del mes y proclaman el siguiente Salmo:

Salmo desde la vida auténtica

Niño: Señor Jesús, te entrego mi vida, para que tu gracia me ayude a crecer en estatura y sabiduría, cumpliendo siempre tu voluntad.

Joven: Señor, aquí estoy, que tu Palabra funda-

mente mi vida, para que en cada una de mis acciones, te glorifique.

Adulto mayor: Señor de la vida, te doy gracias por todo y coloco todo en tus manos, para que mi vida sea un agradecimiento a cada una de tus bendiciones.

Quiero vivir, Señor: hacer de la verdad el camino para mis pasos.

Quiero vivir, Señor: hacer del amor limpio la norma de mi conducta.

Quiero vivir, Señor: hacer de la libertad espacio para mi búsqueda.

Quiero vivir, Señor: hacer del servicio la constante de mi vida.

Quiero vivir, Señor: hacer de la reconciliación un camino de paz.

Quiero vivir, Señor: hacer de la Belleza una luz para mis ojos.

Quiero vivir, Señor: hacer de la esperanza una fuerza hacia adelante.

Quiero vivir, Señor: hacer de la oración un lugar de encuentro contigo.

Quiero vivir, Señor: hacer de la justicia un camino hacia el hermano herido.

Quiero vivir, Señor: hacer de la humildad la base de cuanto soy.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Terminada la oración se coloca el lema.

Canto: Te doy gracias, Señor.

8. AGOSTO: CAMINEMOS JUNTOS, COMO IGLESIA DIOCESANA

Para el mes de agosto de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “Caminemos juntos como Iglesia diocesana”.
- **Celebremos:** La Fiesta Diocesana.
- **Destinatarios:** El Pueblo de Dios en cada una de las parroquias.
- **Tema:** Entre los propósitos del Proceso

Evangelizador están los espacios de comunión y participación, es decir, los espacios comunitarios, la fiesta diocesana, es una ocasión privilegiada para fortalecerlos: Familia, Comunidades Eclesiales Misioneras, sectores, comunidades parroquiales, comunidad diocesana.

Crecimiento pastoral: Centro para la comunión y participación (Comunidades Eclesiales Mi-

sioneras, parroquias, Diócesis).

• **Acciones significativas:**

- o A nivel individual, grupal y/o familiar: Orar por la vida diocesana.
- o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar la fiesta diocesana como acontecimiento de fe y comunión.
- o A nivel diocesano: Elaborar los subsidios pastorales y litúrgicos requeridos para el desarrollo de las actividades previstas.

MOMENTO CELEBRATIVO

El primer domingo de agosto, apertura de la fiesta diocesana, en las celebraciones de la Eucaristías, algunos animadores de la evangelización llevan el lema del mes con las banderas representativas de cada vicaría de la Diócesis y la bandera pontificia, y las colocan en el lugar seleccionado para este fin, mientras el coro entona la canción: “El pueblo de Dios”, luego invitan a proclamar el lema y a prepararse para la celebración de la fiesta diocesana.

Canto: Iglesia Peregrina.

9. SEPTIEMBRE: CAMINEMOS JUNTOS, EN PAZ, GUIADOS POR LA PALABRA DE DIOS

Para el mes de septiembre de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “*Caminemos juntos, en paz, guiados por la Palabra de Dios*”.
- **Celebremos:** *La Palabra de Dios en la Semana Bíblica. Semana por la Paz.*
- **Destinatarios:** Todos los bautizados alejados, indiferentes y que no conocen a Jesús.
- **Tema:** La Semana Bíblica es un fruto maduro de la vida eclesial diocesana y es ocasión para llegar a todos los bautizados alejados, indiferentes y aquellos que no conocen a Jesús, a fin de que sus vidas tengan sentido y alcancen la salvación.
- **Crecimiento Pastoral:** Pastoral bíblica y pastoral social.
- **Acciones significativas:**
 - o A nivel individual, grupal y/o familiar: Leer, meditar y orar con la Palabra de Dios.
 - o A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: Organizar el comité de pastoral bíblica; organizar la Semana Bíblica. Ce-

lebrar la Semana por la Paz.

- o A nivel diocesano: Elaborar los subsidios pastorales y litúrgicos requeridos para el desarrollo de las actividades previstas.

MOMENTO CELEBRATIVO

Al iniciar el mes de septiembre se vestirá un altar para la Santa Biblia y se entronizará en la Eucaristía la Palabra de Dios, de igual manera, junto con la Biblia que se llevará en procesión el lema del mes -luego de mostrarlo y colocarlo en el lugar asignado-, se pedirá a los fieles repetir el lema mientras se hace la procesión.

Canto: Proclamar tu Palabra

10. OCTUBRE: CAMINEMOS JUNTOS, EN SALIDA MISIONERA

MOMENTO CELEBRATIVO

Iniciando el mes de octubre, mes misionero, las personas que se han preparado para ser misioneras en la parroquia, llevan el lema en procesión antes de finalizar la Eucaristía y van proclamando

el lema, motivando a los fieles a repetirlo, al finalizar luego de haber colocado el lema en el lugar asignado.

Canto: Alma misionera.

11. NOVIEMBRE: CAMINEMOS JUNTOS, ANIMANDO LA EVANGELIZACIÓN

Para el mes de noviembre de 2023 se propone la siguiente iluminación pastoral:

- **Lema:** “*Caminemos juntos animando la evangelización*”.
- **Celebremos:** *Solemnidad de Cristo Rey.*
- **Tema:** Los Equipos Parroquiales de Animación Pastoral, son fundamentales para la misión de las comunidades, y en ellos se promueve el trabajo en equipo, la toma de decisiones compartida y el discernimiento sobre la realidad para tomar acción. Por lo que su creación y funcionamiento es clave para las metas pastorales presentes y futuras. Además, la articulación de todas las acciones pastorales y de la comunión en la realización de la asamblea diocesana.
- **Crecimiento pastoral:** Vicaría de Pastoral, animadores de la evangelización en sus estructuras y organismos pastorales, movimientos apostólicos presentes en la Diócesis.
- **Acciones significativas:**
 - A nivel individual, grupal y/o familiar: Orar por los animadores de la evangelización, para que sigan dando mucho fruto en favor del Reino de Dios.

- A nivel de los centros de evangelización, capillas y parroquias: constituir el EPAP en caso de que no se tenga y/o desarrollar la semana de formación y espiritualidad del EPAP.
- A nivel diocesano: elaborar los subsidios pastorales y litúrgicos requeridos para el desarrollo de las actividades previstas.

MOMENTO CELEBRATIVO

Los miembros de los movimientos apostólicos y los demás animadores de la evangelización, se encargarán en las Eucaristías del primer domingo de este mes, llevar el lema en procesión, al iniciar o antes de finalizar la Eucaristía; invitarán a proclamar el lema, el sacerdote los presentará y cada uno indicará cuál es el servicio pastoral que prestan en la comunidad parroquial en la que animan la evangelización.

